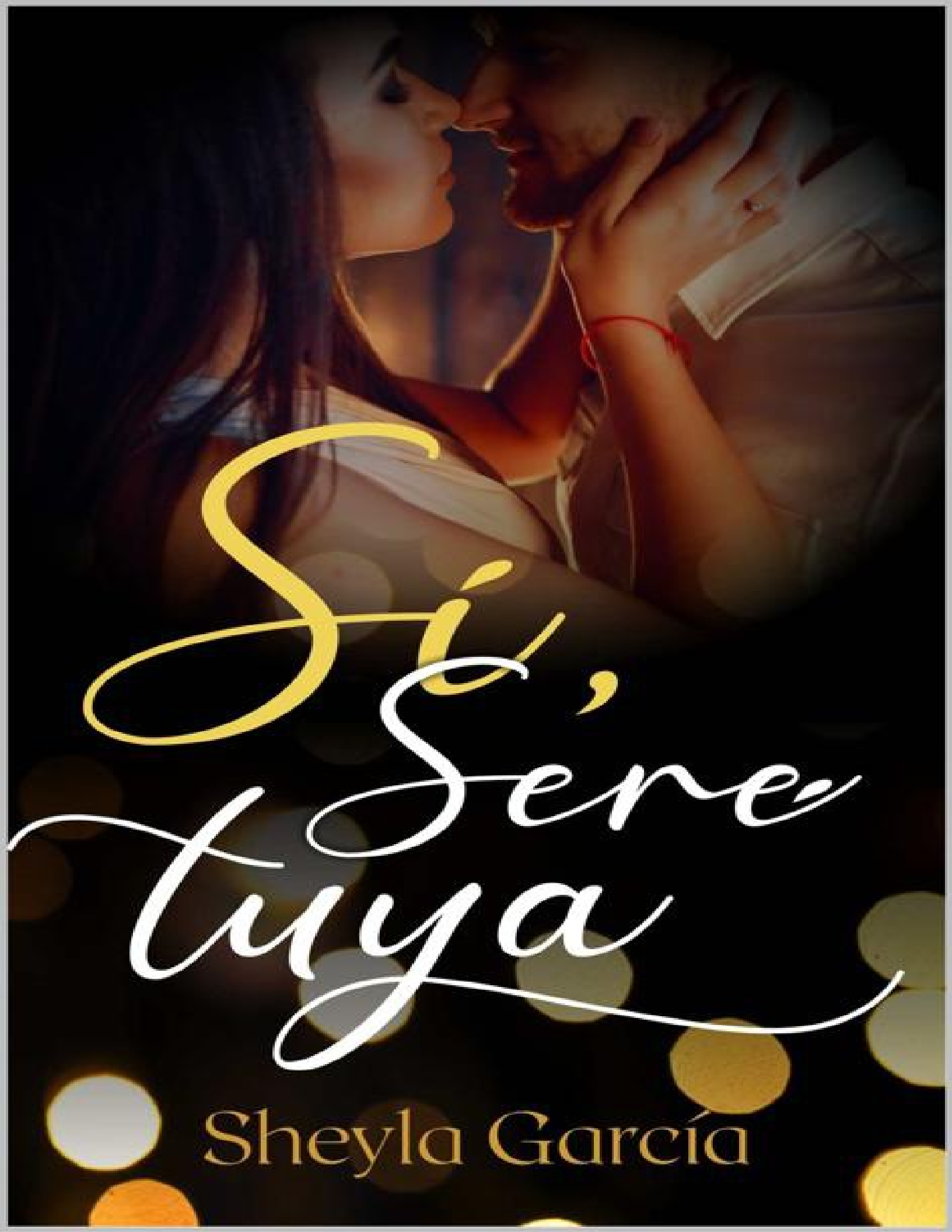

Sé, Seré tuya
Sheyla García

Contents

SINOPSIS
PROLOGO
CAPITULO UNO
CAPITULO DOS
CAPITULO TRES
CAPITULO CUATRO
CAPITULO CINCO
CAPITULO SEIS
CAPITULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
Capítulo NUEVE
Capítulo DIEZ
Capítulo ONCE
Capítulo DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPITULO DIECISIETE
CAPITULO DIECIOCHO
CAPITULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDOS
CAPITULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
CAPÍTULO CUARENTA
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES
CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO
CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS
CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE
CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO
CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE
CAPÍTULO CINCUENTA
CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO.
CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS
CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES
CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO
CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO
CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS
EPÍLOGO
BIOGRAFIA
Redes sociales

Sí, Seré tuya

SINOPSIS

Leo Sandoval, un hombre arrogante y seguro de sí mismo. Trabaja duro y siempre obtiene lo que quiere.

Debajo de su fachada de hombre implacable de negocios, se esconde un hombre con traumas de infancia.

Sophia McAdams llegó para poner el mundo de Leo patas arriba.

Ella es dura, sin pelos en la lengua, sin cola que pisen y tampoco nada que perder. Desde que descubrió la infidelidad de su ex novio, ya no confía en los hombres.

Debido a una jugarreta del destino, luego de una noche de pasión, ellos vuelven a encontrarse, pero esta vez, Leo como su jefe y Sophia como la nueva Asistente Administrativa de la emrpesa.

Ambos se ven obligados a pasar dos semanas juntos en una pequeña isla del caribe, gracias al huracán katrina. Allí aprenderán a soportarse el uno al otro o a matar las ganas y el deseo carnal que los seduce y persigue.

¿Por qué resistirse a lo inevitable?

PROLOGO

Leo Sandoval

Sus manos recorrieron la piel de la espalda baja de la chica, apretando con fuerza sus caderas, provocando que su pene se incrustara aún más adentro de su vagina. Escuchó como ella gemía, ligeramente adolorida por la intromisión de su miembro en su cuerpo, y gustosa, porque por fin se estaba dando la oportunidad de que Leo Sandoval la hiciera suya.

Él estaba acostumbrado a esa clase de mujeres, desesperadas, angustiadas y calenturientas. Esas que solo querían ver el mundo arder, sentir el líquido blanco que salía de su cuerpo correr dentro de ellas. Con preservativo o sin preservativo, a él le valía mierda lo que pudiera suceder, solo procuraba cuidarse de enfermedades; a los veintinueve años se había hecho la vasectomía, no quería dejar ningún tipo de rastro de su existencia en este mundo, no más del que pretendía dejar por hacer un buen trabajo, uno magnífico, uno que valiera la pena y marcara una tendencia en el mundo de los negocios de inversiones.

Su trabajo: comprar hoteles, desarrollar un plan de inversión, un plan de contingencia, crear oportunidades de negocios, mejorar la calidad de servicios. Luego de tener un éxito casi palpable en el centro vacacional entonces emprendía la venta. Llevaba años siendo uno de los principales ejecutores de la compañía para la que trabajaba.

Mega Inversiones Sanders se caracterizaba por adiestrar a sus empleados y volverlos tiburones en los negocios. Él, junto a su colega, Rey Reynols, eran los principales reparadores de empresas, al menos así era como solían apodarlos los mismos empleados de Mega Inversiones Sanders.

—¡Más duro por favor! ¡Más duro! —le pidió la rubia operada, con culo como durazno y senos de porcelana— ¡Duro hasta que me rompa!

Él tenía lo que las mujeres murmuraban en los pasillos: un pene responsable. Uno capaz de sacar los orgasmos escondidos durante años, uno que era lo suficientemente hábil, fuerte y grueso como para hacer venir a la más puta, a la más zorra, o a la menos experimentada. Él sabía cómo manejar los cuerpos de las mujeres, hacerlas alcanzar el cielo, la luna y las estrellas, y luego bajarlas de golpe tirarlas contra el piso, aplastando los sueños de una relación a futuro, de otro encuentro, de un segundo intento con él; pero Leo Sandoval no era un hombre de segundos encuentros, era una máquina de sexo y negocios, sexo duro y negocios aún más duros, sexo fuerte y negocios invencibles.

Él no estaba con esa fichita de amor eterno, él no creía en pájaros en el aire y cenas a la luz de la luna, esa mierda se lo dejaba aquellos hombres que no alcanzarían el nivel económico que él pretendía lograr y que ya había comenzado a amasar desde hacía años. Le dejaba esos temas

de amoríos a hombres mediocres, hombres sentimentales, esos que se dejaban convencer por mujeres, usar por sonrisas y ojos brillantes o por el llanto y temor a que los dejen plantados en el altar, o que sencillamente le sean infieles con su mejor amigo.

Él había vivido todo eso y más con una sola mujer: Sasha Marié Medina.

«Mierda», pensó.

Solo el nombre debió de haberle advertido que la maldita mujer era una zorra.

Pero el culo que tenía valía la pena.

¡Oh, cómo hacía que se viniera con tan solo colocar su boca alrededor de su pene!

Esa mujer era capaz de lo que quisiera y él se había dado cuenta de una muy mala manera.

Ahora, un años después, no estaba interesado en ninguna relación y pretendía seguir así por el resto de sus días, hasta que su pene se le cayera y dejara de funcionar, hasta que no tuviera una erección y tuviera que verse tentado a utilizar medicamentos, solo allí cogería una pistola y se pegaría un tiro.

Leo Sandoval sin su querido amigo, y segundo cerebro, no tenía por qué existir en el mundo.

—¡Más rápido! ¡Oh por Dios, eres una máquina! ¡Oh… Oh… Oh! ¡Eso es, así, más fuerte!

Aceleró el ritmo, sus bolas chocaban una y otra vez contra la entrada húmeda y deliciosa de la mujer, ella chillaba enloquecida por el placer que le provocaba tenerlo dentro.

Estaba disfrutando más de lo que pudo haber imaginado cogiéndola en el baño de la discoteca, donde había ido a cerrar uno de tantos negocios ese mes. ¿Qué mejor manera de terminar la noche que consiguiendo un contrato millonario, una comisión suculenta y un buen polvo con una mujer que jamás volvería a ver?

«Que buena vida llevaba», pensó, mientras terminaba de vaciarse dentro de la mujer y la escuchaba gritar un ‘¡Oh Dios mio!’ al llegar a su propio clímax.

Duro en negocios, duro en el sexo.

CAPITULO UNO

Sophia McAdams

Sophia miró de cerca el reloj despertador y maldijo el momento en que decidió colocar la alarma tan temprano.

—¡Me lleva! —vociferó levantándose a toda velocidad.

Pero no calculó el enredo que tenía con la sabana y terminó rodando en el suelo como tamal mal enrollado.

—¡Joder! —chilló— ¿¡Por qué a mí!?

Era su primer día en Mega Inversiones Michaels, la compañía que manejaba el amigo de infancia de su padrastro.

Se levantó a duras penas, su rodilla había caído de golpe contra el suelo y las palmas le ardían. Comenzó a sentir un escozor en su rodilla izquierda.

—Solo esto me faltaba —dijo al ver el hilo de sangre que bajaba de su rodilla.

Se había pegado tan fuerte, de una manera absurda, como todo lo que le sucedía en la vida.

Lamentó que para su primer día como asistente de uno de los ejecutivos más importantes de una empresa tan conocida, como lo era Mega Inversiones, había escogido un juego de chaqueta y falda Rosado pastel.

Era obvio que esa herida se destacaría como un árbol de navidad en su piel súper blanca.

Descendiente de abuelos irlandeses, de pelo rojizo como el atardecer y ojos tan azules como el cielo nublado de verano.

Ese rasguño en cuestión de minutos estaría todo enrojecido, para después pasar a un color morado, y al final, terminaría luciendo como la novia cadáver, toda herida y fea.

Se quitó la sabana de alrededor de los pies y cintura, caminó despacio y medio cojeando con dirección a la ducha.

Su teléfono celular sonó en ese mismo instante en que terminaba de sentarse en el creador de ideas, como solía llamar su hermano al inodoro.

Sophia jamás se entraba a duchar sin el celular, era su modus operandi, su paso a paso, el

esquema que llevaba desde que comenzó la universidad.

—¿Qué?

—Buenos días para ti también, princesa. —Reconoció la voz de Hermes de inmediato.

Llevaba más de un año saliendo con él, desde que aceptó una sangría en el bar cerca de donde trabajaba como secretaria.

—Hola, Hermes. —El tema era que ya se estaba aburriendo.

Ella sentía que la vida debía ser más que un polvo ocasional los fines de semana.

¿Acaso no debía existir el fuego ardiente y el placer de lo desconocido?

Estaba segura de que merecería más que torpes orgasmos provocados e incentivado por ella misma, en la soledad y privacidad de su baño.

—Solo llamo para desearte un hermoso día, princesa. —Mierda, hasta bostezaba escuchándolo.

Esto no debía continuar.

Pero tampoco iba a ser tan inhumana y maleducada de terminar con él por llamada.

—Gracias. —si él fuera un poco más hábil, estaba segura que podría entender entre líneas y comprender que su relación no estaba progresando.

¡No había progresado jamás!

—Debo arreglarme ya, se me hizo tarde, la alarma no sonó cuando debía —mintió.

Lo cierto era que había sonado y ella la pausó por media hora más, cosa que ahora se arrepentía.

—¿Qué haces ahora? —siguió él como si nada, como si no la hubiese escuchado—. ¿Qué hace mi princesa?

—Estoy sentada en el inodoro haciendo actividades fisiológicas de las que estoy segura no te interesa escuchar.

Silencio en la línea.

Eso sucedía entre ellos cada vez que ella se expresaba como quería y con lo que le apetecía.

¿En qué momento se involucró con alguien tan distinto a ella como lo era Hermes?

«Ah, sí» recordó. Se mezcló con él cuando recién había terminado un noviazgo de tres años con Terrence Hupper, su novio de la universidad.

Sophia lo encontró con las bolas hasta la garganta. Pensando en esa frase, cualquiera creería que él estaba recibiendo un oral por parte de una mujer mucho más hermosa que ella, sin pecas en todo el cuerpo, con labios carnosos, seguramente por algún tipo de inyección de las que ahora se usan, y con las tetas que se le pegaran a la garganta de tan exuberantes.

Pero no.

Terrence resultó ser una bella mariposa, que mientras estuvo con ella, estaba resguardado en un capullo disfrazado de masculinidad y hombría.

El pene de Luis Calson entraba y salía a la velocidad de la luz.

Sophia se había quedado de piedra observando el teatrito.

—¡Sophia! —Hermes gritó detrás de la línea intentado llamar su atención.

—¿Qué quieres? —refunfuñó molesta. Es que, aunque pareciera estúpido y absurdo, incluso su voz le comenzaba a irritar.

—No importa. Que te vaya bien. Ya me contarás en la noche cómo te fue. —Hermes colgó antes de que ella pudiera responderle, y más que nada decirle que no iba a verlo esa noche.

Tenía pensado ir a casa de su madre, la cual, una semana atrás, se había casado con el teniente; nombre que ella le había puesto de niña a James Druitt.

Para Sophia, James era la versión de padre que jamás había tenido, pues el que había embarazado a su madre, no tuvo la decencia de permanecer en su vida el tiempo suficiente como para que ella echara dientes de leche.

Se levantó del inodoro y tiró de la palanca. Debía arreglarse sin importar los nervios que tuviera ante su inminente primer día.

Se duchó deprisa, sin mucho escrutinio y se envolvió el pelo en una toalla pequeña que tenía destinada para eso. Su cabello le llegaba al comienzo de los omóplatos, rojo y llamativo; según su madre, ella había heredado por las dos el color de piel y de cabello de sus ancestros irlandeses.

Sophia habría deseado no hacerlo.

No había forma de pasar desapercibida cuando tenías la cabeza en llamas.

Se colocó las medias pantis sobre la tanga roja, para lograr disimular un poco el raspón en la rodilla.

Por irónico que pareciera, considerando lo molesta que se sentía teniendo el pelo rojizo, el color rojo sangre era su preferido. Subió la falda por sus tobillos y dejó que la tela rozara su piel, cosa que le provocó un cosquilleo en su bajo vientre.

«*No*», se dijo apresurada.

Tenía las hormonas alborotadas, su período había pasado dos días atrás y su cuerpo pedía a gritos ser tocado.

Se miró en el espejo, dos minutos después mientras se abrochaba los botones de la camisa blanca.

—¡Que perra estás! —se dijo a sí misma y casi pudo jurar que su reflejo le guiñó un ojo.

Ella conservaba la costumbre desde adolescente, antes de salir de casa, siempre recordarse lo bella que era, así nadie podía bajarle la autoestima.

Ella también sabía bajárselo sola.

Se retiró la toalla de la cabeza y se ató el pelo en una cola de caballo. Su frente era pequeña, igual que su rostro y sus labios, lo único que destacaba era sus ojos azules, herencia de su donante de esperma.

Una vez se hubo maquillado y colocado los tacones negros, se colgó la cartera negra marca *Gucci* que Hermes le había regalado para su cumpleaños, que había sido en septiembre, dos meses atrás.

Una hora después, gracias al tránsito de Manhattan y su falta de vehículo, llegó a Mega Inversiones.

—Buenos días, ¿en qué podemos servirle? —le preguntó la recepcionista con un auricular colocado, mirándola como si estuviera más perdida que otra cosa.

—Tengo una cita con Marcos Sanders, dígale que es Sophia McAdams —informó, segura de que el amigo de su padre debía estar esperándola, pues al confirmar con su *IPhone*, se dio cuenta que había llegado cinco minutos antes de lo acordado.

Aunque le gustaba llegar veinte o treinta minutos antes de la hora prevista, al menos no había quedado como una irresponsable.

—El señor Marcos me informó de tu llegada, perdona, no te reconocí.

—¿No me reconociste? —preguntó Sophia confundida.

—La foto que me mostró esta mañana al llegar no te hace ningún favor. Yo que tu... —La recepcionista se acercó como si fuera a contarle un secreto de seguridad nacional—. Elimino la foto de todas las redes, y de paso le pido al señor Marcos que no la muestre más.

—¿Pero de qué foto hablas? —Sophia comenzó a preocuparse.

Su padrastro no le había pedido currículo para llevárselo a su amigo, según él, era seguro el puesto, pues Marcos Sanders confiaba en su criterio y buen ojo para los negocios.

Pero ella no tenía idea de que James andaba mostrando fotos de ella para que su nombre tuviera un rostro. Estaba segura que él lo había hecho con las mejores intenciones, pero no podía

evitar sentirse incómoda al darse cuenta que esa recepcionista la había visto.

«¡Oh no!» Quiso gritar Sophia, al pensar en la foto que llevaba James a todas partes dentro de su cartera. Era una en donde Sophia estaba con dos colectas y recién salía de la secundaria. Estaba con el rostro sucio, pues un idiota había decidido que las cenizas de su madre debían ser lanzadas desde el edificio en el cual la difunta había impartido clases, y por coincidencia el mismo donde Sophia le tocaba su segunda asignatura del día.

—Dile que ya estoy aquí —dijo molesta.

Su primer día de trabajo y ya tenía alguien que la había visto en su momento más vergonzoso.

—No será necesario. Él me dijo que te llevara a su oficina, para que dejes tus cosas allí. El señor Marcos está en reunión, pero seguro termina antes del almuerzo.

—¿Y qué se supone que haga en ese tiempo?

—Puedes comenzar por echarte a un lado, otras personas tenemos trabajo pendiente y cosas importantes que hacer.

La voz llegó invasiva de detrás de Sophia y esta se giró de golpe para decirle sus cuatro verdades al susodicho. Si había algo que ella odiaba en la vida, era tener que lidiar con personas que se sentían superior a las demás.

Desde muy niña supo que su inteligencia podía abrirle puertas mucho más rápido que a otras chicas de su edad. No se consideraba, ahora teniendo veintiséis años, una mujer provocativa y derrochadora de belleza implacable. Su inteligencia y habilidad para las negociaciones, era lo que la hacía realmente impresionante.

Consideraba que los ángeles la habían traicionado y lo que le tocaba de senos, se lo habían dado de torpeza al accionar bajo presión. Por ende, desde adolescente, odiaba ponerse blusas con escote y que se notara el poco pecho que tenía. Uno de sus más grandes complejos.

Por no mencionar las pequitas en su cara y espalda, las cuales habían sido motivo de burlas en el colegio.

Al darse la vuelta, se encontró con el hombre más atractivo que había visto en su vida. Su cabello era de un tono rubio distinto a los acostumbrados, sus ojos azules, quizá un poco más claros que los de ella, su boca... Ella tuvo la desgracia de demorar más tiempo del debido mirando sus labios ya que su cabeza quedaba justo frente a ellos.

—Puedes probarlos si quieres. Pero que sea en otro momento, ahora mismo, voy tarde para una reunión. —Mierda, él se había dado cuenta de la impresión que había causado en ella.

«Perfecto» se gruñó internamente. Había quedado en ridículo.

Consideró, en fracciones de segundo, decirle lo que podía hacer con su boca, y difícilmente

él se negaría, ella estaba con el deseo desatado y las hormonas en alta. ¡Y con esa cara y ese cuerpo que destacaba detrás de ese traje!

Pero lo que más le impresionó, fue su petulancia al hablar y la manera casi obscena en que la miró, como si pudiera desnudar algo más que su cuerpo.

Peor aún, como si él supiera desde ya que si le proponía un rapidito en el baño del edificio, ella al menos lo consideraría.

«*No caigas en la tentación de mandarlo a la mierda*» se dijo molesta consigo misma por no poder expresar lo que sentía realmente.

Su madre necesitaba de ella, y tampoco tenía intenciones de fallar, no iba a perder la oportunidad de un buen empleo, uno que James había tenido la delicadeza de conseguirle sin siquiera una entrevista previa, solo por no tolerar el comentario arrogante de un tipo que se creía estar ardiente.

Y que lo estaba.

Se tragó en seco las palabras y obvió al hombre lo mejor que pudo.

—Llévame a la oficina de Marcos. —Volvió a girarse a la recepcionista, que los miraba a ambos divertida, como si para ella todo fuese una telenovela en 3D.

—Señor Sandoval, en un momento voy con usted. Puede dejar los documentos sobre el caunter, desde que regrese, me encargo de hacerlos llegar. —La joven, de algunos veintidós o veintitrés años, se levantó de la silla negra típica de oficinas, y le señaló el ascensor a Sophia—. Vamos Sophia, ya la llevo a la que será su oficina.

—¡Encantado de conocerla, Sophia! —dijo el hombre caído del cielo, de los rostros esculpido por dioses, lo suficientemente alto como para que todo el que estaba en el primer piso lo escuchara.

Primer día.

Rodilla pelada, foto bochornosa y sus hormonas la venden al mejor postor.

¿Será posible algo peor?

CAPITULO DOS

Leo Sandoval

Entró al baño de caballeros antes de subir al ascensor, luego de dejar los documentos pendientes de firma, sobre el escritorio de Merly. La recepcionista de la empresa era lo más novelera y dramática que conocía. La joven no le quitó de encima los ojos, mientras él se debatía internamente, si la pelirroja iba o no a responder a su provocación.

Era lo suyo.

Así calculaba cómo podía llegarles más íntimamente.

Si respondían de inmediato, con fuerza e inteligencia, significaba que iban a ser un hueso duro de roer. Esas le gustaban, las que representaban un reto para él, esas mujeres intensas y precavidas, de las que no le paraban a puestos y posiciones, de las que decían lo que pensaban sin miedo a nada.

Pero la pelirroja había resultado ser una decepción.

La mujer se limitó a darle la espalda y no caer en su prueba.

En ese momento su celular sonó, estridente y alarmante.

—Sandoval —respondió.

—¿Dónde demonios estás? La junta ya comenzó, Marcos está que se queda calvo de tanto esperarte, tiene un anuncio sobre el hotel de la costa.

—Ya estoy aquí abajo. Dile que se tranquilice. —Leo no se dejaba apresurar por nadie. De por sí, ya él tenía suficiente con su propia desesperación personal.

—¡Millones, Leo! ¡Más te vale que subas aquí ya! No tengo nada más que decir para cubrirte.

—No me jodas Rey. Te he cubierto la espalda en infinidad de veces. Dile que subo y punto.

—Vale.

Su amigo no podía decir nada más. Era una realidad. Él había cubierto a Rey en repetidas ocasiones.

Su amigo, el único que podía considerar como tal, era un *llega tarde* e impuntual recurrente. No habían sostenido ninguna reunión en Mega Inversiones a la que Rey llegara a tiempo.

Costumbre o fallo del universo, de su reloj, o sencillamente una terrible mala suerte, Leo tenía bien claro que si su vida dependiera de que Rey llegara a salvarlo, lo mejor era entregarse al creador, pues su amigo estaría disponible media hora después.

Excepto hoy.

Leo miró la hora en la pantalla de su celular último modelo (le gustaba la comodidad, sentirse bien, a gusto…) ¡Definitivamente llegaba tarde!

Salió deprisa del baño y se lavó las manos al segundo. Se detuvo a verse en el espejo rectangular que iba de extremo a extremo del lugar: estaba presentable... más que presentable, estaba impecable, como siempre.

Su traje de un diseñador italiano, hecho a medida; sus zapatos marrones, lustrados y sofisticados; su camisa blanca y su reloj Armani. Sus uñas estaban recortadas y con un poco de barniz transparente para darle más higiene y un aspecto más pulcro y cuidado.

Si había algo que Leo Sandoval odiaba eran las imperfecciones, porque gracias a eso, su familia había perdido todo. Gracias a los errores de su padre y las malas decisiones de su madre.

«No es momento de pensar en eso», se dijo molesto, por dedicarle unos segundos a sus recuerdos de infancia.

No había nada qué hacer.

Lo pasado, enterrado estaba.

Eso era ley de vida, de su vida. Era su mantra. No tenía caso darle mente a algo improductivo e innecesario.

Tomó el ascensor a los pocos minutos y subió al noveno piso del edificio, donde estaba su oficina y la de Rey. Allí, en el salón de reuniones, se encontraban los principales ejecutivos de Mega Inversiones, por ende, los mejores empleados.

Al llegar a la puerta, inconscientemente sus ojos se volcaron a la derecha, y se fijaron en el despampanante y electrificante color rojo de un arreglo de rosas, el olor comenzaba a inundar la oficina, la estancia, todo el lugar, es más, Leo llegó a pensar que era posible que ese aroma llegara incluso a la misma Avenida que estaba frente al edificio.

¿A quién diablos se le ocurría colocar un arreglo de flores en un lugar tan abierto y concurrido?

Las flores eran algo privado, no todos debían de estar condenados a olerlos o verlos.

Era sencillamente una estupidez, o quizás él lo veía así, porque no era un tipo que daba

flores, obsequiaba ropa de marca, chocolates, ni nada de esas trivialidades típicas que le gustaban a las mujeres. Era simple, al no compenetrarse tanto con una mujer, y al tener la facilidad de conseguir la que él quisiera, no había tenido la necesidad de cortejar a ninguna.

Ni siquiera a Sasha Marié.

Pasó de largo, obviando el hecho de que ese escritorio llevaba un mes vacío, seguro que ya Marcos había encontrado por fin a la secretaria que le hacía falta. Jatna Patrick, que era quien había estado con él por más de veinte años, solicitó su jubilación, y Marcos por la familiaridad que ambos habían creado por todos esos años trabajando juntos, mano a mano, codo a codo, se la había otorgado.

La mujer no tendría que preocuparse pensando de qué vivir durante el resto de su existencia, pues él sabía que su jefe, aparte de ser un tiburón en los negocios, tenía un alma caritativa, algo que quizás a él le faltaba aun por cultivar.

—Buenos días Leo, por fin llegas. —Marcos no dejó que él terminara de entrar, y se acercó de inmediato, caminando seguro y un poco enojado.

¿Enojado?

Leo lo miró confundido, sabía que había tardado unos minutos, a lo sumo veinte, pero tampoco era el fin del mundo, se dijo mientras colocaba el maletín en el suelo, al lado del puesto vacío. Toda la junta se giró hacia él.

—Buenos días, Marcos.

—Siéntate —le ordenó.

Si había algo que Leo Sandoval había aprendido en sus ocho años en la empresa, era que a Marcos no se le llevaba la contraria, no se le refutaba. No a menos que fueras estúpido o estabas muy seguro de que tenías razón en la discusión.

O quizás un poco de ambas.

Leo se quitó el botón del medio de la chaqueta, se acomodó en la silla negra, sacó su libreta y miró la pantalla con el proyector, allí destacaba un hotel en el Caribe. De eso se trataba la reunión, por eso urgía llegar a tiempo, escuchar y estar de acuerdo con todo lo que se iba a pautar. Marcos era un tipo rígido en los negocios, pocas veces se arriesgaba. Vivía de lanzarse a lo seguro, confiando en personas específicas, de las cuales no iba a llevarse una sorpresiva traición.

—Continúo… —Marcos dio una última mirada a Leo y el brillo en sus ojos marrones lo puso intranquilo de inmediato—. Paraíso Costa Diamante, está en proceso de compra y mejora, he conseguido, gracias a Sandoval, una oferta irresistible.

Los presentes aplaudieron por su logro, Leo se sintió un tanto retraído, no estaba a gusto con esas situaciones, él no hacía nada para darse a notar, lo hacía porque amaba su trabajo, lograr

lo imposible, conseguir lo difícil, lo que otros no pudieron. Todo lo que representaba un reto le cautivaba y envolvía, trabajaba arduo y sin parar hasta conseguirlo.

—Es un hotel costero, familiar, caracterizado por ofrecer eventos y bodas de los principales jeques, príncipes y políticos de todo el mundo. El acceso a figuras públicas es una de sus mayores fuentes de ingreso mensual. Se vio en bancarrota, según el presidente, por infidelidad del dueño y la solicitud de divorcio de la esposa.

—¿Lo compraste? —Leo no se andaba por las ramas. Sencillamente odiaba los preludios innecesarios—. Eso es lo importante.

—¿Estás ansioso Sandoval?

—Si lo compraste no veo caso en exponer por qué razón vendieron.

—Yo no le veo caso a que me interrumpas y de igual manera lo haces.

Silencio sepulcral. Nadie miró a Leo, pero él sabía que todos estaban al pendiente de sus siguientes palabras.

Pero no iba a darles el gusto. Ninguno de los allí presentes, sabía por qué razón a él le incomodaba tratar esos temas. Nadie se imaginaba que un hombre como él, tan duro, tan atractivo para el género femenino, pudiera ser víctima de una mujer manipuladora y de una posterior infidelidad consecutiva.

—En vista de que estás tan ansioso, pues lo diré sin más. Como medida preventiva, para proteger mi inversión, necesito tener ojos y oídos en el cambio de poder, así como también que alguien se asegure de que la inversión es segura. Tenemos quince días para hacer el depósito completo y finalizar la compra. —Marcos se detuvo frente al proyector y cambió de una foto a otra. La vista era excepcional. Marcos se giró a ellos y volvió a mirar a Leo, sonriendo como el gato que se comió al ratón después de un mes de persecución.

—¿A quién quieres allá? —Rey preguntó—. Estás redundado demasiado hoy, Viejito.

Leo miró a su amigo queriendo golpearlo, se conocían desde hacía años. Rey era el típico hijo de buena familia, educado en los mejores centros educativos y la mejor universidad. Su padre era un contador y su madre poseía una veterinaria sumamente famosa en Manhattan. Rey Roberts, de ojos oscuros y pelo castaño, lo miró levantando las cejas.

Ambos sabían que algo se estaba cocinando frente a sus narices. Lo único era que Rey se atrevía a preguntar cuando veía que Leo se reservaba las opiniones que podían ser contraproducentes para él o para Rey.

—Sí, Marcos. Habla claro.

—Sandoval y Roberts, ya que están tan ansiosos, ustedes serán los encargados de llevar la organización y adquisición. —Al Marcos pronunciar las palabras, el bolígrafo con el que había estado haciendo notas, casi se escapó de las manos de Leo.

Él odiaba viajar.

Mucho más cuando era algo de trabajo.

—¿Por qué no vas tú mismo? —No pudiendo evitarlo, Leo se levantó de la silla y encaró a Marcos—. Si tanto te preocupa esta compra, por qué no te aseguras tú mismo y vas.

—¿Qué significa eso, Leo? ¿Crees que no tengo gente de confianza? ¿Que no puedo tomarme unos días y dejar el trabajo importante sobre los hombros de mis dos tiburones preferidos? —Marcos dejó de mirar a Leo, el cual se sentó nuevamente y habló a los demás, tanto Polly como Ricardo, sabían que Marcos valoraba a cada empleado, pero que sus principales compradores eran Rey y Leo—. Pueden retirarse, veremos los temas pendientes más adelante. Tengo que irme antes de lo previsto. Pero antes de... —Marcos salió un momento y regresó al instante, seguido de... ¡La pelirroja!

—Quiero presentarles a la nueva integrante de Mega Inversiones. Sophia McAdams será mi asistente, ella se encargará de todo lo que Jatna realizaba. Como saben, llevo un mes sin ayuda, ya era justo. —Marcos puso una mano sobre el hombro de la joven mujer y la miró sonriendo—. Espero te sientas a gusto con nosotros.

—Gracias, Señor Marcos. Es un placer estar aquí.

Esa voz tan sensual le provocó un cosquilleo en la parte baja de su anatomía y su mirada se incendió.

Ella fue pasando su vista de uno en uno, sonriendo franca...

Hasta que llegó a él.

La mujer arrugó el ceño y lo miró como si fuese el mismísimo diablo con cuernos y tridente. Marcos lo miró a él, como si ya tuviera un juicio creado en su cabeza.

—Nada señores, pueden retirarse. Leo y Rey, favor quédense, necesito darles algunas pautas. Sophia. —Volvió a mirar a la joven y esta asintió como si comprendiera lo que él quería.

Parecía inteligente, quizás se había llevado una impresión errónea de ella.

—¿Secretaria nueva? —preguntó desde que la pelirroja se fue.

—Asistente —corrigió Marcos—. Asistente nueva, Sandoval. No te la tires. He pasado demasiado para conseguir a una asistente que valga la pena.

—¡Pero qué cosas dices!

—No te hagas el santo. Sé de buena fuente que nada te detiene cuando te encaprichas con algo. —Leo no pudo evitar mirar a Rey, casi acusándolo de lleno—. ¡Déjate de boberías! No fue Rey quién me contó que te involucraste con Tina Roger. Sé que estás en tu mejor momento como hombre, pero eso pasa, los años pasan. Debes comenzar a sentar cabeza y olvidarte de lo que

sucedió con Sasha.

—No entiendo para que traes eso a colación. No me importa ya lo que sucedió con Sasha. Eso está enterrado. —Aunque en esa misma mañana, casi una hora atrás, había estado pensando en ella.

—Te lo recuerdo porque no quiero verte llegar a los cuarenta y estar solo. Ya tienes treinta años, hijo, no importa que tan inteligente y hábil seas para generar dinero, estando solo, la vida y los logros materiales no sirven de nada.

—El dinero no da la felicidad. Pero qué bueno es llorar en tu propio yate en medio del océano —dijo Rey mientras se reía.

—No eres de ayuda.

—Ya vi cómo la miraste. —Marcos obvió la intromisión de Rey, e hizo como si este no hubiera dicho ni pío—. No la jodas.

—No la miré de ninguna manera. Tengo ese impacto en las mujeres. No puedo evitarlo —Aunque pecara de arrogante, esa era su realidad. Era a lo que estaba acostumbrado. Solo que Marcos no sabía que la pelirroja lo había mirado de esa manera por el comentario que le hizo antes de saber que era la asistente de él.

—Me vale verga. Vete con tu impacto a otra. Necesito una asistente. Y ella... —Marcos se detuvo, pasándose la mano por el pelo plateado peinado hacia atrás, casi al rape—. No importa. ¡Mantén tus manos alejadas!

—Lo que digas. ¿Solo eso? ¿No ibas a hablarnos del viaje? ¿En serio vas a enviarnos a República Dominicana?

—Tu facilitaste la compra. Te corresponde ir.

—Puedo cederlo. No tengo deseos de viajar. —Tenía pendiente una reunión importante con su hermana, después de casi dos años sin verse.

Rey los observó en silencio, él era de pocas palabras, y más cuando Leo estaba cerca para encargarse él de negociar.

—Necesito que vayas, porque eres en quién más confío para esta clase de compras. Tienes visión. Me recuerdas a mí cuando tenía tu edad.

—Gracias por la confianza Marcos, pero...

—Nada —interrumpió Marcos—. Irás. Se van los dos. Confío en que tomarán la decisión correcta. —Marcos caminó hacia la puerta y desapareció detrás del umbral.

—¿Iremos? Odio el calor en esos países caribeños, aunque las mujeres son hermosas.

—Vamos a trabajar, no a buscar mujeres.

Él no mantenía una relación con nadie en ese momento, no desde Sasha, pero siempre hacía un hueco para unas horas de placer.

—¿Viste a la nueva asistente de Marcos? Está que arde. —Ambos hombres recogieron sus cosas y caminaron a la salida.

—La tentación con piernas.

—¡Uy! —exclamó su amigo—. Me huele a interés.

—Ya veremos que nos trae la marea.

Y eso era una promesa.

No había conocido la primera mujer que se negara a su encanto natural y sex-appeal, esa pelirroja con traje de barbie y medias pantis color piel, que dejaban ver unas piernas delicadas y torneadas, no sería la excepción.

CAPITULO TRES

Sophia McAdams

—¿Qué harás esta noche? —Aria, su amiga, le preguntó por llamada, desde que ella abrió la puerta del apartamento.

Sophia estaba acostumbrada a que su intensa amiga, de ojos verdes y mirada traviesa, con curvas sumamente marcadas y piernas interminables, fuese la incitación a lo prohibido, la que en todo momento la invitara a ir a clubes nocturnos y a botar el golpe, como normalmente ella decía.

Sophia no era mucho de salir, no le gustaba andar en el medio, pues para ella, estar en lugares que involucraban alcohol, sexo desenfrenado, citas con desconocidos llenos de tatuajes, podía acabar mal, pues a temprana edad, había perdido a una de sus vecinas de esa manera.

Chapada a la antigua posiblemente, pero se recordaba constantemente que era mejor prevenir que lamentar.

—No lo sé, en verdad el día de hoy fue un poco agotador —le dijo colocando la cartera sobre la mesa del comedor y abriendo la nevera para servirse un vaso de jugo de naranja.

Puso el celular en altavoz para poder tomarse el jugo con tranquilidad.

—¿Agotador, Sophia? ¿En tu primer día de trabajo ya estás diciendo que fue agotador? ¡Por Dios! ¡Si tienes tres meses que no trabajas! —se burló Aria.

No importaba qué tan depresiva se encontrara, no importaba que emocionalmente se sintiera inestable, Aria Douglas, siempre estaba presta para darle con un bate de béisbol en la cabeza y traerla a la realidad.

Aunque en ocasiones esa realidad no era la misma que Sophia vivía o deseaba vivir.

—Sí, linda. Tengo tres meses sin trabajar, pero el día de hoy he encontrado una cantidad de papeles y documentos sin archivar cronológicamente que ni te imaginas. El escritorio estaba hecho todo un desastre, tengo pendientes que estoy casi segura pasaré una semana completa cumpliendo, y para colmo, esta noche quiero terminar por fin mi relación con Hermes. —Tomó aire al terminar de hablar, en verdad sentía que su día había sido terrible.

Decirlo en voz alta era un desastre, aunque le dolía un poco al pensar en la reacción que el hombre, con el que se había estado viendo por todo ese tiempo, iba a tener cuando le dijera que ya no deseaba continuar; lo cierto era que no le dolía cómo debía de haber sucedido, no le partía

el corazón ni tampoco le provocaba soltar un llanto descontrolado.

La idea de no tenerlo cerca no le causaba pena ni desasosiego, en cambio, la hacía sentirse extrañamente esperanzada.

Porque en verdad no se sentía a gusto con él, no estaba siendo complacida como ella sabía que merecía; de la única manera que podía llegar al orgasmo, era si se lo provocaba ella misma, después de un par de copas de vino se olvidaba que él no podía satisfacerla como ella merecía.

¿Acaso era mucho pedir? ¿Era mucho desear poder subir al cielo, alcanzar las nubes, tocar las estrellas, tomarse una piña colada mirando el atardecer en una sensación orgásmica extraordinaria?

¿Era mucho pedir para una joven de tan solo veintiséis años?

Ella entendía que no. No lo era, no podía serlo.

Se suponía que a esa edad es cuando más se experimentan cosas, cuando se conoce el cuerpo tanto del hombre como de la mujer. Entre los veintiuno y los treinta es la etapa perfecta para saber qué se quiere de la vida, tanto a nivel personal, profesional, como sexual; y perder el tiempo con alguien que no te hace sentir bien en todos los aspectos, no es correcto.

Es literalmente una pérdida de tiempo.

—No puedo creer que ya te decidieras a salir de ese energúmeno. Ya era hora que te dieras cuenta que no es para ti. Puede ser todo lo lindo que quiera.... Pero le falta vida. ¡Le falta sabor!

Aria nunca fue fan de Hermes, desde un inicio le decía que ella merecía algo mejor.

Aunque Sophia le prestaba poca atención a los comentarios sarcásticos y ofensivos que su amiga empleaba para referirse a otras personas, en ese aspecto, debía reconocer que tenía razón. Hermes era como un flan de leche sin azúcar ni huevos.

Nada.

—Amiga, ese tipo es un lento —continuó ella, como si ya no hubiese dejado claro su punto: odia a Hermes—. No sé cómo has aguantado tantos meses con él, de verdad creo que fuiste la primera mujer en su vida. No me importa que él diga que tiene experiencia.... para mí ese hombre jamás había visto un coño...

—¡Aria! ¡Dios mío! ¿Cómo puedes expresarte así? ¿Acaso no escuchas que voy a terminar con mi novio? Deberías consolarme, no tirarme a la cara lo idiota que he sido al estar con él.

—Pues más razón aún para salir. Tengo el club perfecto para esta noche. Lo inauguraron recientemente —puso su voz emocionada, como una niña con barbie nueva—, no te había dicho porque primero quería ir yo y evaluar el ambiente. ¿Y qué crees? ¡Está de puta madre!

—Tú y tus clubes nocturnos acabaran con mi inocencia.

Sophia conoció a Aria en su primer día de universidad, estudiando la carrera de administración de empresa, de la que posteriormente obtuvo el título con uno de los mejores índices de todos los tiempos.

Ellas dos eran como la sal y la azúcar, como el agua y el aceite, tan distintas pero se complementaban de una manera que nadie lograba comprender.

Incluso la madre de Sophia, en los primeros meses que comenzaron a tratar a su amiga, le preguntaba cada cierto tiempo qué veía ella en esa joven, qué la hacía mantenerla a su lado y desarrollar esa amistad.

En un inicio Sophia no lo entendía tampoco, pero luego comenzó a comprender que Aria Douglas era todo lo que ella no había sido por miedo a lo que la sociedad dijera. Aria era de armas tomar, era el vivo ejemplo de que se podía ser feliz haciendo lo que a uno le causara placer, no lo que la sociedad exigía y pautaba.

Aun sin romper las reglas.

Al menos no siempre.

—¡Ay no vengas a hacerte la remilgada! Ambas sabemos que tienes un vibrador de dieciséis centímetros dentro de la gaveta de tu mesita de noche y es el único que te saca hasta lo imposible... lo que no puede sacarte el novio bobo con el que estás. —Su amiga era insufrible. Siempre presta para decirle sus cuatro verdades a quien fuera.

—Debo comenzar a cuidarme y dejar de contarte secretos cuando estoy ebria. De ahora en adelante no habrá más *prosseco* para mí —aseveró muerta de la vergüenza. Ella no recordaba haberle contado esas cosas.

—Si no me supiera esos secretos sobre ti, no seríamos amigas, idiota —se mofó Aria riéndose—. Mientras más oscuros y ardientes sean los secretos, pues más feliz estaré de saberlo.

—Igual sé que tienes las esposas y una variedad de vibradores esperando para ser utilizados en cualquier momento —le dijo intentando quitar peso al hecho de que ella tenía, ciertamente, un vibrador en su mesa de noche.

—Pero, a diferencia de ti, yo no me avergüenzo de decir que los tengo y que me encanta meterme uno por delante y otro por....

—¡Cállate ya! —la interrumpió toda sonrojada antes de que su amiga siguiera diciendo palabrotas.

—Listo. Termina de hacer lo que sea que estés haciendo, te duchas, te pones regia —le ordenó como si no fueran ambas de la misma edad—. Es más, creo que deberías ponerte el vestidito ese negro que te regalé para tu cumpleaños y que jamás te pusiste por miedo a enseñar las tetas. ¡Lo que Dios te dio, que no lo esconda la tela!

—Te recuerdo que aún no soy soltera, sigo estando comprometida con alguien a nivel personal.

—Un hombre que no te provoca venirte como el mismo infierno, no tiene ningún poder sobre ti. Cuando un hombre no me toca como yo merezco, no lo considero parte de mi vida. Apréndete eso niña.

Cerró la llamada un poco nerviosa, pues sabía que su amiga era el mismo demonio de tasmania disfrazado de mujer, con pelo negro cortado estilo bob, las uñas pintadas de color rojo o algún tono chillón y extravagante, zapatos de tacón y lengua viperina.

Esa era Aria.

Pero no le quedaba otra que salir con ella. Ya le llamaría a Hermes desde el club y le diría que pase y se sienten a conversar. Solo que ella le daría una horrible noticia y estaba segura que era algo que su novio no se esperaba.

Solo deseaba no romperle el corazón al pobre hombre.

Pero es que no podía seguir con él, esperando que él se fuera después de tener sexo, para darse amor con su vibrador, saciando lo que Hermes jamás había podido.

De repente la imagen de un hombre de cabello oscuro y ojos azules le llegó a la mente.

Leo Sandoval.

Investigó sobre él de inmediato.

Soltero, codiciado por muchas, según la recepcionista del Mega inversiones, se había acostado con medio Manhattan.

Estaba segura de que ese hombre podía hacerla alcanzar el cielo con tan solo un chasquido de sus dedos.

Sé sintió húmeda con solo imaginarlo.

Pero no quería verse involucrada con alguien de la oficina.

Eso no había acabado bien la última vez.

Mejor se preparaba para verse con Aria en el club, y dejaba de pensar en el león puto de su nuevo trabajo.

CAPITULO CUATRO

Sophia McAdams

Se miró al espejo y se sintió cómoda como estaba vestida. Pocas veces ella solía admirar lo que había frente a ella, el reflejo de su cuerpo en el espejo era solamente la triste realidad que ella sentía día tras día, pues para Sophia, era un martirio tener que ver que sus pechos eran pequeños, tan pequeños como dos malditos limones, sus caderas estrechas y su culo, aunque un poco redondeado, era pequeño.

No se avergonzaba de lo que tenía, no era vergüenza lo que sentía, más bien era el deseo creciente, día tras día, de poder colocarse un vestido y que se ciñera por completo a su cuerpo, como lo hacía ese que se colocó, que le quedaba como un guante de látex. No había un solo espacio de su piel que el vestido no estilizara.

—Espero por tu bien, que estés lista, porque si no, vas a hacer que vaya a tu apartamento a buscarte y a sacarte, así sea por la maldita melena roja —Aria le amenazó al otro lado de la línea.

—No hace falta que uses ese vocabulario conmigo. Ya estoy lista —le dijo mientras se miraba una última vez.

Se había recogido el cabello en una cola alta y colocado unos tacones de color negro, dio dos vueltas más frente al espejo con el móvil en la mano. Siempre utilizaba el manos libres para así tener la oportunidad de hacer otras cosas a la vez.

Y más cuando se trataba de hablar con Aria. Definitivamente su amiga evitaba que ella pudiera concentrarse en otras cosas; mientras hablaba con ella, toda su atención debía enfocarla en Aria.

—Pues abre la puerta. Ya estoy aquí. —Sophia sonrió levemente.

Aún no se acostumbraba a las llegadas sorpresas de su amiga. A esa chica no le importaba llegar a los lugares sin ser previamente anunciada. Debido a eso fue que descubrió que su novio Cristhian le estaba siendo infiel con la supuesta prima que él le había presentado meses atrás.

Aria quedó en un estado de depresión que le duró casi una semana. Cuando las rupturas amorosas son así tan dolorosas, habitualmente una mujer normal tarda en recuperarse entre uno a tres meses, a veces más; pero en el caso de su amiga todo era extremo, así como sus sentimientos por alguien se volvían fuertes de un día para otro, también sucedía con el olvido, la rabia y el odio, los desarrollaba a niveles extremos. El olvido le llegó una semana después, cuando sacó a ese clavo que fue Cristhian con cinco clavos más, en un hecho que Sophia ha intentado olvidar

desde entonces.

Ella era abierta de mente, estaba en pleno siglo veintiuno, año dos mil diecinueve; no había cabida para esos tapujos neandertales y arcaicos. La vida se disfrutaba a la manera que una creyera conveniente.

Al menos eso decía Aria.

Sin embargo, aunque Sophia se consideraba espontánea en ocasiones, abierta a los cambios y a experimentar, jamás había tenido la oportunidad de soltarse, de dejarse ir, de dejar de frenar su ímpetu de nuevas experiencias.

Sophia siempre tenía algo que la retenía.

Según su amiga, solo no había conocido al indicado. Aunque Aria se encontraba con diferentes indicados cada año.

—Ya estás aquí —le dijo desde que abrió la puerta.

—Va-ya —expresó su amiga deletreando cada sílaba.

—¿Demasiado? ¿Muy justo? Me siento bien con él.

—Ya llegaron tus inseguridades. No entiendo qué te pasó, en la universidad no eras así.

—Se llama madurar Aria. Maduré, conseguí un trabajo, ahora tengo una imagen que mantener.

—Vale, como te sientas más feliz. Si quieres entramos a tu habitación, te amarramos una sábana en el cuerpo, que ruede hasta el suelo, te metemos la funda de almohada en la cabeza y de zapatos, dos fundas negras de basura. Seguro que así te sientes mejor.

Sophia se agarró el puente de la nariz para intentar controlar el deseo de pegarle en la misma cara a su amiga.

—Idiota —murmuró.

—Así me amas. —Ella se rio y subió los hombros como si no le importara en absoluto ofenderla—. ¿Nos vamos o qué?

Ambas mujeres salieron del apartamento de Sophia, detuvieron a un taxi para que las llevara a su lugar de destino, y veinte minutos después, estaban frente al club nocturno esperando que el gorila, alias seguridad de la puerta del bar, confirmaba que no llevaran nada afilado ni cortante y las dejaran entrar. El hombre las miró de arriba abajo, su amiga estaba vestida con un enterizo en cuero color amarillo mostaza, su piel blanca medio tostada destacaba como si hubiese sido una obra de arte pintada a mano. Su cabello negro recortado hasta el cuello estaba suelto y unos tacones de color dorado adornaban sus pies, estos debían de medir aproximadamente quince centímetros, una brutalidad de zapatos. Entonces, el gorila, de pecho amplio y mirada acertada e

intimidante, se fijó en ella. Sus ojos pasaron desde sus senos, hasta sus piernas. Hermes decía que ella tenía las piernas bonitas y torneadas, delicadas y blancas como la leche, porque, en definitiva, la vida no había sido suficientemente cruel dándole ese color rojo zanahoria en la cabeza desde que nació, sino que, aparte de todas las pecas que adornaban su cuello, mejillas y la mitad de su cuerpo, por no decir completo; también le había dado un color tan pálido que todas las venas de sus brazos y muslos se notaban a simple vista sin necesidad de esforzarse.

—Si quieres te consigo su número de teléfono —estalló Aria—. ¿Será que así nos dejarás pasar más rápido? —Se puso las manos en las caderas y miró al tipo a punto de pegarle una mordida si no las dejaba entrar.

—Aria, por el amor de Dios. Tranquila, seguro que el caballero nos dejará pasar en un momento —intentó tranquilizarla y quitarle peso a la mirada llena de rabia que le lanzaba al hombre.

—Pues ya como que no se me antoja dejarlas pasar —remató el guardia de seguridad, sonriendo cruel y satisfecho, pues él tenía el completo control de la situación—. Pase, señorita. —Le hizo señas a la joven que estaba detrás de Sophia.

—¿En serio? ¿Así quieres que sea esto? —Aria sacó su celular del bolso de mano y marcó a un número que Sophia no llegó a ver—. Samme, estoy aquí y tu estúpido y maleducado seguridad no me deja entrar.

El guardia abrió los ojos de inmediato, el miedo se le notó como si fuera una verruga en medio de la frente.

—¿Us-usted-es la que esperaba el señor Cassel? —preguntó entre tartamudeos, el hombre se dirigió ahora con más respeto a Aria.

Sophia no entendía para nada lo que sucedía. Tan solo era otro club. En ese momento, su celular vibró y miró la pantalla: Hermes.

Se debatió entre contestar la llamada o no. Ella debía tomar la decisión correcta. Su madre nunca le había dicho con quien salir, mientras que se protegiera, y no trajera al mundo a bebés no deseados con personas que no le eran adecuadas y valían la pena, su madre jamás se metió en sus relaciones sentimentales.

—Hola. —Decidió tomarla.

Era como retirar una bandita de una herida, mientras más rápido la arrancase, más deprisa pasaría el dolor.

—Tesoro, hola, ¿dónde nos veremos? —Otra vez su voz le daba esa sensación de castigo auto infligido.

—Estoy en un club con Aria. Esta cerca del restaurante donde cenamos hace como un mes. —En cualquier otro momento, con cualquier otra persona, ella hubiera recordado cada lugar que visitaba con dicha compañía—. Tengo que hablarte sobre algo... Importante. ¿Vienes?

—¿Bell and Pepper? —preguntó él, y ella escuchó cómo una voz femenina le decía algo a Hermes.

—¿Estás con alguien?

—No. ¿Cómo crees? Jamás te sería infiel —respondió él rápidamente.

—Eso no fue lo que pregunté. Pero gracias por aclararlo. Ahora ya no me cabe duda alguna.

—¿Dudas? ¿De qué hablas, amor? ¿Estás tomando ya? Te he dicho que tu relación con Aria no dejará nada bueno. Ya hasta comienzas a sonar como ella.

Ella miró a su amiga, que en ese momento saludaba de beso y abrazo, bastante acaramelada, a un hombre de tez oscura y pelo dorado, que salió del bar y se dirigió directo a ellas.

Aria la miró un momento después y le hizo gestos con las manos para saber con quién hablaba.

Ella articuló el nombre de Hermes.

Aria, sin darle tiempo a reaccionar, tomó el celular de Sophia y comenzó a hablar.

—Escucha bien porque no soy mujer de repetir. Deja de llamarla, deja de buscarla, no la molestes. Ella ya no es tu novia ni lo volverá a ser jamás. A partir de esta noche, borras su número y desapareces de su vida. Eres pésimo en la cama y no sabes cómo darle placer ni a una muñeca inflable. —Aria se alejó el teléfono del oído y se lo pasó sonriente a Sophia.

—¡Aria! —chilló entre risas y enojo.

No tenía idea de cómo reaccionar.

Pero todo lo que su amiga había dicho, era cierto.

—¿Es una broma? —preguntó él cuando ella tomó el celular—. ¿Te ríes de lo estúpida que es tu amiga? ¡Esa mujer no madura! ¡Es una idiota! En serio, Sophia, no sé ni entiendo, cómo es que sigues saliendo con esa mujer tan enervante.

—Lo que yo no comprendo es cómo he podido salir contigo por tanto tiempo. *¡Au revoir mon amour!*

Y cortó. Guardó su móvil en el bolso y miró a Aria, sintiéndose extrañamente feliz y liberada.

—¡Qué comience la fiesta! —gritó su pelinegra, abrazándola.

—¡Qué comience! —repitió ella.

CAPITULO CINCO

Leo Sandoval

Él se adentró en el club, los cuerpos moviéndose al compás de la música le pasaban desapercibidos. Tenía mucho tiempo sin ir a una discoteca.

Una semana.

Eso en la vida de Leo era por decir de alguna forma: bastante tiempo.

Él era asiduo a visitar todos los clubes de la ciudad de Manhattan, por no decir por las ciudades de todo el país, y en compañía de Rey, le resultaba fácil dejarse llevar.

Se sentaron en un lugar reservado, un sitio que les permitía observar todo, pero no ser observados. A Leo le gustaba la privacidad, tener su propio espacio, disponer de un lugar donde pudiera conversar sin que la música y el ruido de las demás personas interfiriera en cualquier tipo de relación que quisiera desarrollar con una mujer al azar. Era lo mismo cada noche, o más bien cada semana, pues en ocasiones había mujeres que valía la pena repetir.

Podía alargar la estadía en su vida por un buen polvo de un fin de semana.

—La música está bien —le dijo Rey.

Su amigo llevaba puesta una camisa de un plateado casi lumínico, el cual, a Leo, le hacía casi doler los ojos al mirarlo, pero Rey era así, dinamita pura y eso a las mujeres les encantaba.

Leo no. Él, en cambio, era completamente neutral, siempre vestido con colores calmados, típicos: blanco, negro, a veces un azul marino, pero siempre colores que pasaran desapercibidos, pues su presencia misma era lo que hacía que todos lo notaran al llegar. Él no necesitaba de colores extraños para resaltar.

Él era el verdadero león.

Desde que estaba en secundaria había marcado un precedente entre los demás hombres, aun con dieciséis años, los chicos a su alrededor sabían que cuando Leo estaba en el lugar, los ojos de las mujeres siempre iban a parar a él, no porque él intentara cautivarlas con su mirada o con su dinero, Leo tenía algo que a las mujeres les resultaba atractivo, y eso era la reserva que mostraba.

Él no tenía necesidad de andar contando lo que hacía o con quién lo hacía. No era un bocazas ni una pendejo. Si se follaba a una mujer, el mundo no tenía por qué enterarse. Sus relaciones sexuales eran consentidas, un acuerdo entre ambas partes, tanto ella como él, sabían

que no tendrían juntos más que un par de horas.

Llevaba tiempo así y le había resultado bastante bien y sin arrepentimientos.

—¿Me invitas un cosmopolitan? —le dijo una morena de pelo rizado, acercándose a él de manera tímida.

La mujer llevaba una blusa top que dejaba ver los pezones endurecidos, quizá por el frío o a lo mejor sencillamente tenía la libido bastante desatada esa noche. Llevaba puesta una falda roja tan corta que, si caminaba un poquito de prisa, podía dejar ver parte de sus nalgas con el suave movimiento de sus piernas al dar cada paso. La miró de arriba abajo sin disimular su escrutinio, la chica se sintió en las nubes, le brillaron los ojos y se metió el cabello detrás de las orejas, en un gesto nervioso y ansioso.

Leo sonrió con esa sonrisa lobuna que él solía darle a las mujeres cuando iba a rechazarlas cordialmente.

—A lo mejor en otro momento, hermosa, estoy seguro que más adelante, cuando ya me acomodo un poco al lugar, yo iré a buscarte.

La mujer se sintió satisfecha con su respuesta y en una servilleta anotó su número telefónico y se lo entregó directamente en la mano.

—Por si no me ves en el bar, a lo mejor estoy en el baño esperando por ti.

Rey casi se atora con la bebida que estaba tomando de ese momento, al escuchar la respuesta tan lanzada de la morena.

—¡Maldita sea, Leo! No entiendo cómo diablos lo haces. ¿Qué clase de embrujo es ese? De verdad que no sé qué diablos te ven las mujeres a ti.

—No sé a qué te refieres —murmuró dándole un sorbo a su trago de *bourbon.*

—Lo sabes muy bien. Esa mujer, si se lo pedías, fácilmente te folla encima de la mesa delante de todo el mundo. ¿No le viste el culo? Te hizo la pasarela solo para que la miraras.

—No me di cuenta —Y era cierto. Él estaba distraído y no entendía la razón.

Normalmente no rechazaba a una mujer con las proporciones de esa morena. Estaba seguro que ella podía darle unos minutos bastante satisfactorios.

—¿Qué te pasa hoy? Llegaste tarde y ahora me saltas con que esa mujer no te puso duro.

—No quiero hablar de eso.

—¿Sasha volvió a llamarte?

—No —respondió rápidamente.

—Ya veo. Te volvió a llamar. ¿Qué quería esta vez? ¿Follarte en un ascensor? ¿En un carro? ¡Ah no! Eso ya lo hiciste. —Rey le dio un trago largo a su vaso de cristal y lo chocó fuerte con la mesa también de cristal— ¡No iré a sacarte de la cárcel por exhibicionismo!

—¡No vayas! ¡Nunca te he pedido que vayas!

—Es una maldición para ti. Necesitas sacarte a Sasha de la cabeza. Esa mujer es una serpiente venenosa. ¡Se te metió en las entrañas!

—Y en los pantalones. —Leo se rio de su comentario. Pero tenía razón. Sasha Marié se había metido en su vida y en su mente. A pesar de su traición, caía en su red cada vez que ella tenía ganas.

—Debes dejarla ir hermano. Debes buscarte otra. ¿Crees que lo del clavo aplica solo para mujeres?

Rey se levantó del mueble en piel color negro en el que ambos estaban sentados, le hizo un gesto a una de las camareras para que rellenara su vaso. Ambos estaban bebiendo el mismo bourbon, tenían en común el mismo gusto por el whisky, bourbon y tequila.

—Es en serio Leo, esa mujer será tu perdición. —Su amigo le dio una palmada en el hombro y se dirigió a una chica que estaba en la barra, sentándose en uno de los taburetes coquetos con forro también en piel color negro, que iban a juego con toda la decoración del club.

La mujer acababa de llegar junto con otra de cabello pelirrojo y de inmediato su mente evocó la imagen de la nueva asistente de Marcos, esa mujer de ojos brillantes y expresivos, ella no había caído fácilmente en su red, sus comentarios provocadores no habían hecho mella en ella. No sabía cómo tomarlo. En el transcurso del día, había pasado dos veces por frente a su escritorio sin necesidad alguna, Marcos casi le lanzó un florero al verlo entrar la segunda ocasión, pues sabía detrás de qué andaba, lo conocía, él era lo más semejante a un padre que había tenido, a uno de verdad, uno que podría admirar y que, ciertamente, admiraba, aunque no compartieran el mismo tipo de sangre.

—No pierde tiempo —pensó en voz alta y sacó el móvil para ver si tenía mensajes.

Lo cierto era que esa noche él no estaba de humor para sexo.

Y eso le aterraba.

Un reflejo en el cristal del techo capturó su atención y le hizo mirar en la multitud intentado enfocar el motivo de su interés.

Ella caminó entre los cuerpos sudorosos y embriagados, tanto de alcohol como de placer, y probablemente, de alguna clase de pastillita para encender lo que su cuerpo no podía solo.

Se levantó como si estuviese hipnotizado y siguió la silueta de la mujer.

Se detuvo frente a los baños de damas y esperó como si fuese un acosador, se maldijo por

eso, y con una sacudida de cabeza se dispuso a irse.

Pero entonces la puerta se abrió.

Y allí estaba ella. El motivo de sus idas a la oficina de Marcos ese día.

Allí estaba la pelirroja, llevaba un vestido negro de esos que quitan el aliento, que se ajustaba en cada parte de su cuerpo, dejando muy poco a la imaginación.

—No creí que fueses la clase de mujer que visita estos lugares —le dijo, recostado su cuerpo de la pared y metiendo las manos en los bolsillos de manera despreocupada y segura.

—Es un país libre. —Definitivamente él no le agradaba.

—Lo sé. Solo digo que...

—Sé lo que dijiste y lo que quisiste decir —le interrumpió ella—. Crees que soy una mojigata que no puede ir a lugares como este porque prefiere quedarse en casa con una taza de chocolate caliente, mientras ve una serie de Netflix y espera por la medianoche para que el sueño la venza.

—Básicamente —reconoció él sonriéndole, como si ella le hubiese hecho alguna clase de chiste.

—Pues te equivocas en algo.

—¿No tomas chocolate caliente sino té de camomila? —se burló de ella, él se rio de su propio chiste.

—No. —La pelirroja se acercó a él suavemente, contoneando sus caderas, se pegó a él hasta que no le dejó espacio ni para sacar las manos de sus bolsillos.

—¿En qué me equivoco, según tú? —preguntó casi en un susurro y con la voz gutural. Una erección se produjo casi al segundo de tenerla cerca.

Sin esperarlo, sintió cómo la mujer metió una de sus manos entre sus cuerpos y agarró con fuerza sus testículos.

—Puedo ser la santa y la diabla a la misma vez.

CAPITULO SEIS

Leo Sandoval

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le preguntó él, completamente aturdido por su atrevimiento.

Esa pelirroja lo había sorprendido, agarrado con la guardia baja y, literalmente, cogido de las pelotas.

—¿No viniste a eso? ¿No viniste buscando ser cabalgado por una puta dentro del baño de un bar? ¿No me perseguiste porque viste mi silueta y me reconociste? ¿Qué? ¿Ahora no eres tan león como antes!

A Leo casi le da un ataque cardíaco, un paro respiratorio y una embolia pulmonar, combinado con un aneurisma en el lado izquierdo de su cabeza, todo eso al escucharla hablar con esa voz tan seductora y, a la vez, tan mandona.

Mierda, esa pelirroja de verdad que tenía cojones.

Comenzaba a considerar seriamente que se había equivocado con ella cuando la conoció en la recepción de Mega Inversiones. Él la miró sonriendo de medio lado, la boca de ella estaba muy cerca de la suya, miraba hacia arriba, pues Leo le sacaba casi dos cabezas de altura, a pesar de que ella iba encaramada en unos tacos que parecían ser bastante incómodos, pero que, aun así, las mujeres se empeñaban en utilizar, para verse más estilizadas y sentirse más poderosas.

—Si quieres que te mate las ganas en el baño del bar, estoy más que dispuesto a hacerlo, pero si...—Él subió sus manos por los brazos descubiertos de ella—. Si lo único que quieres es provocarme, tentarme y saber cuál de los dos es capaz de sucumbir ante la tentación... déjame decirte que estás perdiendo el tiempo, porque soy un león y no en vano llevo el nombre desde que nací.

El vestido que ella llevaba puesto era sin mangas y dejaba al descubierto toda su piel de satén, blanca como la nieve, su cuello estaba completamente liso, impecable, unas pequeñas motitas marrones que salpicaban su piel, dándole una apariencia más natural.

Ella era sencillamente hermosa.

«¿Qué clase de pensamiento tan marica era ese?»

Se preguntó así mismo, sin pronunciar las palabras en voz alta.

—¿Te crees muy macho, cierto? ¿Te crees tan poderoso que todas las mujeres deben sucumbir ante ti? —Ella apretó un poco más fuerte sus testículos, sin hacerle daño, pero lo suficiente como para que su pene estuviera completamente erecto, duro como una roca y dispuesto a desempeñar la función por la que él había venido al mundo—Te diré algo, estoy deseosa de follar sin compromiso, de que me hagas llegar al orgasmo con tu boca...

Él soltó un gruñido en respuesta y apretó los ojos, pues estaba a punto de perder el control, de subirle la falda hasta las caderas y apoderarse de ella. Ponerla de frente contra la puerta de los baños, colocando sus manos en la superficie fría de la puerta, agarrándolas con una de las suyas y evitando que se moviera. Él tenía la experiencia y la agilidad suficiente para, con una sola mano, desatarse la correa, bajarse los pantalones y el bóxer y liberar a su miembro erecto y muy lento introducirse en su coño, que seguramente estaba húmedo, palpitante y deseoso de ser poseído.

¡Joder!

Es que solamente de pensarlo su miembro palpitaba angustiado, desesperado por salir de la prisión en la que estaba siendo sometido.

—No me creo, lo soy. Soy el que puede hacer que te corras como en una maldita orgía sin usar ningún juguete. Imagina mi boca en tu coño humedecido, resbaladizo, vibrando por ser tocado...

—¿Si? ¿Crees que puedas conmigo? —preguntó ella antes de acercarse tanto a su boca que Leo dejó de respirar unos segundos, creyendo que iba a besarlo....

Pero ella se agachó frente a él, soltó sus bolas y sin mucho miramiento desató su pantalón, e hizo precisamente, lo mismo que el había estado pensando, para su sorpresa y deleite.

Su pene salió directo, saludando, deseoso de clavarse en ella.

—Mierda... —murmuró cuando las manos pequeñas de ella se apoderaron de su falo y lo apretaron ligeramente. Sin moverlo, la pelirroja, de la cual había escuchado su nombre ese mismo día temprano en la oficina, pero que en ese momento no podía recordar ni el suyo propio, se metió su pene hasta el fondo, haciendo una garganta profunda y absorbiendo como si de una paleta de bizcocho se tratara.

Leo siseó preso de la pasión.

Agarró a la mujer del moño y la sostuvo con firmeza, no sabía si debía alejarla o mantenerla con la boca pegada a su parte más sensual, más poderosa, a su masculinidad.

Mierda.

Si seguía chupándolo de esa forma, se iba a correr antes de que pasaran dos minutos.

La mujer subía y bajaba la cabeza, haciendo movimientos circulares con su lengua, sacándolo y saboreando por fuera cada pequeña vena que sobresalía de su pene, el cual estaba a

su máxima capacidad.

La mujer intensificó el movimiento de sus manos y de su boca, hasta que Leo ya no supo más de él y apretó los puños intentando anclarse a la poca fuerza de voluntad que le quedaba.

—Levántate —gruñó—. Levántate y deja que te coja como nadie lo ha hecho.

—¿No te has dado cuenta? —murmuró ella levantándose, dejando a su pene sintiéndo el frío por la ausencia de sus manos—. No eres tú quién lleva el control.

En ese momento la puerta se abrió y la morena que se había acercado a él momentos atrás, apareció, los miró de hito en hito y un rubor subió por sus mejillas.

—¡Uy! ¡Perdón!

—Tranquila. Yo ya me iba. —la pelirroja lo miró un segundo y sonrió, lamiéndose la comisura de la boca y pasándose un dedo por su labio inferior, para luego, sin dejar de verlo directamente a los ojos, introducirse el dedo y chupar cualquier gotita de su semilla que quedara en su mano y su boca, pues él había estado tan excitado que estaba seguro que había dejado caer un par de gotas del líquido preseminal sin desearlo.

Pero debía admitir que la visión de ella chupando su dedo solo hizo que se pusiera aún más duro.

—Tú...

—Disfruta tu noche, León.

La morena se hizo a un lado mientras miraba al pene de Leo aún fuera de su ropa interior.

Joder.

Que vibora.

Esa pelirroja era una maldita serpiente de cascabel.

Lo había secado, drenado sus ideas, alejado cualquier pensamiento coherente con el poder de su boca sobre su pene.

—Si quieres... —la morena le sonrió traviesa y se relamió los labios, mientras terminaba de entrar y cerraba la puerta con pestillo.

—No gracias.

Por primera vez había rechazado a una mujer mientras su miembro estaba duro como un maldito iceberg.

Todo gracias a esa pelirroja.

Era a ella a quien deseaba.

Ella era quien debía terminar el trabajo que había comenzado.

Se había burlado de él, de su sorpresa al agarrarlo por donde más le costaba pensar.

No le importaban las miradas de las personas, mucho menos la de la morena que lo miraba como si él fuese una especie de adonis caído del cielo.

La vergüenza no formaba parte de su vocabulario, al menos no la vergüenza por lo que los demás pudieran comentar sobre él, aunque incluso así, mantenía su vida privada, precisamente como su nombre lo indicaba, en privado.

Eran las mismas mujeres con las cuales follaba las que comenzaban a comentar lo que él les había provocado. Vendiendo su producto sin necesidad de pagar publicidad. Así fue justamente como Marcos se había enterado de su reputación de casanova.

Ninguna mujer lo había rechazado, mucho menos después de tenerlo duro y dispuesto.

Se arregló despacio y la morena se acercó a él, acariciando su brazo izquierdo y estrujando sus tetas en su pecho.

—Puedo terminar lo que ella comenzó, mi corazón. Es más, si me quieres llamar por su nombre, puedes hacerlo, no me importa. —ronroneó la mujer de manera sensual.

—Lamento declinar la oferta, pero no es tu boca la que quiero —Ella hizo un puchero, haciéndose la ofendida, o quizá, ciertamente lo estaba. Pero eso a Leo lo traía sin cuidado.

Necesitaba salir de allí cuanto antes.

Necesitaba volver a ver la pelirroja y, con suerte, poder llevársela esa misma noche a la cama.

Las cosas no se quedarían así.

La balanza siempre estaba a favor del león, no de su presa.

CAPITULO SIETE

Sophia Douglas.

Sophia salió a toda velocidad del baño, como si el mismo demonio la estuviera persiguiendo, tocando casi sus zapatos de tacón. Caminó de prisa atravesando todos los cuerpos sudados que estaban bailando en la pista de baile, gozando de lo lindo mientras ella estaba temblando de cuerpo completo. Se apresuró todo lo que sus tacones le permitieron, dando grandes zancadas para poder llegar a la barra, donde había dejado a su amiga Aria.

¿En qué estaba pensando? Se preguntó mientras caminaba deprisa.

¿En qué demonios había pensado cuando le había bajado el pantalón a Leo Sandoval? ¿Acaso estaba loca? ¿Había perdido el juicio al terminar con Hermes? ¿Acaso pensaba que esto no iba a tener consecuencias?

¡Mierda, mierda, mierda! Se dijo una y otra vez, murmurando mientras caminaba por todo el bar.

¿Por qué demonios había tenido que ir a un bar tan grande, tan espacioso y aún así tan lleno de gente por la inauguración?

—Nos vamos —le dijo nada más ver a Aria—. Nos vamos pero ya.

—¿Te has vuelto loca? ¡No tenemos ni media hora aquí! —Aria gritó para hacerse escuchar, pues la música del club estaba bastante alta.

Las luces colgadas como esferas de colores, le comenzaban a molestar en los ojos a Sophia.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que estaba soltera y que hiciera lo que quisiera? ¿Recuerdas lo de la noche loca?

Aria abrió los ojos de par en par y se acercó hasta que sus cuerpos se apretujaron en un abrazo.

—¿Qué hiciste, maldita zorra? ¿Ya te co...?

—¡Sshh! —chilló ella casi perdiendo los estribos—. Metí la pata. ¡La metí hasta el fondo!

—¡Oh no! ¡Eso sí que no! Esta noche no se vale arrepentimientos. A quin te cogiste que se joda. No buscas relación. Hay muchos peces en el mar. Es más, si viene y se acerca, déjamelo a mí, yo me encargo de despacharlo.

Y no lo dudaba.

Aria podía ser un dulce caramelo de navidad o una maldita perra, todo dependía de quien la encabronara.

—Me molesta tu cara —Se giró al barman y gritó con las manos en ambos lados de la boca para que su voz sonara más alta—¡Tequilas! ¡Con limón y sal!

—Aria...

—¡Dobles! ¡Que sean dobles y hasta que el cuerpo aguante!

Se rio como tonta y le pasó el chupito, mirándola como si fuera capaz de pegarle si no se tomaba el tequila.

Sophia miró a todos partes, ella sabía que, en cualquier momento, Leo vendría a buscarla.

¡Lo había dejado con una maldita tienda de campaña entre las piernas!

Al ser hija única, su mamá se esforzó para que nadie le hiciera daño, prepararla para un mundo despiadado, lleno de malhechores, drogadictos, abusivos y manipuladores.

—Nunca le aceptes tragos a nadie. Luego se creen con el derecho de tocarte y cobrarse el costo de la bebida con tu cuerpo.

—Mamá, la gente no hace eso. —le decía ella entre risas y sonrojos.

—Fui joven una vez, mi dulce Sandia —su madre la llamaba así por las pintas claras que traía la sandía, tal y como era ella, con las pecas por todas partes—. Fui joven y muy atractiva. Podía tener sexo con quien quisiera.

—¡Mamá! —Llena de sonrojo la miró con la boca abierta—. No necesito escuchar con cuántos te acostaste.

—Con ninguno. Ese es el punto no lo hice porque no provoqué a nadie. La liberación femenina es relativa. Los hombres cogen hasta donde les permiten. No puedes andar por el mundo ofreciendo para luego salir corriendo.

—No voy a hacer tal cosa.

—No conoces la mente de los pervertidos. —Su madre se sentó junto a ella en la cama y se colocó el pelo rojo detrás de las orejas puntiagudas y pequeñas—. No se trata de que no tengas el derecho de echarte para atrás cuando llegues al motel. Se trata de que no conoces la mente de ese pervertido. No sabes si lo tomará bien o si querrá forzarte. —Su madre suspiró como si estuviese cansada de hablar lo mismo con ella, sin surtir efecto—. Y como me enseñó Flor Santiago en aquel restaurante en Miami: Después que el palo está dado, ni Dios lo quita.

Ahora, mientras de un trago se tomaba el chupito doble de Tequila, y mordía la media luna de limón, por su mente solo pasaban esos recuerdos.

Y ella lo había tentado.

No solo tentado, casi lo había violado. Se había aprovechado de que le gustaba.

Mierda, le gustaba a un tipazo como Leo Sandoval.

Y de no haber sido porque recapacitó a tiempo, estaba segura que se habría dejado poseer por ese león en el baño del bar.

—¿Mejor? —cuestionó su amiga con los ojos inyectados de energía.

Y ella misma se sentía más capaz de hacer lo que quisiera.

Parecía que el tequila no fue tan mala idea después de todo.

—Tú —la voz de Leo le habló al oído, y su cuerpo sintió una descarga eléctrica del tamaño de Alaska.

—¡Ey! Papacito, aléjate de mi chica. Es mi amiga y no está en... —Aria miró a Sophia e interpretó su mirada escurridiza y avergonzada.

No tuvo que pasar ni un segundo más viéndola a los ojos para darse cuenta, el tipo que estaba detrás de ella era el *problema* al que se había referido cuando salió del baño.

—Leo. —Él le extendió la mano por un lado de su cuerpo y su amiga la sostuvo con la mirada puesta en ella, sin percatarse del mar de nervios que comenzaba a inundarla.

—Aria. —Luego del apretón se soltaron y su amiga lo evaluó de los pies a la cabeza.

Ella tenía que mirarlo. Tenía que enfrentar el demonio que había invocado en el baño y al cual le había salido corriendo como si su vida dependiera de ello.

Culpaba a Aria por su reciente estupidez, por su momentánea falta de cordura.

«*Disfruta la vida Sophia. Solo es una y la estás perdiendo por no gozarla.*»

Eso era lo que cada semana, dos y tres veces al día, tenía que escucharlo, condenada a oír cada vez que gimoteaba por cómo no hacía nada emocionante en su existencia

Y cuando al fin decide alocarse, tuvo que ser con Leo.

Leo Sandoval.

No pudo haber sido un tipo cualquiera del club atestado de gente.

Lo enfrentó con la barbilla en alto y uno de los brazos cruzado frente a ella. Haciendo que sus pechos, del tamaño de un limón, destacaran y que los ojos de Leo, fueran de inmediato a ellos, aunque solo por un segundo.

—Necesitamos hablar —gruñó. Y aunque la música estaba bastante alta como para haberlo escuchado, ella no sabía si solo había leído sus labios o si él tenía poderes telepáticos y se lo había gritado mentalmente.

—¡Dame otro doble! —le pidió al barman vestido de negro, el cual la miró y luego miró a Leo.

Un segundo después, le dio un trago largo al chupito y no le quitó los ojos de encima a Leo.

Si creía que con sus ojos azules como el mar, iba a intimidarla, estaba bien jodido.

Ella no era mujer de amedrentarse.

Y menos después de tener cuatro tragos de tequila en la cabeza.

—¿A dónde te crees que vas? —Aria la agarró del brazo antes de que diera dos pasos lejos de ella—. ¿No era precisamente de ese tipo que querías escapar hace menos de cinco minutos?

—Le bajé los pantalones y le chupé la polla como una maldita demonia. —Sophia se rio de su propia ocurrencia—. Merece una disculpa.

—O que le termines el trabajo —le dijo Aria sonriendo sarcástica.

—A lo mejor yo quiero que lo termine. —Quizá era el tequila, o tal vez su deseo de saber si era capaz de sentir verdadero placer con un hombre, lo que la impulsaba a irse con Leo.

—No hagas nada que yo no haría. —Su amiga le dio un beso y luego dirigió sus ojos a Leo, l cual seguía detrás de ella como un maldito guardaespaldas—. Tú —le dijo apuntándole con el dedo índice—. Si llega con un rasguño, te corto las pelotas y te las doy de comer con salsa tártara. ¿Copiado?

—Buenas noches, duende —le dijo él, y pasó por el lado de su amiga, sin agarrar a Sophia de la mano, sin halarla, sin obligarla a seguirlo.

Pero ella deseaba ir tras él.

Quería averiguar lo que podía salir de esa noche con un hombre tan dominante como Leo.

—Qué maldito idiota.

—¡Pero qué bueno está! —contraatacó muerta de la risa.

Definitivamente el tequila había roto las barreras y la había convertido en una mujer más desinhibida.

—Eso lo reconozco. —Aria pasó las manos por su pelo, lo alisó un poco, pues algunos mechones se le habían escapado, le dio un beso en la mejilla y le agarró de la barbilla para que le prestara atención a lo siguiente que iba a salir de sus labios—. Con cuidado y con condón, todo sale mejor. Ve y gózatelo. Mañana me cuentas.

Sophia respiró un par de veces y se dirigió a la salida, justo por donde Leo había desaparecido.

¡Que Dios la ayudara!

Iba a pasar la noche con un desconocido.

CAPÍTULO OCHO

—¿A dónde vamos? —le preguntó mientras se colocaba el cinturón.

Nunca se había montado en un *Mercedes*.

¡Cuánto lujo y glamour!

—¿No querrás que te posea en el baño del club o sí? —Él no la miró pero ella sintió su presencia como si lo estuviera.

Leo Sandoval es la encarnación de lo prohibido, de la tentación, del lobo feroz del que ella debe mantenerse alejada como si fuera la peste.

Pero no pudo.

Quizás por culpa de los chupitos de tequila, a lo mejor porque tenía ganas de una noche loca.

O quizás porque desde esa mañana no había podido dejar de pensar en él.

—No me arrepiento de mis decisiones —le responde, aunque una voz atrevida le pellizca y grita que sí—. ¿A dónde vamos? —vuelve y pregunta.

No le gustan los misterios, ni las sorpresas.

Quizás por eso estuvo por todo un año con Hermes.

Con él no había sorpresas.

Ni orgasmos.

«Mierda, otra vez esa voz chismosa y entrometida», gruñó incómoda.

—Si quieres morderme, espera a que lleguemos a mi departamento.

Él tomó la Park Avenue y dobló en la 99th. Sophia no se perdió sus movimientos, sus manos agarran, seguras y precisas, el volante del carro. Su rostro está concentrado en la avenida, sin mirarla, sin rozarla, sin mover un solo músculo.

Sophia se preguntó si seguía respirando.

Un temor desconocido comenzó a apoderarse de ella.

¿Se estaba arrepintiendo?

Mierda. No podía ser que ahora su cerebro decidiera reaccionar y saliera a hacer señales de humo, para llamar su atención y ponerla a pensar en lo que realmente debía hacer.

¿Acostarse con Leo Sandoval?

Eso era peligroso. Muy peligroso.

Ese rubio en todo su esplendor era peligroso.

Tanta seguridad hacia que ella se sintiera retraída.

Él parqueó el carro por fin frente a una torre altísima, una que Sophia, aun con tanto tiempo viviendo en Manhattan, no había visto.

«Porque es zona de ricos y snobs», volvió a gritarle la voz, esta vez, comenzó a tomar cara y cuerpo.

Ella misma de niña.

Sacudió la cabeza, intentando escapar de sus ojos acusatorios.

Leo salió del carro y Sophia se permitió respirar un par de veces, dejando que su aliento casi hiciera vaho en el carro.

Sus manos sudaban y sus pies, con tacones comenzaban a incomodarle.

La puerta del copiloto se abrió y apareció la mano de Leo, extendida hacia ella, con toda la intención de que la tomara para bajar del carro.

«Todo un caballero», se mofó su yo pequeña.

—Perdona —le dijo, y se quitó los zapatos que la estaban matando—. Estás a tiempo de arrepentirte —expresó cuando vio la cara de espanto que puso mientras ella se sacó los tacones y movió los pies con una pedicura de hacía una semana.

Joder, había olvidado retocarlo.

—No pensarás entrar descalza… ¿o sí?

Todavía no se lo creía, y eso a ella le pareció de lo más hilarante.

—¿Qué? ¿Poco usual para ti, Leo?

—Jamás visto. —murmuró él mientras ella bajaba del carro, sosteniendo su mano.

Sophia sintió una descarga eléctrica, un cosquilleo extraño, peculiar, tanto así que subió la cabeza de golpe y se dio cuenta que Leo la miraba con sus ojos azules penetrantes.

Eran dos pozos de agua cristalina.

Él cerró la puerta tras ella. Sophia tenía su bolso en una mano y los zapatos en la otra.

Anduvieron agarrados de la mano por lo menos dos pasos, hasta que Leo maldijo y la alzó en vilo.

—¡Pero qué haces! —exclamó sintiéndose como una tonta—. Bájame ahora mismo.

—No vas a ensuciar esos delicados pies ni vas a ocasionarte ampollas. Nunca puedo entender por qué ustedes, las mujeres, se empecinan en usar esas desgracias, si al final de todo, se los quitarán para tener sexo.

Ella no podía rebatir su lógica.

Al menos no en ese momento cuando su calor abrasaba su piel, produciendo que su vientre sintiera minúsculos espasmos.

Aspiró disimuladamente el olor de su perfume, almizcle y canela.

Casi soltó un gemido. Ese hombre definitivamente era un pecado capital.

Existían los siete pecados y luego, al final de la lista, había un mensaje en letras pequeñas: *Ándese con cuidado, Leo Sandoval es de temer*.

Él saludo con la cabeza al guardia de seguridad de la puerta, que no mostró ningún gesto de sorpresa por verlo llegar con una mujer en brazos.

La cabeza de Sophia daba vueltas, comenzaba a marearse. Comprendió que, a lo mejor, tomarse esos chupitos no había sido tan buena idea.

Ella no solía tomar, no lo hacía, era una regla que se había impuesto desde que se dio cuenta que, al estar ebria, cometía estupideces, y decía cuanta basura le llegaba a la mente.

—Pierre, estaciona mi carro. —Le pasó las llaves y el hombre robusto y con cara de pocos amigos asintió enfático—. Puedes guardarlas aquí. Luego bajo a buscarlas.

—Claro, señor.

Leo continuó su trayecto al ascensor, sin inmutarse por el peso de ella en sus brazos.

Las paredes del Lobby eran de un blanco tan blanco como las mismas puertas del cielo.

Al menos como las pintaban en las películas de ángeles y paraíso.

—Bájame —le pidió, mientras se intentaba remover de sus brazos.

—No. No vas a pisar el suelo donde han caminado cientos de personas, sin saber lo que ellos tienen en sus zapatos.

—¿Siempre eres tan intenso?

—La intensidad es uno de mis mejores dones.

—No creo que eso sea un don —le dijo ella a punto de echarse a reír.

Por la expresión de Leo, supo que lo había incomodado.

Así que se disculpó y esperó a que el ascensor se detuviera en el piso de Leo. Fuera cual fuera el de él.

Se notaba que era un tipo elegante, con clase, algo que no había adquirido simplemente trabajando en Mega Inversiones. Su porte y forma de caminar, de vestir, denotaba que era un tipo seguro de sí mismo y con más modales que el rey de España.

Por fin el ascensor se detuvo y con un rápido movimiento, él llegó a la puerta, donde Sophia supuso, se encontraba su guarida del placer.

No debía incomodarle que él llevara a todas las mujeres allí.

A fin de cuentas, esa noche no iba a ser diferente a las demás para él, se trataba de un polvo, quizá dos.

Nada más, nada menos.

Se mordió los labios insegura al sentir el aire fresco del apartamento de Leo, lentamente él la depositó en el piso.

—Gracias, pero no era para nada necesario que me trajeras en brazos —murmuro ella, mientras retorcía sus manos y los zapatos se movieron al compás de sus movimientos.

Si él se dio cuenta de lo nerviosa que comenzaba ponerse, no lo hizo notar.

—¿Vino, whiskey, cerveza? —su voz era una delicia, ronca, grave, seductora.

Ahí estaba el pálpito otra vez.

—Lo que quieras. —murmuro ella, todavía de pie en la entrada.

Leo al menos había cerrado la puerta, porque si no, cualquiera que pasara por allí, creería que ella no deseaba estar en el apartamento.

Quizá era sí.

—Pelirroja, ¿estás nerviosa? —Leo se acercó lentamente, como una gacela, disfrutando de cada segundo—. ¿Estás nerviosa?

—Sophia —farfulló—mi nombre es Sophia.

—Me gusta más Pelirroja.

—Lástima que no fuiste tú quien me declaró al nacer.

Él sonrió y unos llamativos colmillos relucieron en su dentadura perfectamente blanca y alineada.

—Vuelvo y lo pregunto. —Él se acercó aún más, hasta que sus cuerpos estuvieron tan pegados como los zapatos y la cartera de Sophia lo permitieron—. ¿Te estás arrepintiendo? Porque en verdad parecías bastante segura cuando me bajaste los pantalones en el baño y me metiste en tu boca.

Sophia soltó los zapatos, los tiró, los lanzó, ella no supo.

Lo único que pensaba era que los nervios y el miedo no dejaban nada bueno, solo pérdidas y remordimientos.

—¿Crees que me pones nerviosa? —susurró ella pegando su boca a la de él, sintiendo su aliento entrecortado y su respiración pausada—. No tienes manera de hacerme sentir nerviosa.

Él sonrió, como si no creyera ni una palabra de lo que ella decía.

La agarró de la nuca y apretó su boca contra la de ella, invadiendo sus labios, adentrndose con la lengua, sin pedir permiso, sin esperar a que ella se lo permitiera. Mordió su labio inferior intensamente, chupó y lamió como si su boca fuese un helado a punto de derretirse.

Mierda, ella se estaba derritiendo en sus labios.

Le devolvió el beso, ansiosa, angustiosamente desesperada por sentirlo en todas partes.

—Tu boca es un pecado... —dijo y la pegó de la puerta, bajó su mano de la nuca y la agarró de la cintura, apretándola hasta que sintió la presión de su pene en su vientre.

Ella ya lo había visto, y el hecho de que las imágenes de ella agachada, frente a él, con la mirada azul acerada y vidriosa de él, observando cada vez que ella se introducía su pene en la boca, saboreándolo, aceptándolo, adorándolo como una poseída, no ayudaron a que su libido se controlara.

No. Para nada.

Solo se encendió aún más.

Él subió su vestido hasta las caderas y la levantó, ella abrió las piernas sin que él se lo pidiera, y le rodeó la cintura.

Gimió duramente contra sus labios.

La estaba volviendo loca y solo con un beso.

—No dejes de besarme —le ordenó, mientras él comenzaba a caminar por el apartamento.

Ella hizo lo que le pidió, aunque no se lo hubiese dicho, ella no deseaba alejarse de él.

Leo representaba el éxtasis del cual un yonki intentaba curarse.

Ella besó su cuello, mordisqueando su oreja, escuchándola gemir la abrazó con brío, haciendo que sus tetas se aplastaran contra su pecho.

Lentamente, Leo la depositó sobre una superficie plana y Sophia abrió los ojos, dándose cuenta que estaban en la cocina de él, y que ella estaba sobre la encimera.

Él depositó otro beso en su boca, esta vez, más suave, menos urgente.

Se separó de su cuerpo y la observó detenidamente.

Estaba segura que su rostro debía ser una mierda. Sonrojada, con el labial corrido por los besos tan intensos que habían compartido y el pelo desarreglado, el cual sentía que le caía casi desmadejado sobre los hombros desnudos.

—Pareces una ninfa del sexo. —dijo él antes de girarse y sacar de una pequeña cava un vino blanco—. *Chianti*. Pareces la clase de mujer que puede gustarle esto.

Ella sonrió casi en automático.

Si tan solo él supiera que ella no tenía tanta experiencia en las citas, ni mucho menos con los hombres.

¿Chianti? ¿Acaso era italiano?

—Como quieras —dijo como si no fuera importante.

Mierda, había sonado más impaciente de lo que había deseado.

—¿Sin vino? —No espero respuesta. Se acercó a ella, y con una agilidad increíble, bajó el zíper de su vestido hasta que le llegó a la comisura del culo.

—¿Desesperado? —le preguntó cuando se vio con el sostén al aire y la mirada seductora de Leo.

—No me gusta esperar y por lo visto, solo viniste a que te coja.

Ella hizo una mueca casi de dolor al escucharlo hablar así.

Pero era justo eso.

No lo conocía. No sabía nada de él.

Y era mucho mejor así.

Sencillamente eran dos personas adultas que se había conocido y sentido una atracción inmediata.

—Pues cógeme ya. —ronca y desinhibida, las palabras de Sophia retumbaron en su cabeza mientras Leo la volvía a besar, esta vez más ansioso, más fuerte, haciéndole el amor con los labios.

Ella comenzó a quitarle la correa del pantalón con desesperación, sus manos temblaban ligeramente, esperó que él no se diera cuenta de que realmente, estaba nerviosa.

Leo colocó las manos sobre las de ella y terminó de bajarse los pantalones hasta las rodillas, no sin antes sacar de, sabrá Dios de dónde, un envoltorio plateado.

«A lo mejor lo traía ya en el bolsillo», se dijo mientras vio cómo él se lo colocó con prácticamente un solo movimiento, limpio y seguro.

No pudo quitarle los ojos de encima, no mientras su pene salió del bóxer, imponente, grande, con la punta ligeramente resbaladiza y brillante. Se relamió los labios inconscientemente.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó cuando ya tuvo el condón puesto.

—Mucho. —confesó ella sin miedo. Era la verdad. Le gustaba. Era real. Grande.

«No como el vibrador que tienes en la gaveta.»

Maldita Sophia mata pasiones. Encerró con llave en una parte de su memoria a la chismosa vocecita con rostro de una Sophia más joven y tiró la llave a la oscuridad.

No iba a pensar en nada más que en el hombre que tenía enfrente.

Ese que ella sabía que podía darle una noche magnífica de placer y sexo sin compromiso.

Él subió las manos suavemente por sus muslos y se agachó frente a su sexo, depositando suaves besos en su piel blanca y tersa.

Fue dejando un camino de besos, hasta que llegó a la puerta de su sexo, que estaba cubierta por su tanga de encaje.

—Ummm... —murmuró contra la tela—. Me gusta el encaje —le dijo un segundo antes de sentir cómo la mordía suavemente y le provocaba un gemido de placer.

Capítulo NUEVE

Sophia Douglas

—¿Qu... Qué...? ¿Qué? —Sophia estaba muda, sobre la encimera, observando a un sonriente e intimidante Leo— ¡Estás demente!

Estaba furiosa. Deseaba pegarle, golpearlo. ¿Todo fue un truco para vengarse? Uno en el que ella había caído como mosca en la leche, como una polilla en la luz.

Joder.

Se la había tragado.

—Dijiste que tu mandabas. —dijo el sin quitar la estúpida sonrisa de su rostro perfecto—. Te demostré lo contrario.

Era un maldito.

—¿Y porque aún tienes una erección del tamaño de un bate de Baseball? —No sabía de dónde diablos había salido ese atrevimiento, pero lo cierto era que, a esas alturas, desnuda de la cintura hacia arriba, con la tanga tirada en el suelo, y su sexo abierto esperando algo que nunca llegó, el atrevimiento era lo mejor que podía sacar—. ¿Eres tan egocéntrico que prefieres evitar que tenga un orgasmo y no venirte conmigo?

¿Acaso estaba loco? Se preguntó, a punto de bajarse de la encimera.

Pero cuando fue a hacerlo, Leo vio sus intenciones y se acercó a ella.

—No, Pelirroja. No te vas aún.

—Déjame en paz, maldito idiota. Arruinaste la mejor noche de tu vida. —Ella lo decía por decir, porque deseaba irse, y en el proceso, avergonzar a Leo, tal como él lo había hecho con ella —. No volverás a tocarme.

¡Qué Dios la ayudara!

Quizá fueron los chupitos, a lo mejor el deseo que tenía de ser venerada y acariciada por manos expertas, manos largas y fuertes como las de Leo, así con sus uñas cortadas de manera precisa, limpias, tal y como se veía él. No llevaba ni asomo de barba, su cabello estaba peinado perfectamente hacia atrás, solo unos flequillos lucían en su frente, y quizá, había sido por su esfuerzo al tocarla hacía un momento atrás.

—No digas tonterías, Pelirroja. No hagas promesas que no podrás cumplir. —Él puso ambas manos a los lados de su cuerpo, haciendo una prisión con sus brazos fornidos y de gimnasio. No grotescos, pero sí viriles.

Es que eso mismo exudaba Leo Sandoval: Virilidad.

—¿Crees que son tonterías? ¡No me conoces! —exclamó más alto de lo que deseaba. No quería que él viera lo que había ocasionado en su interior: un remolino—. Tan arrogante, tan patético. Necesitas darte a notar y que sepan que tú controlas. Déjame decirte que te equivocaste conmigo. Tu boca bonita y tus manos expertas no podrán hacerme nada.

—¿Boca bonita? ¿Crees que mis labios son atractivos?

Se le cortó la respiración como si de un botón de encendido y apagado se tratara. Él la estaba provocando, lo sabía, pero también sabía que su aliento le estaba dando justo en el rostro, que el calor de sus manos la ponía a mil, y que aún, con tan solo besarla, podía olvidarse de todo a su alrededor.

—Yo...

«Actívate, maldición, actívate.» Le decía a gritos a su cerebro. Sus labios no pronunciaban palabras, no se movían, nada salía de su garganta.

—¿Quieres que mi boca haga lo que mejor sabe hacer? ¿Quieres que mi boca bonita te bese aquí abajo? —Él metió una de sus manos agarrando su sexo, Sophia pegó un brinco por la invasión y comenzó a respirar acelerada—. ¿Quieres que mi boca esté allí donde mis dedos están? —Él comenzó a hacer círculos con sus dedos en la misma puerta de su sexo.

Sophia cerró los ojos sintiendo su presión, sintiendo cómo cada segundo se ponía más resbaladiza y sus piernas se humedecían.

—¿Te gustaría? —preguntó Leo casi faltándole le el aire, ella abrió los ojos y puso las manos en los hombros de Leo, pues según los movimientos de sus dedos se intensificaban, ella perdía la fuerza y voluntad de su cuerpo.

Tenía una vida que nadie la tocaba así.

Leo bajo su boca a sus pechos, pasó la lengua despacio por cada uno y luego se dedicó a chupar y morder suavemente, mientras con sus dedos acariciaba su clítoris y le introducía dos en la vagina.

Iba a volverse loca. Leo chupaba con precisión, como si supiera exactamente lo que ella necesitaba. Sophia podía ver su pene vibrando, buscando atención, añorando un toque.

Agarró a Leo del cabello y lo hizo despegar sus labios de ella, pero aun así, no sacó la mano de su sexo, ni ella dejó de mover las caderas.

—Tienes unas tetas muy bonitas —murmuró antes de acercarse a su boca y darle un beso tierno en los labios.

Sophia no tenía idea de qué pensar, su mente estaba en blanco, sus neuronas habían tomado día libre y la había dejado a la buena voluntad de los ángeles.

—¡Por favor! —No tenía idea de qué estaba pidiendo. Leo acercó sus labios otra vez a ella, y lo recibió gustosa, él no paró de mover sus dedos, de poseerla con la mano. Por su parte, ella lo besó duro, transmitiendo todo lo que sentía en ese momento, diciéndole con su lengua lo bien que estaba.

—¿Vas a dejar de jugar? —le preguntó, sorprendiéndola.

—¡Mierda, sí! —Estaba llegando, lo sentía, sus paredes internas comenzaban a apretarse en torno a los dedos de Leo—. Joder sí, dejaré... ¡Dios!

—Bien. Eso quería escuchar. —Él sacó sus dedos y por un momento pensó que él iba a hacer lo mismo, pero Leo tenía otras ideas.

La bajó de la encimera con un movimiento suave y la puso de espalda.

—Agárrate de la mesa —le ordenó. Ella no necesitó escucharlo dos veces. Era lo que quería, nada más, nada menos.

Eso deseaba, ser poseída de todas formas posibles.

—Abre un poco las piernas y relaja la espalda.

—¡Cállate y cógeme! —gritó desesperada.

—¿No aprendiste la lección? Tal parece que eres una muy mala estudiante, Pelirroja —su tono burlón, por algún motivo le encendía más la libido y la ponía a mil por hora.

—Pues demuéstrame que tú mandas —lo retó.

Sin darle una señal, Leo la embistió de un solo golpe, y se metió en ella hasta que la llenó por completo, sus bolas pegando en la misma puerta de su sexo.

—¡Joder! —bramó él.

—¡Oh, Leo! —Ella estaba llena.

Y cómo le gustaba sentirse así.

—Mierda. Voy a comenzar a moverme. —Con suavidad, después de haber pasado el brío inicial, Leo comenzó a moverse dentro de ella.

Se perdieron en la pasión y el deseo que los consumía, deleitándose con cada embestida que Leo le daba. Sophia lo sentía en todas partes, nunca la habían poseído así, tan fuerte, tan intenso, tan salvaje y a la vez, tan tierno.

—Agárrate bien Pelirroja —ella soltó un bufido, pues nada más podía salir de sus labios. Sintió otra estocada más, y seguida de una más fuerte.

Mierda, iba a venirse en cualquier momento.

—Aguanta —le pidió él agarrando sus caderas y apretando más para hundirse en ella hasta el fondo.

—¡Joder! ¡Maldito seas! —gritó poseída por una ninfa del placer—. Hazlo. ¡Fuerte! —pidió, pero no sabía qué deseaba. Ella solo quería sentirlo más adentro, en toda su piel, cuerpo, alma.

Esa desesperación angustiante y casi dolorosa, jamás la había sentido con otro hombre.

No con Terrence quién disfrutaba del sexo tradicional, ni mucho menos con Hermes.

Hermes no le provocada ni deseos de tener sexo.

Pero Leo.

¡Oh, ese Leo era capaz de ponerla a ver las estrellas!

Justo como lo estaba haciendo en ese momento.

—¡Oh por favor! —balbuceaba sin sentido— ¡eso! ¡Joder! ¡Leo!

—Así me gusta muñeca. Ahora sí, Pelirroja. Déjate ir conmigo —dijo él acelerando más el ritmo de sus embestidas.

Sophia movía el culo sin parar, estaba fuera de sí, lo giraba haciendo que Leo se clavara aún más ella.

Su vestido estaba todo enroscado en su cintura, estaba desnuda de no ser por la tela engomada de color negro.

Su cabello estaba suelto, después de tanto movimiento, cayendo sobre sus hombros y espalda, moviéndose a cada lado de su sudoroso rostro.

Sophia sintió cómo su vientre se apretaba dándole paso a un orgasmo arrebatado, se dejó ir sin miramientos, eso era justo lo que ella deseaba. Sus tetas bailaban de arriba hacia abajo, moviéndose al compás de las indetenibles embestidas de Leo.

—¡Vamos, muñeca! ¡Dámelo! —gritó Leo vaciándose en ella un segundo después, alcanzado el clímax junto a Sophia—. ¡Mierda! —rugió.

Se desparramó encima de ella y Sophia dejó caer su cuerpo sobre la mesa de metal de la cocina, un pequeño charco de sudor que había caído de su frente la recibió al descansar la frente sobre el metal.

Leo se quedó quieto, mientras su sexo palpitaba dentro de ella con una semierección.

Sophia se removió un poco, todavía con su vagina absorbiendo el pene de Leo.

Él salió lentamente de su interior, le depositó un beso en un lado de su espalda y se levantó,

dejándola ridículamente desprotegida.

Ella extrañó su calor.

Arrugó el ceño sin entender su reciente necesidad de tenerlo encima.

—Ahora vuelvo. —Él salió de la cocina y la dejó allí, desmadejada sobre la mesa.

Sophia se recompuso lentamente. El alcohol pareció irse de sus venas súbitamente y sus neuronas llegaron con maletas de sus vacaciones momentáneas.

¿Se había follado a Leo Sandoval?

¡Mierda! *Se había follado a Leo Sandoval.*

¡En su cocina!

Se levantó de golpe y se acomodó el vestido, no se puso el sostén, no podía perder tiempo.

¿En qué demonios había estado pensado?

¿Cómo es que esto llegó tan lejos?

Mientras murmuraba toda clase de palabras sin sentido, llegó hasta la puerta y se puso los zapatos de tacón, y con su bolso en mano, miró llena de vergüenza por donde Leo se había ido.

Ella no era así.

Sophia jamás se follaba a hombres que conocía en bares, mucho menos a uno que era tan... Tan... ¡Tan Leo!

Claro que él no era simplemente el hombre del Bar al que había hecho una felación... ¡Era su compañero de trabajo! La mano derecha de Marcos.

Colocó la mano en el pomo de la puerta, dispuesta a largarse de allí, llamar un taxi, e ir a tirarse en un rincón de su apartamento, para sufrir por su estupidez.

Tanto que había luchado para conseguir uno, y tenía que ir a acostarse con el primer tipo arrogante que conocía. Más que eso, tuvo que escoger a un compañero del trabajo.

—¡Me cago en la put...!

—¿Vas a alguna parte? —la voz de Leo la frenó justo cuando abrió la puerta.

Capítulo DIEZ

Leo

Leo observó a la pelirroja de arriba hacia abajo, confundido se detuvo en el umbral del pasillo que conducía a su habitación y el estudio, donde pasaba horas trabajando y elaborando proyectos de compra para futuras inversiones de la empresa en la que laboraba, y en la que aspiraba a ser más que un simple empleado.

Aunque de simple no tenía nada, se corrigió.

Él se había ganado el puesto de mejor negociante y un gran activo para Mega Inversiones.

Cinco segundos. Solo cinco segundos y ya la pelirroja estaba vestida, con los tacones puestos y la mirada aprensiva.

—¿Te vas? —le pregunto confundido.

Ella se quedó en silencio mirándolo.

Seguía duro como una maldita roca. Un polvo no había sido suficiente. Deseaba más de esa candente mujer.

Tan fuerte y a la vez tan sabrosa y dadivosa.

—Yo... —ella miró la puerta con la cabeza agachada.

—¿Tú…? —la estaba tentando, molestándola, picándola a ver si mordía el anzuelo.

Pero al ella mirarlo, solo vio remordimiento en sus ojos.

No estaba acostumbrado a que las mujeres se arrepintieran de tener sexo con él, mucho menos después de experimentar un buen rato de placer desinhibido como el que ellos dos habían tenido en su cocina.

A sus treinta años nunca había tenido sexo en la cocina, no se le había ocurrido, pero tampoco había llevado a nadie a su apartamento, al menos no a ninguna mujer con la que solo fuera a disfrutar un poco de sexo casual.

Solo Sasha había entrado a su apartamento.

Borró ese pensamiento de su cabeza con toda la fuerza de voluntad que tenía, y se concentró

en la mujer de piel blanca como la leche y pelo rojo como el fuego.

Y joder que ella era literalmente como el fuego. Puro fuego con sus manos y su boca.

Recordó la escena en el baño del club y su miembro palpitó como si asintiera ante la idea que se estaba desarrollando en lo profundo de su cerebro.

Necesitaba tenerla otra vez.

Si sus dos cerebros pensaban la misma cosa, estando de acuerdo y sintiendo que era lo correcto, definitivamente debía hacerles caso.

—Necesito irme —ella apretó el pequeño bolso contra su pecho y volvió a mirar su mano en el pomo de la puerta.

Leo se acercó a ella, sin importar que estuviera desnudo y que su sexo estuviera a la espera de acción. A él le gustaba estar cómodo, y habían pocas cosas que lo hicieran sentir incómodo.

Su sexualidad no era una de esas.

—¿Acaso no te divertiste?

Pues claro que se había divertido! Aun podía escuchar sus gritos llenos de placer y sensualidad. ¿Qué clase de pregunta estaba haciendo?

Si había una cosa que él tenía bastante clara, era que no había mujer sobre la faz de la tierra, a la que él hubiera tenido bajo su cuerpo o encima de él, que no se hubiera gozado y venido de manera escandalosa y placentera.

La pelirroja no era la excepción.

—Mira, Leo, esto... —ella lo señaló y se apuntó a si misma efusivamente—… no estuvo bien…

—¡Oh no, preciosa! Esto… —Él hizo el mismo gesto, cuando llego hacia ella—Estuvo más que bien. Así que permíteme decir que difiero. Tus gritos en mi oído son una clara confirmación de que te gustó y que quieres volver a venirte conmigo.

Tuvo el placer de verla sonrojarse, y le pareció de lo más inocente.

Como si no hubiera escuchado nunca esas palabras, al menos no para referirse a ella.

—Negarnos el placer de disfrutar otra vez de nuestros cuerpos unidos, en una cama… —Él paso sus manos despacio por sus brazos, acariciándolos suave y despacio, mirando cómo su dulce piel se erizaba ante su tacto y el calor de sus dedos—. En la ducha... —Ella estaba quieta como una pared, su boca entreabierta, su pulso acelerado, con los ojos abiertos mirándolo fijamente. Sus pupilas estaban dilatadas, y el rostro se le notaba encendido—. Contra la pared, en el suelo, en el sofá... —Leo se acercó a sus labios, sin darle tiempo a alejarse, la besó.

Despacio, acariciando sus labios, justo lo que deseaba hacer con su sexo.

Bajó las manos hasta su cintura y la pegó a su cuerpo lo más que el bolso que tenía en medio de ellos como escudo le permitió.

—Ummm —Ahí estaba, se dijo feliz.

Justo eso.

—¿Vas a negarnos esto a los dos? —No dejó de besarla. Metió una de sus manos por debajo de su vestido y pasó los dedos por su sexo abierto y desprovisto de ropa interior porque él se la había roto, en un movimiento descontrolado e impulsivo, rato atrás.

—No es… ¡ay Dios! —gimió cuando él entró con uno de sus dedos en su sexo resbaladizo.

—¿En serio, Pelirroja? No ves lo bien que te hago sentir —gruñó contra su boca, mordiendo su labio inferior, luego pasó la lengua por su barbilla y bajó despacio por su cuello, dejando un camino de humedad y besos cortos—. ¿Estás segura, Pelirroja?

Leo metió un segundo dedo y ella abrió más las piernas para facilitarle el acceso.

La tenía, se dijo, sintiéndose inmensamente feliz.

¿Feliz? ¿De dónde diablos había salido ese adjetivo?

Removió los dedos en forma circular dentro de ella, provocando que ella tirara el bolso y dejara caer la cabeza hacia atrás, con la boca semiabierta, y sus ojos cerrados.

—Mírame, Pelirroja. Quiero verte mientras te corres. Quiero disfrutar de tus ojos y que veas que soy yo el que provoca que tu cuerpo alcance el clímax. —Ella no abrió los ojos, siguió con ellos apretados, mientras él movía más rápido los dedos y agregó su pulgar a la acción, colocándolo en su clítoris, frotándolo y trazando círculos como si fuese un pincel.

Su miembro vibraba, quería atención, le dolía un poco, pero quería que ella disfrutara, que entendiera que él podía llevarla a las estrellas, provocarle los mejores orgasmos de su vida.

Mientras durara su encuentro casual.

Al otro día todo volvería a la normalidad.

Y ella regresaría a ser la asistente de Marcos.

Mierda.

Cayó en cuenta que había hecho justamente lo que su jefe y amigo le prohibió.

Se había follado a su asistente en su primer día de trabajo.

—¡Oh, Leo! —exclamó al sentir cómo él movía más fuerte los dedos en su interior—. Voy

a venirme.

—¿Vas a quedarte? —No sabía por qué lo seguía preguntando, si ya se había dado cuenta del puto error que había cometido. Él lo que necesitaba era que ella se largara de una vez.

Pero su cuerpo quería otra cosa.

Mierda, hasta su mente deseaba otra cosa.

¿Por qué resistirse a lo inevitable?

La mujer estaba a punto de venirse en sus manos.

Esa era toda la respuesta que él necesitaba a sus preguntas.

—No… n... o... puedo—La respiración de Sophia estaba acelerada, el veía cómo su pecho subía y bajaba, el pulso de su garganta palpitaba al mismo ritmo que su sexo. Sus caderas se movían buscando más placer, queriendo tener sus dedos hasta el fondo.

Y él los metió justo así, hasta que sus nudillos chocaron con su entrada.

Mierda, era de lo más sexual. Su pene no estaba recibiendo atención alguna y aun así sentía que con solo tener las manos de ella sobre él podía venirse.

Pero Sophia estaba anclada a sus hombros, clavándole las uñas sin piedad, él supo que le iban a quedar marcas, pero le importó una mierda. Ella estaba gozando con sus dedos y eso lo volvía loco, posesivo, ¡Era una maldita adicción verla!

—¡Mírame, pelirroja! ¡Mira cómo te cogen mis dedos! ¿Me sientes?

—¡Sí! ¡joder, sí! ¡Te siento maldita sea! —le dijo abriendo los ojos y mirándolo con ellos llenos de calor y fuego implacable.

—¿Te vas a quedar? —Le devolvió la mirada, y posó la vista en sus labios. Volvió a preguntar justo antes de buscar sus labios otra vez, necesitaba su boca y ella la abrió dejando que él introdujera su lengua, y se apoderara de su calor y humedad, deseaba sentirla, follarla, poseerla.

Deseaba dejar una marca en ella.

Se aterró con ese pensamiento, pero no tuvo tiempo a pensarlo, porque Sophia comenzó a convulsionar suavemente al alcanzar el clímax.

—¡Maldi-ción! —ella dijo y Leo sintió cómo sus paredes internas se contraían, dejándose llevar por el incontrolable orgasmo que él le había provocado.

Ella se deshizo en sus brazos y se dejó caer en su pecho. Leo sacó los dedos de su sexo y la abrazó, esperando que su cuerpo recuperara el equilibrio y la fuerza para mantenerse en pie, después de venirse tan exquisitamente.

Él se sentía como el maldito rey del sexo.

Sophia se separó de su pecho al cabo de unos segundos, Leo la miró expectante, no quiso volver a pronunciar las palabras, ella ya las sabía.

Las había escuchado dos veces.

Se bajó el vestido que se le había subido hasta las caderas sin quitar los ojos de él.

Miro a ambos lados de su cuerpo, Leo la miró confundido.

¿Sería vergüenza? ¿Quería ir a lavarse? ¿Necesitaba sentarse?

Joder. Odiaba sentirse como un maldito adolescente inseguro.

Él no era así. Tenía tiempo que las dudas no le sobrecogían de esa manera.

La vio agacharse despacio y recoger el bolso.

Leo no supo en que momento, él había pasado de ser del tipo que se cogía mujeres en el baño de un bar o un gimnasio, a ser el que le rogaba a una pelirroja descarada a que se quedara y lo dejara poseerla de todas las formas posibles.

—Gracias por... por todo —dijo dubitativa, justo antes de abrir la puerta.

Antes de que Leo pudiera hacer ni decir nada, Sophia salió sin mirar atrás, cerrando la puerta tras ella.

Lo había dejado petrificado y con el pene duro como una maldita estatua.

Ella había ganado.

Capítulo ONCE

Sophia McAdams

—¿Estás bien? —fue lo primero que escuchó cuando abrió la puerta al día siguiente.

—No me secuestró, violó, ni me ató a su cama —le respondió moviéndose de la entrada para dejar que Aria entrase a su apartamento.

Su amiga iba ataviada en un vestido de rayas verticales de color rojo y blanco, el cual dejaba ver sus bronceada y muy torneadas piernas, así como unos pies con pedicura recién hecha.

—¡Uy! Que cara —dijo al cerrar la puerta—. ¿No fue tan bueno como pensaste? Juraba que ese bombón podía dar mucho más.

Aria la persiguió hasta la habitación, donde Sophia terminaba de alistarse para ir a su segundo día de trabajo, con una migraña que le estaba haciendo dudar de todo en su vida. ¿Por qué razón bebió tequila?

Ah, sí. Recordó molesta.

¡Por la tonta de Aria!

—Toma —Aria sacó de su bolso *Chanel* un frasco con pastillas—. Pensé que ibas a necesitar esto, y por la cara que tienes y esas ojeras tan horribles, creo que no me equivoqué.

—Todo esto es tu culpa —siseó arrebatándole el frasco—. Fue tu estúpida idea ir a ese estúpido club y tomarnos esos estúpidos chupitos de tequila.

—Demasiados estúpidos en una oración, linda —se mofó su amiga—. Cuéntame de una puta vez qué pasó. ¿No te comió la...?

Le señaló su vientre subiendo las cejas descaradamente.

—¡Aria! —exclamó tirándole lo primero que encontró, que fue tristemente la almohada.

Deseaba pegarle con algo más fuerte.

—Ah, ya sé. ¡Te la tiró en la cara! Sé que eso no te gusta y te pone de humor de perros —ella hablaba del sexo y perversiones como si tal cosa, como si fuesen detalles sin importancia.

O tal vez el problema allí era que Sophia les daba demasiada importancia a las relaciones sexuales.

Eran polvos simplemente.

¿Por qué diablos complicarse?

«Porque te cogiste al mano derecha del dueño de la compañía.

Porque fácilmente estás sin trabajo para cuando llegues hoy.

Porque te lo hizo rico como ningún otro, pero él es intocable.»

—¿Sophia? —Aria la miraba como si comenzará a preocuparse, frunció el ceño y se mordió el labio inferior pintado con un brillante labial rosa—. Dime que usaste condón. ¡Fue lo único que te dije! ¡La única mierda que te aconsejé! ¡Nunca se folla con un tipo de un bar sin preservativos!

—¡Qué no es cualquier tipo de un bar! —subió la voz para darse a valer. Ella no era una niña, aunque Aria siguiera pensando que era menor.

Sí, era cierto, no tomaba las mejores decisiones en cuanto al género masculino se tratase, pero no era idiota, y ya estaba harta de los consejos innecesarios de su mejor amiga.

Ella la había cagado, y estaba segura que Aria no le daría importancia a el pequeño factor de que se había acostado con Leo Sandoval.

Bueno, acostado significaría que había tenido sexo sobre una cama... Y no en la cocina del departamento de Leo.

—Es un compañero de trabajo —admitió agachando la cabeza y tocándose el puente de la nariz. La migraña iba a matarla.

Abrió el frasco y se introdujo una de las pastillas sin tomar siquiera agua.

Mejor dolor de estómago que la horrible migraña que se había mudado a su cabeza esa mañana.

O resaca.

O ambas mierdas juntas, haciendo que quisiera quedarse todo el santo día en la cama.

«O tal vez la vergüenza es lo que te está matando.» La voz de una perfecta Sophia adolescente surgió otra vez, sonriendo como el gato que se comió al ratón y esconde la cola para que no lo atrapen.

—¿Lo conocías de antes? ¿De este trabajo nuevo? ¿El qué comenzaste ayer? ¿Tuviste sexo con un compañero de trabajo en tu primer día de trabajo? —Joder, cuando ella lo decía así, sonaba peor de lo que era.

Pero precisamente, esa era la verdad.

—No me hagas sentir peor de lo que ya me siento. —Estaba en ropa interior aun, iba a llegar tarde, quizá, esa sería la razón que le daría Marcos para desvincularla de Mega Inversiones.

—¿Peor? ¡Eres la puta ama! ¡Me superaste! Maldición, Sophia, me ganaste esta vez. ¿Primer día y ya hiciste un amigo?

El orgullo con el que su mejor amiga hablaba, más el brillo en sus ojos, era la pieza que necesitaba para terminar de hundirse en la vergüenza.

—Me van a botar del trabajo. Un solo día y ya soy la zorra que se tiró a la mano derecha dueño. —Se sentó en el borde de la cama, sin taparse ni cubrir su semidesnudez.

Aria la había visto en peores condiciones. Como cuando un ex novio la perseguía y buscaba en los baños de damas y Sophia se estaba duchando, así que Aria se metió al baño con ella y se escondió detrás de su cuerpo desnudo, para que el demente de Ricky no la encontrara.

—¿Por tener sexo? ¡Por favor! ¡Eso es completamente natural! —Ahí estaba lo que ella se temía. Su amiga no le vería lo malo. En cambio, seguro que estaba a punto de animarla a repetirlo—. Cuéntame de su *amiguito.* ¿Lo tiene promedio o tan lindo como él? Fíjate que las luces parpadeando de anoche en el club, no me dejaron verlo bien, pero parece tener unos ojos muy bonitos. Mierda, cómo se te paró detrás y te habló ¡Uf! Casi me hace mojar. Te juro que, si no te ibas con él, me iba a ofrecer como tributo.

—¡Aria! ¡No te atreverías, maldita loca sexual! —Su amiga logró que se riera con ese último comentario.

Ella jamás cruzaría esa línea y ambas lo sabían

Se habían prometido muchos años atrás, nunca involucrarse con ningún ex de la otra, ni con ningún hombre que le interesara a la otra. Cero complicaciones, amistad duradera. Y así había resultado por todos los años siguientes, y Sophia confiaba en que así sería mientras ganas de sexo tuvieran.

—Si tu cara de abrumada es porque te acostaste con un compañero de trabajo, te animo a que te recompongas y te levantes de la cama. Te me pones regia, vestido, chaqueta, zapatos de tacón y un buen maquillaje. Nada de tristeza —Aria se detuvo frente a ella y le quitó la toalla de la cabeza, la cual evitaba que su cabello aún mojado por la ducha se desparramara sobre su espalda—. La vida es una sola, Sophia McAdams. Una sola y pasa deprisa. Antes de que puedas darte cuenta, tendrás canas y arrugas por todas partes. Así que, fóllate a cuánto hombre te apetezca y olvídate de los malditos remordimientos. Eso solo sirve para amargarte la vida y arruinarte el momento mágico que pasaste.

Sophia recordó a Leo mientras la poseía con las manos, contra la puerta, cuando ella intentaba escapar antes de que él regresara.

Mierda, sí que había sido un momento mágico.

—Gracias —le dijo, abrazándola—, gracias por ser mi otra mitad. Eres definitivamente *mi persona.* —Era la referencia que ambas usaban por la serie *Grey's Anatomy,* donde dos de las protagonistas se decían así, para referirse a una amistad implacable y duradera.

Sophia sabía que contaba con Aria, para lo que fuera, sin importar lo descabellado que eso fuera.

Y viceversa.

—¡Vamos, muñeca! Mueve el puto culo y a cambiarte. Nadie va a cancelar de esa empresa a un bomboncito como tú. ¿No te has visto? —Aria tuvo el descaro de poner las manos sobre sus tetas y apretarlas suavemente—. ¡Mira qué tetas! ¡No soy hombre y sé que están perfectas! ¡Eres hermosa y te follaste a ese tesorito! Lo asimilas y sigues adelante.

En ese momento, justo cuando iba a decirle que definitivamente Leo era un verdadero bombón, un puto pecado capital, un demonio sexual vestido de ángel y con traje, su celular sonó.

Miró la pantalla, quitándose de enfrente de Aria.

Vio el nombre y supo que era mejor ignorarlo.

Hermes no tenía nada que ver con ella ya.

—¿Por qué no la tomaste? —A Aria no se le escapaba nada—. ¿Es el tipo del bar? ¿Quiere verte otra vez? A fin de cuentas, no me dijiste si vas a seguir necesitando el vibrador.

—¡Ya cállate, boba! Tengo que vestirme. Llegaré tardísimo a la oficina. Ve a la sala y espérame allí, saldré en un momento. Si quieres, ve poniendo la greca, necesitaré llevarme mi termo con café amargo para sobrevivir a este maldito día.

Su amiga no la dejó seguir hablando y se lanzó a la tarea.

Si había algo que hacía que Aria olvidara los problemas a su alrededor, era tomar café, hacer café, embadurnar su cuerpo con cremas hechas de café, oler café recién hecho. ¡La mujer era una desquiciada tomando café!

Se vistió deprisa, se puso un vestido de cuadros blanco con negro, una bufanda blanca y una chaqueta rojo chino, combinada con unos *pumps* del mismo color y su pelo rojo atado en un moño alto que casi le llegaba a la frente. Aplicó rímel y un poco de labial humectante y sin color a sus labios.

Mejor de ahí no podía estar, mucho menos teniendo esas ojeras tan horribles.

Aria tenía razón, le daba demasiadas vueltas a las cosas, se había pasado toda la noche pensando en qué cara le pondría Leo Sandoval cuando la viera en la oficina.

Ella lo había dejado con el gusto pasmado.

Se había largado antes de que él tuviera la oportunidad de un segundo round.

Y no era que ella no tuviera deseos de que se la cogiera otra vez. Joder, si con solo pensarlo su vientre palpitaba y sus paredes internas se contrajeron con pequeños espasmos.

Apretó las piernas para controlar el deseo que se apoderó de su sexo.

«Es solo un hombre» se dijo molesta. «*No es el puto Thor.»*

—Pero besa como un maldito dios del Olimpo —dijo en voz alta, odiándose por aceptar esa vergonzosa verdad.

—¡Sophia! —escuchó que su amiga le llamó desde la sala—¡Después no digas que por mí llegaste tarde!

Se obligó a separarse del espejo, tomó su cartera y su celular y salió al encuentro de su café.

Al menos algo bueno tenía esa mañana.

—¡Wao! Sí que te has esmerado. —Sonrió a su amiga pícara y se sentó mirando el reloj con cara de morsa que tenía en la mesa de la cocina.

Cocina...

Leo.

¿Será que siempre que viera una cocina estaría condenada a pensar en él?

Algo le decía que muchas cosas más harían que Leo no saliera de su cabeza.

—No le pongas azúcar. Necesito despertar —le dijo cuando Aria fue a servirle una taza de café.

—Quita la cara. Ya te lo dije. Te lo gozaste, te hizo venir, te subió al cielo... y ni te atrevas a negarlo porque de no haber sido así ¡me lo hubieses dicho! —Su amiga se calló un momento y abrió los ojos de par en par, ella al final del día, la conocía mejor que ninguna otra persona— ¡Maldición! ¡Eso es! —chilló y casi se tira el café encima del vestido de rayas— ¡Te gustó y tienes miedo de querer repetirlo!

«Carajo» pensó Sophia.

Precisamente lo que temía.

Aria acababa de decir en voz alta su mayor problema después de despertar y darse cuenta de la realidad y posibles consecuencias de sus actos de la noche anterior.

No sabía si iba a poder ser capaz de negarse a los expertos dedos de Lo Sandoval.

Capítulo DOCE

Sophia McAdams

Seguro que todos los ojos estaban encima de ella, casi iba arrancándose cada hebra de su cabello rojo, uno a uno, como medio de tortura y ansiedad, apretando los labios y fingiendo mirar al infinito, con la cabeza bien en alto.

Por más que caminaba intentando aparentar una seguridad que no poseía, sentía que cada una de las personas que se topaba en el camino la observaba, la miraba con esos ojos de acusación, una mirada llena de prejuicios.

Zorra, puta, fácil.

Cada una de esas palabras la llevaban en la mirada que le lanzaban a cada paso que daba por el corredor de la muerte, por el pasillo de los fusilados, entrando por el ascensor —alias el martirio de los pecadores y putos— el cual tomó estando lleno de gente que no tenía idea de que ella había tenido sexo la noche anterior.

¡Carajo!

¿Cómo había caído tan bajo? ¿Cogerse a un compañero de trabajo el mismo día que lo había conocido? ¿Acaso estaba demente? Definitivamente, había perdido por completo la cordura.

O será que haber terminado su relación con Hermes, le daba a ella la oportunidad de acostarse con cuanto tipo se cruzara en su camino.

Eso no era una pregunta, en absoluto.

—Buenos días, el señor Marcos desea verte en su oficina. —le dijo Cristal, la asistente de Leo, desde que Sophia puso su cartera encima del escritorio.

La mujer debía estar rondando los treinta y cinco, quizá; por como Sophia notaba que se había vestido los dos últimos días, podría decirse, que era una cuarentona en forma. Conservaba un cuerpo fabuloso, quizá unas libritas de más, pero nada que con una ropa bien ceñida no se pudiera disimular. Precisamente, Cristal lucía un elegante traje de chaqueta y pantalón de color beige, que acentuaba cada una de sus curvas, y debajo, una blusa de color rojo, destacaba de manera casi cegadora.

—Buenos días para ti también —le dijo sonriendo. Hasta el momento, en las primeras veinticuatro horas, la secretaria de Leo había sido bastante amable con ella.

¿Qué tan importante era él, para tener su propia secretaria?

«La jodida mano derecha de Marcos» le gritó la Sophia pequeña. «*Deja de buscarle la sexta pata al elefante, te follaste al niño bonito del jefe y posiblemente, el que será sucesor de Marcos cuando se vaya. ¡La cagaste!»*

—Joder, debo dejar el café —farfulló quitándose la bufanda y dejándola en la silla reclinable color negro. A ese paso, terminaría haciendo una visita al psiquiatra.

—¿Qué dijiste? —confundida, levantó la cabeza y miró a Cristal, la cual, tenía los ojos entrecerrados y el ceño fruncido— ¿Estás bien?

—Todo en orden. Iré donde Marcos ahora.

La mujer casi gruñe al escuchar el nombre en sus labios.

Sophia sacudió la cabeza, pensando que todo era parte de su vívida imaginación.

Estaba escuchando y viendo donde no había.

Entró a la elegante y sofisticada oficina de Marcos, no podía evitar sentirse como la estudiante que llamaban por la bocina para que se dirigiera a la oficina del director. El día anterior, notó que la oficina era básicamente un sitio acogedor, donde se reconocía a leguas el ambiente familiar, un lugar relajado, sin tanta sobriedad, a pesar de la elegancia del papel tapiz en las paredes, del juego de dos sofás y una mesita en cristal que había en un extremo, ni la amplia alfombra de pelo largo que sobresalía en medio del espacio.

—Buenos días, cierra la puerta. —Marcos ni la miró al entrar. Tenía la cabeza agachada frente al computador, de no ser porque la pantalla no tenía una puerta secreta, que le permitiera entrar y salir del dispositivo, Sophia estaba segura que, de ser por Marcos, lo que sea que estaba viendo, estaba siendo eliminado del computador y del mundo en un solo segundo.

—Me dijo Cristal que deseabas verme. —Desde que habló con él, Marcos dejó su posición clara sobre los títulos, prefería que lo llamara solo Marcos, nada de señor, ni jefe, ni caballero.

Según le explicó, el que lo tuteara no le quitaba el respeto que ella pudiera desarrollar por él. Marcos era de los que se ganaban el respeto, de los que trabajaban codo a codo, para marcar la diferencia. Imponerse sobre los ideales de las personas a su alrededor no entraba en su modus operandi.

—Siéntate, por favor —le pidió todavía sin levantar la vista.

Hizo lo que él le pidió, y se sentó en la silla frente a él, observando cada detalle del elegante caballero.

Su pelo estaba prácticamente plateado por completo, blanco en algunos lugares, debía rondar los sesenta años, aunque se notaba a kilómetros que ejercitaba con regularidad. Sus hombros eran anchos y aun teniendo el traje puesto, se podía apreciar unos brazos bien definidos.

Sus ojos eran de un verde esmeralda y la mirada, que en ese momento estaba fija en el computador, era franca y directa, de esas que no mienten, de las que con solo verte te hacen saber que ya saben las posibles respuestas que le darás a sus preguntas, aun sin hacer.

Se miró las manos, estaba nerviosa, comenzaban a sudarle, se las pasó por la falda del vestido, intentando secar la humedad que parecía salir a chorros por sus palmas.

—¿Te divertiste anoche?

Sophia levantó la cabeza como un resorte y lo miró con los ojos abiertos como platos y la boca formando un exagerado o.

Marcos seguía sin mirarla, pero tecleaba suavemente el teclado de la computadora.

Vestido completamente de negro, con un traje de tres piezas y una camisa igual de oscura con rayas finísimas de color blanco, se veía más reservado de lo que ayer le había parecido.

¿Se habrá imaginado la pregunta? ¿Se refería a…?

No.

No podía ser cierto. ¿Cómo se enteró que había estado con Leo? ¿Será que el mismo Leo se lo había confesado? ¿Qué tan tarde había llegado?

Miró el reloj en su muñeca, apenas comenzaba la mañana.

«Quizá se lo escribió por WhatsApp con las posiciones que te hizo y hasta donde te metió los dedos.»

Sophia sacudió la cabeza intentando no extrapolar sus pensamientos.

—¿Sophia? —Marcos cerró la laptop y la miró entonces. Sus ojos la recorrieron de los pies a la cabeza, no de una manera lujuriosa, sino más bien inspeccionando cada detalle.

Era un observador nato.

—Yo... —carraspeó intentando ganar tiempo, para pensar en una respuesta adecuada. —Verá... —Apretó los ojos y respiró profundo, intentando serenarse.

Iba a matar a Leo Sandoval cuando lo viera.

—Toma —le pasó una caja de *Kleenex* y Sophia miró el papel sin entender, él miró su frente y sonrió—. Creo que estás sudando frío, Sophia.

Ella subió la mano automáticamente a su frente, y se dio cuenta, confirmando con horror que no solo sus manos la habían traicionado, sino también su frente, y por cómo sentía los zapatos por dentro, también sus pies estaban sudando frío.

Se puso roja como una fresa, precisamente llena de puntitos que se acentuaron al subirle el

calor por la piel blanca.

—Gra-gra... —Joder, ahora era una jodida tartamuda—. Gracias —suspiró, tomó el papel que le ofrecía y tiró dos hojas, se las pasó suavemente, intentando no quitarse el poco maquillaje que se había puesto.

—No quiero que te sientas incómoda en ningún momento. Tengo dos meses sin una asistente, mucho trabajo atrasado y deseo tomarme un respiro pronto. Tengo meses sin tomarme unas vacaciones. —Él dejó la caja sobre el escritorio y se levantó despacio, se colocó el botón suelto de la chaqueta y caminó hacia el minibar que tenía a la derecha, en un mueble de dos metros de ancho—. ¿Un trago? —preguntó señalando tranquilamente el conjunto de botellas que tenía colocados por colores.

Sophia no sabía casi nada de bebidas, quizá por eso, los chupitos de la noche anterior le habían caído de puta madre.

—No, gracias. Tengo una migraña horrible. —se excusó sonriendo con timidez y se pasó la mano por el cabello que seguía perfectamente arreglado.

«Respira, Sophia, respira y serénate.» Intentando que ese fuera su mantra de la mañana, se lo repitió una segunda, tercera y una cuarta vez, buscando a duras penas, la tranquilidad que ameritaba imperiosamente.

—Tenemos un botiquín en tu escritorio, mi antigua asistente era una mujer preparada. Si gustas, puedes revisar a ver si hay algo que te sirva para ese dolor de cabeza. Yo tampoco tomaré nada, quizá más tarde un *espresso* doble….

—¿He hecho algo mal? —Joder, si iba a mandarla a buscar la peseta, pues que lo hiciera de una vez.

Si ya Leo la había tirado a la boca del lobo, deseaba que la cortaran rápidamente, así podía irse a llorar más rápido a su apartamento.

Deseaba el trabajo, por supuesto, pero sabía que había dado una impresión equivocada al follarse a Leo Sandoval.

Culito gratis y sin remordimientos.

¡Ja! Casi exclamó sarcástica. ¿Leo Sandoval con remordimientos? ¿De qué diablos podía ese hombre arrepentirse? Estaba segura que ese hombre no tenía idea de cómo se sentía arrepentirse de haber cometido una estupidez.

Leo parecía caminar sobre un maldito piso de concreto, sin fallas, liso, pulido, sin hoyos ni declives. Siempre estando seguro de sus actos.

Arrepentirse no era una palabra que pudiera estar al lado del nombre Leo Sandoval.

—No —le dijo Marcos con el ceño ligeramente arrugado—. ¿Qué te hace pensar que vas a

fallar tan rápido?

—Preguntaste cómo me fue anoche. —Subió los hombros con derrota, dejándolos caer como si pesaran una tonelada—. Es obvio que sabes algo más.

En ese momento la puerta se abrió y Sophia se espantó como una liebre con una jauría de lobos.

—Marcos... —el nombre se perdió por el zumbido que se apoderó de los oídos de Sophia.

Mierda.

¿Tan temprano?

¿Acaso le caía mal al mismo diablo?

¿Por qué demonios tenía que ser el mismo Leo Sandoval el que entrara?

«Pero mejor así» se dijo llenándose de valor.

Si él había tenido la desfachatez y poca hombría de ir a contarle a Marcos que se había acostado con él la noche anterior, iba a demostrarle que su puesto en la compañía se lo podía poner por donde el sol no le diera.

—Tú —dijo levantándose de la silla sin pensar y caminando hacia él. Su cabeza palpitaba, de ser posible, más rápido que su corazón, y el zumbido en sus oídos se intensificó de manera descomunal—. ¡Maldito idiota! Te crees muy *machote*, ¿no?

—Pero qué... —Leo la miró sin dar crédito a sus palabras. Tuvo la delicadeza de sorprenderse cuando ella se acercó y lo miró con los ojos azules centelleando, brillando casi tanto como el mismo sol, aunque sus emociones estaban realmente nubladas.

—¡Eres un puto cabrón! ¿Cómo pudiste? —gritó furiosa, estampando un puño en medio de su pecho, haciendo que Leo se tambaleara y pegara su cuerpo al marco de la puerta.

—¡Estás loca! ¿Pero qué diablos te pasa? —Leo no tardó ni un segundo en recuperar la postura, y cuando Sophia subió la mano derecha para pegarle otra vez, este la agarró fuerte de la muñeca—. ¡Ya basta! ¡Es suficiente! —Leo le dirigió una mirada furiosa por su camisa arrugada ligeramente debido al golpe de la mano de Sophia; esta comenzó a removerse intentando zafarse—. Estate quieta, pelirroja.

—Vaya, esto es mejor que perder el tiempo con películas —se burló Marcos.

Y como un globo en el parque de diversiones, Sophia se desinfló.

Todo el ímpetu se esfumó de su cuerpo y miró a Marcos, llena de vergüenza.

—Voy a soltarte, pero como se te ocurra siquiera pensar en pegarme otra vez, no respondo —la amenaza estaba ahí, pero al Sophia mirarlo a los ojos, soltó un grito ahogado. A pesar de la

confusión, lo que vio en su mirada, no era precisamente enojo, estaba excitado.

El león estaba excitado.

—¿Cómo pudiste contarle? —ella no solía perder los estribos, no lo hacía, jamás.

Pero tal parecía que cuando de ese hombre se tratara, ella estaba condenada a actuar por impulso.

Era como un hilo que tiraba hacia él y a hacía cualquier locura que los involucrara a ambos.

¿Qué tenía ese sujeto?

—¿De qué demonios hablas, Pelirroja? ¿Te golpeaste la cabeza?

Leo miró a Marcos por encima de la cabeza de Sophia y esta se abrazó a sí misma, con los brazos cruzados sobre su pecho, aunque esa era una manera que había funcionado anteriormente, para tranquilizar su desbocado y desenfrenado corazón, en ese momento, nada sirvió para ralentizar su respiración.

Ni tampoco ayudaba el olor a almizcle y loción después del afeitado que aspiraba al estar tan cerca de Leo.

¿Cómo podía seguir deseándolo después de él haber sido un verdadero bocazas? ¿Cómo podía desearlo si solo buscaba un polvo con un extraño en un bar?

—¿De qué está hablando? —Leo se alejó de ella como si fuese la peste, y se sacudió el traje, tirando de las solapas, y reorganizando lo que ella había descompuesto.

Podía ser todo lo buen actor que quisiese, pero Sophia pudo ver la confusión en su rostro y la desidia en su tono de voz.

—Tú le contaste lo de anoche a Marcos —murmuró ella, aunque lo suficientemente alto para que ambos hombres lo escucharan y la miraran por completo sorprendidos—. Le dijiste. Eres un idiota, un cabrón. ¡Poco hombre!

—¡Sophia! —esta vez fue Marcos quien subió la voz, haciendo que Sophia pegara un brinco del susto—. ¡Ya basta! ¿De qué demonios estás hablando? ¿Qué es lo que dices que él me contó? ¡Maldición! ¡Parece la jodida primaria!

La vergüenza estaba colmándola, llenándola y haciendo de su estadía en la oficina de Marcos fuese un verdadero calvario.

Su chaqueta roja y su cabello rojizo no ayudaron al fuego que se instauró en sus mejillas y que bajaba por su garganta. Estaba segura que hasta en las piernas se le había subido el sonrojo.

—Tú... —Ahora era ella la que estaba comenzando a sonar confundida. —Tú... —Ella se pasó la mano por el cabello otra vez. Miró sus zapatos, y los movió despacio, intentando serenarse y conseguir la fuerza necesaria, para encarar a esos dos hombres que esperaban por una

respuesta.

Leo llevaba puesto un traje gris de tres piezas también, una camisa blanca y el pelo rubio peinado hacia atrás.

—Sophia, será mejor que me digas de una vez lo que está sucediendo. No tengo tiempo para sus jueguecitos de preescolar. —Marcos miró a Leo, lanzándole una mirada llena de decepción, hasta ella lo percibió aun estando a varios pasos de distancia.

—Ya lo sabes —respondió ella—. Solo quieres que yo lo diga.

Marcos se pasó la mano por el cabello cortado sumamente bajo y los miró a los dos, exasperado. Sophia lanzó una mirada hacia la puerta que seguía abierta, pues ella no le había dado el tiempo a Leo de cerrarla cuando llegó.

—Marcos, creo que la pelirroja…

—¡Sophia, carajo! —lo interrumpió casi fuera de sí— ¡mi nombre es Sophia! Ni pelirroja, ni mi amor, ni nada que se te pase por esa arrogante y prepotente cabecita hueca. ¡S-o-p-h-i-a! —deletreó cada letra mirando enfurecida a Leo, el cual, no perdió el control, al menos no se lo dio a notar.

La miró impasible, y se metió las manos en los bolsillos.

—Sophia, ¿Serías tan amable de ir a buscar en el botiquín algo para tu migraña? Será peor si no tomas algo.

—Ya me tomé una pastilla antes de salir. Gracias, Marcos —sonrió ligeramente al sentir la preocupación del hombre.

—Voy a cerrar esta pequeña confusión, porque estoy casi seguro que sé que es lo que fue. —Marcos se sentó nuevamente detrás de su escritorio—. Es más que obvio que no te dejas amedrentar de nadie, ni siquiera de un hombre tan incómodo de tratar como lo es este caballero. —Marcos hizo gesto señalando a Leo, el cual ni siquiera se molestó en hacerse el ofendido—. Pero no es un bocazas, lo que le cuentes, estará a salvo en sus labios, eso puedo asegurártelo, Sophia. Dicho esto, me gustaría que me explicaras de una vez por todas a qué viene tu ataque de ira contra ese... joven. —Sophia casi soltó una carcajada, por la manera en que Marcos se refería a Leo, se comenzaba a dar cuenta, que no solo ella encontraba insufrible y creído a Leo Sandoval.

—Me preguntaste cómo me había ido anoche —dijo casi atragantándose con las palabras—, supuse que Leo te había….

—Sophia —Marcos casi gruñe su nombre y por primera vez, Sophia entendió que Marcos era un hombre afable, pero tenía su carácter oculto, controlado, presto para salir cuando alguien lo sacaba de su centro, y ella, lamentablemente, acababa de hacerlo—. ¿Serías tan amable de dejarme a solas con Leo? Creo que ya he oído suficiente.

Ella abrió los ojos de par en par, y las lágrimas se asomaron, dispuestas a ser derramadas, tanto por la vergüenza como por la incertidumbre.

—Hay algunos recados que necesito que me hagas, hazme una cita con Golden Enterprise a las dos de la tarde, y solicita una rueda de prensa para el próximo viernes, para la inauguración de la peluquería de mi sobrina. Todo está anotado en varias hojas sueltas sobre tu escritorio —Marcos habló calmado, como si el fuego en sus ojos verdes no se notase a leguas—. Cierra la puerta al salir.

Sophia miró a Leo una última vez, estaba sin moverse, sellado al piso, mirándola como si fuera la mata perritos del barrio.

¿Que había hecho?

Salió antes de que Marcos la echara del despacho de una manera menos educada, camino rápidamente, pero al cerrar la puerta, logró escuchar cómo Marcos explotó:

—¡Lo único que te pedí que no hicieras, y fue lo primero que hiciste Sandoval! ¡Eres un idiota!

CAPÍTULO TRECE

Leo Sandoval

—Lo primero que te dije, Sandoval. ¡Lo único que te pedí! —Marcos lo miraba lleno de rabia.

Era cierto, él tenía razón.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que lo siento? ¿Que me arrepiento?

—¡Quiero que me escuches, joder! ¡Quiero que cuando te hable me prestes atención! —vociferó airado—. No eres un maldito muchacho, Sandoval. ¡Eres un jodido hombre de treinta años!

Marcos nunca le había dado una reprimenda así, mucho menos le había hablado sobre mujeres. Para Leo, su jefe era lo más reservado y metódico posible. Siempre iba un paso adelante, por eso lo admiraba y confiaba en cada decisión que Marcos tomara.

Él sabía que su jefe, que ese hombre que tenía en frente, con los ojos verdes llenos de ira y enojo, no se andaba equivocando.

Pero se había equivocado con él.

—Mi vida personal no debe de...

—¡Y una mierda! —rugió golpeando su escritorio— ¡Carajo! Pareces un maldito crio con el cerebro en las pelotas. Esa joven entró ayer a mi compañía. —Marcos le apuntó con el dedo índice—. ¡Mi compañía, Sandoval! Aquí tu vida personal sí importa. Me importa a mí lo que pase con mis empleados. Y tú acabas de cruzar la única línea que te pedí que no cruzaras.

—Solo fue una noche. —Carajo, se escuchaba aún peor al dejar que esas palabras salieran de sus labios—. Es decir. —Se obligó a mirar a su jefe a los ojos, no había remedio, asumir su responsabilidad y aceptar la reprimenda como si estuviese en cuarto grado—. No quise ofenderte, ni ofender a tu compañía. Tú me has abierto las puertas de Mega Inversiones. Me has hecho el hombre que soy ahora. Te estaré eternamente agradecido.

Y era cierto, sin Marcos, sin el haberle dado la oportunidad de entrar a la empresa, Leo estaba casi seguro que no tendría un futuro muy prometedor.

Estaba solo en el mundo. Pensó que podría tener su propia familia, de crearla con Sasha, pero esta había resultado ser una mujer avariciosa y codiciosa.

—Qué bueno que lo sabes. Porque estoy harto de que quieras hacer lo que se te plazca. Me estoy cansando de gritarte, Leo. —Marcos se arregló las solapas del traje, se acomodó el escaso cabello cortado al rape y tomó unos *Kleenex* y se secó el rostro—. Es mi compañía, Leo, es mía, mi esfuerzo, mi trabajo de más de veinte años.

—Jamás atentaría contra tu sudor y sacrificio. Tengo demasiado que agradecerte. —Marcos lo miró serio, con las cejas cruzadas y los labios apretados—. No es por que estés frente a mí, no es porque quiera alabarte y restarle importancia a lo que hice.

—Qué bueno que lo aclaras. Porque no te catalogo como un 'tumba polvo' ni un manipulador. —Él hizo una pausa y soltó el aire despacio—. Al menos no conmigo, y yo soy bastante observador.

—Lo eres. —Leo tuvo el atrevimiento de sentarse frente a Marcos—. No me interesa congraciarme contigo, ni con nadie en esta compañía ni en ninguna. Mi trabajo habla por mí, jamás he necesitado de la ayuda de nadie.

Aclarado ese punto, se sintió un poco más tranquilo.

Su orgullo era del tamaño de Kansas, él no necesitaba de la gente, la gente lo necesitaba a él.

Si alguien le había prestado su ayuda, ese era Marcos, pero tampoco se la había pedido.

—Eres muy orgulloso, hijo. Demasiado. Crees que no necesitas a nadie, y no es así. Todos necesitamos de alguien en algún momento de nuestra vida.

—Bien lo dijiste, no soy un muchacho. Tomo mis propias decisiones. No soy un estúpido que anda clavándose en cuanto hoyo encuentra.

Marcos levantó las cejas, sorprendido por las palabras que él había empleado.

Le importaba una mierda su nivel tan elevado de educación y glamour.

Él no era quien iba a usar palabras fresas y rebuscadas.

—Pues permíteme decirte que la decisión que tomaste de acostarte con mi asistente, no fue la correcta.

Leo estuvo a punto de morderse la lengua para no responder.

Pero no pudo evitarlo.

Su soberbia era enorme.

—No nos acostamos. —Sonrió arrogante—. Todo menos acostarnos.

Sus ojos brillaron con tanta intensidad que Marcos soltó el aire por la nariz como un búfalo con mal temperamento.

—Te parece gracioso, ¿verdad? ¿Te sientes muy bravo? Todo un potro.

Subió los hombros de manera despreocupada. Lo cierto era que él tenía lo suyo, cada quien era responsable de sus actos, y vaya acto que había tenido con Sophia.

Esa pelirroja era un peligro para su libido.

—No me siento, lo soy. No puedes controlar lo que hago después de que salgo de esta empresa, no puedes tratarme como si fuera tu hijo. No lo soy. Soy tu empleado. —Estaba cruzando una línea sin retorno y él lo sabía. Pero aun así, su boca no paraba de hablar—. Lo que pasó, pues pasó. Ya lo hice. Y no le puse una pistola en la cabeza. Ella...

Mierda, era mejor que se callara.

Si seguía hablando, la imagen de niña buena que Marcos tenía de la pelirroja se vería gravemente afectada.

—¿Ella qué, Leo? ¿Te bajó los pantalones y te agarró el pene con las manos y luego se subió sobre ti sin que pudieras evitarlo? ¿Eso estás diciéndome? ¿Que mi asistente, que Sophia fue quien te sedujo? —Marcos soltó una carcajada carente de sinceridad. Fue puro sarcasmo—. ¡Eres un jodido hombre! No importa que te pongan el culo en la puta cara, ¡te controlas, joder!

No entendía a qué venía toda esa rabia, esa charla repentina. Marcos jamás se había metido en su vida, y él no se comía eso de que apenas se estaba enterando que él se había follado a un cuarto de las mujeres de la compañía.

—Es mi vida personal. Ella no va a renunciar. No va a irse por un polvo.

—¡Me cago en la puta madre! ¡Deja esa maldita soberbia! —Marcos volvió a golpear el escritorio, haciendo que todos los objetos que había sobre él, saltaran por la vibración de su puño contra el cristal.

Leo ni se inmutó.

¿Por qué diablos darle el gusto?

Marcos estaba poniendo más grande la situación de lo que en verdad era.

Ambos eran adultos, fue un polvo consentido por ambas partes.

Joder, más que consentido.... Necesitado.

Y algo le decía que, de tener la oportunidad nuevamente, se clavaría en la pelirroja sin pensarlo ni un segundo.

Leo se levantó de la silla, no iba a soportar más a Marcos estando en ese estado tan frenético y desquiciado.

Tenía trabajo que hacer y en vista de que él iba a tener que irse a República Dominicana

para gestionar la compra del hotel, no le quedaba de otra que ponerse a adelantar todo lo pendiente hasta el momento, así podía enfocarse en todos los detalles del proyecto en curso.

—Si no tienes nada más que decir, tengo mucho que adelantar antes de viajar a República Dominicana.

Marcos pestañó como si no pudiera creerse que Leo estaba a punto de largarse, sin entender ni media palabra de lo que había dicho.

—¿Terminamos? —le preguntó quitándose una pelusa imaginaria del hombro

Leo subió las cejas invitando a que Marcos le respondiera, pero el hombre sencillamente soltó un suspiro resignado.

—No voy a perder a Sophia porque le rompas el corazón. —Escuchó que Marcos decía justo cuando llegaba a la puerta.

Sé detuvo en seco y se giró con el rostro ensombrecido.

—Nadie le romperá el corazón a tu irritante *secretaria* —pronunció la palabra de manera despectiva a propósito, pues sabía cuánto Marcos odiaba esa palabra—. Quédate tranquilo Marcos, no pretendo volver a... —se detuvo antes de utilizar una palabra más carnal.

—Más te vale —lo frenó Marcos—, por el bien de tu futuro en mi compañía.

Soltó un bufido y salió dando un portazo.

Le valía mierda que Marcos saliera detrás suyo para echarle bronca por tirar su puerta.

Es más, le valía un penique lo que su jefe tuviera que decir o pensar sobre él.

No iba a decepcionarlo. No le interesaba. Marcos había hecho por él más que ninguna otra persona en sus treinta años.

Sus pensamientos se vieron congelados, junto con sus ganas de ser un hombre bueno, en el momento en que posó la vista en la pelirroja.

Sin pensarlo, se metió la mano en el bolsillo interno del traje y le colocó el objeto sobre el escritorio lleno de papeles.

Ella lo miró con los ojos abiertos como platos y la mirada atemorizada. Sus ojos azules, pasaron de la vergüenza a la ira en fracciones de segundos.

—Se te quedó anoche —le dijo señalando el sostén—, ya luego te mando a comprar otras bragas, como paga por las que te rompí.

No esperó su respuesta, no le importaba su reacción.

Al menos, eso se dijo mientras caminaba tranquilo hacia su oficina.

Era un perro.

Un desgraciado.

Lo sabía y aun así, no tenía intención de cambiar, por nada ni nadie.

Ni siquiera por una pelirroja de ojos grandes y azules que en ese momento lo fulminaban con la mirada clavada en su espalda.

CAPÍTULO CATORCE

Después de incómodas horas de trabajo, mirando sobre su hombro a la espera de que Leo apareciera en cualquier momento para burlarse de ella, o para invitarla a su apartamento otra vez, no entendía sus sentimientos encontrados. El hombre era el más odioso y petulante que había conocido en su vida y, aun así, era el único que no había salido de su cabeza.

La decepción fue la única que llegó ese día a la vida de Sophia, esas nueve horas de trabajo fueron eternas para ella y su cordura.

¿Decepción? ¿Pérdida de neuronas por un polvo era posible?

Seguro que, después de todo, uno subía al cielo y bajaba en picada.

Sin lugar a dudas de lo que sucedia allí, supo que justo cuando él le metió los dedos hasta el fondo y la hizo llegar al orgasmo; estaba segura que al pegar la cabeza a la puerta, sus neuronas habían colisionado y explotado de forma estrepitosa.

Provocando que ahora estuviera en ese estado de confusión y deseo de ser poseída por ese demonio del sexo, otra vez.

—¿Te vas? —Era la recepcionista chismosa y entrometida.

Sophia miró su nombre en el gafete que tenía pegado a la camisa.

—Hola, Merly. —Siempre le gustó llamar a todo el mundo por su nombre. Odiaba los apodos.

Excepto pelirroja.

Ese apodo no lo odiaba, no, para nada.

Lo aborrecía.

Se preguntó silenciosamente si había algún otro sinónimo un poco más fuerte que aborrecer.

—¡Qué linda! ¡Te sabes mi nombre! —La chica sonrió tontamente sin darse cuenta que lo llevaba en la camisa y por eso ella lo había sabido.

—¿Vas de salida también? —preguntó amablemente, mientras ambas cruzaban la entrada.

—Sí. Un día intenso. ¿Te gustaría salir conmigo hoy? —pregunto sin más—. He quedado con dos amigos y pues, ya que hoy es tu segundo día, me gustaría que fuéramos amigas. Sé lo difícil que es llegar a una empresa donde nadie te conoce y lo sola que una se puede sentir.

¿Amigas? ¿Estaban en básica o secundaria?

Sophia comenzó a sospechar que Merly no tenía muchos amigos.

Y bien que le haría tomarse unos tragos esa noche.

Pensó en el sostén extra que llevaba en su cartera, gracias a Leo Sandoval.

Merly la miró expectante, se mordió el labio inferior y apretó el tiro de su cartera.

La chica llevaba un pantalón de tela fina de color negro y una camisa blanca casi transparente, pues de lejos se notaba el color negro de su sostén. Era linda, coqueta de una forma tradicional, de ojos cafés tan grandes que parecía un búho, su cabello oscuro y ondulado le bajaba hasta las caderas. Debía rondar los veintitantos, aunque lo cierto era que no se había tomado el tiempo para hacer esas preguntas personales.

Excepto interrogarla sobre Leo.

Leo Sandoval.

Merly le dio toda clase de información en las primeras horas en la empresa.

La chica no había tenido reparos en contarle cómo Leo Sandoval se había cogido a media Mega Inversiones.

El hombre era un puto perro de la calle.

Lo odiaba por eso.

Y lo más grave era que no entendía la razón de su rabia, ese no era su problema, Leo Sandoval no era su problema.

No lo era ni lo sería nunca más.

—Llamaré a una amiga. ¿Te parece bien? —No iba a irse a un lugar desconocido, con personas que tampoco conocía de nada, sola y a la buena de Dios—. Es que había quedado con ella para tomarnos unas sangrías tintas —se excusó quitándole importancia para que Merly no pensara que no deseaba salir con ella.

—Es un club nuevo que inauguraron recientemente….

—No —rápidamente interrumpió a Merly y se arrepintió por su poca paciencia—. Ya fui anoche. —Le restó importancia con un movimiento de su mano.

Su pulso comenzó a acelerarse, e intentó que no se notara en su tono de voz.

No podía regresar allí.

Ese club estará eternamente vetado de su vida.

—¿Qué te pareció? —A Merly le brillaron los ojos esperando su respuesta.

—No estuvo mal. —Subió los hombros despacio y los dejó caer, simulando poco interés.

Pero su corazón quería salirse del pecho.

¿Merly sabría que se había encontrado con Leo en el club?

¿Será que ella también había caído en las garras de Leo Sandoval?

No.

Debía serenarse. Esa chica no podía ser tan buena actriz como para hablarle tan amigablemente, aun sabiendo lo que había hecho con Leo en ese club. No. Definitivamente, ella no estaba enterada. Tampoco hubiese tenido la desfachatez de contarle sobre las andanzas de Leo con algunas mujeres de Mega Inversiones.

En conclusión, Merly no era parte de las conquistas de Leo ni tampoco sabía que ella se había incluido en la lista de *mujeres folladas por Leo Sandoval*.

Se suponía que debía de comenzar a disfrutar su soltería. Después de terminar con Hermes, ese era el plan principal.

Comenzar a disfrutar de sus veintiséis años, gozar de su vida, probar todo lo que pudiera, y encontrar su príncipe azul.

—¿No quieres regresar? —La chica frunció el ceño sin comprender su actitud.

—Sí... Está bien, podemos ir.

No le iba a dar el gusto a Leo de no regresar allí.

Sabía que estaba siendo irracional, tonta e infantil, aunque lo que ellos habían hecho la noche anterior, había sido precisamente eso: una estupidez.

—Listo. Pues nos vemos en el club esta noche. Estaré por allí como a las once. —Merly se acercó y le plantó un beso en la mejilla, sin que Sophia pudiera reaccionar.

Tuvo algo claro de inmediato: esa chica era un amor.

—Nos vemos esta noche, Merly. —Sonriendo se despidió subiendo la mano y diciendo adiós, mientras la otra se introducía en el taxi que había detenido.

Debía llamar a Aria, había inmiscuido a su amiga en la salida de esa noche, sin pensar que Aria podría tener planes.

Aria Douglas era la representación perfecta de la gozadera, libertad y franqueza.

Abrió la cartera y vio el sostén de encaje, y como si no tuviera suficiente, recordó cómo Leo

se lo había quitado, como había chupado sus pezones, los cuales, en ese momento, se pusieron duros al imaginarse la boca de Leo sobre ellos.

Joder.

Estaba en un lío.

Jamás había tenido un encuentro sexual de esa manera, tan intensa, tan memorable; estaba acostumbrada a que los hombres —solo Terrence y Hermes— terminaran en un condón y la manosearan de todas las formas posibles, sin lograr que ella alcanzara el orgasmo.

Pero Leo había sabido dónde y cómo tocarla.

Tan experto y presto para dar placer como un maldito dios del sexo.

Buscó frenéticamente, moviendo todo en el bolso, obligándose a sí misma a concentrarse en llamar a Aria y decirle de los planes en los que la había involucrado.

No encontró el móvil.

—Carajo —murmuró, lo había dejado en su escritorio.

Se giró para volver a ingresar al edificio, pero en ese momento justo, escuchó que un carro se detenía en la acera y alguien la llamaba.

Soltó un suspiro y apretó los ojos. ¿Por qué razón la vida se empeñaba en darle migraña? Se pasó toda la mañana intentando superar el dolor de cabeza, provocado por los chupitos y por su irresponsabilidad al tener sexo con Leo.

—¡Sophia! —Volvió a llamarla.

No había contestado ninguna de sus llamadas, ni sus mensajes por *WhatsApp*.

Sabía que debía de estar arrancándose los pelos y pensando en cómo encontrarla.

Pero no creyó jamás que pudiera ser capaz de irla a buscar al trabajo.

Después de menos de veinticuatro horas sin pensar ni un segundo en él, y su mente se había sentido liberada.

Él no se merecía a una mujer que no lo quisiera como él necesitaba y merecía.

Y ella no era esa mujer, estaba clara de esa situación.

No era la mujer perfecta para él.

—¿No vas a tener la delicadeza de dejarme de frente? —él se acercó, sintió sus pasos y su cercanía, hasta que lo tuvo detrás, tan cerca que su aliento rozaba su nuca.

Se volteó incómoda por la cercanía que con tanto deseo había intentado eliminar.

—Hermes. ¿Qué coño haces aquí?

CAPÍTULO QUINCE

LEO SANDOVAL

El ascensor estaba tomándose todo el tiempo del mundo en terminar de llegar al lobby. Había quedado con Rey para tomarse unos tragos, cosa que él necesitaba con desesperación y angustia. ¿Cómo era posible que esa pelirroja no saliera de su cabeza en todo el día?

Sabía que lo había hecho mal al entregarle el sostén esa mañana, pero no había podido evitarlo. Quería hacerlo en privado, con discreción, pero ella se había encargado de que Marcos lo supiera, y posiblemente media compañía.

Por primera vez, a sus treinta años, no tenía control en lo que otra persona hiciera en su vida, con su mente, y con la parte cubierta por sus pantalones hechos a medida.

Sacó el móvil del bolsillo de su traje y marco el número de Rey.

—Hey —saludó a su amigo y confidente.

—Voy saliendo. —Rey había estado fuera de la oficina todo el día, por lo que se había visto obligado a concentrarse lo más que pudo, para olvidar su encuentro con la pelirroja.

Esa mujer era la más extraña que había conocido.

¿Qué había intentado hacer cuando le contó a Marcos sobre su aventura de la noche anterior? ¿Acaso estaba loca? ¿No se había detenido a calcular lo que su información iba a causar en su jefe?

Marcos Sanders era un tipo implacable, y odiaba que lo desobedecieran.

Joder, él se salvaba porque le producía dinero seguro, mucho más que los demás.

—Estoy terminando algo con Camill y luego nos juntamos. —Se escuchó una voz femenina detrás y Leo odió a su amigo solo por un segundo.

Era algo que sencillamente no le gustaba pensar.

Rey tenía a Camill, en cambio él, se pasaba las noches follándose mujeres en los bares y discotecas de Manhattan.

—Hombre, debes centrarte en esa mujer —no pudo evitar decirle. Tampoco era como si estuviera inmiscuyéndose cada día en lo que a la vida personal de Rey se refería—. Vas a perderla.

—No te metas en mi vida, Leo —rugió su amigo.

—¿Es Leo? —escuchó que Camill preguntaba—. Dile que venga a cenar esta semana. Hay que contarle la nueva noticia. Seguro que va a enloquecer.

—Rey —Leo se estaba hartando, él no estaba de acuerdo con las infidelidades. Jamás lo estuvo, mucho menos cuando tuvo que vivir de primera mano, la traición de Sasha Marie.

—Olvida lo de esta noche. Estoy ocupado. —Rey no se despidió, no hizo falta.

Leo maldijo y salió del edificio, la brisa fría le hizo apretar los puños. Su amigo estaba convirtiéndose en la persona que él odiaba, en alguien manipulador y traicionero, una persona que no le tenía aprecio a quienes le entregaban su amor.

Escuchó una voz familiar y enfocó de inmediato sus ojos en la pelirroja, que estaba a varios pasos de distancia.

Su pelirroja.

No era suya, pero el pensamiento llegó sin previo aviso y así mismo se esfumó.

Por supuesto que no era de él, solo se la había follado en su departamento y ella lo había dejado con el miembro tan duro y erecto como la torre Eiffel.

—Vete —escuchó que ella le dijo al hombre que estaba frente a ella—. Vete antes de que hagas el ridículo. Tú y yo terminamos. Ya déjalo.

Sus alarmas internas se encendieron y sin dar la orden a su cuerpo, sus pies comenzaron a caminar hacia ellos.

Ella llevaba el abrigo colgado en su brazo derecho, justo encima tenía los tiros de la cartera, la bufanda cubría su cuello, un cuello tan bonito y blanco, tan dulce, uno en el que él había depositado besos la noche anterior.

—No hemos terminado. Vamos a tomarnos unos mojitos a ese lugar que tanto te gusta. Así hablamos más calmados y te aseguro, cariño, que vamos a arreglar esto —el tipo sonaba ansioso, y tan meloso que le daba asco—. No estabas pensando con claridad anoche. Seguro que ya habías tomado.

A medida que se acercaba, se percataba de lo incómoda que Sophia estaba.

Era obvio que ella no esperaba encontrarse con ese hombre a la salida de su jornada laboral.

¿Novio? ¿Amante? ¿Algún tipo con el que había follado en un club y que ahora quería un segundo polvo?

Un bufido incómodo salió de sus labios, le irritaba siquiera pensar en la pelirroja estando con otro hombre.

Se dijo que no le importaba, no le debía importar la manera en cómo ella daba pasos hacia atrás y negaba enfáticamente con la cabeza. Tampoco le debía importar cómo su mano libre se

apretaba formando un puño tembloroso, a punto de golpear al tipejo que tenía enfrente.

—Creo que la señorita te dijo que no iba a irse contigo. —Le pasó un brazo por los hombros y ella se puso rígida bajo su tacto—. Será mejor que la escuches.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Leo Sandoval

—¿Quién carajo eres tú? Será mejor que te vayas, esto es algo privado. —El hombre lo miró un segundo y luego volvió a mirar a la pelirroja—. Mi novia y yo estamos resolviendo algo.

—¿Estás bien? —No entendía su preocupación, era obvio que ella podía controlarlo, con el carácter que tenía, seguro que podía apañárselas sola. Pero no quería dejarla.

—Estoy bien —le respondió ella después de pensarlo unos segundos.

Pero él no se movió de su lado.

—Vete, Hermes. —Ella no lo miró en ningún momento, sus enormes ojos azules nunca fueron al encuentro de los suyos, pero tampoco se deshizo de su abrazo, no se despegó de su lado —. Terminamos. Tú y yo, ya terminamos. Lo aceptas, lo entiendes y te vas. Eso es todo.

—No quiero que terminemos, mi princesa. No puedes… —El hombre le lanzó una mirada llena de ira, miró el brazo que lo conectaba con la pelirroja, y de haber podido asesinarlo con los ojos, seguro que Leo estaría siendo apuñalado por cientos de cuchillos en ese mismo instante—. Suéltala.

Leo sonrió, mirando al hombre a punto de explotar que tenía delante. La camisa estaba por fuera de sus jeans, su pelo revuelto indicaba que se había pasado la mano por él en más de una ocasión.

—¿O si no que? —se burló— ¿Vas a pegarme? ¿Quieres pegarme... —intentó recordar el nombre que ella había pronunciado—… Hermes? Así te llamas, ¿no? Perdona, es que Sophia no ha mencionado tu nombre ni una sola vez. Será mejor que te vayas, si no, me veré obligado a ponerte en un taxi y llevarte a urgencias, porque estoy más que dispuesto a romperte la cara a puñetazos.

—¿Tú... estás con esto? —El hombre lo miró y casi botó humo por sus fosas nasales. Lo estaba provocando y no tenía razón de por qué. Él no lo conocía, jamás lo había visto, pero como la abeja a la miel, sintió la tentación de acercarse y provocarlo.

—¿Me llamaste... *esto*? —Leo se rio sin ganas—. Estás jodido.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? —El hombre cambió la cara, estaba deformada por la ira y el despecho— ¡Es una puta! ¡Una maldita puta! Me cortó por teléfono, sin decir nada, sin dar razones. ¡Ella no vale la puta pena!

Sophia se encogió como si el hombre la hubiera golpeado.

—Jódete, Hermes. Que te den por culo.

—Eso quisiera yo, darte por el culo. Pero ya veo por lo que me dejaste. Solo es un ricachón con corbata y zapatos de marca. Terminarás dejándolo, porque tú... —Levantó el dedo índice y le señaló—... no te sacias con nada. Siempre quieres más. ¿Crees que no lo sé? Tu amiga fue muy específica por teléfono. Eres una putita que quiere que le metan uno por detrás y otro por….

Leo no lo soportó un segundo más, escucharlo le daba náuseas, le incitaba a meterle las palabras por el culo y que se arrepintiera de tratar a Sophia de esa manera.

—Es suficiente. Te vas o te rompo la cara. —Leo no iba a seguir escuchando la parafernalia despectiva de un subnormal como ese. Estaba jodido, y quería joder a Sophia—. Tal parece que el que no la complacías eras tú, *amigo.* Conmigo ha gritado como una maldita ninfa del sexo, así que la conclusión es que lo que tienes entre las piernas, solo da cosquillas, *amigo.*

Todo pasó tan rápido que Leo no tuvo tiempo de prevenir la explosión del ex de Sophia. El hombre soltó un rugido, Sophia un grito ahogado y lo miró con la boca abierta, sin poder creer lo que acababa de escuchar. Hermes le lanzó un puñetazo en la cara, pero Leo lo esquivó, soltando a Sophia y moviéndose a la derecha, se le fue encima al tipo y le dio un golpe en la nariz, el hombre gritó a pleno pulmón, y se tambaleó, hasta caer de culo en la acera.

—¡Leo! —Sophia lo llamó pero él no le prestó atención. Quería golpear al hombre, la ira se había apoderado de él.

Tanto que había trabajado para reprimirla, pero en ese momento, todo lo que veía era rojo, sangre y dolor.

Se sentó sobre el pecho del hombre y lo golpeó en el rostro, una dos, tres veces.

Joder, qué bien se sentía.

El hombre subió las manos para cubrirse el rostro y en algún momento, le pegó de lleno la mejilla, pero eso solo sirvió para darle más poder a Leo, más deseo de destruir al tipo que había ofendido a Sophia.

Hacía años que no le pegaba a nadie.

A ningún ser humano, solo a su saco de boxeo lleno de arena, ese que soportaba sus golpes todos los días, cada vez que intentaba perder la compostura.

—Leo! ¡Basta! —Sintió las manos de la pelirroja sobre él—. Leo, por favor, ya déjalo. ¡Maldición! ¡Por favor, haz algo!

Unos brazos fuertes lo agarraron por los hombros, pero él no se despegó del tipejo, el hombre ya ni se esforzaba en cubrir su rostro, pero a Leo eso le valía madres. No sentía nada más que la ira corriendo por sus venas.

—Hijo... déjalo ya. —Era Marcos—. Vamos. Déjalo. —Marcos lo ayudó a levantarse y Leo se sacudió de su agarre.

—Déjame en paz —rugió—. Deja que termine con esa escoria. Seguro que no le quedan ganas de volver a mirarte siquiera.

Miró a Sophia y esta estaba con las mejillas humedecidas y los ojos llenos de lágrimas.

Se sacudió el saco y se arregló el cuello de la camisa.

—Será mejor que lo lleves a un hospital. —Sophia miró a Marcos y luego lo miro a él.

—No te vayas —le pidió.

No pudo controlar el deseo de abrazarla, ella estaba a punto de derrumbarse, lo sabía por cómo lo miraba, sus ojos eran dos enormes pozos llenos de sentimientos encontrados.

—Shh… —Le pasó la mano por el pelo que se había caído del moño, quizá cuando intentó separarlo de su ex—. No pasa nada.

—Suéltame.

¿Había escuchado bien?

—Pelirroja... —Él la soltó de mala gana—. ¿Qué cosas dices?

—Voy a llevar a Hermes a un hospital.

—No vas a ir sola con ese tipo al hospital —rugió él.

—Hijo, tú también deberías ir a que te den unas puntadas en esa ceja. —Marcos se colocó a su lado y se metió las manos en los bolsillos—. En serio, hazme caso, ve a que te revisen.

—Estoy bien. —Se tocó la ceja derecha y la sintió mojada.

Se miró los dedos y notó la sangre.

Joder.

Había perdido el control.

Delante de Marcos y de Sophia.

—Estoy bien. No voy a ir a ningún hospital. —Miró a Sophia otra vez. Deseaba decirle tantas cosas y a la vez simplemente estrecharla en sus brazos.

Sophia miró por encima de su hombro y sacudió la cabeza, haciendo una mueca de disgusto.

—Casi lo matas... —susurró.

Le pasó por el lado y fue donde el ex novio, que seguía tirado en la acera, hecho un ovillo,

lloriqueando.

—Merecía que lo hiciera. Te trató como si fueras una puta.

—Leo. —Marcos puso una mano sobre su hombro y lo apretó suavemente—. ¿Seguro que estás bien?

—Me voy.

No iba a quedarse mirando como después de defenderla de ese idiota, la pelirroja terminaba llevándolo al hospital y cuidándolo.

¿Celos? Tal vez.

¿Ira? Obviamente.

¿Vergüenza? Diablos, sí.

—Ve a que te revisen. —Leo se rio burlonamente, sin importarle lo que su jefe pensara.

—Iré a beber. Eso es más productivo.

Todos los ojos estaban puestos en él, hasta ese momento, ni siquiera lo había notado. Sin embargo, pasado el subidón de adrenalina, comenzaba a notar lo complicado de la situación. Le había pegado a un hombre frente al lugar donde trabajaba desde hacía años. Su jefe había tenido que intervenir.

Había decepcionado a Marcos dos veces en un solo día.

—Maldición. —Se pasó las manos por el rostro para intentar borrar la sombra que volvía turbia su visión—. ¡Maldita sea! —refunfuñando, se movió entre los mirones, muchos de ellos los conocía, a otros, los había visto un par de ocasiones.

No le importaba que se hubieran tirado su espectacular actuación.

La única que le importaba en ese momento, era la pelirroja que iba a montarse en un taxi con ese tipo despechado, y que lo llevaría al hospital, como si fuera la maldita encarnación de la virgen María.

Hizo señas al valet que lo miraba con miedo y respeto, para que le trajera el *Mercedes*, le pasó una papeleta de cincuenta dólares y el joven se quedó más tranquilo al entregarle el carro.

—Vamos —le dijo a la pelirroja, estacionando frente a ella y bajando el cristal del auto.

—No. —Sus ojos azules estaban preocupados, pero una chispa brillaba en ellos.

Su primera intención siempre era negarse, pero ya él sabía que podía convencerla si la picaba un poco más.

—Sí. Móntate. Los llevaré, lo dejaremos en emergencias, allí lo cuidarán y se asegurarán de que no muera.

Ella abrió los ojos de par en par al escucharlo hablar con tanta sorna y sarcasmo.

—Ve con él, estoy seguro que no hará ninguna estupidez. —Esta vez fue Marcos quien se acercó y abrió la puerta de atrás, para entrar al hombre casi inconsciente que estaba sentado en la acera.

—No voy a montarme con él —dijo Hermes con la cabeza apenas levantada.

Sophia no le quitó los ojos de encima a Leo y él no se amedrentó. La ceja le escocía, y estaba seguro de que al otro día tendría toda la zona alrededor del ojo morada e hinchada.

—Sí lo harás —dijo ella después de un rato, rompiendo la conexión visual con Leo—, estás molido. Pareces un maldito saco de papas. Te vamos a llevar al hospital y allí te atenderán. —Sophia miró a Marcos y no fue necesaria ni una palabra más.

Leo vio cómo, sin esfuerzo, Marcos metió al hombre en el asiento de atrás.

—No hagas nada estúpido. —Marcos abrió la puerta del copiloto para que Sophia se sentara—. Has hecho bastante ya.

—No prometo nada. —Leo sonrió de medio lado y esperó a que Sophia se colocara el cinturón.

—Leo, en serio. Contrólate. Pon tu mierda en orden y mañana nos vemos. —Marcos se colocó a la altura del cristal de la ventanilla y miró fijamente a Leo—. Has hecho bastante por hoy.

—Como dije, no prometo nada. —El motor rugió cuando Leo metió la llave en el orificio para encenderlo otra vez y Marcos se alejó del *Mercedes*, antes de que el impulso por ser un macho alfa, terminara haciendo que acelerara el carro con él todavía allí.

Leo no sería capaz de hacerle daño. Lo sabía.

Pero tampoco iba a arriesgarse.

Y eso Leo lo notó al instante.

—Gracias, Marcos —murmuró Sophia, subiendo la mano derecha y lanzándole una mirada llena de incertidumbre.

—Vayan con cuidado.

Leo aceleró el carro y dejó atrás al edificio de Mega Inversiones. No deseaba tener al ex de Sophia más tiempo del necesario dentro de su carro.

—Te vas a pudrir en la cárcel, machote —escuchó que decía el hombre.

—Tú pegaste primero. Yo me defendí —sonó más arrogante de lo que deseaba, pues al tener a Sophia a su lado, una parte de él quería controlarse, añoraba ser un hombre al que ella no le temiera.

—¡Casi me matas! —rugió.

—Guarda fuerzas para cuando te vayan a medicar y a coser la cara de sapo que tienes —esta vez fue Sophia la que lo dejó helado.

La miró sin comprender, ella daba señales confusas. Por segundos creía que lo necesitaba, que deseaba que la abrazara, que quería sus caricias, pero al segundo, ella cambiaba y se comportaba retraída y frívola.

¿A qué le temía?

—Ojos en la calle, Sandoval —le ordenó y esto lo hizo sonreír.

Demonios, pensó. El ojo comenzaba a dolerle como la puta madre.

—¡Joder! —gritó ella a todo pulmón, pegando un puño en la guantera con fuerza.

Leo la miró otra vez, era imposible no hacerlo, estaba con el pelo desarreglado y los ojos llenos de lágrimas, su cartera estaba colocada en la alfombra del carro y la bufanda no la traía puesta.

Notó su piel salpicada por pecas marrones y delicadas, estaba erizada, y pensó que a lo mejor la temperatura del carro era muy baja.

—Ojos en la maldita calle, Leo. —Ella lo distraía, no era su culpa. No lo miró, pero seguro que sentía sus ojos sobre ella.

—Como ordenes. —Apretó los labios para no sonreír.

Esa mujer era implacable.

Tan fuerte que le daba miedo.

Ahí estaba ella, a punto de echarse a llorar, pero aun así, con la fuerza suficiente como para gritarle por no prestar atención a conducir.

Ella definitivamente era un enigma.

Uno que deseaba resolver.

CAPITULO DIECISIETE

Sophia McAdams

Sophia salió de la emergencia de la clínica Jefferson, con la intención de largarse del lugar lo más pronto posible.

No debía de estar ahí, no se suponía que estuviera ahí, a esa hora se suponía que debía de estar Terminando de ducharse para luego ponerse un vestido matador y unos zapatos de tacón, para mientras se maqyillaba con un poco de contorno y lápiz en los ojos, tomarse unos tequilas antes de salir para el club, a verse con Merly.

En cambio la vida le había sonreído de una manera diferente.

¿Sonreír?

No era precisamente la palabra adecuada.

La vida la había jodido de una manera diferente.

Suspiró, intentando botar el golpe, la ira que sentía correr por sus venas a toda velocidad como un tren descarrilado a punto de revolcarse, la tenía nerviosa, con las palmas sudada y el deseo de romper algo, se hacía a cada segundo más fuerte e intenso.

—No te me acerques —. le dijo a Leo cuando lo vio llegar junto a ella.

Era increíble, como después de tanto, después de verlo perder casi la cordura pegándole a Hermes, ella seguía encontrandolo hermosamente a la deriva.

¿Qué tenía ese hombre, que a pesar de haberlo visto en una condición casi de terror, seguía sin causarle el más mínimo miedo?

—Solo vengo a decirte que si quieres irte conmigo y tomar algo en mi casa—. El sacó de su traje una cajetilla de cigarrillo y con el encendedor en la otra mano, lo prendió y le dio una calada profunda.

Tan profundo como él le había calado a ella.

¿Por qué si estaba intentando alejarse de ese demonio con piel de ángel, él seguía metiéndose en su camino?

Atravesandose cómo un árbol en medio de la carretera.

Sin poder cruzarlo. Sin poder pasar y seguir con su vida.

—¿En serio? ¿Crees en tu sano juicio que voy a irme contigo, después del numerito de hoy?

—. Sonó tan sarcástica como había querido.

—Serias idiota si por algo así no quisieras follar conmigo. Mira que fue cierto, yo si que te pongo a gritar.

Sophia abrió los ojos y sintió sus mejillas coloradas y encendidas.

Lo miró sin saber qué demonios responder ante esa barbaridad desvergonzada.

Él, definitivamente, no tenía vergüenza alguna.

—Hablaba del sostén que entregaste en medio de la oficina. — musitó cómo si escupiera cada palabra.

—Ah — fue lo único que el le respondió, y le dio otra calada a su cigarrillo.

Él olor le dio náuseas a Sophia.

Ella sencillamente no lo toleraba, jamás había podido hacerlo. Consideraba ese vicio asqueroso e irracional.

¿Por qué alguien querría acabar con su vida de esa manera?

—¿Qué? — preguntó el mirándola sin mostrar ninguna emoción.

Ella se había percatado que Leo parecía tener tallada en su rostro, la única expresión de sarcasmo.

Presta para burlarse de cualquiera que le cayera mal.

O que no hiciera lo que él quería.

—Nada.

—No puedes mirarme como si hubiese matado a tu abuelita y burlado sobre su tumba, y luego decir que no para nada. El que no dice lo que piensa realmente, se arriesga a perderlo todo.

—¿Y qué s esupone que voy a perder, señor filósofo? No me digas que crees que puedo perderte.

—No puedes perder lo que no tienes, Pelirroja.

—Pues deja de joder y largate Leo. — le dio la espalda, como si creyese que por un segundo sin su atención, él decidiría irse y dejarla sola.

Era una niñada y ella lo sabía.

Estaba consiente de que, estando con él, teniéndolo de frente, sus neuronas no pensaban de la

manera correcta, mucho menos su cuerpo, el cual se mantenía en constante alerta, ante cualquier movimiento de Leo Sandoval.

—Entiendo — tan alto y claro como un artista de teatro, leo habló como si por fin comprendiera que no deseaba tenerlo cerca.

Escuchó como él se alejaba, y quiso girarse, pero se obligó a quedarse mirando la calle.

Ya encontraría la manera de regresar a su apartamento. En vistas de que su celular seguía en Mega inversiones, y que había quedado con Merly para verla esa noche en el club, no tenía más opción que pedir una llamada desde la clínica y avisarle a Aria que tenían planes.

Pensó en Hermes.

Ese hombre había resultado más estúpido de lo que ella hubiese pensado.

La había sorprendido, eso sí que era cierto.

Pará ella, él siempre sería el chico dulce y tierno, dispuesto a bajarle la luna, peor que no tenía idea de dónde encontrar su punto G, el lugar donde se encontraba la puerta de sus Orgasmo.

Pero se había equivocado.

Hermes le había demostrado que un hombre despechado era capaz de todo.

Incluso de destruir y avergonzar a la mujer que supuestamente amó, delante de desconocidos.

Pensó en lo que Leo le dijo, mientras se giraba y volvía a entrar a la clínica.

Era cierto, con él había sido tan fácil, había casi perdido la consciencia mientras se venía en sus manos o mientras él la poseyó en la encimera de su cocina.

Joder, solo de pensarlo, le subía un calor entre sus mulsos, hasta llegar a su sexo.

Leo era distinto. Eso debía reconocerlo.

Tan dominante y a la vez capaz de defenderla.

—Carajo — se dijo en voz alta. No le había agradecido el defenderla de Hermes.

Por unos segundos, ella creyó que Hermes iba a obligarla a entrar a su carro y a llevársela para convencerla de que debía seguir con él.

Encerrada en una relación vacía.

—¡Leo! — Lo vio tomando el ascensor para bajar al parqueo subterráneo donde habían estacionado el vehículo.

Él no le contestó, simplemente detuvo el ascensor y la miró expectante con la ceja derecha levantada.. Ya no estaba fumando, en algún zafacón debió haber tirado la colilla.

—Gracias— le dijo mirándolo de frente. No tenía otra opción que dejar ver su agradecimiento.

Aunque el notara lo demás que le hacía sentir al tenerlo cerca.

Deseo, irá, pasión, un extraño e imperioso deseo de que la poseyera otra vez.

Todo eso en sus ojos, quedaba expuesto con tan solo una mirada.

—¿Por?

—No te hagas el tonto — se cruzó de brazos y agachó la mirada.

—Por darle una lección a tu novio. — él asintió conforme, como si fuese la respuesta más lógica.

—Por intervenir — corrige un poco a la defensiva.

—Papa, patata — se burló él.

—Me irrita tu sentido del humor.

— A mí me irritas tú. Supongo que estamos a mano.

—No voy a volver a tener sexo contigo. — soltó impulsiva.

Su cabello estaba suelto,, no tenía deseos de meterse al baño de la clínica e intentar peinarse. Hermes estaba siendo medicado para los golpes y le habían indicado una tomografía para descartar cualquier contusión peligrosa.

Debía irse a casa.

Deseaba irse a casa.

Ella no tenía ningún compromiso con Hermes, después de todo, fue él quien la acusó de ser una frívola.

—¿Has escuchado esa canción de *Justin Bieber*? —Preguntó dándole al botón del ascensor.

Ella se dio un paso atrás y vio como las puertas del ascensor comenzaban a cerrarse.

—Nunca digas nunca —sentenció justo cuando las puertas del ascensor se cerraron.

CAPITULO DIECIOCHO

Leo Sandoval

Arriesgándose a ver el moretón en la cara que le iba subiendo como un cáncer en el corazón Leo se miro frente al espejo con una ira que no pudo disimular ante sí mismo.

¿Qué mierda le había pasado? Pensó molesto. ¿Cómo era posible que hubiese caído tan bajo en sus instintos más profundos?

La defendiste. Odiaste Escuchar Como otro hombre se refería a ella, su cerebro le lanzó de inmediato la respuesta que no deseaba escuchar.

—¡Maldita sea! —exclamó apunto de estampar Un puño contra el espejo y así evitar ver esa mirada de lástima. Esa mirada que tanto había odiado tiempo atrás.

No podía volver a caer en la tentación de sentirse comprometido con otra persona que no fuese sí mismo. No podía volver a confiar en una mujer, mucho menos en una que tenía el poder suficiente para hacer que él perdiera los estribos como esa tarde.

Su teléfono celular sonó en ese momento y casi agradece a los Ángeles con una oración silenciosa, por haberle permitido escapar de sus pensamientos dolorosos e irracionales.

—Sandoval — dijo fríamente.

—Hola señor me cago en la putisima madre que me parió — saludó Rey estallando en carcajadas.

Ya se había enterado.

Los chismes en Mega inversiones iban cada día de mal en peor. Antes tardaban de cuatro a doce horas.

—No me jodas, no estoy de humor.

—Me imagino que no. ¿Nos vemos esta noche?

Él no se había detenido a que le revisaran el ojo, no deseaba estar en la clínica por mucho tiempo, no por más del necesario. Los hospitales le traían malos recuerdos, recuerdos amargos, pensamientos tristes.

No.

Definitivamente no iba a dejar que una enfermera con ganas de ser horoína, se dedicase a darle un chequeo para después decir que necesitaba uno o dos puntos sobre la herida.

Era superficial, él lo sabía, pero eso no evitaba que le doliera y ardiera muchísimo.

—¿En el club ese, otra vez? — gruñó mientras se tocaba el moretón.

—Quieres ir a otro lugar? — su amigo advirtió su incomodidad, y lo cierto era que Leo tampoco tenía deseos de salir a beber y fumar.

Pero sus recuerdos iban a joderlo si se quedaba la noche entera en su departamento.

—Mismo lugar. — respondió — Nos vemos allá.

Cerro la llamada sin esperar una respuesta afirmativan.

No la necesitaba, Rey llegaba a cualquier lugar que él le dijera, sin rechistar, sin preguntar por qué, sin irle con tonterías.

Por eso compaginaban tan bien.

Miró la hora en su teléfono y sin desearlo, se puso a pensar en lo que estaría haciendo la pelirroja.

Sophia.

Inconscientemente, miró su celular, en la aplicación de Facebook.

¿Estaría mal?

No, se dijo de inmediato.

Abrió la red social y tecleó el nombre de Sophia, de inmediato surgieron más de veinte, hizo memoria al día de la presentación, el día anterior, parecía tan lejano, que s preguntó si estaba en lo cierto.

Pero Leo no se equivocaba.

No solía hacerlo.

Y cuando fallaba, se lograba convencer a sí mismo, de que inconscientemente, había tomado la decisión correcta, mientras su consciente tomaba la incorrecta.

—Te tengo — murmuró cuando vio la indudable cara de la Pelirroja en el perfil de Facebook. — Muy... Interesante.

Soltera, amaba los gatos, por la cantidad de fotos que se vislumbraban, tenía el perfil público y un millón de fotos con una mujer con casi el mismo tono de cabello....

Leo tiró el celular último modelo 2020, con cuatro cámaras y más mega pixelees de los que necesitaba, como si en sus manos quemarse.

¿Que diablos acababa de hacer?

Desde cuando revisar la red social de una mujer que había follado, formaba parte de su vida?

Leo apretó los labios y los puños al mismo tiempo.

No podía engañarse a sí mismo, esa Pelirroja se le había metido en la cabeza de una manera casi imposible de asimilar.

—¡Y una mierda! — recogió el celular y s elo guardó en el bolsillo de la chaqueta marrón en piel que se había puesto.

Un polo blanco y unos jeans azules. Su correa del mismo color de la chaqueta y sus zapatos haciendo un juego perfecto con las demás prendas.

Jamás usaba sneakes ni sandalias, sencillamente, no eran su estilo.

Salió a los pocos minutos y se montó en su vehículo dispuesto a hacer lo que fuera necesario para sacarse a la demonia de ojos de fuego de la cabeza.

Una mujer nunca más iba a tener poder sobre él. No podía permitirlo, no después de cómo sufrió por culpa de Sasha.

Acomodó le espejo retrovisor y su reflejo volvió a guiñar un ojo, como si hasta su yo interior supiera que, iba a serle casi imposible no pensar en Sophia esa noche.

—Ya veremos — se dijo irónico.

No hay nada mejor que un par de tragos y un buen polvo para olvidar a un cuño que sólo le había causado problemas.

Problemas que creyó enterrados.

Cuando Leo era pequeño, sus padres no tenían la mejor situación económica. Su padre, Tomás Sandoval, se la pasaba tomando malas decisiones en cuanto a negocios y más que nada en cuanto a su familia.

Hasta que un día, sus errores lo llevaron a la muerte y meses después, a la muerte de María Sandoval, su esposa y madre de Leo.

Intentó olvidar el apretón que le dio el corazón al pensar en su madre.

Estaba solo, se recordó. Pensar en sus padres no iba a hacerlo sentir menos solo.

La soledad se había vuelto su única amiga, su carcelera y su tranquilidad.

En la soledad aprendió a ser feliz a su manera. Sin importarle el qué dirán, ni mucho menos cómo sus acciones afectan la vida de los demás.

Pasó por tres hogares de acogida, hasta que tuvo la edad suficiente para trabajar y vivir independiente, allí, logró culminar sus estudios y al fin graduarse de la universidad.

Solo un título hizo falta y una entrevista con uno de los empresarios más famosos y estables del mundo de las inversiones: Marcos Sanders. Él hombre le enseñó todo lo que era hoy en día. Todo se lo debía a él.

Como si sus oídos le hubiesen estado comiendo, su teléfono sonó en ese momento y el nombre de Marcos apareció en la pantalla.

Puso el manos libre y atendió la llamada, sabía que si no respondía rápido, su jefe y prácticamente única persona que se preocupaba por él, iba. Terminar llegando a su apartamento a buscarlo para confirmar que no le había partido la cara a otro rubio patético.

—Dime — respondió.

—¿Dónde estás? — preguntó Marcos sin titubear.

—Dónde no te importa, Marcos. Deja de preocuparte por mí. Atiende a tu propia vida — supo que se había pasado de la raya, cuando su jefe soltó un suspiro forzado y lento.

—Mi vida comienza y termina en mi puta empresa. Tú te pusiste a hacer un tremendo show en la acera y ahora tengo un bello titular en todos los periódicos digitales. — Marcos guardó silencio un momento y soltó una maldición — en que diablos estabas pensando?

—¿Eso dice el titular? ¡Que extraño titular! Pensé que ibas a decir algo cómo.... — se detuvo y pensó en un nombre mientras aguardaba por el cambio de luz del semaforo —... Joven empresario casi mata a puñetazos a ex novio de *Pelirroja*.

Sé rió de su propio chiste, como si hubiera sido lo más jocoso que hubiera escuchado.

—Sandoval, esto no es gracioso. Es mi empresa. ¡Mi pura empresa! Necesitas controlar tu ira. Necesitas....

—Tu no sabes lo que necesito, Marcos. — lo interrumpió, mientras aceleraba cuando las luces cambiaron a verde —No me vengas a sermonear ahora. Ya te lo he dicho, no soy tu hijo, no eres mi padre, búscate a otro idiota al que puedas mangonear a tu puta forma.

—Al menos reconoces que eres un pitó idiota — se burló Marcos.

—No me jodas.

—¡No me jodas tú, Leo! ¡Me estás hartando! Me tienes hasta las putas pelota con tu soberbia. — Explotó Marcos a punto de perder los estribos.

—No digas nada de lo que luego quieras arrepentirte. Mañana hablamos —Leo sabía que Marcos le tenía estima, pero tampoco quería tentar a su suerte.

Una cosa era ser el favorito de la empresa, la mano derecha de Marcos, y su hombre de confianza para cualquier negocio, y otra muy distinta era cavar su propia tumba.

Marcos Sanders era mejor como amigo que como enemigo.

Como la segunda, el hombre no reparaba en utilizar cualquier medio para destruirte y arruinarte los negocios.

Al menos eso se rumoreaba.

Y Leo, ni tonto ni perezoso, no pretendía ponerse a investigarlo.

—No hagas que me arrepienta de tenerte en mi equipo. — dijo después de un rato sin decir ni media palabra — eres excelente empleado hijo, pero la estás cagando. Desde que viste a....

—No. — volvió Leo a interrumpirlo. —Nos vemos. Voy a solucionarlo y mañana todo estará bien, te lo aseguro.

—¿Te vio un doctor?— Marcos cambió de tema, al darse cuenta que no le valía de nada.

Leo agradeció que entendiera a la primera.

—No necesito un doctor. No hay nada que un par de tragos de Buccanas 21 años no solucione. — Se estacionó frente al club y tomó su celular, le quitó el manos libres y s elo pegó a la oreja — Mañana nos vemos. Perdona los inconvenientes, no volverá a repetirse.

Y lo decía enserio.

No podía pm volver a repetirse.

Si perdía los estribos otra vez, significaba que la Pelirroja le había calado más hondo de lo que él había imaginado.

Esperaba no tragarse sus propias palabras.

CAPITULO DIECINUEVE

Sophia McAdams

Miró el teléfono inalámbrico que la enfermera le ofreció, como si este fuese una burla a su memoria.

Estaba en la era digital.

Solo había habido un problema en su ecuación de regresar a casa y avisar a Aria de su salida.

Aparte que no se encontraba con deseos de salir sola del hospital y dejar a Hermes tirado en una camilla de emergencia.

Marcó el único número que conocía con la esperanza de que tomara el celular.

—¿Hola? — Su voz le calmó el corazón de inmediato y su latir volvió a su cauce.

—Hola, amor — saludó.

—¿Nena? ¿Eres tú? ¿Por qué me llamas de ese número? ¿Está todo bien?

Él la conocía tan bien.

Hacía meses que no sabía de él, que no lo llamaba, que no buscaba el calor de su voz.

Porque debía superarlo.

—Estoy bien, Ter— murmuró y se pasó inconscientemente la mano por el cabello desarreglado y puso su codo en el tope del escritorio de la enfermera — necesito que llames a Aria y le digas que me espere en casa.

–¿Qué está pasando, Nena? —él no se lo iba a poner fácil y ella lo sabía.

Sé maldijo por haber sido tan poco inteligente, sucumbir en la tentación de llamar a Terrence era lo peor que pudo haber pensado.

¿En qué había estado pensando?

Años de relación tirados a la basura.

Él se había enamorado de otra persona.

No seas patética, pensó molesta por su propia debilidad.

Había pasado más de año.

—Nada —aunque era un intento vano, lo dijo.

—Te conozco lo suficiente para saber que algo sucede. ¿Estás tomada, Sophia?

La cosa se estaba poniendo seria, incómoda e irrefutablemente seria.

—Llama a mi amiga y dile que me vea en el departamento. No quiero hablar contigo. Es más, no sé ni en qué demonios pensaba cuando te llamé — cerró la llamada y tiró el teléfono haciendo un estruendo.

Había sido una boba al llamar al hombre qu ele había toro el corazón.

Terrence nunca se propuso lastimarla, se había conocido y congeniado de inmediato.

Años en la universidad, conviviendo juntos, le resultó lógico enamorarse de ese hombre tan hermoso y atento.

Terrence tenía los ojos tan verde como la piedra esmeralda, su cejas tupidas del mismo color dorado de su cabello. Su porte, elegante, fornido y llamativo, puro musculo. Medía cerca de metro noventa y vestido con traje y corbata era un peligro para el libido de cualquier mujer que

lo viera.

Y también para los hombres.

Tarde se había percatado que su amigo, su pareja, el hombre en el cual más confiaba, se había convertido en una persona muy distinta, en un hombre que buscaba algo que ella no podía ofrecer.

Y aún así, después de todo, seguía queriéndolo como él primer día.

Aunque su cuerpo había entendido que él no era para ella, sus hormonas se habían aplacado y ya el deseo había sido reducido a no más que un pequeño babeo al verlo.

Sin embargo, su corazón era otro tema.

Él amor que sentía por Terrence iba más allá de lo físico.

Era su manera de cuidarla, de protegerla.

—Señorita, el caballero desea verla— la enfermera la miró fijamente esperando que se negara.

Ella lo sabía, pues la señora, entrada en los cincuenta y tantos, no lo había tenido difícil, sumar dos más dos le había resultado de lo. Más sencillo.

Una mujer nerviosa, con el pelo desarreglo, la mirada turbia y enojada, dos hombres caminando junto a ella, obviamente afectados físicamente, con golpes en el rostro, uno de ellos casi desmayado.

Si, definitivamente no tenía que ser Einstein para darse cuenta que ambos habían pelado por la Pelirroja que los acompañaba.

—No quiero ir —murmuró triste.

No debía verlo, no tenía ningún compromiso con Hermes, mucho menos después de ver cómo él se había referido a ella, como si estuviese dañada sexualmente.

Como si no fuese capaz de alcanzar el placer.

Cosa que no era del todo falsa, pues ella podía alcanzarlo, solo que con ayuda de sus propios medios.

O con Leo.

Leo Sandoval definitivamente era uno entre un millón de hombres sobre la faz de la tierra.

—No tienes que hacerlo. — dijo la enfermera suavizando la mirada.

—Pero debería...

—Nadie debe de obligarte a hacer nada. La moral es lo que te hace querer cumplir.

—No iré — esta vez sintió una fuerza que no sabía que podía hacer uso.

Estaba mentalmente exhausta.

—No lo hagas. Le diré que te fuiste. Toma tu bolso, vete y él que resuelva como pueda.

Se extrañó por la manera en cómo respondió, pero no se detuvo a pensarlo mucho, si lo hacía, estaba segura que iba a quedarse.

Salió y tomó el primer taxi que apareció, veinte minutos después, gracias al poco tráfico que había a las ocho de la noche, llegó en un santiamén a su apartamento.

Su vida estaba lo suficientemente complicada, con un nuevo trabajo, sus roces intencionales con Leo Sandoval, y sus deseos intensos de perdurar en Mega Inversiones, como para volver. A ponerse en contacto con Terrence.

¿Por qué lo había hecho?

¿Acaso no había tenido suficiente dolor al encontrarlo con otro hombre?

¿El trauma emocional y la traición no había sido suficiente para que lo odiara?

En absoluto.

Ella no tenía ese botón. No era capaz de odiar a nadie, excepto por el hombre que embarazó a

su madre y la dejó a la buena de Dios.

Subió rápidamente a su apartamento y cerró la puerta estrepitosamente.

Había tenido el peor día de su vida.

¿Qué le pasaba a Leo? ¿Por qué había atacado con tanta violencia a Hermes? ¿Celos?

Esa rabia no podía ser solo celos.

Él sonido de la puerta detrás de ella la espantó, haciendo que tirara por impulso su cartera y su chaqueta al suelo.

—¿Qué? — no se molestó en saludar. Simplemente corrió el pestillo y abrió.

—¿Por qué carajos llamó Terrence a mi celular?

Aria estaba que echaba humo por los ojos.

Su amiga no había superado la ruptura. Ellos tres habían salido, tomado, compartido demasiado.

Y el había jodido todo.

No era el hecho de ser gay lo que molestaba a ambas mujeres, a una mas que a la otra, sino, la forma en cómo terminó las cosas con Sophia.

Ser gay era algo y ser gay e infiel, una mierda completamente distinta.

—Entra — abrió al puerta y se dispuso a recoger todas sus pertenencias del piso.

Lo hizo despacio, sin molestarse en ocultar el pesar que sentía de su amiga, la única persona que realmente la conocía en todo el sentido de la palabra.

—¿Te animas? —su amiga sacó una botella de Chablis del bolso y la movió golosa frente a sus ojos.

—¿Ahora te dedicas a vender vinos? — dijo sarcástica, aunque sabía que su amiga no las vendía, sino que andaba con alcohol, igual que como dentro de su bolso llevaba a todas partes un potecito con sal y uno con canela.

No era tan consumidora de azúcar, peor estaba segura, que de ser por Aria Douglas, hasta azúcar y vinagre balsámico era capaz de entrar en esa cartera, alias el bolsillo de *doraemon*.

—No se donde voy a parar cuando salgo del trabajo, lo justo es que esté preparada en todo momento.

Sonrió ante la respuesta de Aria y llevó sus cosas a la habitación. Se quitó la bufanda y tiro los zapatos de tacón, moviendo los dedos de los pies para desestresarlos.

Diez horas con esos tacones puestos, y el dedo meñique estaba casi en huelga por maltrato físico.

Se tiró en el mueble y subió los pies en el reposa brazos de este, su amiga la observó mientras se quitaba el cárdigan y ponía la cartera en la mesa del comedor.

Su apartamento era básicamente el estándar de los espacios para mujeres jóvenes solteras. Una habitación, un sofá amplio, una besa de comedor con dos sillas, desayunador con dos taburetes y una cocina increíble pequeña.

—Comienzo a creer que vamos a necesitar más de un *Chablis*.

—No—,le dijo levantando la mano. —vamos a ir al club ese que fuimos anoche.

—No te traerá recuerdo, nena?

—Quedé con una compañera para tomarnos unos tragos. — se defendió al instante de su mirada preocupada.

Aria se preocupaba en demasía por ella, diciéndole que no disfrutaba su vida lo suficientemente y que iba a envejecer sin ningún detalle morboso y sexual que recordar.

—¿Me estas siendo infiel con otra mujer? — Aria se hizo la ofendida y se llevó la mano con la botella al corazón.— Jamás creí posible que me engañaras.

—Calla, ridícula — cerró los ojos un momento y lo único que podía pensar era en Leo Sandoval, encima de Hermes propinándole la paliza de su vida.

—¿Qué sucedió hoy, Sophia? —ahí estaba otra vez la preocupación.

Sophia soltó un gruñido y no abrió los ojos, para evitar sentir aún más la pena de su amiga.

—No soy de cristal, no voy a romperme — le dijo.

—Eres un diamante, aunque seas la piedra más fuerte que existe, en la manos incorrectas, puedes quebrarte.

No refutó, no podía hacerlo, porque aunque Aria no tuviera idea de lo qué había pasado con Leo en el frente de su nuevo trabajo, ella sabía que su amiga tenía razón.

Siempre había sido una mujer fuerte, desde niña se esforzó porque su madre no notará su tristeza en ningún momento, sus dudas de porqué su padre biológico la había abandonado. Ella sencillamente no deseaba hacer sentir triste a la única persona que había dado su vida por ella.

Porque literalmente eso había hecho.

Una mujer que se vuelve madre a temprana edad y deja todo para criar a su hija, es una mujer que deja de vivir su vida, lo que se supone debe disfrutar y conocer, para dedicarse a trabajar y darle lo mejor en todo momento.

Por eso debía esforzarse y mantener su trabajo en Mega Inversiones. Porque James, su padrastro, había colaborado para que ella lo tuviera, y decepcionar a sus padres no entraba en su lista de cosas por cumplir.

—Nada que tenga relevancia. — se levantó del sofá y caminó directo a su habitación — descorcha el vino, me daré una ducha, ve televisión si quieres o navega en instagram. Vamos a salir esta noche, tu vienes conmigo y punto.

—¡Uy! Me gusta. — Aria entraba a todo lo que fuera canes y fiestas, ella no le paraba a detalles de sentimentalismo. Las cosas se hacían y se disfrutaban, por eso, en ese momento, donde Sophia no podía parar de pensar en un hombre que obviamente era contraproducente para ella, su amiga era la mejor medicina – ¡Me gusta lo que veo! ¡Fuerza mujer!

Eso precisamente era lo que le quedaba.

Tener fuerza, cambiarse, maquillarse, y olvidarse de Leo y de su pelea con Hermes.

Por ella.

Jamás nadie había peleado por ella.

Nadia la había defendido de esa manera tan feroz.

Leo era un enigma peligroso.

Uno al que ella sabía no debía acercarse demasiado, porque cuando explotara, era capaz de llevarse todo a su paso.

CAPÍTULO VEINTE

Sophia entró al club con unas ganas atroces de cometer toda clase de pecados, con hombres desconocidos del bar.

Por primera vez en su vida comenzaba a replantearse la idea que siempre había conservado como base en su desarrollo personal: *Tu cuerpo, tu templo.* Así la había criado su madre, aunque ella misma la había instado en más de una ocasión a olvidarse del pudor y disfrutar su soltería, y posteriormente su juventud.

Sophia siempre se había retraído por el qué dirán de las personas.

Creyendo que toda su vida giraba en torno a las buenas o malas decisiones que tomara. Por eso, antes de decidirse a hacer algo, por más simple que fuera, siempre lo pensaba.

Excepto cuando se le iba la lengua estando nerviosa o cuando se sentía atacada.

Su mente era como una serpiente de cascabel: si sentía que estaba siendo acorralada, expulsaba lo primero que pensara sin filtro alguno.

Y luego pensaba en control de daños.

—¿Tu amigo nos guardó sitio? —preguntó Aria desde que entraron y vieron todo copado—. Porque de no ser así, conozco al manager, seguro que nos ubica en buen lugar.

—Amiga —corrigió instantáneamente—, y sí, creo que los veo por allá. —Subió la mano para que Merly la notara en el gentío de cuerpos pegajosos.

El no tener su celular con ella, definitivamente, representaba un problema muy grave. No estaba acostumbrada a no escribirle a su madre al menos un mensaje, diciéndole que había llegado bien al apartamento.

O responder los mensajes de Hermes.

Solo que esa noche, los mensajes no llegarían.

Ella se había encargado de alejarlo, de una vez y por todas.

Claro que no había sido ella la causante de su inminente lejanía, sino Leo Sandoval, el hombre que la ponía a mil por horas con solo pensarlo.

—Vamos. —Tomó su amiga de la mano y atravesaron el club, hasta los sofás de cuero en donde estaba Merly.

La recepcionista estaba vestida con un crop top verde neón que dejaba claramente ver sus

pezones, un jean corto con flecos en los bordes, y unas sandalias doradas. A su lado, estaba un hombre de unos treinta y tantos, con una camiseta sin cuello de color rojo que tenía la palabra *hot* en el centro y debajo de esta un ají picante.

Al lado de este, un hombre que aparentaba ser menor edad y que repasó a Sophia de arriba a abajo, deteniéndose por más del segundo que indicaba la educación y se convertía en morbo.

Lentes tipo hípster, chaqueta negra, pelo peinado hacia atrás y una boca muy bonita.

El hombre era atractivo, eso debía reconocerlo, pensó Sophia mientras le sonreía traviesa.

¿Tres copas? El chablis solo le había dado el coraje necesario para salir esa noche y olvidar a Leo Sandoval.

—Chicos, ella es Sophia, es nueva en Mega Inversiones. —Merly se levantó y le dio un rápido abrazo—. Ella es...

—Aria. —Su amiga no le pasaba vergüenza a nadie, no a menos que ella no se percatara en el momento justo—. Soy Aria y vengo con ella.

—Encantada, hermosa —Merly le dio dos besos a su amiga y Sophia casi se espanta por el saludo tan cariñoso de la chica que apenas conocía a su amiga.

Pero Aria no pareció molestarle. Algo extraño, pues ella desde que estaban en la universidad, no dejaba que ninguna persona se le acercara, no a menos que ella así lo deseara.

—¿Puedo invitarte algo, Sophi? —el hombre de los lentes se acercó a ella y la invitó a sentarse.

—No, gracias —respondió por instinto —Es Sophia, no Sophi.

En serio que odiaba que le cambiaran el nombre.

¿Es que acaso la gente no prestaba atención?

—Perdona, es que te ves tierna. —El hombre subió los hombres y se excusó, dándole un sorbo largo a la bebida azul que tenía en su vaso.

Se mordió la lengua para no soltar un gruñido.

—Iré a la barra. —Se levantó del sofá y le lanzó una mirada a su amiga, la cual estaba conversando animada con Merly—. ¿Quieres algo de la barra?

—Tráeme lo mismo que tomes —respondió Aria.

—No seas así, preciosa. —El hombre la agarró de la mano y de inmediato, su pequeño atractivo se le fue a los pies—. Deja que este caballero vaya por ti y te traiga algo que te relaje.

—No necesito relajarme. —Removió la mano y se soltó de su agarre—. Por cierto, si te

llamas a ti mismo caballero, es porque no lo eres. Solo eres un fraude que intenta llevarse a la cama a las mujeres con esas mentiras.

La música estaba cambiando en ese momento, y su voz fue lo único que se escuchó diciendo la última parte.

El rojo tiñó sus mejillas, pero no le importó.

Dejó al hombre con la boca abierta, y al amigo de este, escondiendo el rostro detrás de su botella de cerveza.

—Si me disculpas, ciertamente necesito relajarme. —Se dirigió a la barra y el barman se acercó de inmediato con una sonrisa y un lapicero en la oreja.

El hombre debía medir como un metro ochenta y tanto, así que ella levantó los ojos hacia él y le devolvió el gesto.

Camisa blanca con mangas cortas, pelo rubio, tanto que Sophia pensó que debía ser falso, y unos ojos muy bonitos de color marrón.

¿Pero qué pasaba con ella?

¿Acaso todos los hombres de esa noche le parecían bonitos y regulares?

Claro, le dijo una voz burlona, ninguno de ellos era Leo Sandoval.

—¿Que te doy, muñeca? —Sophia apretó los puños y evitó decirle que no la llamara con ese apelativo. Se dijo que no podía andar por el mundo enfurruñada con todo ser vivo.

—Dame dos copas de vino tinto. Si tienes Chablis mucho mejor —ella ordenó y él asintió.

La música no estaba tan elevada como la noche anterior, pero sí había más clientes esa noche.

—Aquí tienes, muñeca. —El barman le entregó las copas de vino y ella le dio un trago largo a la suya de una vez—. Tranquila, así no soportaras la noche —le dijo el volviendo a sonreír.

Definitivamente, el hombre estaba bastante bien. Se notaba, por cómo la camisa se pegaba a sus músculos, que debía dedicar horas al gimnasio.

—Gracias. —Levantó la copa suya en señal de brindis, y sin perder el contacto visual le dio otro sorbo. No sabía por qué hacía eso, ella se daba cuenta que estaba casi provocándolo.

Era como si deseara que el barman saliera del bar y la besara hasta hacerle perder el sentido, para luego llevarla a su carro y la follara como si no le importara nada más.

Sacudió la cabeza y se alejó de allí todo lo rápido que sus zapatos pumps le permitieron.

Su falda roja le llegaba a medio muslo, su rodilla tenía el enorme morado del día anterior

cuando se había tropezado con la sabana al despertar.

Una blusa blanca cubría todo su cuerpo hasta las muñecas. Siempre había creído que si se ponía una pieza de ropa corta o muy ceñida, la otra debía intentar guardar la compostura.

—¿Bien? —Le entregó la bebida a su amiga y se sentó a su lado, ni loca iba a colocarse cerca del lentes hípster.

—Gracias, nena. —Ella le dio un trago corto y bajó la copa para dedicarle una mirada de escrutinio—. ¿Estás bien? Estabas emocionada por venir.

—Sí, estoy bien. Creo que solo necesito ir al baño un momento.

—No te dañes el maquillaje.

Eso era lo único que podía preocupar a Aria.

Se levantó y dejó la copa en la mesa con tope de cristal, que tenían en frente, con botellas y picadera. Parecía un cumpleaños de adolescentes que visitaban un club por primera vez.

Se odió a sí misma por ser tan ruda y aguafiestas.

Ellos no tenían la culpa de que su humor estuviera tan miserable.

Entró al baño y se miró al espejo sintiéndose arruinada. ¿Qué le pasaba esa noche?

Ella había entrado con bastante ánimo, en el taxi había estado bromeando sobre hacer una orgía con Aria y varias personas más.

¿Por qué su humor había decaído tanto hasta llegar a parecerse a una vieja fuera de lugar?

Porque ella tenía la mente en otro lugar y otra persona.

Porque no era precisamente el club lo que le había provocado cuando iba en el taxi.

Era encontrarse otra vez con Leo.

La verdad le golpeó en el rostro y apretó los ojos a punto de chocarse la cabeza contra el espejo.

Unas mujeres entraron al baño parloteando y ella se echó algo de agua en los ojos para reaccionar.

Debía reaccionar.

Leo Sandoval obviamente tenía problemas graves de control de ira, por no pensar en su arrogancia y su falta de tacto para decir lo que pensaba.

«Pero aun así no puedes sacártelo de la cabeza», se burló la voz dentro de ella.

Y esta vez, debía reconocer que tenía razón.

Suspiró y volvió a salir, el ímpetu con el que había entrado al bar, con deseos de comerse el mundo, comenzaba extinguirse como una vela en medio de una tormenta.

—¿Mejor? —le preguntó Aria al verla llegar, su amiga se hizo a un lado para que ella se sentara.

—No.

—Creo que necesitas algo de diversión. ¿Por qué no vamos a sacudir un poco el cuerpo? —En ese momento se escuchó *Work* de *Rihanna* y a las mujeres gritando las letras a todo pulmón.

—No creo que...

—Venga, vamos. —Merly se levantó también y las tres mujeres se dirigieron a la pista redonda con baldosas doradas, en la cual, más de veinte personas movían el cuerpo al compás de la voz seductora de la artista.

Las mujeres comenzaron a moverse, lentamente Sophia comenzó a relajarse. Aria se colocó detrás de ella y Merly delante, frotándose ambas contra su delgado cuerpo, haciendo que estallara en carcajadas y se desinhibiera.

Su vida era de ella. Las consecuencias de sus actos, recaían únicamente sobre ella. ¿Por qué amargarse? Claramente Marcos sabía lo que había pasado entre ella y Leo, y aun así, seguía conservando el trabajo.

¿Por qué diablos estar triste y acongojada?

Bailó la canción, sintiendo las letras, Merly contoneó sus caderas contra su vientre y su cabello comenzó a pegarse a su cuello por el sudor que le causaba el baile.

Dos minutos después, solo eran un cuerpo en movimiento.

—Disfruta —le susurró Aria al oído y se alejó de ella.

Sintió su ausencia, pero aun así, siguió moviendo las caderas, pasó la mano por su rostro para despejarlo, pues el pelo rojo comenzaba a molestarle.

Merly se volteó hacia ella y sonrió detrás suyo.

Casi podía jurar que miraba a su amiga de manera sexual.

Le daba igual, no era su problema ni su vida.

Sintió el calor de una mano en su cadera y una boca pegada a su oído.

Se espantó de inmediato, pues supo que esa no era su amiga.

—Eres la tentación con piernas, Pelirroja.

Leo.

Él puso ambas manos en sus caderas y su miembro duro contra su culo le indicó que había estado mirándola por algo más que unos segundos.

—Si sigues bailando así, me va a ser imposible controlarme —susurró y mordisqueó su lóbulo.

Ella tiró el cuello hacia atrás, dejándolo caer contra su pecho, sin dejar de moverse.

La canción había pasado y ahora se escuchaba un ritmo más fuerte y caribeño en español, ella no reconoció las letras, pero sus caderas, combinadas con las copas de vino y las manos de Leo guiándolas de un lado a otro, suave y sensualmente, fuero suficiente para marcar un ritmo.

—No te pedí que te controlaras —le respondió ella.

Aunque era una completa mentirosa.

Ella no se lo pidió, pero se había largado de su apartamento antes del segundo round.

—Debo hacerlo. No soy bueno para ti.

Pero no se alejó y ella no se lo pidió ni rechazo su agarre.

Él comenzó a esparcir pequeños besos en su oreja, bajando por su cuello, su aliento le acariciaba la nuca y le provocaba caricias prohibidas.

De esas caricias que ella sabía él podía suplirle.

Se envalentonó, sacando fuerzas de donde no sabía tenía, y se giró a él. Subió el rostro y acarició con sus manos pequeñas y delicadas el pecho de Leo, el cual sintió tan fuerte y fibroso, como tallado a mano.

Y ella sabía que estaba más que bien hecho. Lo había visto desnudo y ahora no tenía forma de evitar pensar en él cada cinco minutos.

Movió su cuerpo pegado al de él, Leo casi no se movía, estaba respirando acelerado, eso le dio a entender que no solo ella estaba siendo afectada por esa corriente.

Ambos lo sentían.

Ella bajó sus manos por su abdomen y movió sus caderas, se dejó llevar por el instinto y se giró, quedando con el culo en pompas y restregándoselo justo en el miembro a Leo, el cual la pegó hasta que ella sintió la fuerza de su erección al máximo.

La humedad recorrió su tanga roja de encaje y pensó que iba a venirse si seguía sintiendo el miembro de Leo, potente y dispuesto, frotándose contra su sexo.

Deliberado.

Eso era.

Ella había querido jugar con fuego y ahora, mientras movía el culo contra él, lo único en lo que podía pensar era en cuántas personas se darían cuenta si él la penetraba en ese momento en medio de la pista.

La respuesta no le importaba.

Pero el final de la canción llegó en su salvación y las luces se apagaron por completo.

—Nos vamos. —Ella enderezó el cuerpo y sintió las manos de Leo en su cintura—. Vamos. —Escuchó el gruñido de Leo y su voz ronca casi inentendible.

Él la condujo fuera de la pista, y ella se dejó llevar.

Estaba deseosa de que él la guiara.

Las luces volvieron en ese momento y ya ellos estaban llegando a la salida, Leo no se andaba por las ramas.

—Espera. —Ella se detuvo y pudo jurar que Leo la atravesó con los dedos.

—No vengas a arrepentirte ahora Pelirroja. Vas a matarme si me dices que no te vas conmigo. —Sophia se sorprendió por la fuerza de sus palabras, que eran casi suplicantes.

—Estoy con mis amigas. Debo decirle que me voy. —*Joder*, pensó en Merly, seguro que la chica había visto a Leo acercarse.

Ahora recordó la sonrisa que había lanzado sobre su hombro, ella casi había jurado que había sido a Aria.

Ahora se daba cuenta que no.

—Ellas saben que estás conmigo.

Para él eso era más que suficiente.

Pero para ella no.

—Vengo en dos segundos. —La música había vuelto a sonar estridente y ella se pegó a su oído, poniéndose de puntillas para hacerse escuchar

Leo abrazó su cuerpo y la hizo pegarse a él, hasta que casi se le cortaba la respiración.

—No te atrevas a arrepentirte.

—Nunca había estado tan segura de algo en mi vida —le dijo y aprovechó la escasa

distancia para besarlo en los labios.

Un beso que era una promesa de que regresaría.

Leo introdujo la lengua en su boca y sostuvo su nuca con una mano, mientras con la otra apretaba más cerca su cintura, su erección entre ambos, rozando su bajo vientre.

Profundizo el beso y sorbió su labio inferior, para luego pasar despacio la lengua por este y sonreír contra su boca.

—Espérame afuera.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Sophia McAdams

Los nervios eran algo traicioneros, sin embargo por primera vez en su vida, estaba segura de lo que deseaba, estaba segura de que quería pasar la noche con Leo, quería sentir su cuerpo junto al de ella, quería disfrutar cada centímetro de su piel, gozar al tener dentro de ella el miembro viril y fuerte de él. Leo la había poseído y llenado como nunca nadie lo había hecho.

Seguía concentrada, mirando la calle, intentando ver solamente los carros que pasaban cerca de ellos, Leo iba manejando a toda velocidad, pero sin cometer faltas. Intentó mantener la vista fija en la carretera y no en el magnífico rostro que tenía al lado, no en Leo y sus grandes ojos penetrantes, su mirada franca, no en cómo tenía la mano entrelazada con la de ella, justo encima de la palanca de cambios, aunque el *Mercedes* fuera un carro automático.

Él era un hombre peligroso, definitivamente el más peligroso que había conocido en su vida, sin embargo no podía evitar sentirse cautivada por su presencia, por su indomable belleza y por su arrogancia, en especial por la tercera. ¿qué estaba mal con ella?

¿Cómo era posible que un hombre así la cautivara y resultara un enigma para ella?

¿En qué momento había dejado de buscar un hombre de flores y chocolates?

¿Cuándo había dejado de soñar con uno que la llevara a cenar y que terminara la noche dándole un beso casto en los labios debajo de la bombilla?

¿En qué momento ella había comenzado a preferir a los malos? A esos que, a simple vista, parecían tener tantos problemas.

Leo Sandoval era uno de esos hombres. De esos problemáticos, de esos tóxicos, de esos que te envuelven, que te son francos, de los que te dicen que no pueden mantener una relación sentimental con ninguna mujer. De los que no se pintan de caballeros en armaduras porque simplemente desean pasar el rato contigo y así te lo hacen saber.

Ella recostó la cabeza en el cristal de la ventana y cerró los ojos disfrutando de las letras de la canción de *Michael Bublé, Feeling Good.*

Esa canción siempre le había gustado, tan sensual, tan distinta al ruido que ahora se había vuelto popular. Ese hombre, con su voz, devolvía a la vida los años donde se podía enamorar con un baile sensual. Uno no tan ardiente como el de ellos dos en la puesta del club. Sus mejillas tuvieron la delicadeza de sonrojarse al recordar el espectáculo que había dado.

Su corazón palpitaba deprisa, desesperado y no porque estuviera cometiendo un error, porque estaba segura de que esto iba a ser un error y le iba a pesar tiempo después, pero también estaba segura de que jamás olvidaría una noche con Leo Sandoval, una más, considerando que no había podido pasar cinco minutos del día sin que el cuerpo desnudo de Leo apareciera de

repente en su mente, sin pensar en cómo ella había vibrado bajo su toque, y como habían compartido besos capaces de provocarle humedad entre las piernas. No, definitivamente su corazón no latía deprisa por esto, latía deprisa por las ansias de ya ser adorada y venerada como solo Leo había logrado hacerla sentir.

No se dijeron una sola palabra en todo el trayecto, simplemente se dedicaron a pensar cada uno por separado, sin mirarse en ningún momento. Leo estaba concentrado en la calle, en las luces, en cada semáforo, respetaba cada una de las señales de tránsito, no se robó ni un solo semáforo en rojo, se detenía, pero no la observaba, y esto solamente aumentaba el nerviosismo de Sophia, que no sabía si él estaba complacido o no. Dirigió la vista por el rabillo del ojo izquierdo y sonrió, el bulto que se notaba en sus pantalones era más que suficiente para saber que el deseo que él sentía por ella aún estaba ahí: perenne, vivo, real.

Él entró al parqueo subterráneo del edificio en el cual vivía, está vez no le dejó el carro al guardia de seguridad de la puerta como lo hizo la noche anterior. Ella siguió en silencio, no sabía cómo iniciar una conversación con él. ¿Qué decirle? ¿De qué hablar? ¡Hey guapo! Hoy vamos a follar como nunca en tu vida te lo han hecho.

Sonrió ante su ocurrencia.

Leo la miró confundido, sin saber lo que por su mente pervertida pasaba en ese momento. Apagó el carro, después de parquearlo sin dificultad, lo cual era lógico considerando que debía conocer el parqueo y cada espacio del lugar donde vivía.

¿Iba a comenzar a desvariar?

No había tomado tanto. Esta vez, no podría echarle la culpa al alcohol, a los chupitos de Tequila, ni a la soltería.

—¿Lista? —Leo ya estaba frente a ella con la puerta abierta, esperando a que ella pisara tierra.

Miró sus manos, su bolso pequeño estaba en la guantera, él le había dicho que allí estaría más seguro y con menos probabilidades de extraviarlo.

—Lista. —Salió del *Mercedes* despacio y se detuvo frente a él, Leo la observaba fijamente de manera intensa—. ¿Qué?

—Me gustaría cogerte aquí mismo en el parqueo —murmuró antes de besarla sensual y concienzudamente—. Quiero poseerte de todas las formas posibles y en todos los lugares que las horas nos permitan.

—Hazlo —le dijo ella, devolviendo el beso con más intensidad, acariciando su lengua con la suya, envolviéndola y absorbiendo, chupando sus labios y olvidándose del poco pudor que le quedaba, subió las manos al cuello de Leo y lo acercó más a ella—. Hazme Tuya.

—¿Serás mía?

—Sí, seré tuya. Por ahora. Por lo que nos queda. Por estas horas, seré tuya de la manera que tú quieras.

Leo soltó un gruñido y le devoró los labios, agarró sus piernas y con un movimiento la montó en sus caderas, besándola sin mesura, disfrutando su calor, su olor, y de ella dejándose llevar.

Con él era tan sencillo hacerlo.

Él caminó despacio y ella se dejó hacer, montada en sus caderas, sintiendo el poder de su erección bajo su cuerpo. Leo la sentó en el capó del *Mercedes*, colocando su trasero despacio y sin dejar de besarla, metió una de sus manos entre sus cuerpos, dirigiéndola hasta su sexo húmedo y deseoso de sentir su tacto.

—Tan lista... Tan mojada. —Él movió la tanga hacia un lado y subió los dedos de arriba hacia abajo, acariciando la entrada de su sexo y haciendo círculos sobre su clítoris—. ¿Te pongo caliente, Pelirroja?

—Mierda, sí... —respondió en poco más que un susurro ahogado de placer—. Me vuelves loca. Necesito tenerte ya.

—Tú me vuelves loco. No he podido sacarte de mi cabeza. Necesito tenerte también. —Ella se daba cuenta que era cierto, por cómo su erección se pegaba a ella y casi daba brincos intentado salirse de su pantalón.

Sophia no perdió el tiempo y con rapidez, le echó manos a la correa y al botón del pantalón, en menos de tres segundos, Leo tenía el miembro afuera, brillante, húmedo y listo para la acción.

—Mira como me pones... Esto lo haces tú... —Él introdujo uno de sus dedos en el interior de Sophia, justo cuando ella agarró su pene con ambas manos y comenzó a acariciarlo.

Leo la besó otra vez, en esta ocasión, más ansioso, desesperado, mordió su labio inferior y se despegó de su boca, para esparcir besos por su cuello, mientras un segundo dedo la penetraba.

Sophia aceleró y presionó su pene, Leo dejó escapar un gemido lleno de placer y gusto que la incentivó aún más.

No podía pensar en que estaban en el parqueo del edificio donde Leo vivía. Tampoco en la cantidad de cámaras que debían de haber allí, ni mucho menos en que en cualquier momento alguien podía llegar a estacionarse. Solo pensaba en el hombre de cabello rubio que tenía enfrente que la acariciaba y provocaba el delirio del éxtasis absoluto.

Él movió los dedos dentro de ella, como si martillara su interior de manera circular, Sophia impulsó sus caderas más hondo, quería llenarse por completo, pero ella sabía que no podría, no con sus dedos, quería otra cosa y no iba a esperar que él decidiera.

—Te necesito, ahora —le dijo acercando su pene hasta su sexo, sus piernas estaban abiertas, a cada lado del cuerpo de Leo, que solo tenía su miembro afuera de la ropa y ella con la falda un

poco subida hasta las caderas. Su tanga estaba a un lado, le molestaba un poquito al rozar su piel sensible, pero no tanto como para perder el tiempo quitándosela

—Espera... —Ella aceleró el movimiento de sus manos y esto a Leo le hizo cambiar el rostro, en el cual solo se veía el disfrute del placer que sus manos le provocaron—. Quieta, Pelirroja, tenemos toda la noche.

—No. Te quiero ahora, aquí. —Ella dejó de sostenerlo y acariciarlo con las dos manos, y utilizó una para agarrarlo del polo y tirar hacia ella para besarlo profundamente—. Quiero que me cojas aquí en tu parqueo. Quiero que cada vez que entres a tu casa pienses en mí y solo en mí. Quiero que me llenes ahora.

—No me enamoro —soltó entre dientes, por como ella aceleraba el movimiento de su mano, él se alejó de sus labios y la miró a los ojos. La luz del parqueo era tenue pero ella pudo verlo claro y honesto—. No soy hombre de prometer relaciones ni fidelidad, soy un perro. Así como soy, así como me ves. No voy a prometerte nada, Sophia. —Sacó los dedos de su interior y Sophia soltó un gemido por su ausencia.

Ella movió más sus manos y agarrando duro su pene, lo dirigió a la puerta de su sexo, moviendo las caderas deliberadamente. Él soltó el aire entre los dientes cuando sintió su pene justo en la humedad de su sexo, caliente y deseoso de tenerlo dentro de ella.

—No necesito promesas. Solo que me folles y me hagas olvidar todo. Hazme tuya. Eso quieres desde que me viste. Esta vez, no me iré.

—El condón...

—Tomo la píldora y necesito sentirte ya. No me pongas esa cara con ese brillo tan perverso.

—Me vuelves loco.

—Eso ya lo dijiste, León. ¿Tienes miedo? ¿Será que soy mucha carne para tus dientes?

—Te haré venir como el demonio, hasta que grites mi nombre y no quieras que ningún otro hombre te toque.

—Pues hazlo, joder. ¡Fóllame!

—Lo que pida mi Pelirroja. —Leo puso las manos en sus caderas y ella entendió lo que seguía, aguantó la respiración, y se introdujo ella misma, el miembro grande y rosado de Leo en su interior.

Soltó un gemido acalorado junto al pecho de Leo.

En esa posición, lo sentía completo, la llenaba, la colmaba con su pene y eso justo era lo que ella buscaba.

Era una tortura cruel, tenerlo allí, sin moverse, respirando acelerado y esperando que su

cuerpo se acomodara a la invasión.

—Joderrr... —entre dientes y gimiendo, Leo susurró antes de comenzar a moverse despacio.

Sophia estaba que con un par de movimientos iba a venirse de manera descomunal, estaba resbaladiza, más húmeda y dispuesta de lo que había estado nunca. Ningún vibrador le iba a provocar lo que Leo era capaz de hacerle a su cuerpo.

Penetrándola lentamente, entrando y saliendo, moviendo sus caderas y llevando su pene hasta el fondo, hasta que sus bolas tocaron la entrada de su sexo, al segundo se retiró hasta dejar solo la mitad de su pene dentro de ella, y así, Leo marcó el ritmo de sus acometidas. Un vaivén de sensaciones la estaba invadiendo, cerró los ojos y abrazó a Leo, mientras este, agarrando sus caderas, se clavaba despacio y fuerte, intenso y pasmoso, una miel tocando su cuerpo, llenándola en todo el sentido de la palabra. Sus pechos gritaban ser tocados, pero no sabía dónde poner las manos, ni cómo tocarse, ella sencillamente no sabía qué hacer con su cuerpo, lo único que sabía era que no deseaba separarse nunca de esa unión tan enloquecedora.

—¡Sí! ¡Justo así! —Sophia murmuró toda clase de palabras, llenas de pasión y júbilo, no podía pensar en nada más coherente, su cuerpo le estaba pidiendo a gritos dejarse llevar, entregarse al placer.

Así que lo hizo.

—¡Más fuerte! —le pidió, levantó el rostro hacia Leo y agarró su barbilla, él la observó con los ojos brillantes y nebulosos de placer— ¡Más fuerte! —no reconoció su propia voz. Estaba fuera de sí y con gusto de dejarse llevar del placer que Leo le estaba provocando.

—Aguanta —le dijo cuando sintió como su interior comenzaba a contraerse—. Aguanta joder, aguanta para mí.

—¡Joder! ¡La puta...! ¡Te siento hasta el ombligo! —no sabía lo que decía, no le importaba, creía que iba a partirla en dos.

Leo aceleró sus estocadas, su pene le estaba llevando al mismo borde del precipicio del placer, Sophia comenzó a gritar sin apuros ni vergüenzas, gozándose el momento, sin importar que la escuchara todo el jodido edificio.

Estaba teniendo el mejor polvo de su vida.

—¡Vamos! —le incitó moviendo las caderas, y metiendo una de sus manos entre sus cuerpos para acariciarse a sí misma, buscando su ritmo y sintiendo la fuerza de Leo en su interior —. ¡Dámelo!

—¡Joder! ¡Me voy a venir! ¡Maldición! —Leo le clavó los dedos en las caderas, el capó del carro se movía y ella se resbalaba más hacia Leo, con cada embestida, su pene se clavaba en ella hasta hacerle un paralelo entre el dolor y el gusto que sentía.

—¡Sí! ¡Vamos! —Sophia intensificó el movimiento en su capullo de placer, el cual estaba

lleno y ella se sintió, conociéndose, a punto de venirse de manera apoteósica y estrepitosamente.

—¡Sophia!

—¡Leo!

Ambos gritaron al unísono cuando llegaron al orgasmo juntos, él derramó todo su ser dentro de ella y Sophia se dejó ir en una nube de placer hasta el infinito.

Él no dejó de moverse en ningún momento, mientras el orgasmo arrebatador lo invadía.

Poco a poco sus acometidas fueron ralentizándose, volviéndose cada vez más lentas, Sophia seguía pegada a él, envolviéndolo con sus brazos y con sus piernas.

Leo depositó un beso en la coronilla de su cabeza y ella lo sintió de lo más tierno y extraño, distinto a como él se había pintado hasta el momento.

Pero no tenía fuerzas para ponerse a pensar en ello.

Su cuerpo estaba agotado, no podía pensar, ni moverse.

Sentía su falda en la cintura y el lado de su vulva donde la tanga quedó, ya no le molestaba, es más, hasta comenzaba a creer que la tanga ya no formaba parte de su vestimenta.

Estaba adormecida de placer y gusto.

Su corazón latía acelerado y su sexo aún exprimía lentamente los últimos estragos de la semilla de Leo.

Sintió su mirada sobre ella, por lo que soltó su abrazo y aunque su cuerpo estaba entumecido, le ordenó que mirara a Leo a los ojos.

Estos casi se le cerraron, así que pestañó varias veces, para mantener los ojos verdes sobre su amante.

Amante.

Joder, eso era Leo, su amante. Uno envidiable y que jamás olvidaría.

Él acercó su rostro al de ella y besó sus labios, ella no tenía fuerzas ni para moverlos, pero agradeció la caricia, subiendo los brazos a su cuello. Leo se salió de su interior lentamente mientras la besaba, y pasó la lengua por su labio inferior.

—Vamos arriba. Nos vendría bien una ducha. —Él la agarró de la cintura y sin trabajo la puso despacio en el piso del parqueo.

Ella miró de reojo su miembro con una semierección, mientras él se lo volvía a meter en el bóxer y luego abrochaba su pantalón.

—No tengo fuerzas ni para caminar. Tengo el culo entumecido —confesó sin mirarlo.

—Mírame. —Ella levantó los ojos hacia él casi a regañadientes—. Mírame cuando vayas a hablarme con esa lengua tan sucia.

—Eso no es atractivo —le dijo ella—. Parezco un puto camionero.

—A mí me gusta. Es lo primero que me gustó de ti. —Él subió los hombros despreocupado y sin darle importancia a su lenguaje soez y deslenguado—. ¿Tienes fuerzas para caminar o estás coja?

—No la tienes tan grande —murmuró mientras se bajaba la falda y sentía una sonrisa formarse en sus labios.

—Oh, Pelirroja, creí escuchar no hace ni cinco minutos, como gritaste que me sentías hasta el... —Él se pasó la mano por la barbilla simulando pensar—... ¡Ah sí! Hasta el ombligo.

—Vamos. —Ella se pasó la mano por el cabello alborotado y desistió al darse cuenta que no iba a servir de nada sin tener un espejo donde verse.

Escuchó cómo Leo soltaba una carcajada y siguió caminado esbelta y segura, aunque sus piernas temblaban por el desgaste de energía que había tenido, gracias al orgasmo que había sufrido y disfrutado.

Sonrió tontamente y se mordió los labios, la noche apenas comenzaba y ya lo había hecho en el parqueo de un edificio, con luces encendidas y más que nada con Leo Sandoval.

Leo.

Escuchó cómo él le puso la alarma al carro y sus pasos detrás suyo, estaba complacida por haberse dejado llevar de sus impulsos.

Él tenía razón en algo: Nadie iba a poder superar lo que él era capaz de provocar en ella.

CAPÍTULO VEINTIDOS

Sophia McAdams

Sophia sintió una boca detrás de su oreja y se despertó sobresaltada, al advertir el calor de un cuerpo detrás suyo y una mano acariciando su vientre, bajando lentamente hasta el comienzo de su sexo, acariciándola despacio con pleitesía, moviendo sus dedos hasta provocar que sus caderas comenzaran a moverse con el mismo ritmo.

—Buenas madrugadas, Pelirroja —escuchó a Leo. Él pegó sus labios al oído de Sophia y lo mordisqueó suavemente—. Me gusta sentir tu cuerpo al despertar.

—No te acostumbres —dijo ella soñolienta—, cualquiera creería que te estás enamorando, Leo Sandoval.

—Yo no me enamoro, Pelirroja. No estoy para esos cuentos. en cambio... —Él metió uno de sus dedos sin avisarle, dejándola inmóvil por un segundo y haciendo que soltara un gritito por la invasión, que luego se vio sustituido por un gemido, al sentir cómo ese dedo era capaz de darle tanto placer—. Me gusta disfrutar de un buen polvo. La verdad sea dicha: te sientes demasiado bien junto a mí, no tengo por qué ocultar eso.

Sí, definitivamente estaba en un grave problema. Se dio cuenta que escuchar esas palabras le provocaban el impulso de salir corriendo de sus brazos o de lanzarse a su pecho sabiendo que él no estaba dispuesto a nada más.

Igual, estaba segura que no le convenía lanzarse a una relación con un hombre que, desde un inicio, había puesto las cartas sobre la mesa. Lo más peligroso de esto era que de repente se daba cuenta, que el hecho de él llamarla Pelirroja, mientras la acariciaba, ya no le molestaba, ya lo sentía como algo único de ellos dos.

Y eso era, tal cual, peligrosísimo.

El olor de la fragancia de Leo la embriagó, no era un olor a perfume, era más bien el sudor de la noche, de su cuerpo combinado con el olor a sexo, más el jabón que utilizaba para bañarse, todo eso mezclado, le daba un olor único. Sí, definitivamente ese hombre era un peligro para su tranquilidad mental y emocional.

El frotó la nariz en su cuello y siguió moviendo despacio el dedo en su interior. Subió una de sus piernas en los muslos de él, para darle mayor acceso a su cueva resbaladiza, dejando su sexo expuesto completamente, a la intemperie y a la buena de Dios... o más bien a la buena voluntad de Leo Sandoval.

Ese león era, definitivamente, el peor depredador con el que se había enfrentado en su vida. No le cabía ninguna duda de que olvidarlo iba a ser demasiado difícil. Pero en lo único que debía pensar en ese momento, era en el placer que él era capaz de provocarle. Leo subió su mano libre a uno de sus pechos y comenzó a masajearlos, acariciando su aureola, su pezón se endureció ante

su tacto, ella gimió de nuevo, iba a volverla loca de placer y ella estaba completamente de acuerdo en eso.

—¡Joder, síí! —gimió fuerte, sin importarle que los vecinos pudieran escucharla, a fin de cuentas, no eran sus vecinos, eran los de Leo, él tendría que lidiar con eso.

Movió las caderas, pegando el culo de manera sugerente en el miembro erecto de Leo, aunque él estaba trabajando internamente con sus dedos, le embriagaba y le cautivaba el sentir su pene duro y listo para clavarse en ella. Leo mordisqueó su cuello, besándola, chupándola tal como haría con una fresa jugosa. Intentó meter una de sus manos entre ambos cuerpos para acariciarlo a él, pero Leo no se lo permitió. Estaba segura que al otro día iba a tener una linda marca en su cuello y en sus pechos, con lo dada que era a hacerse marcas y hematomas por todo, pero no le importó.

Mierda, claro que no iba a importarle, estaba siendo poseída por el mismo demonio del sexo, un hombre que definitivamente se había escapado de un mundo de placer y sexo salvaje y desmedido.

Ella comenzó a temblar bajo sus manos. El pulgar de Leo o uno de sus dedos, pues en definitiva, él se estaba tomando el tiempo de acariciarla con su mano completa y ella movía las caderas descontroladamente, echando el cuello hacia atrás y disfrutando de las caricias que le proveía, no sabía si él había sacado manos extras o si en ese momento un gemelo había entrado en escena, le importaba un comino, lo único que deseaba era disfrutar de Leo y eso estaba haciendo.

—Me encanta que te muevas así. Tan suelta. Tan ligera. Eres tremendamente sexual.

—¿Sex.. Sexual? —logró preguntar con voz entrecortada. Estaba a punto de venirse y de perder el aliento.

—Sí. Eres todo sexo —respondió con voz gruesa. Él estaba excitado como el demonio, pero por alguna razón que ella no lograba entender, Leo estaba prefiriendo darle placer, otorgarle un orgasmo fantástico, que buscar su propio placer.

Ella tenía miedo de que él pudiera creer que era una cualquiera, una mujer ligera que no tenía ningún sentido común y se acostaba con el primer hombre que encontraba en un bar.

Joder, hasta ella misma comenzaba a pensar que no se conocía ni un ápice.

Pero le causaba pánico sentir lo que él despertaba en ella, porque siendo honesta, ese hombre tan arrogante y misterioso, tan impulsivo y salvaje, se portaba de una manera diferente con ella y le hacía desear saber más de él y tener más tiempo para disfrutarlo.

Él encabezaba la lista de las cosas de las que iba a estar orgullosa de hacer al llegar a su vejez.

Leo Sandoval era la fantasía de cualquier mujer, y ella lo tenía en sus brazos, al menos por unas horas.

—¿Te gusta, Pelirroja? —le preguntó en voz baja. Él sabía que sí, pero deseaba escucharla, deseaba oírlo de su boca y ella estaba más que dispuesta decírselo.

— ¡Sí! ¡Me encanta! ¡Me estas matando! —chilló lujuriosa y con voz melosa y gutural.

—¿Quieres que acelere? —La iba a matar si seguía tratándola así, torturándola hasta que se lo rogara.

—Sí, por favor. Más rápido. —Ella iba a darle lo que quería, lo que él deseaba, Leo quería tener el control y por un orgasmo, ella iba a ceder el suyo—. Quiero… umm… por favor… —Se sintió a punto de alcanzar el clímax, sus paredes comenzaron a contraerse y Sophia giró la cabeza buscando sus labios y los encontró de inmediato.

Se besaron con pasión, mientras los dedos de Leo la acariciaban por todas partes, sus manos las sentía en su cuerpo completo, él entraba un dedo, dos, los retiraba volvía a meterlo y deliciosamente los removía en su interior, presionando con uno de ellos el capullo de placer que estaba encima de su puerta, de esa que conducía a la humedad y al éxtasis, no podía controlarse más, deseaba gritar, pero tenía la boca llena con los labios de Leo, con sabor a alcohol y algo de especias que no lograba identificar. Le encantaba su sabor a prohibido, lo besó entregándose por completo. No le importaba darlo todo a alguien que no deseaba nada más que un par de polvos. Ella lo tenía claro, él no se enamoraba, se lo había dicho en más de una ocasión, y eso lo aceptaba.

Mientras tanto, disfrutaría de la adicción que comenzaba a desarrollar por Leo Sandoval. No iba a cansarse de él por un largo tiempo. Sophia comenzó a sentir cómo su sexo comenzaba a contraerse, intentó evitarlo con todas sus fuerzas pues quería retener lo más posible el orgasmo para que al llegar a él, fuera lo más apoteósicamente intenso posible. Al tocarse tanto buscando su propia satisfacción en sus relaciones anteriores, había aprendido a controlar su cuerpo, su vagina, sus paredes a contraerse alrededor del pene de un hombre y a provocarles más placer. No iba a confesar que se pasó horas viendo cómo apretar sus paredes internas y metiéndose los dedos para saber su progreso. Estaba consciente que el secreto debía irse con ella a la tumba.

Cerró los ojos y se mordió los labios cuando sintió cómo Leo se separó de su boca y bajó hasta su pecho, mientras acariciaba el otro con la otra mano y se colocaba justo encima de ella. Sophia subió sus manos y las colocó en el cabello rubio y semi ondulado de Leo, y este, con una mano dentro de su sexo, moviéndola con una elegancia y un cálculo perfecto para que ella, sin poder retenerlo más, se dejara ir en una nube de placer envuelta en sus brazos y siendo prisionera de su cuerpo.

Leo no detuvo ni ralentizó el movimiento de sus dedos ni de su boca en su pezón, se contrajo alrededor de sus dedos, dos, tres, no lo sabía, simplemente disfrutaba del puro placer que sentía al tener la boca de Leo alrededor de su pezón, chupando todo de ella. Él pasó al otro pecho y dejó el otro, haciendo que sintiera el frío de la habitación.

—¡Leo! —murmuró apretando las piernas y tirando del cabello de Leo, el cual la silenció con su boca y ahogó sus gritos al alcanzar el placer.

—Harás que me saquen del edificio —le dijo sonriendo, cuando la sintió desmadejada

debajo de él.

Sé quedó sin fuerzas, sintiendo el peso ligero del cuerpo de Leo sobre ella.

Sonrió contra sus labios al escucharlo reír.

—Te ves hermosa cuando te vienes.

—Tú me hiciste venir.

—Soy muy capaz. —Se hizo el arrogante, lo supo porque sus ojos brillaron y la luz de la luna hizo que parecieran los de un felino al acecho.

—Gracias.... —Debían ser poco más de las tres de la madrugada y acababa de venirse en los brazos de un hombre peligroso.

No porque fuera violento, sino porque Leo Sandoval, era peligroso para su alma y solitario corazón.

—Nunca me agradezcas por darte placer. —Leo se hizo a un lado, y dejó una de sus manos sobre su pecho. Sacó sus dedos de su interior y se los llevó a la boca.

—No vayas a... —Pero se vio interrumpida al presenciar exactamente lo que temía.

—Sabroso. Tal como tú —Él cerró los ojos y pareció disfrutar el jugo de su sexo en sus labios.

Sophia sintió la boca reseca y el corazón acelerado.

Definitivamente, eso era lo más íntimo que había vivido y visto en su vida.

—¿Tienes hambre?

Sophia salió de su trance, estaba despierta y lista para el ataque. Deseaba darle placer a Leo, hacer que él se sintiera bien.

Bajó la vista a su sexo erecto y grueso, con la punta rosada y goteando el líquido preseminal. Casi se sintió culpable al no prestarle suficiente atención momentos atrás, pero Leo no se lo había permitido.

—Por más que desee que me envuelva con tus labios, lo cierto es que tengo hambre y necesito comer. Este cuerpo tropical y sensual no se alimenta de aire.

Sophia no pudo evitar dejar salir una carcajada por tal ocurrencia.

Hacía tiempo que no se reía de esa manera, sin sentirse observada ni juzgada.

Estaba completamente desnuda en los brazos de un extraño, pero de la persona que parecía conocer su cuerpo más que ella misma.

Era su extraño conocido.

—No me dejaste tocarte... —dijo después de un rato, cuando Leo se hubo levantado de la cama.

—No tengo preservativos y no iba a poder controlarme. —Franco y honesto, tal cual él había sido hasta el momento, respondió subiendo los hombros y se dirigió al cuarto de baño.

Habían pasado las últimas cuatro horas besándose y haciéndolo por todas partes del apartamento de Leo. Aparentemente, ese hombre no tenía acabadera, fue ella la que, en el último round, terminó agitada y sin darse cuenta, se durmió.

Pero vaya manera de despertar que había tenido.

—Te dije que tomo la píldora. —Se levantó también de la cama y se dirigió hacia él. Sus pechos bailaban suavemente a cada paso que daba. No se apenaba de caminar desnuda para encontrarse con Leo.

Él, sin embargo, parecía bastante incómodo, pues lo vio apretar la mandíbula y mirarla con los ojos oscurecidos de placer.

—Ya lo hicimos en el parqueo sin condón. Creo que una vez es más que suficiente —dijo casi de manera ininteligible.

—Pues vaya fuerza de voluntad que tienes. —Sophia estaba enojada, por algún motivo, su parte perra y calenturienta no deseaba comprenderlo. Así que se giró, comenzando a caminar con dirección a la cocina, pero, malévola y tentadora, se agachó, poniendo el culo en pompa y se tocó los dedos de los pies.

Dejando su sexo expuesto y una vista panorámica de lo que él se estaba perdiendo.

—Eres sádica. —Leo pasó a su lado y le pegó una nalgada que la hizo saltar y agarrarse el lado adolorido y caliente.

—¡Cobarde! —le gritó frustrada.

Una cosa eran sus dedos mágicos, y otra muy distinta, ese miembro viril y fuerte.

Si, definitivamente era frustración lo que sentía.

—Precavido.

Ella soltó un gruñido de exasperación y lo siguió a la cocina.

—Te controlas demasiado —le dijo una vez se hubo sentado en un taburete negro junto al desayunador.

Leo estaba sacando un sartén y huevos.

—Contigo me sale difícil hacerlo —le dijo sin mirarla, concentrado en romper y batir los huevos en un bol—. Créeme. Es mucho más difícil de lo que piensas.

—Pues fóllame. ¿Qué tan difícil es de entender?

—No seas irracional. Comeremos algo. Estás muerta del hambre. No hemos parado desde que llegamos del club. —Se sonrojó al escucharlo, pues él tenía razón. Lo había hecho hasta en la ducha cuando se suponía que solo iban a bañarse después de hacerlo en la cama la primera vez.

Leo picó vegetales y comenzó a saltearlos con una pizca de aceite verde.

Comenzó a pensar que estaba pagando algo muy grande que había cometido en esta vida o en la anterior.

Aparte de ser magnífico amante, también sabía cocinar. No había que ser un conocedor de la materia, para darse cuenta que él se movía con bastante agilidad y se desenvolvía con eficacia frente a la estufa y con el cuchillo.

«¿Será que también salva perritos de ser atropellados?» Se preguntó en silencio, molesta por tanta buena cualidad.

¿Por qué no pudo encontrarlo antes?

Entonces recordó que de haberlo hecho, no hubiese importado, Leo Sandoval, le dejó claro que no se enamoraba. No era un tipo de flores y canciones. No buscaba romance.

Sin embargo, allí estaba, en su cocina, haciéndole una tortilla de huevo, vegetales y queso, acabando de provocarle un orgasmo aún más bueno que los anteriores.

Comenzaba a fantasear con tenerlo en su vida. Y eso no era bueno.

Se cruzó de brazos, sintiéndose incómoda por el reciente descubrimiento.

Leo seguía en lo suyo, volteando el revoltillo y sin dedicarle ni una sola miradita sexual.

Se fijó en su pene y este seguía tieso, duro y levantado. Pero Leo parecía no percatarse o definitivamente, era tan bueno controlándose como él le había dicho.

La que no podía controlar el palpitar acelerado de su corazón era ella.

Ella, que comenzaba a temer por su seguridad emocional.

Debía hacerlo, debía protegerse.

Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Y tampoco quería.

CAPITULO VEINTITRÉS

Leo Sandoval

Las horas pasaron deprisa en compañía de la pelirroja. Por extraño que le pareciera, definitivamente no se sentía incómodo con ella, a su lado, en su apartamento, en un espacio que era suyo y nadie más.

Sé levantó despacio para evitar despertarla, habían dormido menos de tres horas, su cuerpo parecía no saciarse de ella, le lanzó una mirada a su miembro y se dio cuenta que estaba listo para hacerlo otra vez.

Esto era nuevo para él, pues incluso con Sasha, los detalles como estos, habían sido mal vistos, ella no deseaba quedarse más tiempo del necesario, pocas veces quería compartir con él una copa de vino y ver una película.

Infiernos, sonaba más cursi que una puta con su primer ramo de flores.

Se entró a la ducha y dejó caer el agua fría en su cuerpo que ardía por la mujer que estaba dormida en su cama.

Le gustaba. Maldita sea. Le gustaba como nunca nadie le había atraído. Sophia era una en un millón.

Sacudió la cabeza al entender esa última frase. Él no estaba dispuesto a nada más que un par de polvos ocasionales y esa mujer parecía querer una relación, y más que nada, merecía tener una, una que fuera digna de ella.

Se maldijo por ser tan idiota.

Debieron ser los tragos que se había tomado antes de encontrarla en la pista de baile del club.

El cuerpo de Sophia se movía muy bien al compás de la música estridente que sonaba a todo dar.

Sus amigas advirtieron su presencia y se alejaron, dejándole el camino disponible para él acercarse.

Su plan inicial había sido verse con Rey, tomarse unos tragos y escuchar lo que el muy idiota tenía que decirle.

Pero su amigo no había llegado.

Así que se pidió otro trago y fue entonces cuando notó el movimiento de su cabello rojo en

la pista.

Lo demás era historia.

Terminó de ducharse y se envolvió la toalla en la cintura, lavó sus dientes y se miró en el espejo, la barba comenzaba a subir pero no le importó en lo absoluto.

Se puso el gel que siempre usaba en el cabello y lo peinó hacia atrás, no estaba concentrado en hacerlo bien, ni tampoco en cómo parte de su rostro tenía un buen moretón por el único golpe que el ex novio de Sophia le había propinado.

Dos días. Dos días y ya estaba peleando por esa mujer.

Tenía que poner una barrera antes de que fuera demasiado tarde para él. No estaba dispuesto a enamorarse y se lo había dejado más que claro.

Peor parecía que, quien no deseaba entenderlo era él y su pene adicto a Sophia.

No se cansó de ella en ningún momento. Mierda, de no haber sido porque ya no tenía preservativos en el apartamento, hubiese pasado toda la noche montándola y poseyéndola como un desquiciado.

Escuchó un ruido en la habitación y supo que ella se había despertado.

Apretó la mandíbula y pensó en todas las posibles respuestas que podía darle.

«Estuvo de maravilla, gracias por las mejores horas de mi vida.»

La descartó de inmediato.

«Gracias por el sexo. Espero podamos repetirlo algún otro día.»

Cada vez sonaba peor y el sabor amargo de su boca no se iba.

No entendía por qué demonios le resultaba tan difícil decir algo que había hecho en infinidad de ocasiones.

—Hola, dormilona —dijo cuando llegó a la habitación, aún medio humedecido y con gotas esparcidas por su cuerpo.

Ella abrió los ojos de par en par, y eso lo hizo sentir extrañamente bien.

«Porque deseas gustarle como ella te gusta a ti»

El pensamiento no era adecuado ni mucho menos le gustaba.

Pero cierto era.

—Hola. —La vio llevarse la sabana hasta el cuello para cubrir su desnudez.

Su cuerpo era hermoso, su piel blanca como la leche, con esas pecas que pequeñas y esparcidas por todo su cuerpo, la hacían lucir perfecta. Su cabello rojo, por debajo de los hombros, estaba vuelto un desastre y eso lo cautivaba, sin contar con el azul de sus ojos tan brillante, que lo observaban avergonzada.

Sentada en su cama, con la sabana tapando la mayor parte de su cuerpo, sus mejillas sonrojadas y sus manos apretando la fina tela, lo llevaba a un lugar de tranquilidad mental que él no necesitaba en ese momento.

Tal vez nunca.

Se equivocó al creer que podía llevar una relación con alguien, pensando que esa persona podía amarlo sin irrespetarlo, sin traicionarlo.

Pero fue un caos infernal.

—¿Un poco tarde para cubrirte, no te parece? —Supo que ella se había molestado de inmediato, por el movimiento de sus cejas al levantarse de manera exagerada.

—No estoy cubriéndome. Me gusta estar desnuda.

—En ese caso debiste escoger otra clase de empleo —pretendía sonar gracioso, pero no fue el caso, más bien, su tono de voz por los nervios de tenerla allí y desear que se quedara más tiempo, lo traicionaron, haciéndolo sonar como si la estuviera ofendiendo.

Cosa que ella le dio a notar de inmediato.

Se levantó de la cama y tiró la sabana sobre el colchón, la mujer dormía como si estuviera en una lucha constante con su cuerpo hermoso y el sueño. Se movió más que cualquiera y por raro que pareciera, Leo estaba feliz de haber experimentado tres horas de puro mal dormir y movimiento constante.

Sacudió mentalmente esos pensamientos sin sentido.

Ella se iría ese mismo día. Se lo había dejado claro, expuso sus gustos y lo que buscaba de ambos: puro placer. Era algo físico, nada de involucrar sentimientos estúpidos que solo traían malas noches y miseria emocional.

—Eres un idiota. —Se puso las manos en las caderas, y apretó los labios rosados mirándolo enfurecida. La visión de sus senos pequeños y levantados, le provocaron una erección instantánea—. No entiendo cómo puedes pavonearte por el mundo como si fueses tan... tan…

Ella soltó un bufido y él levantó las cejas sin entender a lo que ella quería llegar.

«Falta de vocabulario, como lo que ella provoca en ti.»

Maldito infierno. Se estaba involucrando en algo que no necesitaba.

—Anoche parecías elocuente cuando gritabas que te cogiera duro.

¿Por qué demonios la provocaba?

¿Por qué diablos de repente quería molestarla?

—Leo Sandoval, en definitiva eres la persona más inconsciente y petulante que he tenido la desdicha de conocer.

—No seas tan sentimental. ¿Gritaste o no mi nombre? —Se movió al mueble donde tenía su ropa interior y se quitó la toalla, tirándola al cubo de la ropa sucia, se puso un bóxer y se entretuvo mirando qué camiseta ponerse—. ¿Gritaste que deseabas más de mí o no?

—Nunca creas en lo que una mujer dice cuando la están follando. —La escuchó moverse y no se giró, no era necesario, ella estaba recogiendo su ropa y vistiéndose. Iba a largarse de su apartamento porque él había sido un cabronazo—. Decimos toda clase de estupideces con tal de venirnos.

Leo se giró entonces, ofendido por sus palabras pero a la vez, incapaz de negar que Sophia tenía razón en algo: las mujeres eran capaz de todo con tal de conseguir lo que desearan, incluso de decir palabras como un te amo.

Lo había aprendido de mala forma.

Y ya no iba a darse el lujo de volver a confiar en ninguna mujer.

—Tienes razón. —Su pene palpitaba deseoso de clavarse en ella, pero su placer estaba en segundo plano, si su orgullo se veía afectado como en ese momento—. Las mujeres son capaces de mucha mierda. Hasta de gritar tu nombre a todo pulmón para que te creas la película. Así son. No tienes por qué tirármelo a la cara.

—Leo....

Él ignoró el hecho de que ella murmuró su nombre y que sus ojos estaban llenos de lágrimas, una vez una mujer había llorado por su perdón, había gritado su nombre mientras él se iba con él corazón roto por su traición. No se podía dejar ablandar por simples lágrimas de cocodrilo.

Ella lo había comenzado, ella fue quien hizo el comentario, dejando con esto ver, que era igual que las demás.

Él tenía vasta experiencia siendo un perro desgraciado, buscando su propio placer sin importar lo que los demás sintieran, pues hubo un momento donde él sintió mucho y a nadie le importó una mierda, y lo jodieron hasta que lo dejaron vacío.

Al menos eso pensó. Ahora se daba cuenta, al ponerse el pantalón de tela y la camisa blanca, que la mujer que estaba enfrente, con la ropa de la noche anterior puesta, y a punto de echarse a llorar, le había removido partes en su corazón que creyó muertas y extintas.

—Si quieres te llevo a tu apartamento y espero a que te cambies para irnos Mega

Inversiones juntos. —Ella apartó los ojos y se agachó para ponerse los zapatos. En un momento de la noche, mientras ella se movía durmiendo como una poseída en la cama, él se dispuso a recoger cada pieza de ropa para que la pudiera encontrar fácil al día siguiente.

—No te preocupes. Puedo pedir un taxi. Ya has hecho bastante por mí.

—No quise ser grosero. —No era una disculpa, Leo jamás se disculpaba.

¿Pará qué hacerlo? Al final, la gente siempre decidía qu hacer con sus acciones.

Se pasó la mano por el cabello y sintió la humedad del gel aún sin secarse del todo.

—¡Maldita sea! —exclamó y se metió al cuarto de baño otra vez.

Sophia soltó un suspiro cuando lo vio marchar al baño pero él no se detuvo a mirarla.

Enfocó su mal genio y humor en arreglar el desastre de cabello que tenía.

Se pasó el peine que casi nunca utilizaba con una mala sangre que casi hizo que su cráneo gritara de dolor, por la furia desmedida con la que lo estaba maltratando.

—Déjame hacerlo.

Siguió mirándose en el espejo sin prestar atención a Sophia, la cual se había acercado en silencio y lo miraba entristecida. Él no sabía mucho de emociones femeninas.

No quería saber tampoco.

Era un niño huérfano, de la calle, no porque no tuviera padres, sino porque estos se habían ido a destiempo, jodiendo su vida por siempre, marcando un hito de malas decisiones que nada tenían que ver con él.

Habían demonios que lo perseguían, por más que había intentado, a través de los años, controlar su mal genio y su deseo de lastimarse, de golpear, de dejar la ira salir.

—Leo... Déjame a mí. —Ella puso sus manos sobre las suyas y él se detuvo.

—Estoy bien.

—No lo estás. Venga, déjame hacerlo. —Él siguió sin soltar el peine, mirando su rostro frente al espejo, se detuvo a observar el rostro apesadumbrado de Sophia y la manera en cómo ella lo miraba.

Como si estuviese preocupada por él.

Realmente preocupada.

Que Dios lo ayudara, pero en verdad le creyó a esa mirada angelical llena de incertidumbre, esos ojos que lo miraban entristecidos. Leo soltó el peine despacio y bajó un poco la cabeza para

que ella lo tuviera más fácil, pues era sin lugar a dudas, mucho más alto que ella.

—Tienes un pelo hermoso —murmuró Sophia, y él cerró los ojos disfrutando el tener sus manos pequeñas y delicadas en su cabeza, aunque sus dedos prácticamente no rozaban su cuero cabelludo.

—Lamento... Lamento lo de hace un rato. —La boca le supo amarga, pero aun así, después de ver su preocupación genuina, sabía que debía disculparse por ofenderla—. No quise ofenderte ni lastimarte.

—Lo sé —respondió Sophia simplemente.

—¿Lo sabes? —No entendía entonces por qué la había visto con los ojos a punto de derramar sus lágrimas—. ¿Entonces por qué te vestiste tan deprisa? ¿Por qué parecías... —Levantó los ojos y la miró fijamente —... Tan triste?

—El hecho de que sepa que eres un estúpido de mierda, que dice las cosas sin pensar y que ofende sin darse cuenta, no significa que lo que me digas no me duela.

Sophia dejó el peine en el mueble que tenía al lado del lavamanos, debajo del espejo y se inclinó, poniéndose de puntitas, pasó sus dedos por ambos lados de su cabeza, acariciando y peinando hacia atrás los mechones rebeldes que no se deseaban aplacar.

Leo agarró sus manos y en un impulso, las llevó a su pecho, y clavó sus ojos en ella.

—Eres una mujer extraña —le dijo con la voz ronca.

No comprendía por qué su corazón latía tan deprisa, aquello no podía ser normal, no podía ser cierto, ni real. El sexo entre ellos había sido fantástico, demasiado bueno, pero no podía ser para tanto ni más de ahí, no más de unas horas, de unos encuentros casuales.

—Y tú un hombre con muchos problemas emocionales.

—Pero de igual manera te gusto. —Leo sonrió y soltó sus manos, agarró su barbilla y acercó sus labios a los de ella, necesitaba su calor una última vez, un beso y nada más.

Se repitió que por eso iba a besarla, como una manera de despedirse, pero muy en su interior sabía que no era esa la razón principal.

No quieres dejarla marchar.

—De igual manera me gustas —admitió y se acercó para terminar de unir sus labios y tomar lo que él ofrecía con tanto deseo.

Se besaron despacio, con los brazos de ella agarrando el borde de su camisa, anclándose a su cuerpo y pegando su corazón al suyo.

Ella se sentía tan bien en sus brazos. La abrazó, y sin pensarlo ni dejar de comérsela con la boca, la agarró de la cintura y con un rápido movimiento la subió al mueble donde tenía los

productos de cuidado personal, ella gimió contra sus labios y él fue dejando besos húmedos en su barbilla y su cuello.

—Leo...

—Me encantas —le dijo sincero. No había razón para negarlo, la erección que palpitaba entre sus piernas era la prueba fehaciente de ello.

—Leo... El trabajo.... Debemos... —cada palabra que ella decía, se veía interrumpida por sus besos. Sophia pasó sus manos por su pecho, por su cuello, sintió que lo arañó con las uñas pero le importó una mierda.

Joder, deseaba hacerla suya de nuevo.

—Leo... —Ella volvió a llamarlo, pero está vez se alejó y puso ambas manos en sus mejillas y le hizo fuerza para que la mirase—. Vamos. Llegar tarde.

—Marcos lo entenderá —le dijo casi en un gruñido.

—Creo que no nos fue muy bien ayer en la mañana cuando supo que habíamos estado juntos....

–¿No se lo cuento? —Él se alejó de ella y se acomodó el pene duro, para que no se notará como una jodida casa de campaña—. Me ofendes, Pelirroja.

—Muy gracioso, Leoncito. Pero te cortarán la cabeza si se entera que volvimos a tener sexo.

Se sintió incómodo ante el uso de esa frase, pero no quiso darle importancia, se obligó a recordar que eso era precisamente lo que habían hecho.

—Nadie manda en mí ni en mis acciones. Marcos no tienen que ver con quien me acuesto.

—Llévame a mi departamento. —Ella dio un brinquito y se bajó del mueble—. Resulta que a mí sí me importa lo que opine mi jefe de mí. Necesito el trabajo y esto... Bueno... Ya sabes.

—No. —Se cruzó de brazos y la miró con las cejas levantadas—. No sé nada.

—No podemos volver a repetirlo. —concluyó mientras comenzaba a caminar a la habitación—. Fue... Bueno... Ya sabes.

—No. No sé —volvió a repetir. Deseaba que ella lo dijera. Que fuera ella quien pusiera el *stop*, la barrera entre ellos.

Porque sencillamente, él no se sentía con la fuerza necesaria para negarse al placer que ambos podían alcanzar al estar juntos.

—Llévame al apartamento y te concedo que nos vayamos juntos al trabajo.

—Ya no tengo deseos de hacerlo. Parece que te vas en taxi —murmuró detrás de ella. Se

sentó en la cama y se puso los zapatos, una vez listo, se dignó en mirarla, ella estaba sonriendo —. ¿Qué? ¿Te duele algo? ¿Estás sufriendo una embolia cerebral?

—Eres todo un personaje. —Ella soltó una risita y sacudió la cabeza. Dio media vuelta y abrió la puerta de la habitación—. Te espero en el parqueo, no tardes, odio llegar retrasada al trabajo.

Contoneando sus caderas se fue dejándolo completamente sorprendido y sin ideas para refutar.

Definitivamente esa mujer era una entre un millón.

Y él había tenido el placer y el privilegio de tenerla en sus brazos por un par de horas.

¿Acaso era una prueba para saber su nivel de resistencia al peligro?

No lo sabía. Lo que sí tenía claro, es que no se había cansado de ella y no tenía ganas de dejarla escapar.

Al menos no por el momento.

Sonrió también y le siguió los pasos.

Estaba jodida si se creía que este iba a ser su último encuentro.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Sophia se duchó de manera apresurada, como si toda su vida dependiera de ello, se puso un traje de mezclilla hecho a medida, pantalón y chaqueta negra, una camisa roja, unos aretes delicados con forma de pétalos de rosa y unos zapatos cerrados de color negro. No sabía por qué razón se estaba preparando con tanta delicadeza y premura, lo único que sabía era que Leo estaba en la sala de su apartamento, esperando porque ella saliera.

Irse juntos al trabajo era algo nuevo, distinto y complicado, todo al mismo tiempo, como una mezcla de sopa con legumbres y llena de vegetales, aunque tuviera buen sabor, ella sabía que era complicado.

Leo definitivamente tenía problemas personales muy intensos y fuertes, que lo hacían volverse violento de repente y de cierto modo impredecible. Recordó el incidente en el baño, con el cabello despeinado y el peine, se sintió terriblemente mal, incluso triste, pues parecía un niño perdido. Se imaginó el pobre Leo de pequeño, sintiéndose alejado del mundo, no sabía qué le había pasado en su infancia, ni tampoco qué tuvo que haber atravesado para ser el hombre que era en ese momento, ese que la volvía loca de placer y que la hacía sentir, por segundos, tan especial e importante, como si fuera una princesa, y tan ligera como si fuera una puta. Pero cambiado unos segundos, podía hacerla sentir como una cualquiera y sin él siquiera proponérselo.

—¿Estás lista? —le preguntó él cuando ella salió de la habitación con la cartera en la mano.

—Supongo que sí —respondió ella sonriéndole. No sabía por qué con él era fácil reír y también enojarse—. A menos que quieras seguir aquí y olvidarte de los preservativos.

—Por más tentadora que sea la oferta... —Leo se levantó del sofá y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. La miró apreciativamente, comiéndosela con los ojos y devorando cada parte de su cuerpo—. Creo que puede quedarse para otro día.

Sintió el vientre estremecer y quiso tirar la cartera a un lado, y subirse encima de él para montarlo como un potro sexual.

—Eres un mojigato. —Ella sacudió la cabeza y pasó a su lado.

—Y tú una ninfómana. —Él le dio una nalgada y pasó un brazo por su hombro—. No te cansas, Pelirroja.

—Es cierto. —Subió los hombros despreocupada y tranquila—. No me canso de esto. —No intentó quitar el brazo de Leo de encima suyo, es que ni le molestaba.

En cambio, sentía que allí era donde debía estar.

El pensamiento la aterrorizó y alegró en partes iguales, un cincuenta/cincuenta de peligro y

tentación.

Minutos después se subieron al *Mercedes* de Leo y se introdujeron al tráfico de la hora pico de la mañana. No deseaba llegar tarde, miró su reloj y supo que precisamente eso era lo que iba a suceder, llegarían cuando ya todos estuvieran allí, y los verían llegar juntos, bajando del mismo carro que Leo Sandoval.

—No dejes que tus pensamientos arruinen la mañana. —Leo puso su mano sobre su muslo y el calor traspasó la tela de su pantalón.

—Nos verán llegar juntos.

—¿Te molesta? —Leo no la miró pero no fue necesario, ella tenía suficiente incomodidad para ambos—. No tienes que vivir para las personas, sino para ti, Pelirroja. Eso es lo que cuenta. Lo que te haga feliz será lo que te acompañará para toda la vida.

—Lo haces sonar tan fácil —murmuró cerrando los ojos y recostando la cabeza en el asiento.

Leo quitó la mano de su muslo y un segundo después escuchó *Mirrors* de *Justin Timberlake* sonar en la radio.

—La vida es tan fácil como tú quieras que sea, Sophia.

—¿Dime, por qué sufres, Leo? — Aunque no sabía si él iba a responder de igual forma lo preguntó.

Deseaba, por alguna tonta razón, conocer un poco más de ese hombre.

—No confundas nuestra noche juntos, Pelirroja.

—¿Te refieres a que me follas pero no puedo saber nada de ti? —Le dolió decirlo de esa manera, sintió que se estaba rebajando a lo mínimo.

Y ella ya estaba harta de sentir que no era suficiente para nadie.

Con Terrence, durante mucho tiempo después de su ruptura, creyó que no había podido satisfacerlo de la manera que él deseaba, y por ello había sucumbido ante la homosexualidad. Frágil como una copa de cristal, su corazón llevó mucho tiempo antes de sanar y recomponerse. Aunque tal parecía que no lo suficiente, pues terminó enredándose con alguien tan poco placentero como lo era Hermes.

«Y poco hombre», pensó molesta.

Ningún hombre que valiera la pena se atrevía a decir que la mujer con quien había tenido más de un año de relación no era capaz de satisfacerse con nada ni nadie.

Hermes era una basura más del mundo y no tenía ni pies ni cabeza sufrir por él.

—No lo pongas así.

—Es lo que dices. Es lo que quisiste dejar dicho. —No tenía por qué excusarse. Él había sido bastante claro

Sexo y nada más.

No quería una relación y ella no entendía por qué aquello le molestaba si ella tampoco estaba interesada en una.

Miró por la ventana y evitó pensar más en sus palabras, Leo pareció entenderla y no emitió ningún otro comentario.

Pocos minutos después llegaron al parqueo y ella tomó su cartera, suspiró y abrió la puerta del carro.

—Espera… —Él la detuvo agarrando su mano libre—. Yo...

—No te atrevas a decir que esto fue un error y que no volverá a pasar. Sé muy bien lo que es un rollo de una noche, Leo. No voy a pedirte más. —No lo dejó hablar. No podía. Escucharlo, saber de su propia boca que todo había acabado, sería fatal para ella.

Porque deseaba conocerlo más.

Los ojos azules de Leo se oscurecieron y su mano soltó su brazo.

Por un minuto llegó a pensar que él iba a decirle algo más.

—Qué tengas un buen día.

Ella salió del carro y caminó sin mirar atrás, escuchando el sonido seco de sus tacos al tocar en la baldosa.

Iba a entrar sola al ascensor y a seguir con su vida como si no se hubiera involucrado jamás con Leo Sandoval.

El problema era que sí se había mezclado y algo le decía a gritos que nunca más su vida volvería a ser la misma.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Días habían pasado sin volver a hablar con Leo. Era lunes otra vez. Un horrible y triste lunes.

—Quita esa cara. No es el fin del mundo.

—Es la única cara que tengo.

—Estás siendo más dramática que nunca.

—Pasa por el frente de mi escritorio y me mira como si tuviera la peste. —Le dio un sorbo a su copa de vino y jugó con los bordes del cristal.

Era triste sentir que necesitaba un simple ‘hola’ por parte del hombre que le había cerrado la puerta en las narices.

—Solo es un hombre. Hay miles. —Aria no entendía por qué razón estaba arruinada y derrumbada.

Ella no lo entendía tampoco.

Sophia McAdams era tan fuerte y complicada que llegaba a hartarse de sí misma y de su temperamento y forma de comportarse, así como las decisiones absurdas que tomaba para complacer y hacer feliz a los demás.

Pero en esta ocasión, ella deseaba ser feliz, y quería lograr su propia felicidad.

Solo que con quin sentía que podía conseguirlo, estaba renuente a algo más que un par de polvos ocasionales.

—Tú misma fuiste quien dijo que debía intentarlo. Tú me mandaste a la boca del lobo.

—Te dije que te follaras al lobo, no que te enamoraras de él. —Aria la miró preocupada y tomó de su vino tinto.

La carne Angus había perdido sabor y las patatas ya no le parecían tan atractivas como en un principio.

Todo estaba perdiendo sentido.

Su mente le bombardeaba con cuestionamientos y absurdas ideas, todas ellas provocadas para hacerle sufrir, para hacer que Leo no saliera de su cabeza ni por un segundo.

—No me enamoré del lobo —se defendió, aunque sonó tan poco convencida que su amiga frunció el ceño y apretó los labios—. En serio. No lo estoy. No estoy... ¡Deja de mirarme así!

¡Me estás incomodando!

—Te estás incomodando sola, Sop. Deja de darle vueltas a las cosas. No sirve que te entristezcas por algo que nunca tuviste. —Aria le dio un par de palmaditas en la mano y le apuntó a su comida—. Come. No quieres rebajar más de lo que ya lo has hecho. Cambiemos de tema. ¿Has sabido del insípido de Hermes?

«Ni puta idea», pensó.

—No. No ha vuelto a llamarme.

—Me alegro. Ya era momento que entendiera que no eres la mujer para él. Tienes demasiado brío para ese zopenco.

—No lo llames así.

—No me jodas, Sophia. El tipo dijo que eras una frívola que no se saciaba con nada. ¡Abre los putos ojos! Te avergonzó delante de todo el mundo.

—No me avergonzó. Estaba despechado. —Dejó el tenedor encima del plato y lo empujó suavemente hacia adelante. Se limpió los labios con la servilleta de tela y le dio un sorbo al resto del vino—. Todo eso porque te pusiste a ofenderlo por teléfono.

Su amiga subió las cejas y se rio sarcástica.

—¿Acaso dije algo que no fuera cierto?

No contestó, pero tampoco era necesario. Cuando Aria pensaba que tenía razón en algo, no había quién la sacara de ese lugar perdido en la arrogancia y seguridad personal.

—Hagamos un conteo. Desde que te dejaste del gay maldito y traicionero... —Subió la mano cuando vio cómo Sophia abrió la boca para interrumpirla—. Te callas. Es mi historia y mis ideas, las cuento como me de la santa voluntad. ¿*Capicci*?

—No jodas. Ya debo irme. —Miró la hora en su celular, y se percató que su hora de almuerzo casi finalizaba—. Sabes que odio llegar tarde a los lugares.

—Siempre lo repites como si no tuviera casi una jodida década conociéndote, estúpida psicópata del control.

—Yo también te quiero.

Sophia le hizo señas al camarero y pagó la cuenta de ambas.

—¿Cuándo salimos? Necesito mover un poco mi oxidado cuerpo.

Sophia se rio a carcajadas por la tan absurda estupidez que su amiga había dicho. ¿Oxidado? La mujer caminaba moviendo tanto las caderas que parecía sacada de un anuncio de samba.

—Veré cómo nos organizamos. Estoy saliendo tarde últimamente, mi jefe quiere tomarse unas vacaciones y hasta que no deje todo en orden, no se irá.

—Sé que puedes con todo. —Se abrazaron y salieron agarradas de las manos como dos colegialas—. Qué tengas una buena tarde, muñeca. —Volvió a abrazarla y sonrió preocupada—. Olvídate de ese Leo Sandoval. Si él te dijo desde un inicio que no quería una relación, no debes ofenderte porque ya no te salude.

—Un saludo no va a quitarle un pedazo de su cuerpo. ¿O es que cree que voy a lanzarme encima de él si me dice *hola*?

—A lo mejor sabe que le tienes muchas ganas.

Se rio moviendo la cabeza, Aria Douglas definitivamente no dejaba de sorprenderla.

—Nos vemos, nena.

Un par de minutos después, llegó al edificio de Mega Inversiones, y al sentarse detrás de su escritorio, escuchó un golpe y se abalanzó de inmediato a la oficina de Marcos.

—No necesito niñera —le decía Leo a Marcos con los puños apretados.

—Yo tampoco creo que necesites una. Lo único que quiero es que vayas y te hagas pasar por un jodido turista, que veas cómo es el movimiento, que me digas si vale la jodida pena.

—¡Se suponía que eso ya lo sabías! —Leo habló tan fuerte que el cuerpo de Sophia se estremeció.

Se mordió el labio inferior para no gritar.

—Sophia —Marcos dijo su nombre y ella se percató que tenía los ojos fijos en Leo y este ni se había dado cuenta que ella estaba detrás de él—. ¿Hace cuánto estás ahí?

—Me voy. —Leo se giró y pasó a su lado sin dignarse en mirarla—. Resuelve como quieras. No soy un puto muchacho. Sé cómo trabajar. Nadie debe de supervisar mi trabajo.

Sophia se hizo a un lado y se abrazó a sí misma.

Eso era lo más cerca que había estado de Leo en días. Pero era como tener otro hombre frente a ella, no el cariñoso y amable que la había acariciado y hecho que subiera al cielo en una nube de éxtasis y placer. Ese que pasó, frío y reservado, no se parecía en nada al hombre con quien ella había comido tostadas de pan integral y revoltillo de huevos a las tres de la mañana.

—Leo, quédate —Marcos habló y Sophia miró con los ojos humedecidos y deseosos de cerrarse y no ver el desprecio y la frialdad con que Leo la ignoraba.

Aquello era peor que decirle que no estaba disponible para una relación.

El hecho de pasar a su lado, y detenerse en la puerta, sin girarse hacia ella y mirarla, al

menos por escasos segundos, eso era mucho peor.

La indiferencia la mataba y no podía evitar sentirse sucia y utilizada.

¿Estúpido? Seguro que sí. Él había dicho sus reglas y lo que buscaba, la culpa recaía por completo en ella por después de terminar su aventura de unas horas, desear más de aquel león devorador de placer.

—¿Pará qué? ¿Pará ser testigo de cómo obligas a una mujer a tomar un avión con alguien que desprecia?

Sophia no entendía por qué Leo hablaba de aquella manera, no sabía de qué hablaban esos hombres y quiso que la tierra se abriera en dos y que se la tragara como a un tumor.

—Creo que mejor me voy. Parece que los estoy interrumpiendo....

—¿Interrumpiendo? —por fin Leo se dirigió a ella y la miró con los ojos azules teñidos de oscuridad.

Ni lo había visto así de airado.

—Eres el puto problema aquí, Pelirroja. Tú y solo tú eres la persona responsable de esta conversación.

—Leo. Cierra la jodida boca. —Marcos se pasó la mano por el cabello canoso y escaso y la miró con los párpados caídos—. Sophia, toma asiento, querida.

—Entré sin tocar porque escuché un ruido. Solo quería confirmar que estabas bien, de haber sabido que... —Se esforzó en no mirar a Leo, no podía, si lo miraba iba a querer abrazarlo, acercarse y preguntarle qué podía hacer para hacerlo sentir mejor—. Estoy interrumpiendo su reunión y no me gusta estar donde no me necesitan. Es obvio que mi presencia los incomoda.

No entendía la razón de por qué ese hombre con pelo rubio y ojos azules, le instaba a consolarlo. El hombre era más que duro y autónomo, suficientemente fuerte como para lanzarse sobre un desconocido como Hermes, por el simple hecho de este ofenderla.

No.

Definitivamente él no tenía ni pizca de débil, pero aun así, sus ojos contaban otra historia completamente distinta.

Una que ella deseaba conocer pero que Leo se esforzó en no permitirle acercarse.

Y contra la voluntad de ese león salvaje, ella no podía hacer absolutamente nada.

—¿A los dos? —preguntó refiriéndose a su último comentario. Sophia giró su rostro y dio un paso atrás. Los ojos azules de Leo la miraron de arriba abajo, repasando cada parte de su cuerpo.

No pudo evitar sentirse excitada con sus ojos atravesando su piel. De pronto, el vestido negro que le llegaba a las rodillas y le marcaba las pocas curvas que tenía en el cuerpo, se sintió casi transparente, pues él la miraba tan desprovisto de inocencia, que creyó estar desnuda en la oficina en ese momento.

Tragó saliva y sus ojos se agradaron al ver que Leo cruzó los brazos sobre su pecho, su camisa azul índigo se extendió sobre cuerpo, y este marcó cada musculo de sus brazos y abdomen.

No habló. Se quedó bajo el embrujo de sus ojos. Saboreando despacio sus labios, pues verlo tan enfurecido, le provocó querer dejar que él descargara su intensidad con su sexo.

¿Acaso estaba enferma?

¿Sufría de alguna condición extrema?

¿Ninfomanía?

No sabía. Pero la reacción que tenía al ver a Leo frente a ella, no podía ser normal.

Nunca se había sentido así con otro hombre. Ni siquiera a quien consideraba que era el hombre de su vida. Terrence jamás la provocó de esa manera.

—Sandoval —Marcos habló imponente y solo capturó la atención de Sophia, pues Leo seguía con los ojos puestos en ella.

—¿No se lo digo?

—¿Decirme que? —preguntó sin darse cuenta aún de a qué demonios él se refería.

Siempre había odiado estar en medio de algo que desconocía.

—No juegues con Sophia.

—Yo no juego. —Leo se acercó a ella, caminando despacio, sin que sus zapatos de marca sonaran en el suelo. Ignoró la maldición de Marcos y Sophia se preparó para una ofensa, pues los gestos de Leo al observarla, no distaban otra cosa. Ella lo había visto así mismo, cuando en su habitación la ofendió sin pensarlo. Él actuaba bajo ira e impulso—. No nos incomodas a los dos. Tú puedes quedarte aquí. Al único que le incomoda tu presencia es a mí.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Leo Sandoval

Estaba harto de que Marcos intentara manejar su vida, como si él fuese su padre. Se quitó la chaqueta antes de reunirse con él en la oficina, pues sabía que se traía algo entre manos desde el instante en que lo llamó a las ocho de la mañana para que se presentara en su oficina.

—¿Por qué?

Él sabía a lo que ella se refería pero ignoró lo mal que se sentía por tratarla de esa manera. No era un maldito desgraciado, en verdad, había una parte de él que deseaba abrazarla y tenerla cerca todo el santo día.

—Sophia, me gustaría que te sentaras. Intenta obviar lo maleducado que se está portando Leo.

—No creo que sea bienvenida, señor.

—Marcos, por favor. Ya te lo he dicho. El respeto no tiene nada que ver con los títulos. —Marcos se abrió el botón de la chaqueta y se sentó despacio detrás del escritorio.

Le lanzó una mirada furiosa pero Leo no se amedrentó.

—Esta es mi oficina, mi empresa. No tienes por qué sentirte mal, siempre serás bienvenida aquí —aunque las palabras iban dirigidas hacia Sophia, Marcos no le quitó los ojos de encima a Leo.

Y este, lo recibió con gusto.

Tenía que demostrarle que no era un chico inexperto. No era el joven recién salido de la universidad que había llegado a Mega Inversiones con deseos de superarse y aguantar lo que fuera necesario, con tal de no caer en las calles.

—Siéntate, Leo.

—No tengo ganas de sentarme. ¿Por qué no le dices de una vez? Dile que intentas manejar su vida y que quieres mandarla al otro lado del jodido mundo, solo porque te llegó una información, que ni siquiera está confirmada, de que la compra de ese hotel no es un buen negocio.

Se pasó la mano por el cabello y apretó los puños al bajar la mano.

¿Por qué ella?

¿Por qué demonios entre todas las mujeres que había en Mega Inversiones, tuvo que escogerla a ella?

Con toda su fuerza de voluntad, durante días, intentó no pensar en ella, no verla, pasar indiferente por frente a su escritorio, ignorar cómo ella le lanzaba miradas furtivas y dolidas cada vez que lo notaba.

Y él lo notaba.

Se daba cuenta que la pelirroja deseaba acercarse.

Pero no deseaba que cruzara esa línea, no quería verse involucrado otra vez con una persona, dejar que alguien más tuviera el control de su vida, definitivamente no estaba en sus planes.

—¿Qué está pasando, Marcos? Estoy harta del secretismo, odio ese dile y no le digas. No soy una cría hormonal. Vine aquí a trabajar y a desempeñar una función. —Sophia se sentó frente a Marcos y cruzó las piernas—. Lo que necesites que haga, me dices y puedes estar seguro que daré lo mejor de mí.

A la pelirroja le gustaba agarrar al toro por los cuernos, y por más que esto lo excitara y lo hiciera dudar de su reticencia a confiar en los demás, principalmente en las mujeres, se recordó con furia que debía de mantener la calma y enfocar la dirección de sus pensamientos irritantes, y volcarlo en Marcos y en ella misma.

Para Sophia McAdams, él era un cabrón sin escrúpulos, uno que se la había follado, y que ahora no quería ni mirarla.

Sí, él había disfrutado del placer que le causaba las demás personas, pero no iba a sucumbir ante sus instintos más humanos: el de tener una relación con una persona. Eso había resultado bastante mal y no iba a volver a pasar por lo mismo, no cuando apenas comenzaba superar a Sasha.

—Ten cuidado con lo que deseas —habló como si tal cosa, como si en verdad le valiera un centavo estar allí—. Estás pactando con el mismo diablo y ni siquiera te has dado cuenta.

Él soltó una risita y ella abrió los ojos con asombro, no le importó la mirada asesina que le lanzó su jefe, era cierto después de todo, y era lo que él sentía en ese momento, que había pactado con el mismo diablo, y ahora no podía escapar de tener que irse al otro lado del mundo, a un país desconocido, con una mujer que obviamente le encendía la sangre, y lo hacía desear cosas que él no era capaz de dar.

Aun teniendo su popularidad indeseada, Leo no lograba entender cómo es que ella sabiendo todavía que él que era un casanova, un tipo que se había cogido a media oficina, conociendo ese historial, ella tenía la delicadeza de mirarlo como si él fuera una buena persona, cosa si creyera que él no era un maldito desgraciado, uno que se aprovechaba de los intereses de las demás personas, uno que sin importarle que las mujeres con las que cogía en el baño, o en el bar de una discoteca, en un club, en el asiento del carro o en donde le diera el gusto y placer, a él no le importaba lo que esas mujeres deseaban, y más que nada, siempre les dejaba claro que no podía darle más que esas horas, que esos minutos, que ese polvo intenso, uno que no encontrarían con ningún otro hombre, y que se limitarían a solo eso, follar.

Aun sabiendo que, si Sophia había salido con Merly, la recepcionista, se debía de haber encargado de contarle todo lo que se rumoreaba de él en el edificio, no lograba entender por qué esa pelirroja aún deseaba algo con él, por qué lo veía así, ella tenía dos pozos enormes en sus ojos, unos bellos y atractivos ojos que lo miraban sedientos.

Nunca le había dado mente a lo que los demás pensaran o dijeran de él, su vida era suya y cómo la disfrutara y los medios que usara para sentirse bien, todo aquello era su maldito problema.

—Me estoy cansando de este jueguecito. —Marcos se pasó la mano por el rostro y los miró a ambos. Tamborileó los dedos y luego enfocó la vista en Leo—. Siéntate junto a Sophia y deja de actuar como si fueras un maldito niño —Marcos habló con ese tono que Leo conocía también, ese que le indicaba que estaba perdiendo los estribos, y que pronto le lanzaría el vaso de cristal con agua, que tenía sobre el escritorio, directo a la cabeza.

Apretó los puños, pero aun así, se fue lentamente acercando y se sentó en la silla vacía junto a la pelirroja.

—Vamos a entretenernos un rato. Eres quien manda.

—Veras, Sophia, la situación es la siguiente: voy a comprar un hotel en República Dominicana, una pequeña isla del Caribe, donde las playas son magníficas y está la gente más amable que puedas conocer jamás. El hotel en verdad tiene mucha capacidad para llegar a ser uno de los más importantes del Caribe. Aunque estoy a punto de realizar la compra, me han llegado informaciones de que quizá, a lo mejor, no sea una buena inversión. —Marcos se dio un trago de agua, seguido de otro más largo, hasta que ya no quedó ni una gota en el vaso—. Es por eso que necesito que alguien de confianza asista como si fuera turista y me diga cuáles son las oportunidades que se puedan encontrar en este hotel. Es sencillo...

—Quieres hacer un estudio de mercado y cerciorarte que no estás tirando tu dinero por el caño —completó Sophia asintiendo.

Se le veía tan hermosa, pensó molesto.

¿Por qué tenía que ser su compañera de trabajo? ¿Por qué razón enviarle esa tentación con piernas y tacones?

Condenado a verla cada santo día.

«NO hay nada que superar» se dijo, apenas el pensamiento pasó por su mente.

NO tenía por qué calcular cómo demonios superar a la pelirroja.

En un par de polvos se había metido en su cuerpo y mente.

«El detalle es que no la follaste, no te la tiraste, le hiciste el amor.»

—Maldic... —Se dio cuenta que había comenzado a decir la palabra en voz alta y se contuvo

de terminarla.

¿Cómo podía perder tanto los patrones delante de ella?

En todos los años que Leo tenía trabajando con Marcos, este jamás lo había visto tan al borde del desastre. Y eso comenzaba a preocupar a Leo, porque sólo podía significar una cosa: La pelirroja, con su preocupación y franqueza, había tocado una fibra distinta en su maltrecho corazón.

—¿Quieres que sea yo quien vaya? —preguntó ella sorprendida, ignorando la maldición a medio decir de Leo.

Él se dedicó a observarla, como a un lienzo en una exhibición de arte. Miró sus movimientos con detalle, capturando cada esencia de ella, sus nervios y cómo intentaba controlarse entrelazando sus dedos de las manos, ella miró hacia abajo y jugueteó un poco con el reloj que llevaba puesto en la muñeca. Volvió a levantar la vista hacia Marcos, pero este no la miraba.

Leo siguió el curso de los ojos de Sophia, y se topó de frente con los ojos inteligentes de Marcos.

Él, sin embargo, sí que lo estaba mirando curioso, como un brillo malicioso en los ojos y Leo supo de inmediato que había algo que su jefe no le estaba contando, algo que le había pasado desapercibido en el primer momento de ese encuentro, pero que ahora, el atisbo de la amarga comprensión, comenzaba a surgir en su cerebro, reflejándose en los puños apretados que tenía a cada lado de su chaqueta.

Comenzó a negar con la cabeza, más para despejar sus pensamientos que lo torturaban, que para decirle a Marcos que estaba equivocado.

Marcos suspiró al percatarse que Leo acababa de dar justo en el clavo al entender su mirada.

Quiso escapar del lugar, largarse y que nadie pudiera juzgarlo. Odiaba poder ser leído por alguien, eso lo dejaba a expensas de que pudieran joderlo y arruinarlo en un futuro. Dejar que alguien notara sus tribulaciones, solo podía terminar en fracaso y depresión.

—Sé que viniste aquí para ser mi asistente, lo entiendo, pero en verdad le tengo mucho aprecio a tu padrastro y él me recomendó tu trabajo, tu persona, me dijo que podía contar contigo y eso es más que suficiente para encomendarte esta misión. —Marcos se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre su pecho. Debía reconocer que el hombre para tener más de cincuenta, se mantenía en perfecto estado físico—. Sé que tienes un título en administración de empresas, y la verdad es que, si esto resulta bien, puede que en un futuro tengas un mejor puesto.

Aunque él hablaba con tanta calma, Leo lo único en que podía pensar era que había caído en el juego de Marcos, había caído tontamente en su idea de que el negocio era simplemente confirmar que la compra del hotel era una buena inversión.

No sabía si él pretendía quedarse con el hotel o si la intención era revenderlo, como lo

habían hecho con más de cincuenta empresas. Lo que en verdad le carcomía por dentro, eran las campanadas que le avisaban que Marcos se había dado cuenta que él, muy en su interior, sentía algo más que físico por Sophia.

«Mierda, qué cagada», pensó.

¿Tan obvio había sido?

Tanto la había mirado.

Le gustaba pensar que era capaz de ocultar lo que sentía, de esconder lo que le incomodaba y lo que le dolía. Durante años lo hizo. Tuvo que hacerlo, al verse en la obligación de pasar de un hogar de acogida a otro, no le quedó otra opción que dejar sus emociones en un segundo plano.

Lo triste era ser una carga para los padres que lo aceptaban en sus hogares. Pues al ser un joven adolescente, lo único que deseaban era el dinero que el Estado les facilitaba por hacerse cargo. Los sentimientos para los adolescentes, para los niños *grandes*, como ellos solían llamarle, quedan en un segundo o tercer plano.

El dinero movía corazones.

Eso lo había entendido de mala manera.

—Cuenta conmigo. —Sophia lo miró por el rabillo del ojo izquierdo y Leo subió los ojos al cielo.

Ella había aceptado.

Al hacerlo, lo arrastraba con él.

Pasar una semana entera con Sophia sería catástrofe pura y simple.

—Bien.

—Pero dormiré en una habitación separada de Leo. —La solicitud salió tan deprisa que Leo comenzó a toser al entender sus palabras y el significado entre líneas que tenían.

Incluso Marcos la miró con los ojos abiertos.

—¿Qué? Estamos un poco tarde para aparentar que Leo y yo tuvimos un encuentro.... Más personal de lo común. Es agua pasada. Somos dos adultos. —Sophia se levantó de la silla, no le dirigió la mirada a Leo, aunque este se moría por ver sus ojos y entender qué demonios tramaba su pelirroja.

¿Suya?

No. No era suya. No deseaba que lo fuera. No podía serlo.

Él no estaba disponible para esos rollos amorosos.

Después de varios segundos donde Marcos le lanzó miradas que Leo no quiso descifrar, su jefe se levantó de su silla y le extendió la mano a Sophia, la cual aceptó sin sonreír.

—Estoy de acuerdo. Somos adultos y esto es solo cuestión de trabajo para ustedes dos. Lo que se traigan entre manos y de manera personal, no me incumbe. —Se estrecharon las manos, pero Leo sintió unos celos repentinos al ver que no se alejaban.

Su consuelo era el escritorio que tenían enfrente.

¿Consuelo?

No podía creerse que su cerebro se había dispuesto a tirar un chiste tras otro.

Él no necesitaba consuelo, no necesitaba nada de la pelirroja.

—Mientras lo que ustedes dos hagan no influya en mi negocio y mi dinero, estaremos bien.

—Ten por seguro que no eso no será un problema. —Leo se levantó también y Sophia se hizo a un lado, soltando la mano de Marcos.

Su cabello se movió levemente al enfrentar su mirada.

—No —dijo ella con los labios apretados—. Esto no será un problema. Ahora, si me disculpan, debo dejar todo en orden y organizar algunos detalles, antes de irnos. ¿Cuándo saldríamos? ¿Debo comprar los pasajes de avión? ¿Saldremos juntos?

—Compra los boletos en primera clase, allá los recogerá un chófer privado y los llevará al hotel, tengo un amigo que puede darles un tour, pero debo coordinar con él.

—No son vacaciones. —No entendía porqué se esforzaba en ofenderla.

Pero tenía un deseo casi incontrolable de sacarla de sus casillas, de escucharla maldecir y gritar cuánto lo necesitaba, cuánto quería tenerlo dentro.

Deseaba escucharla gemir su nombre al llegar al orgasmo.

La deseaba.

Esa era la verdad absoluta, la única que en ese momento importaba. Innegablemente, él deseaba a Sophia ahora más que nunca.

—No, Leo. No son vacaciones. En eso estamos de acuerdo. —Sophia lo miró fríamente y su pecho subió y bajó como si no pudiera respirar bien—. Con que el chófer nos reciba y nos lleve al hotel será más que suficiente. Creo que tengo tu número de tarjeta anotado en los archivos, hago la compra hoy y mañana podemos salir sin inconvenientes.

—Tómate la tarde libre —le dijo Marcos saliendo de detrás del escritorio—. Sé que esto que te pido no está en tu contrato, y en verdad si no deseas ir puedes...

—No —respondió rápidamente.

—Bien. Me gusta tu entusiasmo y te aseguro que lo aprecio bastante. Vete y cuadra todo y si me necesitas o necesitas la tarjeta de la empresa para comprar algo personal, solo me dejas saber y lo cubro.

—Gracias, Marcos. —Sophia se dio media vuelta y dio por terminada la conversación con él.

No lo miró más, no se dignó en verle a la cara y fingir la indiferencia que intentaba expresar.

—Nos vemos mañana, Pelirroja —le dijo sarcástico, justo antes de que Sophia desapareciera detrás de la puerta—. ¿Se puede saber por qué demonios haces esto?

Solo esperó a escuchar cómo la puerta se cerraba para girarse hacia Marcos y mirarlo con cara de asesino.

—¿¡No había nadie más!? Vuelvo y lo repito. Esto puedo hacerlo solo, no necesito de nadie, ni en mi trabajo ni en mi vida. Nunca te he quedado mal, ¿o sí, Marcos? Nunca has tenido que ayudarme en nada. Soy más que autosuficiente y capaz de llevar una maldita operación encubierta.

Sentía que iba a explotar, le dio un golpe a la silla y esta cayó al suelo estrepitosamente.

Se había controlado todo lo posible, pero aborrecía que otras personas tomarán decisiones por él, decisiones que después podían afectarlo sin que él pudiera evitarlo.

Así había sido con sus padres.

Así había sucedido con los hogares de acogida.

Odiaba que los demás tomaran decisiones por él, porque se sentía indefenso.

Se juró hacía años no volver a estar en esa posición otra vez.

—¿Ya? ¿Terminaste de hacer rabieta como un niño? —Marcos se sentó y le señaló la silla en el suelo—. Por favor —le pidió.

A regañadientes, Leo levantó la silla y volvió a sentarse, se cubrió el rostro con las manos y soltó un suspiro apesadumbrado y lleno de cansancio.

—No entiendo qué pretendes. No sé qué quieres lograr. Lo veo en tus ojos, no vale de nada que quieras mentirme diciendo que esto es solo para cerciorarte de que es una buena inversión.

—Mis razones son mías. No tienes por qué meterte con ellas. Trabajas para mí, hace dos días aceptaste irte con Rey, ahora hay un cambio y te irás con Sophia. Solo has hablado con ellos vía telefónica, y más que nada, solo con el dueño, es decir, los empleados no saben quién eres.

—Sé que hay algo más y odio que me manipules.

—En una semana te cuento. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer. Puedes cerrar la puerta al salir.

Leo quiso decirle algo más, pero se contuvo. Se levantó y caminó directo a la puerta, la voz de Marcos lo detuvo justo cuando puso la mano sobre la perilla.

—Piensa bien todo lo que hagas y digas esta semana. En ocasiones no vemos lo que está frente a nuestros ojos por miedo a fallar o a que nos fallen.

No le contestó.

No era necesario.

Él sabía a qué se refería Marcos.

Pero no quiso prestarle atención.

Eso solo terminaría hundiéndolo aún más de lo que ya estaba.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Iba a cagarla.

Estaba segura de que iba a ser su perdición.

Quizá, lo más sensato era sencillamente recoger las cosas de la oficina, las escasas cosas que había llevado y largarse de allí, marcharse de su apartamento, regresar a donde su madre, hasta el momento en que todo se calmara y Leo no la buscara.

Se rio sarcásticamente ante ese pensamiento absurdo.

Claro que no le iba a buscar más, por más obsesionada que ella estuviera, por más que le atormentara el hecho de saber que él no iba a buscarla, debía de estar consciente de que lo de ellos había sido un polvo ocasional, justamente lo que él le había pedido y lo que ella en aquel momento había deseado.

Leo no había tenido reparos en decirle lo que él deseaba, lo que buscaba de su encuentro, tanto la primera vez como en el segundo encuentro, siempre fue preciso y real con sus deseos, nada de involucrar emociones, ella, que en un inicio había estado más que de acuerdo y dispuesta, había cambiado eso porque después de un par de días viéndolo comenzó a desearlo de una manera que casi le dolía.

Esperó pacientemente durante días, que él se acercara, que fuera hasta su escritorio y le hablara, que la mirara a los ojos y le preguntara cómo estaba, cómo estaba pasando los días en el nuevo trabajo y si había tenido algún contacto con Hermes.

Cosa que no había sucedido, pero que incluso esa pregunta, que estaba segura iría teñida de celos, ella la deseó.

Poco a poco había calculado la manera de acercarse a él, a la hora del almuerzo, mientras salían, mientras entraban al edificio de Mega Inversiones.

Parecía una loca demente intentando captar la atención de un hombre que definitivamente no deseaba tener nada más que un par de polvos con ella y que le había cerrado la puerta de sus emociones en la misma cara.

Sin embargo, Sophia no terminaba de asimilarlo, no era capaz aún de entender qué diablos había sucedido con ella para que Leo le resultará tan endemoniadamente irresistible.

Observó la maleta que tenía sobre su cama, llevaba un par de trajes de baños, vestidos de noche y vestidos de playa, había hecho uso de la tarjeta de Marcos en todo el sentido de la palabra. Él se le había facilitado después de todo, la iba a pasar en una tortura, una semana completa en compañía de un hombre tan arrogante y que tanto dolor le causaba.

Porque eso era justo lo que Leo le ocasionaba: un dolor emocional imposible de obviar y

olvidar con alcohol.

Uno del que no podía determinar la razón, o quizá, ella sabía cuál era el motivo, solo que era muy ofensivo para decirlo en voz alta.

Leo Sandoval era una plaga. Una maldita y pegadiza plaga que se había colado en su cerebro y en su corazón, en ese que no estaba listo para tener una relación y, aun así, allí estaba palpitando junto a su corazón como un virus, infectándola desde adentro, no le había resultado suficiente con cogérsela como si no hubiese habido mañana, también se había metido en su cerebro para que ella jamás lo olvidara.

Tomó la llamada que entró y la puso en altavoz, sin fijarse en el nombre que mostraba la pantalla.

—¿Es cierto? ¿Te vas con Leo Sandoval a vacacionar?

Merly.

Santo cielo, no había pensado en lo que estarían murmurando en la oficina.

Todos debían estar pensando que ella era una cualquiera, una mujer fácil que ahora buscaba subir rápido follándose al mano derecha de Marcos.

—Es por trabajo. No voy a vacacionar.

—Pero sí te acostaste con él.

No tenía caso negarlo, ella los había visto bailar y hacer la escenita en el club noches atrás.

—Es complicado.

—¡Oh Dios mío! Eres una perra, Sophia. ¡Dios!, en verdad te admiro, maldita loca. Te has cogido al león de la oficina en pocos días aquí.

Merly había tomado tanta confianza rápidamente que rayaba en lo extremo.

Ni su tan intensa mejor amiga, había tomado esos atrevimientos tan rápido.

—Lo haces sonar como si fuera un maldito logro.

—¿Y ahora te vas con él a una isla afrodisíaca? ¡Qué suerte tienes!

—No es una isla afrodisíaca. —Se agarró el puente de la nariz y subió los ojos al cielo.

En poco tiempo se había dado cuenta que la joven recepcionista vivía en un mundo de princesas y finales felices, combinados con la liberación femenina y el sexo sin compromiso.

—Nena, vas a estar del otro lado del mundo, en un lugar donde nadie los conoce, puedes hacer todo lo que se te antoje con ese cuerpecito tan rico que tiene Leo Sandoval. —Merly dejó

escapar un gemido y Sophia miró la pantalla del móvil como si estuviera en fuego—. No me vengas a mí con que no es afrodisíaco. Si ese rubio me propone cogerme encima de la mesa del comedor común, estoy bastante segura de que mis gemidos los escucharía Don Marcos. ¡No entiendo por qué demonios te avergüenzas! ¡El hombre lo tenía como una maldita casa de campaña el otro día en el club! En serio nena, si te animas a un trío, cuenta conmigo.

—Okay, Okay. Ya es suficiente, creo que ya he entendido el punto.

—Mierda, mujer. Es que aún no puedo entender cómo pudiste conseguir un tipo que se ve tan bien y en tan poco tiempo. Debes de darme la receta. Me hace falta un hombre así de caliente, y por como se ve el palo que lleva en las piernas... ¡Uf!

La conversación se estaba tornando demasiado personal para Sophia y por más que ella confiara en Merly, no deseaba acercarse tanto, no se le daba tan bien confiar en las demás personas, ya tenía a Aria para esos temas.

Y para colmo de males, la mujer tenía dos cucarachas tomándose selfies con el celular, y las neuronas amordazadas a punto de explotarse por ser testigos de tanta inmadurez.

—Voy a colgar. Mañana sale mi vuelo.

—Ustedes son la comidilla de estos días.

—Lo sé.

—Leo nunca había mezclado tanto las cosas. —Sophia se quedó en silencio al escuchar eso, no tenía ningún comentario que emitir, pues no deseaba ilusionarse más de lo que ya sus hormonas estaban—. Perdona por ser tan impulsiva, pero es que... Te confieso que con ninguna otra él había estado tan...

—Nos vemos en una semana, Merly —interrumpió a la recepcionista parlanchina y se maldijo por haberle dado el número de celular días atrás.

Hubiera sido mejor seguir incomunicada.

—¡Usa condón! —gritó la chica a modo de despedida.

Sophia tomó el celular y cerró la llamada, antes de que su reciente compinche se antojara de seguir con la conversación.

Se desnudó rápidamente, dejando caer el vestido beige liso en el suelo, seguido de las bragas azul marino y el sostén a juego.

Abrió la gaveta de la mesita de noche que estaba junto a su cama para dejar el reloj *Invicta* que Terrence le había regalado el año pasado.

Debía deshacerse de todo lo que una vez significó algo para ella.

Terrence era parte de su pasado y nunca más volvería a estar en su vida, por dos razones

valederas: la primera, ella ya había sufrido lo suficiente, culpándose durante meses por no complacerlo como él deseaba. Y la segunda, porque nunca tendría un pene entre sus piernas.

Al mirar en la gaveta detenidamente notó que el vibrador, del cual Aria había hecho mención anteriormente, estaba allí, observándola, como si deseara ser utilizado.

Santo Dios, ¿cuándo había sido la última vez que se había tocado así misma?

Debían de haber pasado semanas, incluso casi podía jurar que había pasado un mes sin introducirse el gran falo morado y darse placer con las vibraciones suministradas por turbo que este traía.

Al estar con Hermes y sentir que él no la satisfacía en todos los sentidos, se había comprado un vibrador de dieciséis centímetros, uno que si podía llenarla y complacerla en todo el amplio sentido de la palabra.

Se lamió los labios y sintió su vientre contraerse.

Iba a hacerlo.

¿Qué mejor que masturbarse cuando estaba a punto de someterse a una tortura que posiblemente acabaría con su sistema nervioso?

Se merecía un espacio mínimo donde solo existiera ella y su cuerpo, ella y su vibrador, apretó el sexo y su vagina absorbió con anticipación los posibles impactos de su orgasmo próximo a llegar.

Terminó de acomodar todo en la maleta, entró dos juegos de sandalias, y un par de zapatillas negras clásicas, por si acaso iba a alguna actividad, de esas cenas que saben hacer en los complejos turísticos.

Prevenir nunca le había pesado.

Puso la maleta en el suelo, caminó al baño y destapó la caja donde guardaba limpio y protegido el vibrador.

Estaba desnuda de pies a cabeza, su cabello rojo caía ondulado sobre su espalda, sus pechos estaban erguidos, pequeños pero con los pezones erectos, duros y pidiendo a gritos ser manoseados.

—Mucho mejor que un maldito león que no está dispuesto a hablar —murmuró frente al espejo del baño, mientras sostenía fuerte y decidida el juguete sexual en una de sus manos—. Mejor en la cama. —Se movió respirando acelerada.

Una virgen que no había experimentado ningún tipo de roce le quedaba corto en ese momento... ¿Por qué?

¿Por qué se sentía tan ansiosa?

No era la primera vez que se tocaba a sí misma. Era algo que se había convertido en costumbre, una deliciosa y muy buena costumbre.

Se recostó en la cama y miró hacia la ventana que tenía abierta, permitiendo que la brisa fría de Manhattan se colara por su ventana y le endureciera aún más los pequeños y rosados pezones.

Su piel lechosa y llena de pecas se comenzó a calentar al sentir el roce del juguete entre sus piernas encima del capullo grueso y jugoso. Su clítoris se endureció al sentir la goma contra él. La fricción comenzó a surtir efecto. Sophia pasó la mano libre por sus tetas, estrujándolas duro y sin piedad, y apretando los pezones, se introdujo dos dedos en su boca, lamiendo y chupándolos, sus piernas se abrieron un poco más y su sexo se humedeció, provocando que el vibrador pasara resbaladizo y suave por su entrada carnosa.

—Ummmm —murmuró disfrutando de las sensaciones.

Intensificó el movimiento, subiendo y bajando sin meter el vibrador, trazando círculos en su clítoris y sobre su abertura, su vagina palpitaba y sus pechos pesaban cada vez más.

Sacó los dedos de su boca y los pasó por sus pezones, los cuales brillaron por la saliva que sus dedos habían dejado en ellos.

—Joder... Sí.... —gimió fuerte y desinhibida.

Cuánto disfrutaba dándose placer a sí misma, pues nadie la conocía como ella lo hacía, ninguna persona era capaz de provocarle tanto placer como ese vibrador morado, como ese juguete con triple potencia podía hacerlo.

«Nadie excepto Leo», pensó de repente.

Leo.

¿Por qué diablos tenía que aparecer su rostro cuando se intentaba masturbar?

Se introdujo con rabia el vibrador y gritó fuerte, aullando y maldiciendo.

—¡Me lleva...!

Entró y sacó una y otra vez, trazando círculos en su interior, bajó la mano que acariciaba sus pechos y la llevó hasta el centro de su placer, se comenzó a masajear intensa y efusivamente el clítoris, atreviéndose a levantar las caderas un poco para que el vibrador entrara hasta el fondo, mientras ella intensificaba el movimiento de su dedo índice sobre el capullo.

—¡Oh sí! ¡Qué rico! —murmuraba a la vez que movía las caderas marcando un ritmo único.

Le hervía la sangre en sus venas, con los sentidos llenos y saturados de placer, extasiada y mareada, demasiado concentrada en el placer que se estaba a dando a sí misma como para notar que los carros se estacionaban o tocaban el claxon en la calle de abajo del edificio donde vivía.

No podía parar, no podía dejar de mover el dedo sobre su clítoris y tampoco podía dejar de

entrar una y otra vez el vibrador dentro de su sexo. Su vagina palpitaba resbaladiza, apretando cada vez más fuerte el juguete morado, estaba gustosa, disfrutando el calor de su vagina mientras este aumentaba por segundos y sentía la temperatura corporal a punto de estallar. Iba a venirse como una diosa.

Como una diosa del placer.

Así como Leo la había llamado.

De inmediato, lo único que pudo conjugarse en su mente, fue la imagen de Leo, bajando hacia su sexo antes de besarlo y saborearlo, justo lo que había hecho esa noche que se había quedado en su apartamento.

—¡Maldición! —Se negaba a venirse con la imagen de Leo dándole placer.

Se negaba a que ese maldito hombre se metiera en su piel y llenara su mente, impidiéndole que se diera placer sin necesidad de que él apareciera como por arte de magia.

—¡Déjame en paz! —gritó sacándose el vibrador y tirándolo lejos de ella, giró el rostro y en cámara lenta observó cómo el juguete con punta roma y bañado en su jugo, atravesaba la ventana abierta y caía desde el tercer piso hasta la calle.

—No, no, no, no —se repitió histérica, a punto de perder la compostura, levantándose de la cama completamente desnuda y llegando en fracciones de segundos al borde de la ventana.

Sacó la cabeza para ver donde había caído, el calor inundó sus mejillas, su cuello y sus orejas.

¿Por qué tuvo que tirarlo?

¡Estaba perdiendo la cabeza por un puto hombre!

Miró hacia abajo y vio con vergüenza dónde estaba el vibrador, su cabello rojo cayó sobre su rostro y cubrió gran parte de sus pechos.

No le dio mente al hecho de que estaba desnuda, la tarde estaba cayendo y el sol se estaba ocultando, probablemente nadie la vería.

Enfocó los ojos en el brillo morado gracias a la luz de la farola que alumbraba la acera y que encendía de manera automática cuando sentía la noche ascender.

El hombre trajeado que estaba justo al lado del juguete, acabando de cerrar la puerta de su carro, levantó el objeto de la acera con un pañuelo que sacó del bolsillo de su chaqueta y subió la cabeza para encontrarse de frente con los ojos de ella que lo miraron azorada.

No podía ser cierto.

—¿Tan rápido me remplazaste? —se burló él con los ojos brillantes que destacaron y que ella pudo notar aún con la altura que los separaba—. Y yo que pensaba alegrarte la noche. Parece

que comenzaste sin mí —gritó tan alto que probablemente medio Manhattan lo escuchó.

Leo.

Leo tenía en sus manos el vibrador.

Leo tenía en sus manos el juguete con el que se había estado masturbando.

Se alejó tambaleante de la ventana y se dejó caer en el piso frío, deseando que la tierra se abriera y la tragara, llevándola hasta los ríos de azufre y que su cuerpo se derritiera.

Se cubrió el rostro con las manos y subió las rodillas hasta su pecho desnudo.

Deseó desaparecer de la faz de la tierra. Todo menos volver a ver el rostro sonriente de Leo Sandoval con su vibrador en sus manos, y este húmedo por haber estado dentro de ella.

Definitivamente no estaba de suerte.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Sophia McAdams

—Sophia, Déjame entrar. No seas tonta. ¿Para qué demonios tiraste un vibrador si no ibas a poder responder cuando alguien lo agarrara?

—¡Eres un idiota! ¿Acaso crees que lo tiré a propósito? —rompió a reírse como una loca. Se miró de cuerpo completo, estaba desnuda, pegada a la puerta escuchando la respiración acelerada de Leo. No quería ni siquiera imaginar cómo estaba el vestido, no más de lo que había visto a tres pisos de distancia.

No quería pensar en cómo su miembro debía de estar erecto, ni tampoco quería pensar en lo que él debía de estar pensando de ella en ese momento.

Soltó una maldición y fue rápidamente a ponerse algo de ropa. Se colocó un vestido de tirantes finos de un rosa pálido, entrando la cabeza rápidamente y luego los brazos, respiró profundo, levantando la vista al cielo que tenía sobre su cabeza. Había puesto un papel tapiz con dibujos del universo para poder descansar por las noches después de la infidelidad de Terrence.

Ahora se daba cuenta que ni siquiera teniendo el mismo cielo real sobre su cabeza, hubiese podido superar esa traición.

La superó porque tomó al toro por los cuernos y se llevó de su amiga.

Error que luego de meses con él, se dio cuenta que no todo lo que en el momento parecía bueno, lo era realmente.

Eso de un clavo saca otro clavo, logró hacerla sentirse mejor, al menos durante un tiempo.

Hasta que entendió que merecía más de la vida, más que sólo darle placer a un hombre, más que hacerle un oral a un pene que ni siquiera le gustaba.

En cambio, con Leo sí que había experimentado lo bueno y placentero que podía ser el sexo.

Quizá el hecho de saber que él no buscaba nada más en ella, le permitió tener orgasmos excepcionales.

Pero ahora no lo quería allí. No podía tenerlo allí.

Deseaba que él se fuera. Deseaba que Leo se largara de la puerta y así ella poder volver a sus asuntos, a su tristeza, a su soledad absoluta.

Preferiblemente sin público y sin esa maldita sonrisa burlona que había visto en su rostro al

levantar de la acera su vibrador morado.

¡Joder! El vibrador.

También debía de recuperarlo, pensó molesta al darse cuenta que iba a tener que abrir la puerta, pues conociendo la impulsividad de Leo Sandoval, sabía que era capaz de llevarlo a la oficina si ella no le abría la puerta en los próximos minutos.

Con un profundo sentimiento de derrotismo, se acercó de nuevo a la puerta, sintiendo cómo sus pliegues se rozaban uno con el otro, pues no llevaba nada de ropa interior debajo.

Sin atreverse hablar, pegó la oreja a la madera de la puerta, mientras sentía que la indignación ardía fuertemente en sus venas.

—Sophia, abre la puerta. Deja de actuar como si no nos conociéramos...

—Pero es que es la verdad, tú y yo no nos conocemos, no sabes nada de mí, ni yo de ti. Y lo cierto es que no me encuentro en posición de verte, ni hablarte, ni mucho menos tenerte cerca. Eres un idiota y actuaste como un estúpido en la oficina de Marcos. —Recordó la vergüenza que sintió al escuchar cómo él dijo que le incomodaba su presencia. ¿Por qué se esforzaba en lastimarla? ¿Por qué le interesaba tanto alejarla?—. Ahora solamente nos queda trabajar juntos y sacar adelante el proyecto que Marcos nos impuso. Eso es lo que queda de nosotros.

—Estás actuando como una maldita adolescente que no sabe lo que quiere. Jugamos, tuvimos sexo, tuviste todo el control de la situación en todo momento. No puedes venir ahora con que no te dije lo que yo deseaba. ¡Maldita sea! —gruñó él y golpeó la puerta duro, haciendo que Sophia diera un brinco y soltara un grito de sorpresa—. Abre la maldita puerta ahora mismo. Ábrela para que puedas decirme a la cara que no deseas verme nunca más, que solamente vas a aguantarte las ganas de vomitar al tenerme enfrente porque te toca trabajar conmigo cada santo día del año. Abre la puerta y ten los cojones de decirme a la cara que no quieres volver a tenerme junto a tu cuerpo, que no quieres yacer conmigo nunca más y que no quieres que mi boca vuelva a besar tus labios.

Aunque no lo deseaba, su corazón palpitó deprisa, ella le había dado la oportunidad, sin darse cuenta de ello, de acercarse a su maltrecho corazón, a su lastimado y solitario corazón.

El tiempo que pasó con Hermes no se igualó en ningún momento con las escasas horas que había compartido en la cama con Leo.

Lo cierto es que él era un hombre atribulado, uno que escondía muchos secretos y que se revestía cada día con una seguridad insoportable. No obstante, él había llegado a entrar en su corazón de una manera que ni siquiera Terrence, en el inicio de su relación, había logrado.

Turbio cómo la noche, le llenó una sensación de miedo. No miedo porque creyera que él podía hacerle daño, sabía que él no era capaz de lastimarla, al menos no conscientemente.

Ahí justamente radicaba el problema, estaba consciente que, al abrir la puerta, podía hacerse daño a sí misma. Tanto como tomar un cuchillo y cortarse las venas de manera consciente, eso

era Leo, así era como sucederían las cosas al ella abrir la puerta.

Colocó la mano en el pomo de la puerta que sintió frío a su tacto, al darse cuenta de ello retiró la mano. Precisamente eso era lo que rodeaba a Leo, esa frialdad que terminaría afectándole a ella y aun así, no podía evitar querer abrir la puerta, querer sentirlo junto a ella, besarlo y apoderarse de sus labios, tocar su cabello y pasar la lengua por su cuello, bajando despacio...

—Sophia... —escuchar el nombre de ella en sus labios era un pecado, una condena, era todo al mismo tiempo, el mal y el bien enredados en su lengua.

Sopha quitó los pestillos y tiró del pomo, sintiendo que le estaba abriendo la puerta de su corazón a alguien que no estaba interesado en tener la llave.

—Creo que perdiste esto.

Ahí estaba él, con su cabello rubio oscuro peinado hacia atrás, con algunos flequillos desordenados surcando su rostro, sus largas pestañas café rodeando y enmarcando sus ojos azules, que la miraban fijamente con una intensidad que era casi palpable. El golpe que había recibido por parte de Hermes en su lado derecho de la cara, poco a poco había ido desapareciendo, pero aún quedaba un ligero moretón que iba a ser el recordatorio por siempre del golpe que él había recibido por ella, ya que se había negado en rotundo a recibir los puntos que debía para cicatrizar mejor.

Ningún hombre jamás había peleado por ella, por tenerla en su vida, ni por defenderla ante un malnacido y despechado ex novio. Claro que tampoco había tenido una larga lista de amores fallidos.

Pero con esos dos le bastaba y sobraba.

Bajó la vista hacia sus manos, donde ella sabía se encontraba su vibrador morado, con el calor de las mejillas subiéndole a una velocidad vertiginosa, lo tomó entre sus manos, dejando el pañuelo con el que Leo lo había agarrado en las manos de él.

—Gracias por devolverlo. Ahora te puedes largar.

Aunque estaba intentando mantener la poca cordura que le quedaba todavía, le costaba respirar correctamente y su corazón estaba más acelerado de lo normal, tan acelerado como siempre estaba al tener a Leo Sandoval en frente a ella.

—¿Estás segura de que quieres que me vaya? —murmuró él con la voz cruda y la garganta reseca.

Por una milésima de segundo, los ojos de Sophia tomaron el control absoluto de sus acciones y bajaron hasta su pantalón donde pudo observar cómo el pene de Leo había hecho una pequeña casita levantando la costura del pantalón y elevándose entre la tela.

—No creo que estés muy segura de querer que me vaya. —Escuchó que la voz de él se tiñó

de ironía y seguridad por el poder que tenía sobre su cuerpo. Porque joder, así era, justo así. Por supuesto, sus pezones que se endurecieron al sentir sus ojos sobre ella.

En realidad él no la dejó hablar, no esperó respuesta y se acercó a ella cruzando el umbral de la puerta y colocándose tan cerca que los pechos de Sophia rozaron la camisa de él, inmaculadamente blanca.

—Lo que creo es que tienes miedo de caer en la tentación otra vez.

Tiempo atrás ella le habría dado un empujón a Leo y le habría cerrado la puerta en las narices, pero en ese momento se negaba a aceptar que debía alejarse de él, no halló manera alguna de alejarse de él. Subió su rostro y entreabrió los labios deseosa de que la besara.

Leo entendió de inmediato la invitación y la besó con ansias, Sophia soltó el vibrador, el cual cayó al suelo con un golpe seco. No le importó donde cayera, lo que compartía con Leo en ese momento era mucho más embriagador de lo que jamás había sentido.

Escuchó cómo Leo cerraba la puerta, abrazándola y pasando los brazos por su espalda, Se apretó contra él y abrió más la boca, Leo la penetró con la lengua y pasó las manos por su cuello, trazando círculos con sus dedos, acarició su mandíbula y la besó más acelerado.

—Vas a volverme loco, Sophia —murmuró mientras ella, sin sentir vergüenza, comenzó a desabotonar la camisa y a sacarle la chaqueta.

—Es lo justo. Tú ya me volviste loca a mí.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

—¡Dios mío! Sabes increíble. Eres definitivamente contraproducente para mí.

La increíble química que ambos habían tenido desde el momento en que se vieron por primera vez en Mega Inversiones, se hacía cada vez más fuerte, cada vez más intensa.

Leo volvió a besarla, reclamando su boca, mordiendo suavemente sus labios, entrando su lengua y retando a la de ella a una danza de placer.

No podían fingir que lo que había entre ellos no existía, era agotador, era estúpido intentar evitar que lo que había entre ellos sucediera.

La apoyó contra la pared y ella sintió el frío en su piel, pero esto no le incomodó, todo lo contrario, se atrevió a pegar más su pecho al cuerpo de Leo, que la tenía acorralada y aun así su libido subía cada vez más. No tenía idea de que aquello de que alguien más llevara el control le ponía tanto. Le hacía desear ser sometida, atada, amarrada y que Leo la poseyera de todas las maneras posibles.

Observó que la miraba fijamente a los ojos y comenzó a sentir dudas de repente. A lo mejor estaba cometiendo una estupidez.

Otra estupidez, pensó levemente incómoda.

Tal parecía, que estar junto al Leo, la impulsividad llegaba por añadidura.

—Leo, yo... —susurró ella mirándola a los ojos, la garganta la tenía seca y se lamió los labios buscando recomponerse lo suficiente para decirle...

¿Para decirle que? No tenía idea de porqué sentía dudas de repente. ¿Justo ahora su cerebro decidía encenderse y hacer uso del buen juicio?

Unos ojos azules tan intensos como el mar le devolvieron la interrogante, mientras no dejaba de sentir sus manos por todo su cuerpo.

—Ya te lo he dicho... no nos conocemos... tú y yo no sabemos nada uno del otro.

—Eso no nos ha detenido todas las veces que lo hemos hecho. Eso no detuvo que yo... —Bajó una de sus manos por su abdomen, por sus caderas, apretándola contra él, haciendo que ella sintiera su erección pegada a su vientre, metió una de sus manos entre sus piernas y Sophia aguantó el impulso de gemir por el gusto de tener sus dedos junto a su sexo.

Leo la acarició y ella cerró los ojos degustando la sensación de pleitesía.

—¡Oh! ¡Vas a matarme! —susurró gimiendo.

—¿Ves lo que te digo? Nada nos ha detenido y nada nos va a detener.

—Las veces anteriores fueron distintas. Fue diferente —murmuró mientras le acariciaba el pecho a Leo con sus manos pequeñas y delgadas, con las uñas pintadas de rojo destacando sobre la tela blanca de la camisa de él—. Eso fue... Distinto...

Y lo había sido, se dijo conforme. Esa era la verdad. Las demás veces fue diferente porque no se había sentido tan atraída por él. Lo que comenzaba a desarrollar por Leo era distinto, era un nivel de complejidad emocional diferente.

Elevado.

Deseaba saber más de él, conocerlo, saber por qué razón se irritaba con tanta facilidad hasta el punto de querer hacerse daño a sí mismo.

Leo bajó la cabeza hasta sus senos y los sacó del vestido, a la vez que con la otra mano continuaba acariciando su vulva.

Sintió que dos dedos invadieron su cavidad y su vientre vibró caliente y gozoso. Se mordió los labios para evitar gritar y que los vecinos subieran a su apartamento para ver si alguien intentaba asesinarla.

Pero el único que estaba volviéndola loca, el único que quería matarla de placer, era Leo Sandoval.

—¿Qué lo hace diferente? Nada —él no dejó que ella respondiera, pero Sophia tampoco quería decirle que se estaba compenetrando a ese nivel con él.

Porque si algo había dejado en claro Leo desde un inicio, era que no deseaba enamorarse, que solo quería tener sexo sin compromiso, sexo con una adulta, una mujer independiente y que sabría que no pasaría a más.

—Todo sigue siendo lo mismo —murmuró él mientras comenzó a acariciarle uno de sus endurecidos pezones.

Sintió la lengua húmeda de él y gritó presa del placer.

Con Leo había entendido que nunca sabía qué esperar, no sabía qué iba a hacer al minuto siguiente.

Y eso la volvía loca. Porque ella era impulsiva, cuando de comprar un par de zapatos se trataba. Pero cuando eran decisiones importantes, duraba semanas pensando en los pro y los contra.

Por encima del vestido sintió el calor que transmitía el pecho de él.

—Leo... No sé por qué, pero es que siento que esto no está bien. Creo que es un error.

—¿Un error? —preguntó él chupando uno de sus pezones y mordiéndolo con suavidad,

provocándole una descarga de electricidad en el cuerpo a Sophia—. Un error sería perdernos de esto que tú y yo provocamos. Eso sería un error. Gravísimo error sería que tu miedo a enamorarte de mí, nos niegue a los dos un placer tan bueno y tan satisfactorio.

—Umm. —Ella cerró los ojos y gimió, disfrutando de sentir cómo él continuaba chupando y mordiendo sus pezones, pasando de uno a otro, provocándola, a la vez que su mano trabajaba intensamente, yendo de su clítoris hasta su entrada húmeda y derretida ante sus dedos.

¿Tenía miedo de enamorarse de él? Probablemente.

Pero eso no significaba que no pudiera sentirse completamente expuesta si Leo se daba cuenta de ello.

—Yo creo que no estás muy segura. Creo que necesitas un pequeño empujoncito para que entiendas lo que provocas en mí. —Leo agarró una de sus manos y las colocó encima del pantalón, justo donde su erección palpitaba—. Esto es lo que haces en mí. Esto es lo que provocas. ¿De verdad quieres alejarme? ¿Quieres que me vaya? Porque si es así, dímelo ahora.

Leo sacó los dedos de su interior, y sin dejar de mirarla a los ojos, solo los metió en la boca, introduciéndolos despacio y saboreando la fruta prohibida.

—Joder... qué bien sabes.

—No tengo miedo de enamorarme de ti, Leo —dijo de repente—. No tengo miedo de algo que no va a suceder.

—La oruga era oruga hasta que se convirtió en mariposa. Nadie pudo haber imaginado que eso pasaría, pero, ¿qué crees? Sí. Sucede.

—¿Me estás llamando oruga?

—¡Mujer! ¡Por Dios! ¿Cómo es que tienes la capacidad de tergiversar todo lo que te estoy diciendo? —Leo se alejó de ella y la miró confundido—. Estoy intentando tener sexo contigo. Estoy intentando que matemos las ganas que nos tenemos y tú estás pensando que te estoy llamando oruga. Joder, Sophia. Le quitas las ganas a cualquiera.

Ella le sonrió y subió la mano para tocarle pero se contuvo. Le dirigió una mirada llena de promesas.

Estaba siendo tonta.

Tener a Leo frente a ella, de carne y hueso, era mucho mejor que tocarse a sí misma, mucho mejor que utilizar el vibrador.

Su sentimentalismo podía dejarlo encerrado en un bolsillo de su cerebro, en una caja bajo llave.

Ya luego lloraría y se daría una reprimenda, porque estaba segura que iba a arrepentirse.

No por lo que haría. Sino más bien, por lo que significaba.

Abrirle la puerta a un dolor irremediablemente inminente.

—Vamos a la habitación.

—¿Y tus dudas? ¿Qué pasó con eso de no estar segura?

—Mañana será un nuevo día para arrepentimientos. Mientras, tal cual dices tú, lo único que quieres de mí, es sexo puro y honesto. Nada más, nada menos.

Leo frunció el ceño, hasta que arrugas surcaron su frente, haciéndolo parecer cinco años más viejo. Él dudaba de lo que ella le estaba diciendo.

—¿Qué pasó con eso de no conocerme? Sophia... No puedo ofrecerte más. No estoy interesado...

Sophia se terminó de quitar el vestido, tirándoselo a los pies a Leo, se dio media vuelta y murmuró mirando directamente a la puerta de su habitación.

—Sé en lo que me estoy metiendo. ¿Lo sabes tú?

Sin prestarle atención si él la seguía o no, caminó con la cabeza en alto y los senos saltando suavemente con cada pisada.

Estaba consciente de lo que iba a hacer.

Siendo honesta con ella misma, sabía que en el momento en que le abriera la puerta a Leo, solamente una cosa iba a resultar de ello: iba acostarte con él, iba hacer el amor con él, aunque Leo no supiera que eso era lo que estaban haciendo. Su corazón ya estaba involucrado y era una terca si no lo admitía: se había enamorado de un hombre en cuestión de días, con tan solo verlo, con sentirlo cerca de ella, con ver cómo la defendía sin ella habérselo pedido. Sí, él tenía sus demonios y sus problemas personales, problemas que Leo no quería compartir con ella, que no estaba interesado en contarle nada relacionado a su vida, sin importarle ni un rábano todos esos misterios.

Ella sabía detectar cuando estaba involucrada emocionalmente y Leo Sandoval le había calado hasta los huesos.

Estaba enamorada.

CAPÍTULO TREINTA

Llegaron a Punta Cana por el aeropuerto principal y único de esa ciudad. El verdor con el que la saludó el país caribeño llenó de una tranquilidad y paz a Sophia que no creía capaz de tener. No cuando tenía a Leo justo a su lado en el carro que los transportaba hasta el complejo hotelero. Estaba nerviosa, sus maletas iban en la parte de atrás del carro negro, pero lo que tenía deseos era de meterse en la cajuela y esperar hasta que llegaran al hotel y estuviera segura en la tranquilidad de la habitación.

Había reservado habitaciones separadas para mantener las distancias lo más posible. Por más que Marcos le pidió que fingieran ser una pareja de recién casados, ella no pudo hacerlo, aún después de haber hecho el amor la noche anterior, su convicción seguía más arraigada: *si fingía ser esposa de Leo Sandoval terminaría deseando aquello.*

Y eso solamente iba a ser contraproducente para sus sentimientos. Porque al final de la semana, terminarían separándose y convirtiéndose en simples compañeros de trabajos, dos desconocidos que trabajaban en la misma empresa.

Al ella pretender llegar a obtener un cargo mejor en la empresa Mega Inversiones, se le dificultaba aún más mantener la distancia con Leo.

Y lo peor de todo era que él lo sabía y aun así no la dejaba en paz.

Ella lo odiaba a él y se odiaba a sí misma, por ser tan débil, por ser tan ligera de carne y dejarse llevar por sus instintos.

—¿Estás bien? —le preguntó él. Había estado haciendo la misma pregunta desde que tomaron el avión.

Ella iba con los ojos cerrados, no porque se sintiera mareada, no porque estuviera incómoda por el vuelo, o por miedo a estar en el aire. Su incomodidad radicaba en la persona que iba junto a su asiento y que le tomó la mano para tranquilizarla por todo el tiempo que duró el vuelo. Esos gestos que lo hacían tan peligroso para su corazón.

—Estoy bien —volvió a repetir, al igual que en las infinidades de ocasiones que él hizo la misma pregunta.

—Pareces alejada.

—Solamente estoy cansada—respondió escueta.

Se dijo que debía de mantener ella la distancia si él no lo hacía, por amor a su propio corazón, debía de ser ella quién pusiera ese parámetro entre ellos. Estaban allí por negocios, no debía cegarse, no debía olvidar que Marcos confiaba en ella y que de ahí dependía su futuro en la empresa, un futuro del que su madre se sintiera orgullosa, uno en el que James, pudiera estar feliz de haberla recomendado. Él que era su padre, él que se había esforzado por ayudarla a

crecer y a ir a la universidad. No. Definitivamente, debía tragarse sus deseos de sucumbir ante lo que sentía por Leo.

—Comienzo a pensar que mi presencia es la que te incomoda.

Leo miró por la ventanilla, encerrándose en sí mismo. Ella sabía que él no le creía, y le disgustaba verlo así, tan distante, porque él solo se estaba preocupando por ella. Él iba con una camisa de cuadros y unos pantalones holgados, pero igual de tela fina. Aunque tenía una vestimenta despreocupada y su cabello se movía con el viento, porque los cristales del carro estaban hacia abajo, aun así, su rostro estaba igual de férreo, frío y calculador, tal cual siempre estaba.

Excepto cuando hacían el amor, se corrigió.

Allí era como ver a un Leo completamente distinto, uno que se dejaba llevar, uno que se mostraba dispuesto a todo.

—¿Has considerado que a lo mejor no todo gira entorno a ti? En serio Leo, estoy bien. Deja de preocuparte.

Y así pasaron todo el camino en silencio, desde el aeropuerto hasta el complejo.

No soportaba mirarlo siquiera, ver que él se había molestado con ella, porque era obvio que lo había ofendido, que lo había maltratado con sus palabras sin que él lo mereciera ni entendiera la razón.

Es que ni ella misma comprendía esa razón.

Lo único que sabía era que debía mantenerse alejada por su propia seguridad.

No porque él fuera a saltarle encima y a obligarla a tener sexo, sino porque ella no iba a detenerlo. Se conocía lo suficiente para saber que, si se descuidaba, terminaría otra vez en su cama.

Por suerte tenían habitaciones separadas.

—Bienvenidos a nuestro hotel. Espero que hayan tenido un buen vuelo —los recibió el recepcionista con una gran y genuina sonrisa.

A Sophia le cayó bien de inmediato.

—Hola, tenemos reservación de dos habitaciones, bajo los nombres de Sophia McAdams y Leo Sandoval —ella se adelantó y decidió hacerse cargo de la situación, sin darle oportunidad a Leo de hablar.

Se dijo que era lo mejor pues ella era quien había hecho la reserva.

Pero lo cierto era que buscaba alejarse de él lo más posible.

Las dos recepcionistas que acompañaban al único varón detrás del mueble con tres computadoras y dos arreglos florales, le lanzaron miradas curiosas y bastante obvias a Leo.

Este si se dio cuenta ni se inmutó.

Siguió escribiendo en su celular y esto a Sophia la molestó.

¿Con quién estaría hablando? ¿Tendría una pareja?

No habían tocado el tema de relaciones, pues él se negaba a dejarse ver tal cual era, pero la oportunidad de decir que estaba comprometido con alguien la tuvo en muchas ocasiones.

—Excelente Señorita McAdams. ¿Me permite su ID? —Se enfocó en el recepcionista de nombre Michael Martinez y prefirió obviar cómo esa duda la carcomía por dentro.

El joven de cabello oscuro y crespo, con tez oscura y dientes perfectos y blancos, después de recibir sus documentos, tecleó en la computadora y frunció el ceño.

—¿Hay algún problema? Sé que hicimos la reserva hace pocos días, pero realizamos el pago de inmediato.

—No señora, todo en orden. Solo que en el sistema me aparece que…

Leo se acercó al recibidor y miró fijamente al joven que los atendía. Sus ojos azules penetrando y poniendo nervioso al recepcionista.

Él tenía esa facilidad.

De quitarle el habla a quien se perdía en esos ojos azules.

Se lo había hecho a ella en varias ocasiones.

Hacía que perdiera el hilo de sus pensamientos, cometiendo estupideces, dejándose llevar por sus impulsos, y por lo que él le hacía sentir.

—¿Qué pasa? —Ellos estaban hablando en inglés, pero él joven los entendía a la perfección, cosa que agradeció pues había escuchado que no siempre se podían comunicar bien cuando se iba a un hotel de habla hispana.

—El joven dice que hay un problema con la reserva.

—¿Bungalow Suits?

—Sí, señor, le reservamos una de nuestras mejores Casas-Suites. Son una belleza tanto por fuera como por dentro. Es justo lo que tenemos en nuestro sistema. Al parecer ha habido algún error al hacer la reserva...

—¿Está diciéndome que reservé una casa?

—No es cualquier casa. Es una villa, señora McAdams. Una villa con piscina, Jacuzzi y demás atributos. Perfecta para descansar. Tengo aquí que están celebrando su compromiso...

—¡Qué! —exclamó sin poder creer lo que escuchaba—. Debe de haber un error. Yo misma hice la reservación—. Sophia se puso de puntillas intentado ver el computador y confirmar que el joven no estaba equivocado.

Debía estar equivocado.

Miró a Leo para confirmar que ella no era la única que estaba a punto de perder los estribos por semejante disparatada.

Pero este estaba quieto, tanto que le asustó.

—¿Leo…? Yo hice bien la reserva. —Se acercó a él y puso una mano en su hombro. Leo miraba a Michael como si deseara cortarlo en pequeñas tiras y sofreírlo para luego dárselo de comer a los perros—. Estoy segura que el joven no tuvo la culpa.

Ella sabía de lo que Leo era capaz si perdía los estribos. Si perdía la cordura, el rostro perfecto y moreno de ese joven iba a pasar a ser una bola hinchada y llena de moretones.

Tal como Hermes.

—Leo, cariño...

Se le escapó de los labios el nombre cariñoso pero logró inconscientemente su cometido. Llamar la atención de Leo.

Su bomba de tiempo con ojos azules que le hacía pecar.

¿Suya?

Comenzaba a creer que al terminar la inspección y pasar una semana con Leo, sin interrupciones ni conocidos, terminaría completamente enamorada de él. Perdida y completamente enamorada de Leo Sandoval.

Si es que ya no lo estaba.

—Debe ser un simple error —volvió ella a decir—. Estoy segura que podemos conseguir dos habitaciones y descansar. El vuelo debe haberte agotado. Yo misma estoy que me duermo de pie.

—No fue un error.

Ella retiró la mano del hombro de él y lo miró sin comprender nada.

Ella había hecho la reserva, por supuesto que había sido un error.

¿Será que él creía que ella lo había planificado todo?

¿Pará qué? ¿Pará tener carta blanca y pasarse la semana completa en su cama?

¡Pues ya se iba a enterar quién era ella realmente!

Podía estarse muriendo por conocerlo más, por saber quién era él y lograr que Leo deseara tener algo más que polvos ocasionales con ella. Pero no era una manipuladora ni una mujer de la vida alegra.

—Si tú estás pensando que yo...

—Claro que no. No seas tonta. ¿Ahora quién es la que cree que todo gira en torno a ella? —Leo se acercó y pasó una mano por sus hombros. Luego se giró al recepcionista, haciendo que el cuerpo de ella se girara también. El pobre joven los observaba confundido sin entender ni una palabra de lo que sucedía—. Está todo bien. Favor indicarnos cómo llegar al Bungalow.

—Pero... —Sophia quiso removerse de su brazo, pero Leo la detuvo, agarrándola con los ojos y sosteniendo su mirada.

—Está bien, *amor*. Olvidemos la broma del vuelo. Sé que querías hacerme enojar diciendo que teníamos dos habitaciones diferentes. Es obvio que deseabas darme una sorpresa. Vamos a disfrutar nuestro compromiso. Para eso vinimos ¿no? —Antes de que Sophia pudiera entender a lo que Leo se refería, él se acercó y le estampó un beso en los labios. Uno donde logró que sus neuronas hicieran corto circuito. Introdujo la lengua en su boca y ella le abrió las puertas de inmediato. Y no solo las puertas de su boca, sino la de su corazón.

Estaba perdida.

Sophia no pudo moverse durante varios minutos, mientras Leo llenaba los documentos de entrada, y colocaba su firma. Le pasó el papel a ella, y sin siquiera ver lo que decía, colocó su nombre y apellido. Estaba como en automático.

¿Por qué demonios tuvo él que besarla?

¿La había llamado *amor*?

No estaba entendiendo nada. De algo estaba segura, ella había hecho la reserva adecuada. Estaba segura de ello.

Nada tenía sentido.

—Excelente. Bienvenidos al Paraíso Dominican Club. Esperamos que su estadía sea excepcional. —El recepcionista entregó una copia de llave y Leo la tomó de inmediato—. Quedo a su disposición para cualquier pregunta, solo debe marcar al cero en caso de necesitarnos. El bellboy se encargará de transportarlos hasta su residencia. ¡Felicidades por su compromiso!

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Leo

—¿Te volviste loco, cierto? Tú y yo no estamos juntos. ¿Por qué le dijiste eso? —le gritó a ella desde que el Bellboy, el chico que llevaba las maletas, salió de la casa, dejándolos encerrados y a solas.

No se fijó en lo acogedora que era la casa, ni tampoco en la decoración que esta tenía, lo único en lo que pudo fijarse fue en la pelirroja que tenía enfrente, que lo miraba con ganas de golpearlo.

—Yo no hice nada —dijo él y dio un paso hacia dentro de la pequeña sala de estar—. Pero estoy seguro que alguien más tuvo que ver.

—¿Alguien más? ¿A qué te refieres? —preguntó ella sin entenderlo, sus ojos azules brillaban llenos de ira— ¡Ya te lo dije en la recepción! ¡No tuve nada que ver! Y el hecho de que estés aquí, encerrado en esta estúpida casa conmigo, solamente hace que me altere más.

Ella agarró la maleta por el mango y caminó con ella hacia donde el joven le había indicado estaba la habitación.

—En ningún momento he dicho que fuiste tú.

No es que no fuese posible, pero estaba muy seguro que su jefe era el que había tomado la decisión de ponerlos juntos en ese bungalow.

Casi podía meter su mano al fuego por ello.

Siguió los pasos de Sophia hasta dentro de la habitación, una cama con sábanas de veinte rojos invadieron sus ojos, haciéndole pestañear varias veces, pues la decoración no era para nada de su agrado.

Él siempre había preferido los colores claros esos, que no lo torturaran por la noche, ni tampoco en la mañana al despertar.

—Es que no entiendo a qué diablos te refieres cuándo dices que alguien más está involucrado

—Lo voy a poner bastante fácil, Pelirroja —Él había escogido una camisa y un pantalón que no por pasará llamativo.

Comenzó a desabrochar cada botón de espacio mientras todos los días ni un solo movimiento

—¿Qué... qué... qué estás haciendo? ¡Ni te creas que vas a conseguir algo! ¡Estás bien

jodido si crees que voy a acostarme contigo otra vez! —chilló como si él le hubiese ofendido—... mucho menos después de acusarme de reservar la cabaña en vez de habitaciones separadas.

—La única que sigue pensando ese disparate eres tú. Ya te dije bastante claro que otra persona lo hizo.

—¿Pero... qué persona? ¡No seas idiota! ¡Estás siendo incoherente! La única que hizo reservaciones para la estadía de nosotros dos aquí, fui yo, y hasta dónde sé, el único que quiere seguir teniendo sexo sin ningún tipo de roce y sin dar informaciones personales eres tú.

Quiso reírse de la seriedad con que ella hablaba.

Ahora estaba acusándolo de ser el que había reservado el Bungalow.

—Me reconforta saber que estamos los dos en la misma página.

—Simplemente corriste con suerte de principiante cuando te conocí esa noche. —Ella levantó la barbilla de forma altanera y la nariz le vibró de la misma forma en que sus labios temblaron.

Sí, la estaba sacando de quicio.

—Perdona, Pelirroja, pero estás equivocada. —Él se sacó la camisa y la tiró en el suelo. Ella giró la cabeza y se quedó mirando el piso con los pómulos sonrojado, del mismo color que su cabello—. Te conocí en la oficina temprano cuando nos presentaron. Solo que esa noche en el club, viste una faceta de mí que era justamente la que necesitabas.

—Yo no te necesité —se defendió—. No te busqué. Tú fuiste el que fue a acosarme al baño de damas.

Leo se quitó la correa y la tiró junto a la camisa en el suelo, en ese momento ella observó sus dedos que se movían despacio y sus ojos azules encendidos brillaron, cautivándolo y ralentizando sus movimientos.

La seguridad con la que él movía los dedos sobre su pantalón mientras se desabrochaba el botón y los bajaba, haciendo un montículo en el suelo, era más fingida que decir que no sentía nada por Sophia, así de fingido sería creer que no estaba caminando sobre terreno peligroso. Si no tenía cuidado, podía caer en las garras de esa pelirroja que se relamía los labios y lo miraba codiciando su cuerpo.

Al menos eso tenían claro los dos, lo que sentían el uno por el otro era imposible obviar.

—No entiendo por qué te enfocas y pierdes energía pensando en quién reservó y quién no reservó el bungalow. Deberías de pensar que tenemos una semana para nosotros. Calcular cómo aprovecharla, cómo hacer uso de los días que estemos a solas.

—Deja de actuar como si esto no te incomoda. Desde un inicio dijiste que no querías nada que ver conmigo, que mi presencia te incomodaba. ¿Crees que lo olvidé?

Ella se sacó el vestido y lo tiró en el suelo también junto a su ropa, quedándose sin sostén y con solamente una braga roja de encaje. Se miraron con ansias y por un segundo él pensó que ella se iba a acercar, pues sus pies se movieron como si desearan acortar la distancia, pero no fue así.

Ella le sonrió, adivinando el curso que habían cogido sus pensamientos pervertidos.

Leo caminó hacia ella. Le importa una mierda que su orgullo quedara por el suelo. Lo cierto era que él la deseaba.

No era un muchacho para negarlo, ni para ocultar sus sentimientos.

¿Sentimientos?

No se podía llamar sentimientos al deseo que tenía de ella.

Deseo puro y carnal.

Eso era lo único que podía sentir por ella, nada más y nada menos.

Se quedó en bóxer justo frente a ella, su pene palpitaba entre sus calzoncillos y deseó liberarlo de su tortura y hundirse en Sophia.

Su olor lo embriagó, aspiró su aroma a vainilla con deleite.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le dijo ella—. Ni se te ocurra pensar que vas a acostarte conmigo Leo Sandoval. No vas a ponerme un solo dedo encima.

—Espero que tu opinión cambie en los próximos días, porque va a ser muy triste que nos pasemos una semana completa dentro de la misma casa, con una sola habitación, y tú estés haciéndote la mojigata, cuando ya conozco la fuerza y el fuego que tienes por dentro.

—¡Eres un maldito cerdo! ¡Arrogante de mierda!

—¡Y tú una mujer patética que le está corriendo a lo que siente! —intervino él subiendo un poco la voz para que ella lo escuchara. Estaba harto de ese jueguito.

—No sabes lo que siento. —Sophia se dio media vuelta y posando su vista sobre la puerta contigua salió a toda velocidad.

Leo le cayó atrás sin pensarlo dos veces. No iba a dejarla escapar, por más que ella quisiera decirle que no se sentía atraída y que él no sabía lo que ella sentía, iba a demostrarle todo lo contrario.

Pero ella fue más rápida, y se metió en el cuarto de baño, tirándole la puerta en las narices, Leo se detuvo para no golpearse la cara con la madera.

—¡Vete a la mierda! —le gritó furiosa.

Leo golpeó la puerta con ganas para que ella abriera, pero Sophia lo ignoró.

—¡Abre la maldita puerta! ¡Ábrela, Sophia! Ábrela y dime a la cara que esto es un error.

—Eres un maldito —murmuró sin abrirla.

—Ya pasamos por esto, ya sabes en lo que va a terminar.

—No, no sé en lo que va a terminar, ni tú tampoco. Deja de ser tan arrogante. Deja de creer que me conoces.

—¡Maldita sea! Tú eres la que no está permitiéndome que te conozca.

—¡Tú eres el que no quieres conocerme! —vociferó y escuchó cómo ella estampó un puño o quizás un florero en la puerta.

No supo con qué golpeó solo escuchó el golpe seco.

De pronto, el miedo a que ella se hubiese golpeado lo asustó.

—Sophia… —le llamó. A lo mejor la mujer había resbalado y se había caído en el suelo y estaba desangrándose por su culpa.

Por su culpa, por estarla intimidando, por estar de abusivo y manipulador.

Él no era capaz de lastimarla. Nunca sería capaz de lastimar a nadie, porque a él ya había muchas personas que le habían hecho daño.

Si existía algo que su cerebro guardaba como un tesoro, era la voz de su madre, siempre diciéndole: lo que no quieres que te hagan a ti, jamás se lo hagas a nadie, y menos si esa persona te importa.

Justamente por eso no podía ofrecerle villas y castillos a Sophia, porque ella merecía a alguien que estuviera entero y dispuesto a entregarse a ella.

Él no estaba dispuesto a eso, ya no más. Alguien se había encargado de sacarle hasta la última gota de amor de su cuerpo.

—¡Sophia! —volvió a llamar, esta vez con más ímpetu—. ¡Sophia, abre la maldita puerta! ¡Abre! La voy a tumbar. Estoy comenzando asustarme, por favor dime que estás bien. —Pegó su frente a la puerta e intentó escuchar algún movimiento pero nada pasó—. Sophia, si me estás escuchando, por favor te lo pido, esta vez sin intenciones de tocarte, esta vez simplemente estoy preocupado por ti, quiero saber si estás bien.

En ese momento, escuchó el manubrio de la puerta al abrirse, y se encontró de frente con los ojos de Sophia que lo miraron triste.

—Estoy bien, Leo. Puedes estar en paz y dejar de preocuparte por mí. No necesito eso. No necesito ni quiero tu preocupación momentánea.

—No puedo darte más que eso.

—Puedes, pero no estás dispuesto a intentarlo.

Su mano reaccionó como si tuviera vida propia y la pasó por la mejilla de Sophia, ella cerró los ojos mientras disfrutaba de su tacto, o quizás simplemente tenía repulsión y no sabía cómo quitarle la mano.

Estaba siendo paranoico y lo sabía.

La pelirroja no podía ocultar lo que sentía por él, y él lo sabía. Lo tenía bastante claro, por eso estaba intentando mantenerse alejado, pero su maldito libido no lo dejaba. No podía apartar las manos de ella, menos ahora cuando sentía su calor, su aroma, su presencia dentro de esas cuatro paredes. Solamente con el deseo que los consumía, ni siquiera un santo podía detenerse ante una situación así, y él estaba más que claro que no era ningún santo, y como había dicho muchas veces: sus intenciones jamás serían las de uno tampoco.

No había cabida para ser un mártir, los mártires siempre acababan muertos, sin gozar su vida, siempre pensando en los demás y en el qué dirán. Siempre intentando complacer y olvidándose de sí mismos, para al final, acabar muertos.

No.

Iba a disfrutar su vida a su manera, sin involucrar ni maltratar a terceras personas, ni siquiera segundas personas.

Sasha lo había maltratado bastante con su traición, por eso jamás estaría de acuerdo con la infidelidad, porque el día que alguien decidía cometer una acción con otra persona, debía de estar consciente que eso va a repercutir en la pareja que tuviera. Eso jamás lo pensó esa maldita rubia. Ella solamente pensó en su gusto y en su placer, y en el beneficio que podía sacar de una relación pasajera.

—Leo...

—Deja que mi corazón se calme. Tu presencia me calma.

—Pues quédate ahí. Yo estaré aquí.

El susto que se había pegado al no recibir respuesta de ella hacía un momento había sido suficiente para hacer que sus manos temblasen y que su instinto le gritara que tumbara la puerta.

Él estaba jodido.

La vida lo había jodido.

Y Sasha Marié, aun después de él haber confesado que tenía problemas para la estabilidad, aunque le estaba dando bastante, todo lo que había construido en *Mega Inversiones,* el lomo que se estaba partiendo por ser un empleado ejemplar y por ser el que más dinero generara a la

empresa, para tener una mejor posición en menos de un año, todo se fue al traste con la infidelidad de Sasha.

Sus inseguridades, sus problemas de ira, todas sus debilidades retornaron a él como si nunca se hubiesen ido, como si el adolescente problemático estuviera simplemente amordazado y atado en su cerebro y con esa traición se hubiese liberado.

Y ahora estaba allí, deseoso de explotar, de salir ante cualquier palabra mal dicha. Incluso si alguien respiraba de una manera inadecuada.

—Y no reservé el bungalow—dijo ella con la voz entrecortada—. No lo hice. No me interesa manipularte. Jamás he querido conseguir las cosas por medio del chantaje ni manipulaciones. Necesito que me digas que me crees.

—Te creo —le dijo sin dudarlo. Y lo hacía—, sé que no fuiste tú, Pelirroja. No tienes tanta malicia.

Él sabía quién había sido, el que estaba detrás de esa treta no era otro que Marcos.

Porque ya su jefe sospechaba que entre ellos dos ocurría algo y lo estaba tentando, a ver si caía por fin.

Marcos se preocupaba por él, como si Leo fuese su hijo, aquel que nunca tuvo, ese del que deseaba sentirse orgulloso. Por eso le perdonaba tantas cosas, rabietas, su arrogancia y la forma en que trataba a los demás, como si fuesen una roca en medio de su camino hacia la cima.

Sí, definitivamente, Marcos se había encargado de meterlos en el mismo Bungalow por una semana completa.

Leo odiaba que quisieran manejar su vida, siempre había sido así, y se lo iba a dejar bien claro desde que lo llamara.

—Aún no sabes de la malicia que soy capaz —le dijo ella sonriendo y sorprendiéndolo.

—Demuéstramelo. —Ella abrió los ojos y se mordió los labios.

—Acompáñame entonces. —Abrió la puerta de par en par y se alejó de su mano, Leo la dejó caer junto a su muslo y vio cómo Sophia contoneaba las caderas y movía el culo de manera exagerada.

Se agachó poniendo el trasero en pompas y miró hacia atrás con el cabello desparramado sobre su espalda.

—¿Te animas a una ducha? —con voz seductora, le habló, y se quitó las bragas, dejándolas caer sobre el azulejo del baño.

—Abre el Jacuzzi. Creo que vamos a necesitar más que una ducha.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Sophia

No podía creerse que había tomado la decisión de aceptarlo así de simple y así de fácil. Cualquiera que le hubiera dicho esa mañana que iba a estar en el cuarto de baño, con el agua del jacuzzi a toda potencia, sintiendo el caliente del agua tocar su cuerpo, con la boca del león sobre su cuello, besándola despacio, acariciando su alma con cada toque, estaba segura que le hubiese dicho que estaba jodiéndola.

Lo cierto era que, al despertar entre sus brazos esa misma mañana, supo que estaba jodida, verdaderamente jodida. A un nivel apoteósico, supremo y traumático.

Ella suponía que Leo, al ser un hombre tan precavido y que le había puesto parámetros y cerrado la puerta de sus sentimientos en la misma cara, entendía que él no iba a pasar toda la noche allí en su apartamento. En cambio, se había pasado la noche y parte de la mañana, haciéndole desayuno y preparando café para ambos.

Cuando ella pensó que él se iba a ir después de tomarse un café, descubrió que el muy maldito tenía la maleta hecha en el baúl del carro y que solamente esperaba por ella para irse al aeropuerto.

Definitivamente ese hombre calculaba todo y ella se sentía como una marioneta, una que, de forma impulsiva, había tomado malas decisiones, como la que estaba haciendo en ese momento, había caído tristemente en su red.

—Sí… déjate llevar.

—No puedo... —murmuró ella a la vez que le devolvía los besos con más intensidad.

—Sí puedes. Solamente tienes que intentarlo.

Ella quería gritarle que precisamente a eso se refería ella, cuando le pedía que se abriera un poco más, no era que se explayara, dándole detalles escabrosos de su infancia o cómo su madre le cocinaba el desayuno, ella simplemente quería saber quién se escondía detrás de Leo, porque definitivamente algo escondía.

Ser fuerte para la gran mayoría de las personas no era una opción, sino una necesidad, y por el ataque de rabia que él había tenido con Hermes frente a Mega Inversiones, definitivamente Leo Sandoval había tenido que ser fuerte.

No porque naciera así, sino porque la vida lo había obligado.

—No te vayas. Piensa en mí, piensa en lo que te hago. —Ella se recostó en la pared del jacuzzi, mientras él se le colocaba encima, sin dejar caer su peso sobre ella.

El agua rozaba sus muslos y le llegaba hasta la cintura, poco más arriba del ombligo.

—Eres tan hermosa, que no me canso de verte —murmuró él.

—No tienes que decir esas cosas para complacerme.

De mala forma había entendido que las palabras bonitas, podían ocultar la verdadera cara de las personas.

Como Hermes, a quien consideraba un hombre sano y sencillo, uno que merecía otra clase de mujer, porque al terminar su relación, pretendía liberarlos a ambos.

—Es increíble cómo cualquier halago que quiera hacerte, tú lo tergiversas y lo vuelves una ofensa.

—Estoy intentando cuidar mi corazón —le dijo sonriendo para quitarle peso a su confesión —. Recuerda que no vas a enamorarte. Ninguno de los dos lo hará.

—Creo que ambos sabemos que ya es tarde para eso.

—Lo intenté... intenté cuidarme de ti, pero es que...

Leo la detuvo, poniendo dos dedos en sus labios y callando sus palabras.

Ella debía callarse ya. Hablar y decir lo que sentía solo iba a arruinar el momento.

Se limitó simplemente a besar su cuello, bajando despacio por sus pechos, se introdujo uno de sus pezones dentro de la boca y los retorció con la lengua. Sophia dejó escapar un grito lleno de placer y lujuria.

—¡Dios! Leo, vas a acabar conmigo —murmuró con voz entrecortada y sintió la humedad entre sus piernas, danzando con el agua caliente.

—Precisamente eso quiero que hagas. Quiero que acabes y que cuando vayas a venirte, grites mi nombre, que lo escuchen todos.

—Pues si sigues así... lo vas a lograr.

Leo introdujo uno de sus dedos en la vagina de Sophia y ella tembló bajo sus manos. Él comenzó a moverlo, con su pulgar tocando el clítoris, haciendo movimientos intensos y fuertes. Ella comenzó a mover las caderas con los dedos de Leo dentro de su sexo, sin duda alguna, él era un hombre difícil de olvidar, comenzaba a pensar que jamás lograría hacerlo.

—Me encanta sentirte así, tan desinhibida, tan suelta. Eso es lo que más me gusta de ti.

—No creo que es el momento... Perf… Perfecto para que me digas... —Él intensificaba los movimientos dentro de ella, haciendo cada vez más difícil hablar claro. Su mente era un vaivén de ideas y sentimientos, deseos internos que no podía expresar claramente—... lo que te gusta de mí y lo que no…

—Creo que es el momento perfecto, Sophia.

El hecho de llamarla por su nombre le removía todas las emociones que estaba desarrollando por él, la hacía sentir que eso era más personal de lo que ella deseaba, porque en verdad deseaba que fueran solo dos cuerpos que tenían una relación sexual. Anhelaba que fuera un simple polvo sin sentido, uno del que no tendría remordimientos ni reparos para olvidar.

Pero en cambio, al enamorarse de Leo y él llamándola por su nombre, y no despectivamente pelirroja, comenzaba a creer que podría haber algo más entre ellos.

Sería imposible que Leo la quisiera más que para encuentros casuales. Porque ese hombre solamente se quería a sí mismo y desde un inicio le dijo que no deseaba una relación con nadie.

—Por favor, déjame olvidar todo. Simplemente hazme olvidar todo. Siénteme así como yo.... quiero sentirte... Quiero que me llenes —le pidió ella buscando sus labios y besándolo con pasión. Se dejó llevar de su instinto y evitó darle rienda suelta a su sentimentalismo.

Sintiéndolo por completo, las manos de él en todas partes de su cuerpo, Leo la sentó a horcajadas, sacó los dedos de su vagina y con un rápido movimiento, se hundió en ella sin preservativos, esta vez más desenfrenado que las anteriores.

Y ella lo dejó ser y lo dejó hacer con su cuerpo lo que a él le diera antojo de tomar de ella. Iba a disfrutar esa semana, se ordenó a sí misma en silencio, mientras su cuerpo se acomodaba a la invasión del miembro de él.

—¡Leo! —gritó su nombre como si en él se fuera la vida.

—Eres mía.

—Lo soy... —confirmó ella. Lo que él no se imaginaba era que ella lo estaba confirmando con el cuerpo y el corazón. Para él, ella solamente era un polvo, uno que disfrutaba al máximo. Pero para ella, él era el hombre que quería en su vida, el hombre que en pocos días se había vuelto indispensable y necesario, tal como el agua que tomaba y como el aire que respiraba.

—Dilo… —le ordenó con los dientes apretados—, dilo para que te escuchen todos —murmuró él mientras comenzaba a mover las caderas.

El Jacuzzi era lo bastante grande como para que cuatro parejas cupieran en él, pero ella sentía el espacio pequeño y a su corazón oprimiéndole el pecho.

—¡Lo soy! —gritó más duro— ¡Maldita sea! ¡Soy tuya! —Ella movió las caderas más rápido, empalándose a sí misma con el miembro de Leo.

—¡Con fuerza! ¡Quiero oírlo otra vez! —dijo él dándole una mordida en el cuello y chupando su piel.

Sus pechos subían y bajaban descontrolados, y su respiración se volvía cada vez más acelerada y entrecortada.

—¿Es que no me escuchas? ¡Soy tuya! ¡Soy...! —se detuvo, sintiéndose expuesta. No quería darle más detalles, no quería que supiera lo que ella estaba sintiendo en ese momento.

—No te frenes. No te pares... no detengas lo que hay entre nosotros. —Leo con un movimiento duro y seco, se clavó en ella hasta que el placer se mezcló con el dolor y ella soltó un gruñido.

Sintió los dedos de Leo bajando por su abdomen, entre el movimiento del agua con sus cuerpos chocando, el sonido de sus caderas al entrar y salir el miembro de Leo, todo eso combinado con el agua que llenaba el Jacuzzi, la estaba poniendo a mil. Luego bajó la boca hasta sus pechos y comenzó a saborearlos, mordiéndolos, suave y delicado, chupándolos hasta volverla loca, mientras los dedos de él pasaban sobre su clítoris, y lo impulsaban hasta que llegara al placer.

—No pares por favor. Casi... Casi llego. Por favor. — No le importaba que su orgullo se fuera al traste, necesitaba seguir sintiéndolo, necesitaba aguantar lo más que pudiera para que al acercarse al orgasmo, se clavara en ella el pensamiento y la imagen de Leo, con sus ojos azules oscuros, fijamente mirándola.

Deseaba llegar al orgasmo con el viéndola a los ojos, sabiendo que él disfrutaba de su cuerpo, tanto como ella disfrutaba de él.

—Mírame mientras te vienes. Mírame mientras el placer te llena —le dijo agarrando su rostro y ella moviéndose más fuerte. Dejándose llevar por una marea que la arrastraba hasta lo profundo del mar, hasta el profundo de los ojos de Leo.

Sus ojos se oscurecían cada vez más, era hermoso, con su nariz perfilada, sus cejas tupidas, su cabello rubio, que mojado por el agua que había salpicado del jacuzzi con los movimientos de ellos, se veía más oscurecido. Él era el responsable de que ella estuviera en esa situación tan deliciosa, pero a la vez era el responsable de que su corazón se adentrara en esas aguas turbulentas.

—Eso es… —le dijo él cuando el vientre de Sophia se calentó por dentro, y sus paredes comenzaron a contraerse—, vamos nena. Hazlo. Déjate llevar —le pidió con más fuerza. Su voz era casi un gruñido, indicativo de que él también estaba a punto de alcanzar el clímax—, tú puedes. Dámelo —la incitó

Ella sabía que podía dejarse ir, que era suya y de nadie más, aunque Leo no la quisiera.

También sabía que eso no era un simple polvo, era mucho más.

—¡Dios! —murmuró mientras sentía como sus paredes internas se apretaron absorbiendo el pene de Leo y sin dejar de moverse ni clavar el pene duro y fuerte de Leo en ella, se dejó ir bailando en la ola de placer.

Una que siguió Leo al mismo tiempo. Juntos se dejaron ir, el orgasmo arrebatador los abrazó, ella puso los brazos al rededor del cuello de Leo para evitar caerse hacia atrás, por la poca fuerza que le quedaba en el cuerpo.

Leo siguió moviendo las caderas, agarrando su cintura con fuerza y mirándola a los ojos.

Ambos lo hacían.

Y lo único que Sophia pensaba en ese momento, era que los ojos de Leo la miraban con un brillo diferente, uno que no había visto reflejado en ellos antes.

¿Se habría dado cuenta de lo que ella sentía?

¿Tan obvio era el deseo que tenía de decirle lo que sentía que sus ojos la habían traicionado?

—Eso fue...

—Lo sé, fue...

—Sí... —Sophia se recostó sobre el cuerpo de Leo y él se relajó, pasando sus brazos alrededor de su espalda.

Paso largo rato antes de que Sophia se diera cuenta de lo a gusto que se sentía junto a él.

Ella que siempre decía lo que sentía, lo que pensaba, sin pensar en las consecuencias, sin calcular lo que vendría después por parte de la otra persona, porque si algo había entendido desde joven, era que cada cabeza era un maldito mundo extraño y retorcido.

Lo que para ella era común, normal e inofensivo, para otros era dañino y sin corazón.

Pero con Leo las palabras se comenzaron a esconder.

Quizá por su mismo afán de cuidar su corazón.

O a lo mejor por el miedo a no recibir la respuesta que la complementara.

—Comienzas a complicarme la vida, Sophia McAdams —murmuró Leo a la vez que subía una de sus manos y comenzaba a acariciarle el cuello—. Eres una mujer muy intensa.

No sabía qué responder a aquello.

¿Sería la respuesta a su disyuntiva?

¿Estaba Leo diciéndole lo que ella creía?

No, se dijo.

«Solo está haciéndome sentir mejor, porque se dio cuenta que quiero más que sexo y no quiere hacerme sentir mal porque Leo no es así.»

Por más que quiso tranquilizar el palpitar desesperado de su corazón, no pudo evitarlo.

—¿Tienes hermanos? —su piel comenzaba a arrugarse bajó el agua, pero no le molestó. El jacuzzi hacía burbujas que se sentían muy bien en su piel.

Deseaba saber más de él, y rogaba al cielo que él confiara en ella.

Aunque su corazón le gritaba que estaba siendo una jodida ilusa.

Nada había cambiado.

—Soy hijo único —respondió él sorprendiéndola, sin dejar de acariciar su cuerpo.

—Yo también... —murmuró ella y le dio un beso en el pecho—. No es lindo ser hijo único. Al menos no en todos los sentidos. Me aburrí mucho en casa, hasta que conocí a Aria en la universidad.

—¿Aria es la pelinegra que estaba contigo en el club?

—Es mi única amiga.

—Es extraño...

No quería que él parase de hablar. Su voz la tranquilizaba y a la vez le ponía loco el corazón.

¿Sería normal sentir todo aquello?

—¿Qué cosa? ¿Mi amiga? Lo dices y no lo sabes. —Sonrió al pensar en Aria. Su amiga era todo un personaje.

Un personaje de película para adultos.

—Que tienes pocas amigas. Normalmente las mujeres tienen un grupo de confidencias. Uno donde van a llorar cada vez que el novio las ofende o terminan.

—Soy un bicho raro entonces. —Ella subió y bajó los hombros en un gesto despreocupado y sencillo—. No suelo confiar mucho en las personas.

Y era cierto.

Aunque seguía queriendo confiar en él.

A ciegas y con la cabeza dentro de la tierra.

—Sin duda alguna lo eres. Eres el bicho más raro que he conocido.

—No me conoces. ¿Se te olvida que no has querido hacerlo? —Leo soltó una carcajada y su pecho vibró, escucharlo reír le encantaba. Le daba como doscientos años de vida y sus ojos cambiaban.

Tenía muy fresco el recuerdo de su sonrisa, intacto en su mente.

—Crees que no te conozco, pero no es así. Seguramente eres una joven estrella para sus padres —comenzó él, haciendo un análisis completo, ella sabía por dónde iba y aun así, no lo detuvo, quería escuchar lo que él pensaba de ella—. Seguramente fuiste a una universidad costosa. Siempre meritoria en tus asignaturas. Tus padres te dieron lo mejor que pudieron. Tenías ropa de marca, aunque eso no te hacía tan feliz como otras personas. Te gusta la independencia, ser tú quien lleva el control.

Leo detuvo su caricia en el cuello de Sophia y ella extrañó su tacto, pero luego lo sintió en toda su espalda, bajando por su espina dorsal, de arriba hacia abajo, acariciándola despacio, en un toque que la sedujo y adormeció. Estaba cansada, tanto de la sesión de sexo anterior, como del viaje en avión. Esos días intentando llamar la atención de Leo, habían sido agotadores.

—No confías en las personas, tal como tú misma lo has dicho, pero confías en mí —continuó él con su análisis—. Confías lo suficiente como para no pedirme que use preservativos. —El cuerpo se le tensó al escuchar esa verdad tan real e irrebatible—. Cosa que no me molesta. No vayas a golpearme, que te conozco, al menos lo suficiente como para saber que cuando te sientes atacada, aprietas los puños y quieres defenderte de inmediato. Tal y como los tienes ahora.

—Muy sabelotodo —dijo sarcástica, intentando aflojar las manos, pues él tenía razón. Tenía los puños cerrados.

—No piensas muchos las cosas antes de decirlas y luego te arrepientes del daño que causan —El siguió como si no le importara que ella fuese tan intensa—. Tus ojos azules brillan cuando me tienes cerca y sé, aunque lo intentes negar, has comenzado a desarrollar sentimientos por mí.

—Yo no... —Él la abrazó fuerte cuando sintió que ella iba a alejarse. Sus pechos se aplastaron contra el dorso de Leo.

—No lo niegues —la interrumpió—, no está mal, solo que lamento haber sido el causante de que sientas estas cosas.

—Yo no… yo no me arrepiento de sentirlas. —Él podía gritar, saltar y patalear, pero una cosa era irrefutable e innegable: ella no podía evitar sentirse así por él.

—Ese precisamente es el problema, Sophia. Eres una mujer excepcional y mereces a alguien que esté dispuesto a estar contigo, y a darte todo lo que necesites.

—Yo no te estoy pidiendo...

—Sé que no me estás pidiendo nada. Pero tus ojos quieren algo que yo no estoy en la disposición de ofrecer.

—¿Por qué? ¿Por qué no estás dispuesto a intentarlo conmigo? ¿Por qué te enfrascas en ser tan distante cuando me calientas la piel con solo mirarme? No entiendo cómo puedes alejarte un momento y al segundo estar encima de mí, besándome como si yo fuera la cosa más preciada que

tienes.

Ella quería llorar en ese mismo momento y daba gracias al cielo que su rostro estaba escondido en el cuello de Leo. Su barbilla tembló y apretó los labios intentando no soltar las lágrimas que querían salir de sus ojos en este instante.

Él no estaba dispuesto.

Tantas veces que se lo había recordado y aun así, su tonto corazón, masoquista y terco, no deseaba aceptarlo.

—Gracias por el análisis. —Ella sacó el rostro de su cuello y lo miró, mordiéndose los labios e intentado, en vano, sonreír, para quitarle peso al dolor que sentía en ese momento atravesar su corazón—. Has acertado en todo.

—No quiero lastimarte —murmuró él subiendo una mano y pasándola por su mejilla—. Te ves tan fuerte y eres tan delicada. No quiero que me odies pero tampoco quiero alejarte. No sé qué me estás haciendo.

—No...

Ella se levantó, sacando el miembro de Leo de su cuerpo, y sintiendo el vacío que este dejaba.

No podía seguir escuchándolo hablar así.

El saber que él no deseaba alejarse de ella, pero que tampoco quería tenerla en su vida, le estaba matando.

—Creo que necesito un trago. Ella tomó una de las toallas que había en la barra y se envolvió en ella—. Iré a ver qué tenemos en el minibar.

Su voz temblaba, lo sabía y se daba cuenta que Leo también se había percatado que se alejaba para no romperse frente a él.

—Ve —le dijo Leo sonriendo, aunque él gesto no llegó a sus ojos—. Destapa lo que quieras. Esta semana va a cuenta de Marcos.

Ella se dio media vuelta y salió del cuarto de baño gigantesco, el cual tenía ducha, jacuzzi y un enorme y grueso mueble lleno de gavetas.

Era un lugar excepcional y hermoso.

Pero lamentablemente, había ido a visitarlo con la persona equivocada.

Esa que era capaz de lastimarla como nadie.

Y que eventualmente, iba a hacerlo con su partida.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Leo Sandoval

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Estoy tomando vino. ¿No se nota? —preguntó ella sarcástica.

—Eso lo veo. —Leo estaba con unos pantalones blancos cortos, un poco más arriba de las rodillas que le dejaban ver las piernas largas y fortalecidas por trabajo de gimnasio.

Sophia no pudo evitar dejar ir los ojos y recorrer el cuerpo de él por completo.

Ella traía el albornoz blanco puesto, ese que él había visto colgado en algún lugar cuando entraron al baño.

Miró por la cocina y se percató que la toalla blanca con la que ella había salido del Jacuzzi, estaba colgada en una butaca en el desayunador.

—Por lo que veo, estás con la botella de vino en la mano y no has servido ni una gota en las copas. Llevas la mitad de la botella tomada y...

—No comiences a controlarme la bebida. Te recuerdo que tú y yo no somos nada. No me conoces, ni yo a ti. Estamos encerrados en esta maldita cabaña por toda la semana, lo mínimo que puedo hacer es tomar para pasar el rato.

—El punto es que no estás tomando para pasar el rato. Estás tomando porque te sientes sofocada, porque estás alterada.

—No te hagas de psicólogo conmigo. No fui yo quien reservó la cabaña. Puede que incluso fuera el mismo Marcos. ¿Has pensado eso? —Ella pegó su boca de la botella y dio un sorbo largo—. Yo he tenido el tiempo suficiente como para pensarlo. Has tardado mucho en salir. ¿Pensando cómo escapar?

—Me estaba dando una ducha fría.

—Así que el León se quedó con ganas de más. —Ella soltó una carcajada y Leo vio cómo ella se tambaleó.

Quizá no fuese mucho el vino que había ingerido, pero la velocidad con la cual se lo había tragado, eso era lo que la tenía tan embobada.

—Te recuerdo, Pelirroja, que venimos aquí a hacer un trabajo. Te quiero sobria. No voy a salir contigo al hospital porque estás borracha.

Leo se acercó a ella y le quitó la botella de las manos con ímpetu.

—Estás actuando como una niña. No dejes que tus emociones te controlen.

—¿Qué sabes tú de emociones? —Lo golpeó ella en el pecho y se lanzó a por la botella que él sostenía con una mano, pero esto solo hizo que la botella se escapara de las manos de Leo y fuera a aterrizar al suelo estrepitosamente— ¿Qué vas a saber tú de las malditas emociones? ¡Eres un maldito témpano de hielo!

Ella volvió a golpearlo en el pecho con furia y él le agarró las muñecas de inmediato para detenerla.

—Sophia —le llamó con carácter—. ¡Maldita sea, tranquilízate! ¡Vas a cortarte!

—Estoy harta de ti. Estoy harta de que quieras pretender que no pasa nada entre nosotros

—Nena... —Él no se lo pensó dos veces, la tomó por la cintura y la levantó en vilo.

—¡Qué no! ¡Suéltame! —Verla así le mataba. Le hacía daño. Uno que no creyó capaz sentir por nadie— ¡Bájame!

Ella estaba tan triste en ese momento.

—No. No voy a bajarte —Él comenzó a caminar con ella en brazos hacoa la habitación.

No iba a dejarla en el piso, pues iba a ser peor si se cortaba. Sophia debía de estar lo bastante ebria como para no darse cuenta ni sentir siquiera el ardor de uno de los cristales incrustados en sus pies, pero al día siguiente lo iba a sentir como el demonio.

—¡Bájame te dije! ¡Bájame! ¡Déjame terminar de la botella!

—¿No te has dado cuenta que la has roto? Por tu intensa necesidad de controlarlo todo, la rompiste —murmuró él mientras entraba a la habitación, con la cama vestida con sábana blanca y un edredón también blanco satén por encima. Cuando se metieron al baño él ni siquiera reparó en la decoración de la habitación.

Pues claro, había estado tan concentrado en Sophia que todo lo demás pasó a ser secundario.

Igual como le había pasado en cada lugar en donde ella estaba.

—No me hables a mí de control. Tú eres el que te estás controlando.

—No puedo seguir manteniendo esta conversación cuando estás así. —Él la depositó en la cama y se dio cuenta que el albornoz tenía manchas del vino tinto en la parte inferior de los bordes—. Mira eso, te has manchado. Quítatelo.

Ella se cubrió las piernas y tiró de la tela, pero el albornoz lo que hizo fue abrirse más y dejar el sexo depilado y rojizo de ella.

Sus dientes crujieron al apretar la mandíbula.

Iba a ser una noche muy larga.

Debía pasar de las seis de la tarde, quizá las siete. El *JetLag* comenzaba a hacer de las suyas. Estaba cansado y necesitaba dormir.

—No voy a quitármelo para volver a caer en tus brazos. Me niego a ser una más.

Él sonrió por dentro. Sophia McAdams nunca podría ser una más.

Ni volviendo a nacer.

—¿Te estás dando cuenta de lo que dices? No voy a abusar de ti cuando estás ebria.

—No sería un abuso. Estoy consciente. Estoy lo suficientemente consciente como para querer que me chupes completa hasta los dedos de los pies, consciente como para desear que me beses y me hagas olvidar todas las estupideces que has dicho. —Ella se levantó de la cama y su cuerpo se impulsó hacia adelante. Pero Leo fue más rápido y se agachó frente a ella para sostenerla—. Pero estoy lo suficientemente tomada como para mañana no acordarme de lo que haga esta noche. Eso te conviene.

—Precisamente por eso, Pelirroja. —le susurró pasando una mano por su espalda y acariciando su cabello húmedo—. No voy a aprovecharme de ti.

Leo le dio un beso en la frente y la soltó despacio, ella se dejó caer en la cama y su cabello se desparramó sobre la sábana.

Leo la observó hipnotizado, era hermosa, tan bella que le dolía verla con las mejillas coloradas y los ojos vidriosos. Sus pecas se notaban más pronunciadas en su cuello y su pecho, salpicadas de arte.

—Deberías volver a bañarte. Seguro que se te baja ese alcohol.

—Ni loca voy a meterme en esa ducha contigo —replicó ella cerrando los ojos—. No voy... No voy... —Ella subió una de sus manos que se desmadejó nuevamente sobre el colchón. Ella no tenía fuerza para sostenerse—. No voy a dejar que me veas desnuda otra vez.

Leo se fijó en cómo los pechos de ella se veían claramente frente a él, pues el albornoz estaba abierto y ella no se había percatado.

—Hace unos segundos estabas dispuesta a que yo te besara por todo el cuerpo. A que te chupara hasta los...

—¡Cállate! Me confundes.

Leo se rio ante la bobería con la que estaba actuando Sophia.

Ella era graciosa en su versión ebria.

Jamás imaginó ver esa parte de Sophia.

—¡Mírame! Estoy vuelta una mierda por ti, porque con tu maldita frialdad me lastimas —lloriqueó ella.

Al regresar a su modalidad acusación, Leo se sentó en la cama a su lado.

—Nunca ha sido mi intención lastimarte, Sophia. Pensé que eras más fuerte, creí que...

—¿Fuerte? ¿Me estás diciendo que soy débil por querer tener algo más contigo?

—Mi vida es complicada Sophia. —Leo se dejó caer a su lado en la cama, los pies le colgaron fuera del colchón y miró el techo, estaba confundido.

Las únicas dos verdades que en ese momento tenía claras en su mente era que: una, no deseaba lastimar a Sophia; y la segunda, que no podía entregarse a eso que ella exigía.

No otra vez.

—Todos tenemos algo de complicado, Leo. Todos… Todos somos complejos en algún punto. —Sophia giró el rostro hacia él, su aliento a uva le dio en el rostro pero no se alejó. Su mirada lo tenía tan cautivado que apenas podía recordar cómo respirar.

—No me gusta lo complicado.

—Pero yo te gusto.

—Haces mucho más que gustarme, Sophia.

—¿Entonces, por qué te alejas? —preguntó ella y sacó fuerzas para para pegar su cabeza a la de él y subir una de sus piernas encima de las de Leo.

Él sintió su calor, su sexo humedecido y su aliento caliente en la oreja.

Apretó la mandíbula y soltó el aire despacio.

¿Iba a matarlo?

¿Cómo podía resultarle tan sensual cuando ella estaba tan ebria?

Sophia comenzó a besarlo en el cuello, dejando un camino de besos, ella se fue sentando a horcajadas sobre él y poniendo los brazos a ambos lados de su rostro.

—Cariño...

—No me llames así. No me muestres un cariño que no sientes por mí —Sophia se escuchaba tan desesperada y triste a la vez. Y él se odió por ser el único responsable de su dolor.

—Pelirroja... —Leo se mordió los labios cuando ella se acercó con los ojos azules brillantes, la tela del albornoz subida hasta su cadera, enredándose en sus muslos y dejando al descubierto por completo sus senos y el comienzo de su sexo.

—¿Qué? ¿No te enciendo? ¿No te provoco? —Ella comenzó a mover las caderas en forma circular y la erección no tardó ni dos segundos en producirse.

Cada vez le era más difícil controlarse con ella.

—No me lo estás suponiendo nada fácil —le dijo con voz gruesa y gutural.

—De eso se trata. Tú mismo lo dijiste. Le doy demasiadas vueltas a las cosas. Lo que tenemos que hacer es… —Ella se terminó de sacar el albornoz y sin mucha delicadeza lo tiró lejos de ellos y la cama—. Me tienes aquí frente a ti, desnuda, dispuesta, sin remordimientos puedes poseerme.

Ella tenía razón. Él podía hacerlo.

Para muchos, él era un maldito perro rastrero. Un hombre que solo le interesaba su propio beneficio.

Ella misma lo catalogaba como egoísta. Solo que por detalles diferentes a lo que los demás.

Para ella, él era egoísta por no atreverse a algo más que sexo ocasional.

Con toda la fuerza de voluntad que le quedaba, la tiró sobre la cama y se colocó encima de ella, cambiando los papeles, dejando a Sophia con las piernas hacia arriba y entrelazadas en sus caderas.

Intentó concentrarse en sus ojos y su deseo de ser un caballero, y no en cómo ella comenzó a mover las caderas y el culo, haciendo más pronunciada su erección.

—¡Uy! Siempre controlando todo —ella se rio y subió las manos para tocarlo.

Pero él la detuvo.

Sophia lo miró a los ojos y pareció haber entendido que no iba a suceder nada entre ellos esa noche. Pues ella comenzó a gritar y forcejeó para zafarse de su agarre. Pero él no la dejó ir.

—Te dije que no quería involucrarme contigo. Te lo dije desde el primer momento. Estás en esta posición porque tú lo quieres así. —Aunque él se lo estaba diciendo a ella, parecía más un recordatorio a sí mismo en voz alta.

—¿Y qué se suponía que yo debía de hacer, eh? ¿Ponerle un candado a mi maldito corazón? ¿Cómo diablos se suponía que debía de evitar enamorarme de ti? —ella escupió las preguntas y lo miró enfurecida. Sus ojos azules más oscuros que los de él, estaban llenos de lágrimas.

Leo soltó las muñecas y se alejó de ella como si Sophia lo hubiese abofeteado. Se levantó de la cama y se dispuso a irse de la habitación.

—¿Qué? ¿Te irás así nada más? ¡Eres un cobarde! ¿Te he confesado que me enamoré de ti y tú te largas?

Sí. Maldita sea, sí. Lo era.

Un cobarde que tenía miedo de enamorarse otra vez y que lo lastimaran de nuevo.

Sasha había hecho migajas a su corazón, destruyendo lo que él con tanto afán había creado durante años.

—¿Te has enamorado de mí, Sophia? – murmuró débilmente.

—No lo digas como si eso fuera una sentencia de muerte. Soy bastante mayorcita como para entender que no sirves para una relación, que solo te quieres a ti mismo, que te guardas detrás de esa maldita muralla de frialdad.

—¡Tú no sabes lo que es frialdad, mujer! —él se acercó a la cama y la miró sentada apenas sosteniendo su cabeza— ¡Contigo he sido lo que no he sido con nadie! ¡Tú me has puesto de una manera...! —él se contuvo.

No iba a darle más detalles de los que ya había ofrecido. Odiaba a verla así, parecía una muñeca pelirroja rota.

O al menos a punto de quebrarse, su cabello estaba suelto y aún goteaba por el agua del Jacuzzi.

—No merezco que me quieras de esa manera —agregó finalmente y salió de la habitación.

Pero no sin antes escuchar, mientras caminaba, lo que ella murmuró.

—Pero lo hago.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Leo Sandoval

Un ruido estridente lo despertó sacándolo de la ensoñación. Un sueño donde tenía una pelirroja encima de él, que lo abrazaba y besaba con tanto deseo que su erección palpitaba entre ambos cuerpos, añorando hundirse en la mujer.

Pero al despertar, parpadeó intentando que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, a la penumbra en la que se encontraba la sala. Él había dejado a Sophia en la habitación, esperando que, después de una ducha fría y un vaso con agua, el alcohol comenzara a salir de su cuerpo. Quizás, el deseo de ella alejarse, de mantenerse disgustada con él, era más fuerte que el efecto del alcohol. Quería decirse a sí mismo que no le importaba, quería, tontamente, enorgullecerse de decir que él no era capaz de sufrir porque ella estaba sufriendo.

Pero sabía que no era cierto. Le dolía, le dolía como los mil demonios.

Se levantó del sofá de inmediato al darse cuenta que quien había hecho el ruido estaba cerca de él. Se había dormido solo con el bóxer, pues aunque tenían aire acondicionado en todo el Bungalow, aun así, era muy pronto para que su cuerpo se acostumbrara a la temperatura de la isla. Sus pies descalzos acariciaron la alfombra de pelo corto que tenía debajo y giró la cabeza intentando visualizar de quién se trataba.

—¿¡Qué diablos!? —exclamó.

Vio una sombra y por instinto, corrió hacia ella estampándola contra la pared, sintió el calor y el aroma tan conocido y memorable.

—¿Sophia? —preguntó confundido.

—¿Quién más? ¡No seas estúpido! —exclamó ella— ¡Suéltame! Quítame las manos de encima.

Ella lo empujó y él aflojó un poco su agarre, aunque no le quitó las manos de encima de su cuerpo, el calor era demasiado atractivo y lo seducía.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le preguntó sin entender nada.

—Pues largándome de aquí. ¿No es obvio?

—Estamos a mitad de la noche en un país que ni tú ni yo conocemos. Creo que desconoces el significado de la palabra obvio.

—Es un hotel y es bastante seguro. No estamos en un lugar desconocido en la faz de la tierra.

—Cuando no estás en tus aguas, cualquier lugar es desconocido. Y aquí, Pelirroja, no estás en tu zona de confort.

—Quiero escapar de la maldita zona de confort. Quiero escapar de ti, quiero irme de este sitio y quiero seguir con mi vida, Leo. No vas a impedir que me vaya.

No la culpaba, él también quería continuar con su vida, pero presentía que después de haber conocido a Sophia, nada volvería a ser igual. Estaba casi seguro que iba a extrañar a esa pelirroja impulsiva en el momento en que ella decidiera irse.

Pero él no estaba listo para dejarla marchar.

Nada listo.

—Estás siendo melodramática.

—¿Me estás diciendo melodramática? —Ella le dio en la espinilla y Leo tuvo que soltarla aullando de dolor.

—¡Estás demente! —exclamó mientras se pasaba la mano por la rodilla, por la pierna y hasta por el tobillo. Aun su cuerpo estaba adormecido, pero ese golpe fue suficiente para despertarlo.

—Te dije que me soltaras y no lo hiciste. Debes de aprender cuando alguien te da una orden...

—Y tú, Pelirroja —la frenó él—, debes de comprender cuando alguien te dice que no vas a marcharte...

—No soy tu presa —dijo ella interrumpiéndolo también—, no soy tu esclava y tampoco soy tu mujer—ella se detuvo un momento y Leo sintió la tensión que emanaba de su cuerpo.

Precisamente de eso se trataba, él no era estúpido, sabía que ella se estaba interesando más en él de lo que debía.

O más bien de lo que él deseaba.

No podía culparla por más que lo intentara, por más que la acusara de no respetar sus condiciones, pues él también se había involucrado de una manera que no creía posible.

No después de Sasha.

—¿Y qué pretendes hacer? —la cuestionó sonando sarcástico intencionalmente— ¿Cuál es tu plan de contingencia? —preguntó después de recuperar la respiración y el habla.

La loca demente le había golpeado bastante fuerte y aun así, aún sabiendo que ella era una loca de atar, él estaba perdido.

A su lado se sentía incapaz de juzgarla, las locuras de ella y su impulsividad lo hacían feliz,

así como sus palabras de camionero borracho, esos detalles la hacían única. El gusto con el que ella comía, el placer con el que se escurría la miel de su boca al masticar los pancakes que le había hecho para desayunar, la forma en cómo cantó mientras se duchaba, pensando que él no la escuchaba, aunque podía casi apostar que medio Manhattan la había escuchado.

Esos detalles que, en cualquier otra persona lo hubiese considerado despreciable, en ella le resultaban adorable.

« ¿Adorables?» se preguntó a sí mismo.

Ese era el problema.

Estando con ella se convertía en otro hombre, no en el Leo odioso y malhumorado que comúnmente era. No en ese que le dejaba las cosas claras a las mujeres con las que se acostaba y de las que al otro día no recordaba su nombre. Ella lo ponía distinto, lo hacía creer que podría ser un hombre diferente y él no estaba seguro de querer ser ese hombre. Una vez había sido eso que ella deseaba: *vulnerable.*

No salió bien. Lo habían pisoteado como un excremento en la calle.

—¿Entonces qué pretendes hacer? —volvió a preguntar al ver que ella no dijo nada— Salir de aquí, llegar a la recepción, decirle al chico: ¡Hey! Necesito irme de este hotel. Necesito irme de este país. Consígueme un vuelo y mándame a casa.

—¿Te está escuchando a ti mismo? Eso sí que es irracional. Obvio que no voy a llegar allá y a decirle que necesito un vuelo, ya lo he reservado mientras tú dormías plácidamente en el sofá.

—¿Lo reservaste?

¿Cuánto tiempo había dormido?

Se acercó a tientas por la pared y consiguió el interruptor de la bombilla, presionó y de inmediato se iluminó la sala.

Él se cruzó de brazos, su erección había bajado y estaba reducido, así cómo se sentía él en ese momento. Cruzarse de brazos no era para mostrar la arrogancia y petulancia que normalmente él exudaba, en ese momento lo hacía porque necesitaba protegerse. Protegerse de esa pelirroja que amenazaba con destruir su tan organizado mundo.

—¿Qué hora es? —Él se acercó a la mesa del mueble y tomó su *iPhone*, ahí se dio cuenta que eran las tres de la mañana con cuarenta minutos—. ¿Estás mirando la hora? Sophia... de verdad... ¿tantas ganas tienes de alejarte de mí?

Ella se mordió los labios y él no perdió ningún detalle de cómo ella retorcía las manos y cómo en su frente palpitaba una vena deseando explotar. Tenía puestos unos pantalones cortos azules y una blusa negra mangas largas, con un abrigo por encima de color gris. Su cabello estaba suelto, rizado por partes y liso en otras, así como ella, revuelta y alocada. Distinta por

espacios de tiempo, por momentos y todo dependiendo de qué le respondía la persona con quien hablara en cada momento.

El sentirse orgulloso de ser capaz de desestabilizar el mundo de Sophia no estaba bien, no era correcto, pero aun así, él no podía evitar sentir así.

Porque ella tenía el mismo poder sobre él.

—No creas que todo gira entorno a ti, Leo. Lo cierto es que estoy harta de estar aquí...

—Sophia, no seas tan mentirosa, intenta ser un poco más convincente. Yo estaba contigo en el avión, amanecí en tu cama. —Cosa que él jamás había hecho con nadie. Sus encuentros ocasionales terminaban con él largándose a los pocos minutos de terminar el polvo. No podía llamarlo de otra manera, y con esas mujeres con las que había estado tampoco se le ocurrió en ningún momento.

Ella se quedó en silencio y agachó la mirada.

Él tenía razón y ambos lo sabían.

—Estabas bien. Un poco reservada y callada, contrario a cómo siempre estás, pero estabas bien. Llegamos aquí... —él se detuvo, pues por una milésima de segundo iba a utilizar la frase: *hicimos el amor* y él no era capaz de pronunciarla sin sentir que se iba a comprometer con ella, y justamente eso era a lo que le estaba huyendo.

Tenía un nudo en la garganta, uno que no podía desatar por más que tragaba fuerte.

—Nada me sucede, Leo. Creo que este trabajo me supera. Creí poder lograrlo, pero me he dado cuenta que no.

—¿En las horas que yo estuve dormido, te diste cuenta que no?

—No tienes que ser tan sarcástico —dijo ella agarrando con fuerza la maleta, la misma con la que había llegado y la cual no había desempacado, esa misma la acompañaba dispuesta a largarse junto a ella.

Leo miró la maleta como si este objeto tuviera vida y fuera el culpable de la decisión de marcharse de Sophia.

—Estás siendo infantil y una muy mala mentirosa. Eres una mentirosa que le está huyendo a lo que siente. —Ella se acercó a él y puso las manos sobre su pecho, sorprendiéndolo con el calor que ella irradiaba.

—No me hables de sentimientos, Leo Sandoval. No me hables de ellos cuando tú no puedes decir que también sientes lo que hay entre nosotros. Cuando tu prefieres llamarle *coger o follar.* No me digas mentirosa, porque el único que miente aquí eres tú.

—Lo único que siento... —dijo él poniendo las manos sobre las de ella y mirándola

fijamente a los ojos, la mirada azul triste y a la vez con una fuerza indomable de Sophia lo cautivó, haciendo que olvidara las palabras que le iba a decir.

¿Por qué le sucedía esto?

¿Estaba condenado a ponerse nervioso ante una mujer que era mucho más pequeña que él?

«Pequeña pero peligrosa.»

Recordó la frase de la película y tuvo que sonreír ante la creatividad de su cerebro y la ironía del momento.

—¿Se te atragantaron las palabras o igual fueron cobardes y no se atreven a murmurar lo que tú quieres? ¿No te salen ya las mentiras, Leoncito?

—No me conoces, Sophia —volvió él a decir.

Era una frase tan trillada y él se la había dicho tantas veces a ella, que él mismo comenzaba a preguntarse si se conocía a sí mismo.

—Porque tú no me lo permites —susurró ella—. Y ya me di cuenta que no vas a dejarme.

¿A qué le temía? se preguntó él por un momento.

No podía responderle esa cuestión, tampoco estaba listo para verla marchar, era peligroso y ella podía estarlo manipulando. Así que decidió tomar la segunda dirección de sus pensamientos.

Sí, definitivamente ella lo estaba manipulando, esto lo llenó de ira y él apretó la mandíbula.

¿Sería ella una arpía desgraciada igual que Sasha?

No. No lo era.

Descartó el pensamiento así de rápido como llegó.

Sophia no tenía nada de manipuladora. Muy contraria a la rubia que le había roto el corazón.

Maldito sea el infierno.

Deseaba que la tierra se incendiara con el fuego de las llamas que lo consumían. No le gustaba sentirse así de perdido, así de inservible y desconfiado consigo mismo. Él había amasado durante años un torrente de emociones fuertes, indestructibles. Se había colocado una coraza, una que se había visto derrumbada al conocer a Sasha y que pronto ella había vuelto trizas.

Ahora un año después, él intentaba recobrarse más frío, más sombrío, más cauteloso.

¿Por qué confiar en Sophia?

¿Por qué hacerlo?

Él deseaba hacerlo.

Estaba harto de que las personas decidieran su destino. Se había prometido a sí mismo que nadie iba a jugar con él, que nadie tomaría las decisiones por él, y por eso estaba tan enojado con Marcos, deseando que dieran ya las seis de la mañana para llamarlo y cantarle sus cuatro verdades.

—Nadie toma decisiones por mí, Sophia. Te dije desde un inicio cómo iban a ser las cosas entre nosotros. Tú las aceptaste así.

—Lo siento, Leo. No puedo hacerlo. No puedo quedarme. Lamento que el trabajo tengas que hacerlo solo, pero es que... —Ella levantó los ojos y él se sintió perdido otra vez.

Toda esa charla motivacional que había sostenido en su interior, se explotó como un globo al chocar contra una aguja afilada.

—No vas a irte, Sophia. No vas a salir de este maldito bungalow hasta que hables conmigo.

—¿¡De qué quieres hablar!? —vociferó ella. Leo se hizo hacia un lado, presintiendo que en cualquier momento ella iba a estallar y a golpearlo—. Deja de preocuparte por mí, ¿quieres? Deja de pensar por mí. Estoy harta de que intentes decirme lo que siento, lo que debo pensar y lo que debo hacer. No eres mi maldito padre. No eres nadie en mi vida para decirme lo que debo hacer...

—¡Soy el maldito hombre que te hace ver las estrellas cada puta vez que te toco! ¡Soy el hombre que quieres tener a tu lado! Soy ese con el que sueñas. Soy ese en el que piensas cada maldito segundo del maldito día.

—Deja de maldecir, ¡Maldita sea!

—¿Te estás escuchando? ¿Estás viendo lo que se está convirtiendo esto? ¡Es una tontería!

—¡No es una maldita tontería! ¡Tú lo estás volviendo así! ¡Tú eres el que estás haciendo de mi vida un maldito infierno!

Leo movió la cabeza negativamente, ellos no estaban destinados a trabajar juntos, en definitiva no podía estar cerca de ella.

Ella sacaba lo peor de él.

Y también lo mejor.

Sacaba ese deseo de reír que él había perdido. Ella le sacaba sonrisas con sus comentarios y sus maldiciones, con su lenguaje de camioneros y con su ímpetu y fortaleza. Ella era aire fresco en su día nublado.

Pero también lo hacía perder la cordura y la concentración, hacía que no se enfocara y que

perdiera el rumbo. Ellos estaban ahí para hacer un trabajo, no iba a decepcionar a Marcos y más que nada no iba decepcionarse a sí mismo. Tenías metas impuestas para ese mismo año, planes a futuro en la empresa Mega Inversiones. No iba a desequilibrar su vida porque Sophia decidiera entrar en ella como un torbellino.

Porque, aunque él no quisiera reconocerlo, aunque se lo negara a sí mismo, ella se había metido a su vida y estaba dispuesta a derrumbarlo todo con tal de permanecer en ella.

—¡Maldita sea! —exclamó. Se acercó a ella, la pegó de la pared y la besó con ansias, apoderándose de su boca, recorriendo su cavidad húmeda con la lengua, peleando con ella, demostrándole quién mandaba allí, quién tenía el control. Ella colgó los brazos en su cuello devolviéndole la misma fuerza y la misma necesidad que él le estaba demostrando.

Ambos se necesitaban.

Leo sintió la erección entre sus piernas y se pegó más a ella, hundiéndola prácticamente en la pared, fundiendo sus cuerpos hasta que no pudo respirar más.

Se alejó de ella un centímetro y pegó su frente a la de ella. Su corazón latía deprisa, y el casi podía escuchar el de ella, implacable, sonoro, vivo.

Tan vivo como él se sentía estando junto a su cuerpo.

—Esto es lo que haces conmigo, pequeña pelirroja. Esto es lo que consigues. —Él movió las caderas demostrándole lo duro que estaba, lo duro que ella lo ponía.

—No podemos seguir haciendo esto, Leo. Yo no puedo seguir viviendo en esta mentira, en esta burbuja donde no te conozco, donde no sé nada de ti, y aun así quiero seguir teniéndote conmigo.

Ella cerró los ojos y los apretó, sus pestañas rojizas se vieron largas y humedecidas. Él sabía que estaba conteniendo el llanto por como sus labios temblaban, y se odió a sí mismo por no poder decirle lo que ella necesitaba escuchar, por no poder abrirse por completo, por no poder contarle quién había sido él veinte años atrás. Ni siquiera Sasha sabía todos los detalles de su vida de huérfano, ni las decisiones que había tomado su padre, ni lo que había hecho que su vida fuera un infierno la mayor parte del tiempo. Ella sabía detalles mínimos que había utilizado en su contra para ofenderlo y minimizarlo al verse acorralada cuando él descubrió su traición y su infidelidad.

—No puedo hacerlo —murmuró él—, no puedo.

Él se alejó de ella y se cruzó de brazos sintiendo que el mundo se abría bajo sus pies.

—Si quieres irte no voy a detenerte.

Tragó saliva fuerte, sintiendo que la garganta se laceraba y que sus ojos ardían.

Iba a dejarla marchar.

No estaba listo para hablar.

No estaba listo a abrirse y que volvieran a burlarse de él.

Ella lo miró con sus grandes ojos azules y sonrió triste.

—Gracias por la honestidad. Yo... —Ella tragó saliva y Leo observó atónito como dos lágrimas surcaron sus mejillas—. No sirve de nada ya decirlo, pero lo haré de igual forma, porque así soy. Así de tonta e impulsiva, así de infantil como tú me llamas... Me enamoré de ti, Leo Sandoval. Me enamoré sin conocerte, solo por cómo me ves, porque con tus ojos me haces saber que te importo, que estás dispuesto a pelear por mí, qué harías lo que fuera con tal de protegerme. Pero lamentablemente, con tus palabras lo destruyes todo.

Leo se quedó inmóvil, escuchándola sin poder articular ni media palabra.

—Así de ilusa y tonta soy. —Ella se quitó las lágrimas con rabia, agarró el mango de la maleta y suspiró—. Creí que me podía tocar un cuento de hadas. Resulta que solo fuiste un sapo más.

Sophia dio media vuelta y se alejó de él caminado con la cabeza en alto y los hombros temblándole.

Iba a perderla.

De repente comenzó a sudar frío, sus manos temblaron y su corazón se detuvo.

Iba a perderla.

—¡No te vayas! —habló tan fuerte que el cuerpo de Sophia se detuvo como si él le hubiese disparado con una pistola—. No te vayas... —repitió.

Ella no se giró.

Le dio orden a sus pies para que se movieran, pero estos se quedaron en el mismo lugar.

«Por favor, muévanse.»

Pero nada sucedió.

Sophia agarró el pomo de la puerta y Leo se quedó en blanco.

Pero su boca tenía otro plan.

—Mi nombre es Leonardo André Sandoval. Soy huérfano desde hace veinte años.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Sophia

«*¿Huérfano?*» se preguntó.

No podía creer que Leo Sandoval fuera un huérfano.

El hombre más fuerte, arrogante y patéticamente reservado, que ella había conocido en toda su vida.

Ese que era el mano derecha de su jefe en Mega Inversiones, que le había tocado como nadie, que él había defendido de Hermes, ¿era un huérfano?

Es que incluso la palabra le sabía a sangre en sus labios.

No podía pronunciarlo.

Soltó la maleta suavemente y se giró hacia Leo.

Miró esos ojos azules con pestañas largas, unos ojos azules que parecían casi un reflejo de los de ella, pero en esta ocasión estaban oscuros y teñidos por una tristeza que ella no lograba entender.

Claro que no podía comprender algo que nunca había sentido.

La orfandad, la soledad, vivir en hogares de acogida, ella se imaginaba todo el escenario, había visto muchos casos similares, también sabía que una persona que no se había criado en el amor y la unidad de una familia, tenía muchos problemas en el futuro cuando fuera un adulto, tanto para insertarse a la sociedad, como para abrirse con una persona.

—No me mires así. Precisamente es la mirada que odio. Es la clase de mirada que no tolero. No te lo estoy contando porque quiero tu lástima, te lo cuento porque es algo que puede ayudarte a conocerme. Me pediste algo, cualquier cosa para conocerme... yo... esto es lo mejor que tengo.

Sophia se quedó en silencio, ella no sabía de qué manera lo estaba mirando, solamente se apenaba, imaginándose a un niño pequeño de ojos azules y cabello rubio llorando desconsolado porque no tenía padres.

—Lo siento… —Cerró los ojos e intentó borrar de su cabeza la imagen de un niño llorando desconsolado al estar en hogares de acogida.

—No es tu culpa. No tienes por qué pedir disculpas por algo que tú no puedes controlar. Creo que ni yo mismo pude haber evitado serlo.

Ella poco a poco comenzaba a entender la necesidad que Leo tenía de controlar todo a su

alrededor, por eso había tenido ese ataque de ira con Hermes frente a Mega Inversiones, porque tenía demasiada mierda detrás, cargaba demasiados demonios sobre sus hombros.

Ella se acercó despacio, sus pies le pesaban un montón. Era cierto, el alcohol aún no había salido de su sistema, no tenía ni idea de por qué todavía después de haber dormido por un par de horas, el vino seguía causando estragos en su cuerpo. Su sistema nervioso estaba a punto de colapsar y sus manos temblaban descontroladas.

—Lo siento —volvió a repetir y se maldijo. Apretó los labios intentando no llorar.

—Maldita sea, Sophia. ¡Qué no me mires así! ¿No estás viendo el hombre que soy? ¡Deja de tenerme lástima! Eso me irrita. Estoy confiando en ti, me pediste conocerme. —Leo se pasó una mano por el cabello y soltó un suspiro—. No sé ni siquiera por qué lo hago.

Él dio un paso atrás cuando ella se acercó lo suficiente como para alcanzarle.

Leo se pasó la mano por el cabello otra vez y sacudió la cabeza de manera negativa.

—No sé ni siquiera por qué lo estoy haciendo. Yo no quiero una relación. Yo no quiero compromisos ni ataduras. Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, cosas que no estoy listo para compartirlas...

—No te estoy exigiendo que compartas conmigo todos los detalles sobre tu vida —se apresuró ella a decirle. No quería tampoco atosigarlo—. Todos cargamos diferentes equipajes sobre nuestras espaldas.

Leo sonrío sarcástico mostrando sus colmillos y la miró de arriba abajo.

—¿Tú cargando equipajes? Pelirroja, parece que nunca has pasado un solo percance en tu vida. Pareces salida de una revista de familias felices. Una de esas tarjetas de navidad que envían las parejas recién casadas.

—Ese es tu problema, juzgar a las personas por su apariencia física. En mi casa no teníamos tantas facilidades como tú podrías pensar. Me molesta que me juzgues sin saber nada de mí. ¿Sabías que nunca conocí a mi padre? No. No lo sabes porque no me has preguntado, porque no te has interesado en conocerme, no hasta este momento en que me has permitido decirlo. —Leo apartó la mirada y ella apretó la mandíbula—. Me juzgas porque según tú, me veo bien, me veo fuerte, ¿sencillo, no? La pelirroja que no sabe lo que es sufrir.

—No...

—No. Tú no lo entiendes. No me estoy comparando contigo. No tengo palabras para decirte lo triste que me pone saber que no tuviste a nadie para que te ayudara a crecer, para que te acompañara en tu infancia. Lo siento. Pero no me digas que no sé lo que es sufrir. Porque eso no es querer conocerme, eso es poner una puta pared entre nosotros.

—Estás pidiendo demasiado —le dijo el—. No puedo soltar todo lo que llevo callando en un solo minuto. Lo siento, pero si esperas que te diga todo como si nada me importara, estás muy

equivocada sobre mí y tienes la puerta para largarte.

Estaba intentando torpemente acercarse a él, Leo que era como un animalito acorralado, uno que estaba herido, que se irritaba con facilidad y que no sabía confiar en los demás.

Él no confiaba en ella lo suficiente como para dejarse de juegos y decirle lo que sentía.

Entonces fue cuando algo se prendió dentro de ella, una luz en medio del túnel, una luz en medio de tanta oscuridad. Había estado tratando a Leo como si él fuese una persona incapaz de amar, como si fuese incapaz de confiar. Lo cierto es que ella no conocía su infierno y así como él la estaba juzgando por su apariencia física y por la fortaleza que demostraba tener, ella también lo había juzgado y de muy mal manera, porque él le había explicado desde un inicio que no buscaba una relación y aun así ella estaba aquí forzándolo a abrirse.

Las cosas debían de ser poco a poco, su madre siempre se lo decía. Esa luz en la oscuridad, era la voz de su madre diciéndole una solo frase: «*si alguien tenía la fortaleza como para confiarte alguno de sus secretos, no debes defraudarlo, sino esperar a que realmente confiara por entero. Mientras tanto, debías esperar a que confiara por completo y acompañarlo en su viaje. No juzgarlo por su silencio.*»

Ella relajó los hombros de inmediato, aliviada al darse cuenta de la realidad: Leo estaba haciendo un esfuerzo y ella debía de valorarlo.

—Muy bien —aceptó—. Me quedaré —las palabras sonaron y salieron ligera de sus labios. Iba a quedarse. Sonrió y sus ojos brillaron, un pequeño rubor se colocó en sus mejillas—. Voy a quedarme —repitió, esta vez con más convicción.

Vio cómo el pecho de Leo subía y bajaba despacio, y él exhaló el aire, sacándolo desde adentro, como si hubiese tenido un gran peso durante demasiado tiempo.

Esto la conmovió.

No sabía que aquello podía ser tan difícil para él, estaba segura que había muchas cosas más que él no le estaba contando, pero lo haría poco a poco y ella estaría ahí, porque recién comenzaba a darse cuenta que Leo era algo más que un polvo, era algo más que una noche de placer.

Había intentado demostrarle que ella tenía el control, que no era una mujer fácil e insípida. Se había esforzado por decirle lo que le gustaba, por impulsarlo a darle más placer a cada segundo y a cada encuentro, ahora se daba cuenta que lo que único que quería, era demostrarle que ella era diferente, porque se había enamorado de él desde el momento en que la defendió de Hermes.

¡Qué tonta había sido!

Pretendiendo ser una mujer tan independiente y autosuficiente.

Recordó la escena del vibrador, ni siquiera en un momento de placer provocado por ella

misma, ni siquiera allí, había podido dejar de pensar en él.

Estaba definitiva e irrevocablemente metido en su piel.

—Lo siento si sentiste que te presioné —le dijo con tono vergonzoso—. No quiero, ni jamás voy a manipularte. No soy así. No sé con qué clase de mujeres has estado, pero ya debes darte cuenta que soy distinta. —Levantó la barbilla y se cruzó de brazos.

Él la miró a los ojos, su ceño estaba fruncido, sin embargo, Leo sonrió y de sus ojos se fue esa penumbra que había estado reflejando hasta ese momento.

—En primer lugar, eres incorregible e intensa. Me molesta que decidan por mí, que me obliguen a tomar decisiones que no me interesan y que no quiero tomar. No me gusta que me digan qué diablos hacer.

El labio de Sophia tembló al escuchar aquello.

Comenzó a darse cuenta que lo había estado presionando demasiado. Abrió la boca para decir que lo sentía nuevamente, pero se vio interrumpida por él.

—Y en segundo lugar, eres la persona más irritante que conozco. No te das por vencida. Quieres tener el control sobre mí, pero déjame decirte algo, Pelirroja: nadie tiene el control sobre mí, solo yo puedo decidir lo que no quiero y lo que quiero hacer, y en este momento, lo único que quiero hacer, es hundirme en ti, saciar mi sed, cogerte sin nada que se interponga entre nosotros. Quiero follarte como si no hubiera un mañana, quiero que grites mi nombre mientras te hago venir.

A cada palabra que le iba diciendo a cada deseo que él iba exponiendo, se iba acercando hacia ella, como un león a punto de comerse a su presa.

—Quiero ser el único que te toque. Me estás exigiendo, yo también puede exigirte a ti. A partir de este jodido momento, el único que va a acariciar tu piel soy yo... —Él subió una de sus manos y la pasó despacio por los brazos de ella—... Soy el único que va a tocarte.

Sophia cerró los ojos disfrutando de su tacto y temblando internamente. Aquello no tenía comparación.

—Soy el único que podrá hacer que llegues al orgasmo. —Sintió el aliento de Leo en su piel. Él estaba tan cerca que podía besar sus labios—... soy el único que va a poder tocar estos hermosos y cálidos labios. Tú serás mía. Tú me perteneces. Te lo pregunté una vez y dijiste que sí, dijiste que serías mía. Tú, pelirroja curiosa, querías saber todo sobre mi. Querías adentrarte en mi vida, querías meterte bajo mi piel. Lo has hecho, lo has logrado. Ahora vas a tener que dejar que yo haga lo mismo contigo, porque esto querida pelirroja, es recíproco.

Ella no tenía duda alguna sobre aquello.

Iba a aceptar y a tirarse de cabeza. No le importaba sus arranques de ira, no le importaba que desconociera muchas cosas sobre él.

¡Maldita sea!

Era de él mucho antes de que él se lo pidiera, solo que no se había atrevido a decírselo tan francamente.

Las veces que se lo dijo teniendo sexo no importaban, en el sexo se decían muchas cosas que en verdad no se sentían, todo por complacer al otro, o quizá, como en el caso de ella, para decir lo que no se atrevía a pronunciar en voz alta cuando no había placer de por medio.

—Sí, seré tuya —murmuró ella. Levantó la vista hacia él y descubrió que los ojos de Leo estaban cerrados, su boca entreabierta y ambas manos de él agarrando sus hombros y subiendo despacio por su cuello hasta que sus pulgares estuvieron colocados sobre su mandíbula.

—Dilo otra vez—susurró él.

La respiración de Sophia se hacía entrecortada, mezclándose con la de Leo, algo deliciosamente sexual, caliente, su libido comenzó a subir, sus piernas sintieron el calor de su sexo.

Ella estaba dispuesta a que él la montara como un demonio del sexo allí mismo sobre el sofá.

—Seré todo lo tuya que quieras. En cuerpo y alma, porque tú, Leonardo Sandoval, eres mucho más que un polvo para mí. Pero te digo una cosilla... —Ella subió sus brazos hasta su cuello y pegó su cuerpo al de él. Leo solo llevaba un bóxer negro como ropa y eso la tenía a mil. Él no tenía ni idea del efecto abrasador que causaba en ella—. Tú vas a ser mío. Todo de ti, todo tú, vas a ser mío. —Le resultaba divertido y a la vez encantador, pero también extrañamente excitante. Lo que ellos dos estaban compartiendo en ese momento, era casi como un contrato, casi como si se estuvieran prometiendo el uno al otro un lazo irrompible—. No me importa el tiempo que deba darte para que confíes en mí, esperaré paciente.

—No sé cuánto tengas que…

—No es tu problema —lo interrumpió ella—. No te preocupes por mí. Voy a estar a tu lado. No sé qué esperar de lo que tenemos, no sé qué será de nosotros, lo único que tengo claro, es que no estoy lista para olvidarte.

—Yo no quiero que lo hagas.

Ella sonrío y pegó sus labios a los de él. Le sujetó la cabeza y entreabrió los labios. Leo gimió contra su boca y abrió los de él, permitiéndole acceder a su boca, le estaba cediendo el control, le estaba dejando que ella fuera quién lo besara, quién se apoderara de su cálida y húmeda boca.

El gimió con más placer, con tanto gusto que ella sintió una corriente eléctrica atravesando su cuerpo, llenándola por completo e impulsándola a fundirse con él.

Su lengua absorbió la de él, y comenzó a moverla con timidez. Leo estaba temblando, y esto

le causaba una sensación de poderío que jamás creyó capaz de poseer. Lo besó a tientas disfrutando a cada segundo de su placer, de su boca, de su cuerpo. Pasó los dedos por su cabello rubio y sedoso, tirando de él suavemente y haciendo que Leo gruñera.

Leo la apretó más y despacio la fue conduciendo hasta el sofá, el sabor de él era delicioso, no se cansaba de besarlo. Lo cubrió con sus brazos y Leo envolvió las manos en su cabello, mordió suavemente su labio inferior y antes de que ella pudiera darse cuenta, estaba debajo de él en el sofá y Leo la tenía inmovilizada.

Él tomó en su mano el largo y grueso cabello pelirrojo de ella y la impidió moverse.

—Ahora me toca a mí, es mi turno de besarte.

—Estoy más que dispuesta. —Eso era lo que le gustaba de él.

Su seguridad.

Los ojos de Leo brillaron maliciosos y ella le sonrió casi en automático, embrujada por su sonrisa de medio lado.

—Me gusta tenerte así. Eres tan hermosa. Malditamente hermosa. Tan provocativa que solo tengo ganas de enseñarte que eres mía. De demostrarte que nadie más te hará sentir como yo.

—No tienes que demostrarme nada.

—¿No?

—Ya me tienes. Estoy aquí contigo. ¿O no?

Apenas lo dijo y el comenzó a desvestirla con rapidez, sacándole el abrigo, seguido de la blusa, todas sus piezas cayeron sobre la alfombra, y ella se sacó los zapatos tirándolos sin delicadeza.

No le importó.

Se quedó desnuda de pies a cabeza y así mismo estaba desnudando su alma en ese momento.

Era por completo de él, sin dudarlo, sin pensarlo siquiera por un segundo.

Leo se quedó inmóvil mirándola muy serio.

—¿Estás segura de quedarte? —le preguntó él con el ceño fruncido y las manos en las caderas.

Su erección apuntándole directamente hacia ella era como si también la estuviera cuestionando. Como si en verdad tanto su cerebro como su pene quisieran estar seguros de que ella no iba a largarse.

Ella se relamió los labios y se imaginó de inmediato la boca de ella sobre su pene, que brillaba dejando caer ligeras gotas de excitación.

Claro que estaba segura.

Jamás había estado tan segura de algo en su vida.

—Estoy segura.

—No vas a poderte ir. No voy a dejarte ir después de esto. Quiero que comprendas que lo que vamos a hacer ahora queda muy distante de follar. Voy a complacerte. Voy a llenarte. Voy a hacer que jadees y que suspires, pero igual quiero que estés consciente que no todo será bonito de ahora en adelante...

—Deja de darme un puto discurso, acércate y llename. Lo hacemos bastante bien tú y yo. Deja el miedo... —ella le sonrió mientras abría un poco las piernas, exponiendo por completo su sexo abierto y lubricado—. No voy a morderte, no a menos que eso quieras.

—Pues vamos a la cama. —Él se acercó y la levantó tan fácil como si de una muñeca se tratase—. Voy a hacerte el amor, Pelirroja.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Sophia

Leo la besó intensamente y ella respondió con la misma intensidad y pasión, ese mismo deseo que tenía y que la consumía por dentro.

Estaba enamorada de él. Absolutamente enamorada de él.

Sintió cómo Leo le introducía la lengua en su boca, con los labios entreabiertos, explorando la cavidad de su interior. Era demasiado excitante, se volvía loca cada vez que la besaba, su corazón aún no había dejado de palpitar acelerado al sentirlo tan cerca, piel con piel. Ella estaba desnuda sobre la cama, el cuerpo de él encima de ella, era un peso delicioso.

—Eres malditamente hermosa. Esa boca me tiene desquiciado —susurró él con voz áspera y fuerte, mientras con sus ojos recorría cada centímetro de su cuerpo.

—Tú también lo eres. Eres un pecado, Leo Sandoval —murmuró ella al mismo tiempo que le devolvía los besos despacio.

—Nunca me había sentido así con nadie.

—Debes saber que jamás alguien me había hecho sentir lo que tú me haces sentir. Por nadie había luchado para intentarlo, yo solo me marchaba si veía que no había futuro. —Ella le acarició los músculos de la espalda, sintiendo la fuerza y la fibra de cada uno de ellos. Un gemido escapó de sus labios al sentir cómo el miembro de Leo acarició su vientre.

Eso era lo que le esperaba. Deseaba sentirlo dentro de ella. Él era tan fuerte, tan vigoroso, tan maldita y maravillosamente viril.

—Eso es lo que tú me haces a mí. Precisamente eso es lo que siento. —Él le tomó los senos con ternura y los masajeó despacio, con suavidad, acariciándolos como si fueran una piedra preciosa, un tacto delicado pero firme—. Estoy tan ansioso por poseerte que creo que voy a venirme sin siquiera estar dentro de ti.

—No te atrevas —le dijo ella sonriendo—, vas a aguantar como el león que eres, porque me has hecho esperar demasiado por este momento. Prometiste que me ibas a hacer el amor y lo vas a cumplir.

—Pelirroja, voy a hacerte ver las nubes y las estrellas. Puedes estar segura que esta noche te haré el amor. Jamás había deseado tanto una mujer como a ti, llegaste para destrozar mi tranquilidad.

Y ella se sintió orgullosa al escuchar esas palabras de sus labios.

Él pasó las manos por su abdomen plano, las fue bajando despacio hasta su vientre, allí

comenzó a acariciar su clítoris y ella se arqueó entre sus dedos, al sentir cómo una ola de placer la recorrida de pies a cabeza. Se abandonó, entregándose por completo al ansia y a la necesidad que latía en su interior.

Se aferró con fuerza a los hombros de Leo, acariciándolo con una impaciencia cada vez mayor.

Una mano de ella se alargó hasta que encontró su palpitante miembro, él soltó un gruñido seguido de un jadeo.

Sophia sintió el poder en sus manos y a la vez se sintió complacida, al ver cómo ella podía lograr excitarlo.

Él estaba duro como una piedra, fuerte, tan potente que casi le asustaba. Pero no tanto como para sentirse incómoda. Ella había experimentado en más de una ocasión la fuerza que podían llegar a tener las embestidas de Leo.

—Me gusta sentirte así. Me gusta acariciarte —murmuró mientras comenzaba a subir y bajar su mano sobre el miembro de Leo—. Me encantas.

Se sentía suelta, liberada, una mujer libre.

Ella había expuesto sus sentimientos hacia él, Leo había tenido la oportunidad de dejarla marchar, de dejar que se fuera de su vida. Pero él no había querido aquello.

Prefirió tenerla, aún a riesgo de tener que abrirse con ella, de contarle sus secretos, eso que tanto ocultaba.

Eso que, de alguna forma, lo había vuelto tan reservado.

Pero él era más experto que ella en el arte de volver loca a una mujer, de volverla completamente incapaz de articular una palabra, y solo pensar en él y en sus manos expertas.

Leo trazó un círculo con el dedo en torno a su zona íntima, a su capullo del placer que se mantenía oculto entre los muslos de Sophia.

—Dios mío... por favor.... por favor —suplicó tirando la cabeza hacia adelante e intentando moverse.

No sabía qué deseaba. No sabía si quería que él se detuviera o que siguiera, que fuera más fuerte o más despacio.

La tensión sexual que sentía estaba a punto de hacerla perder por completo la poca cordura que le quedaba.

Él comenzó a acariciarle uno de sus pezones con la punta de la lengua, chupó y lo introdujo por completo en la boca, mientras con la mano libre siguió masajeándole el clítoris con cadencia, cada vez más intenso.

Ella gritó su nombre y se estremeció, pero nada de eso era suficiente, ella quería más, quería que la poseyera.

Él ya lo había hecho otras veces, pero en esta ocasión, su cuerpo y su alma estaban conectados con el corazón de Leo, y eso era tan especial que le daba deseos de llorar.

—Por favor… —volvió a rogarle—... por favor, Leo. No me hagas esperar más —le pidió.

Él soltó el pezón y alzó la cabeza sonriendo, mirándola a los ojos intensamente, unos ojos tan azules que le hacían sudar. Ella subió las manos soltando su miembro y agarró su rostro pegándolo al de ella.

—Por favor. Hazme tuya. Necesito tenerte dentro de mí, necesito que me llenes. —No le daba vergüenza, eso se había perdido entre ellos. Es más, creía que nunca existió tal cosa entre los dos. Desde el primer momento que estuvo con Leo, se sintió compenetrada con él a un nivel superior, a un nivel que jamás había sentido con nadie.

—Cariño, disfruta. Espera un poco. Eres fuerte.

Leo sonrío, sabía que la estaba torturando.

Bajó despacio, dejando un camino de besos en su vientre, ella sabía lo que iba a hacer, pero nada la preparó para lo que sintió, finalmente, al ser poseída por la boca de Leo. Él comenzó a lamer su entrada, como si fuese un helado que había deseado por demasiado tiempo.

Sophia agarró las sábanas, iba a desmayarse del placer.

Leo intensificó el movimiento, introdujo la lengua en su interior y ella apretó los muslos junto a su cara, para al segundo siguiente, abrirlos para darle más acceso a su sexo.

Él definitivamente iba a lograr matarla de placer.

—Leo...

—Umm... —murmuró sin dejar de chupar y hacerle el amor con la boca.

—Joder... ¡Maldita sea!

—Me gusta que seas así de salvaje en la cama. —Leo subió, dejando a su sexo completamente lubricado y humedecido, listo para recibirlo. Tenía los nervios a flor de piel y el deseo casi saliendo de sus poros.

—No me tortures más.... ¡Llename!

—Quiero que sepas que no me interesa usar preservativos, esta vez quiero sentirte. —Él agarró sus piernas y las subió, pegando su miembro al interior de sus muslos, casi en su abertura resbaladiza—. Te lo dije mientras estabas en el sofá. Quiero poseerte y sentirte piel con piel. ¿Lo aceptas? —Ella se sonrojó. No sabía por qué aquel detalle le hacía sentir tan incómoda y especial a la misma vez.

Ella tomaba la píldora. Nunca le había importado estar con Leo piel con piel, pero para él resultaba algo importante, Así que le sonrió y dijo:

—¿Te asusta? Ya te dije que tomo la píldora. Tú tranquilo, no me molesta que quieras estar conmigo así.

—Creo que vamos muy rápido y no me gustaría arruinarlo.

—No vamos a arruinar nada.

—Quiero hacerte feliz.

—Ya comenzaste a hacerlo. Desde el momento en que evitaste que me fuera —ella sonaba más segura de lo que en verdad se sentía.

Muchas cosas podrían resultar de no utilizar el condón.

«No», se corrigió mentalmente. Solo una podía resultar de no utilizar un condón: un hijo. Lo único que no podía colocar la etiqueta de no deseado, pues ella estaba enamorada de Leo, sus ojos azules la habían hechizado y embrujado, hasta el punto de que tener un hijo suyo, no le parecía algo extremo ni alarmante.

Joder. Estaba más pérdida que lo que había imaginado

—Olvídate de las dudas. Ya te lo dije estoy dispuesta a todo contigo.

Leo la observó un segundo, sus ojos emitieron un brillo aún más intenso, volviéndolos casi índigo.

—Vas a matarme si me sigues mirándome así. Eres el fuego que me quema, Pelirroja. Me vuelves loco con tus ojos, con esa boca… —Él le depositó un beso en los labios—. Haces que quiera estar contigo todo el santo día. No me dejas concentrar. Jamás alguien me había hecho perder el rumbo. Tú, en pocos días lo has logrado. Te has metido en mi cabeza.

Mientras él la besaba, ella recorría frenéticamente el cuerpo de él con las manos, apreciando su piel, la suavidad de sus músculos, y a la vez la fuerza intensa que estos poseían.

Leo volvió a besarla, más intenso esta vez, su lengua la penetró de una manera prohibida, danzando junto a la de ella. Sophia le devolvió el beso con la misma intensidad y sintió cómo él comenzó a bajar la mano despacio y a colocar su miembro en la entrada de su sexo.

—¿Estás preparada, Cariño? ¿Estás lista para sentirme? No hay vuelta atrás.

—¡Maldita sea! Que sí, lo sé, no hay vuelta atrás —dijo desesperada y casi a punto de llorar. Leo la había puesto en un estado de placer desquiciante.

Ella movió las caderas y se ensartó así misma con el pene de Leo. Él jadeó, se mordió los labios y ella tuvo el gusto de observar cada detalle de él, mientras cerraba los ojos y disfrutaba del calor de su vagina.

—Joder—murmuró con los dientes apretados—, eres una fiera.

—Aún no sabes nada, leoncito. No sabes lo que te espera con esta fiera. —Ella comenzó a mover la pelvis y enganchó las piernas en las caderas de Leo, y este comenzó a empujar despacio.

—Espero que estés lista ya porque de aquí no me salgo hasta que grites mi nombre.

—Eso va a ser fácil —ella jadeó y se obligó a concentrarse. Era demasiado delicioso sentirlo dentro, tan caliente, tan perfecto. Su cuerpo y su alma le decían que él era el hombre perfecto para ella. Lo supo desde hacía tiempo, pero se negaba a haberse enamorado del hombre con el que se había acostado la primera noche en la que lo había conocido.

Todo había sido tan intenso, tan rápido, tan feroz, así como lo era él.

Y maldita sea, así como lo era ella.

Leo la penetró con fuerza, firme y potente, haciéndole murmurar palabras ininteligibles en voz alta. Ella comenzó a temblar a la vez que su cuerpo se fundía con el de él, era puro placer lo que los rodeaba. Cerró los ojos y lo abrazó fuertemente colocando sus manos alrededor de su cuello.

—Abre los ojos y mírame —le pidió él—. Abre tus hermosos ojos azules y mírame mientras te hago el amor.

Cada embestida le llegaba más al fondo, con cada estocada su cuerpo vibraba junto al de él.

Sus senos subían y bajaban de una forma eléctrica. La pasión, la necesidad, todo el sentimiento que había estado almacenando por él en esos días en los que sintió que él no le correspondía y que jamás iba a tener una relación con Leo, se combinaron para formar un éxtasis arrollador, que los arrastró ambos a un torbellino de puro placer intenso.

—¡Leo! —gritó cuando sintió que iba a perder el control por el mejor orgasmo de su vida.

—¡Eso es! —gruñó él también, a punto de dejarse ir.

Finalmente, él se dejó caer encima de ella y Sophia lo abrazó. Se sintió una mujer realizada, saciada y por completo enamorada.

Él había cumplido, le hizo el amor como nadie. Amaba a ese hombre.

Intentó desterrar el pensamiento de su cabeza, pero no le fue posible, pues la idea le resultaba dolorosa. Ella lo amaba, lo amaba como jamás creyó posible hacerlo.

Una vez se sintió enamorada, creyó conocer lo que era el amor, pero ahora, al estar junto a Leo, al sentir su calor delicioso y su peso encima de ella, su respiración acompasada y su corazón latir acelerado junto al suyo propio, con la misma velocidad y fuerza, se daba cuenta que nunca había estado enamorada.

Esto era verdaderamente el amor. El estar dispuesto a cosas que jamás se había planteado con nadie.

—Me hiciste el amor… —murmuró ella después de haber recuperado la respiración y el habla.

—Tal parece que soy capaz de hacerlo —le respondió él sarcástico—. Mierda, *Pelirroja*. ¿Qué es lo que has hecho conmigo?

—Puedo preguntarte precisamente lo mismo. Eres extraño, Leo Sandoval, muy extraño.

—Pero así te gusto y tengo la sospecha de que estás enamorada de mí. ¡Qué cabezota eres. Lo único que te pedí, lo único que te dije que no podía suceder!

—Sin embargo me hiciste el amor —ella sonrió junto a su cuello y él comenzó a hacerle cosquillas perezosamente en las costillas.

Sophia chilló y lo empujó, haciendo que él saliera de su cuerpo, y su ausencia hizo que ella extrañara ser poseída por él.

—Pues sí, me hiciste el amor y me enamoré. Bastante cabezota que soy. —Ella se rio y se quedó en silencio un rato—. ¿Qué crees que resultará de todo esto? —preguntó al cabo de varios minutos

—No lo sé. Creo que nadie lo sabe. —Agradeció en silencio que fuera así de honesto con ella. Sophia no deseaba mentiras, ni tampoco que le dijera palabras bonitas solo para hacerla sentir mejor—. Tengo que confesarte algo —murmuró él. Los dos estaban mirando hacia arriba, el techo blanco colonial lo cubría y tranquilizaba.

Leo jugueteaba con su cabello, un mechón envuelto en uno de sus dedos y lo giraba lentamente.

—No me arruines el momento. Olvídate de los remordimientos y de las malditas dudas. Creo que eso siempre va a estar. Creo que siempre van a existir dudas...

—¿Me dejas hablar? —Ella sonrió y se mordió los labios—. Esto que tú y yo tenemos... —prosiguió él— jamás lo había sentido con nadie. Mírame a los ojos, Sophia.

Escuchar su nombre en sus labios la ablandó, su corazón se derritió, presa de un sentimiento tan fuerte como el amor que sentía por él.

Se volvió para mirarlo a los ojos y se acercó a él, lo beso intentando demostrarle con aquel beso el cúmulo de emociones que por dentro la estaban embargando. Él no tardó en reaccionar y la chispa de la pasión volvió a encenderse, consumiéndolos a ambos.

Ella abrió las piernas de inmediato dispuesta a que él le hiciera el amor otra vez.

—¡Dios, no me canso de ti!

Ella sonrió y se dejó llevar de sus caricias.

—Espero que nunca lo hagas.

—Te prometo, Pelirroja, que si sigues haciendo lo que sea que haces conmigo, jamás me cansaré de ti —le dijo mirándola a los ojos, sellando sus palabras con un beso y encargándose de complacerla una vez más.

Ella estaba perdida.

Se había enamorado de Leo Sandoval y ya nada iba a hacer que él saliera de su corazón.

Nada podría alejarla de él.

Aún con todos sus demonios y sus temores, con sus inseguridades y su deseo de controlarlo todo, ella lo quería, lo amaba como jamás amó a ningún hombre.

Aunque él no se lo había dicho con esas exactas palabras, su corazón le decía que él también la quería.

A su manera, pero la quería.

Y de momento, eso era más que suficiente.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Los días pasaron de prisa, tan rápido que Sophia llegó a preguntarse por momentos, si lo sucedido era producto de su imaginación.

No podía asimilar que una semana dentro de ese bungalow, pudiera pasar sin discutir con él, sin sentirse incómoda o incomprendida.

Leo, sin lugar a dudas, la había sorprendido con su amabilidad y muestras de afecto.

Sabía que conocer a Leo no iba a ser fácil, tampoco esperaba que él fuera soltarle todo lo que había vivido hasta el momento de un sopetón, no le interesaba forzarlo y que luego todo aquello explotara y los distanciara.

Había notado que Leo no reaccionaba bien cuando intentaban decidir por él.

Si algo Sophia tenía claro, era que Leo Sandoval era un hombre de palabra, uno que cuando decidía una cosa, seguiría por ese camino sin importar si en el trayecto se estrellaba y perecía.

Esa semana completa, desayunaron frente al mar, escuchando las olas, disfrutando del pescado frito que le llevaron para almorzar y que siguió repitiendo día tras día. No se cansaba de él. Era un plato que ella realmente no conocía, con plátano verde en pequeñas rodajas fritas llamadas ‘tostones’, acompañadas de algo que solían decirle pico de gallo. Disfrutó de la estadía en la República Dominicana al máximo.

No fue hasta el sexto día de esa semana, cuando se percató que por lo que ellos habían ido realmente al país caribeño, no lo habían cumplido.

¿Pero quién podía culparla? Al estar en compañía del hombre que ella adoraba, el hombre del cual se había enamorado, no tuvo ojos ni cerebro para nada más.

Parecía más una luna de miel, que una investigación para realizar una compra.

Aquel pensamiento le provocó un pequeño espasmo en su corazón. ¿Luna de miel?

Eso no lo había pensado.

¿Estaría Leo dispuesto a casarse con ella?

A lo mejor era muy pronto para comenzar a maquinar detalles de los cuales aún no tenía respuesta.

En ese momento, el teléfono celular de Leo sonó, el soltó su mano y tomó la llamada.

—Hola —respondió él, tan reservado y como si la persona detrás de la línea fuera un incordio para él.

Miró hacia el mar intentado no prestarle atención al cambio de actitud de Leo.

No era con ella, se dijo una y otra vez.

Pero no pudo evitar que sus ojos volvieran a posarse sobre él. Su mandíbula se endureció, Sophia notó cómo los dientes se marcaban a través de la piel de la mandíbula de Leo y aquello le causó aún más curiosidad.

¿Quién estaba detrás de la línea que le provocaba ese sentimiento tan intenso?

¿Quién podía ser?

Ellos habían hablado de casi todo lo más relevante. Pero sin tocar el tema de las relaciones, pues tenían cosas más importantes en las cuales invertir su tiempo, una de ellas era hacer el amor varias veces al día.

No obstante, Leo le contó algunos detalles superficiales sobre él. No tenía hermanos, no tenía tíos, sus padres habían muerto uno después del otro, y él había caído en el sistema después de los diez años de edad.

Un pequeño recuerdo que al escuchar sus palabras, las lágrimas comenzaron a salir por sus ojos sin que ella pudiese evitarlo. No pudo, porque sufrió en ese momento, sufrió tanto que lo único que quiso fue ir al pasado y encontrar al pequeño Leo Sandoval, abrazarlo, cuidarlo y protegerlo de todos los males, pero ese pequeño ya no existía, y ahora solo podía hacer alegrar al adulto. Ahora lo único que tenía era a Leo de adulto, ese que se volvía violento por momentos, ese que podía ofender a las personas sin darse cuenta y luego no disculparse.

Con otros, él era patéticamente arrogante, era un salvaje y un maleducado. Pero en cambio, con ella lo intentaba. No tenía otra palabra para describir lo que Leo hacía con ella. Él intentaba hacerlo mejor.

Y eso la impulsaba a ella misma ser mejor.

Sophia solía ofenderse por nada y por todo a la vez. Así era ella y lo sabía. Intentaba mejorarlo, no sentirse juzgada por cada cosa que Leo le preguntaba, él tenía su forma, y ella la suya. Tan contrarios e iguales a la vez.

Polos opuestos se atraen.

Eso había leído en infinidad de libros, eso no significaba que no le molestara por momentos la actitud reservada de Leo.

—No estoy en Manhattan —el sonido de su voz la devolvió a la realidad—. Ahora mismo estoy fuera del país —escuchó que le decía.

Intentó no prestarle atención, ignorar su conversación, pero él estaba ahí y alguien estaba detrás de la línea, alguien que le preguntaba dónde estaba y que ella no conocía.

Claro que no conocía a nadie del mundo de Leo, se recordó.

Al único que sabía que era su amigo, era al compañero de trabajo carismático y burlón con el que había tenido la oportunidad de hablar como en dos ocasiones con él.

—No estoy, Sasha. Deja de llamarme.

Era una mujer.

Sasha.

¿Quién era? ¿Una ex novia? Él no tenía relación con nadie, lo sabía. Confiaba en él.

¿Entonces por qué de repente se sentía traicionada?

Sophia se levantó del mueble, que estaba tejido en unas diminutas hebras color marrón que ella jamás había visto en su vida, era un tejido tropical y caribeño, algo al parecer autóctono de la isla. Parecían pequeñas trenzas cruzadas unos con otros, creando una superficie bastante fuerte.

Miró otra vez a Leo con los ojos entornados.

Los celos comenzaban a surgir.

Celos.

Estaba celosa de una mujer que no conocía.

Una de la que no había escuchado.

¿Quién era ella y qué posición tenía en la vida de Leo?

Quiso darle la privacidad, pero Leo extendió la mano y la detuvo.

—No te vayas. —La miró a los ojos, esos intensos ojos azules le dijeron que todo estaba bien.

—No quiero interrumpirte. Voy a preparar las maletas —le dijo intentando tranquilizarlo. Deseaba darle privacidad, su espacio, apenas estaban comenzando a resolver su vida personal conociéndose mutuamente, no quería atosigarlo. Y tampoco deseaba demostrarle que se encontraba celosa de esa tal Sasha—. En serio, Leo. Está bien, puedo irme y dejarte que termines la conversación.

—No quiero que te vayas. Quiero que estés aquí, estamos tomándonos el café, ¿vas a dejar que se enfríe?

Ella iba a contestarle que amaba el café y que odiaba que él hablara con otra mujer. Pero entonces escuchó la voz de una mujer que exclamó:

—¿Quién es ella? —a través de la línea se notó el tono empleado.

Celos.

Igual que los de ella.

Definitivamente no era una compañera de trabajo ni tampoco una de esas mujeres con las que él había dormido.

Allí había algo más.

Sophia levantó las cejas sin comprender absolutamente nada de la relación que Leo pudiera tener con la persona que se encontraba detrás de la línea.

Pero tampoco, pudo disimular su sorpresa.

Ella una vez había sufrido la desgracia de que su exnovio le fuera infiel. Terrence, a simple vista, era el hombre perfecto, siempre perfumado, vistiendo de marca, enfocado en su trabajo; había terminado la carrera junto con ella y era educado por demás. Siempre le llevaba regalos costosos, invitándola a cenar a restaurantes elegantes y sofisticados, presentándole sus amigos, y compartiendo con ella cada segundo, sin importar que el mundo se estuviera colapsando a su alrededor.

Terrence había estado ahí para ella.

Sin embargo, de un momento a otro, todo cambió.

Descubrió que su querido y amado Terrence en verdad era homosexual.

Cosa que a ella no le había dolido, no tanto como la traición en sí; él le había mentido durante meses, acostándose con ese hombre. Ser homosexual no era algo que se determinaba de la noche a la mañana, debió haber visto los indicios, pero nunca quiso notarlo, incluso la misma Aria se lo decía, que había algo raro con él, algo diferente, nadie podía ser tan perfecto, ningún hombre lo era.

Ahora se daba cuenta de aquello y no en el mal sentido.

Leo Sandoval no era un santo y tampoco era el hombre perfecto.

Pero era él perfecto para ella.

Con sus arranques de ira, con sus traumas de la infancia, su falta de amor y de cuidado, su disfuncional familia y los tres hogares de acogida en los que había vivido; no obstante todo aquello, él era perfecto para ella.

—Es mi mujer —las palabras salieron de la boca de Leo y él miró a Sophia los ojos, su

mano todavía sobre la de ella.

Abrió los ojos de par en par, quién estaba detrás de la línea, quien quiera que fuera, no dijo nada más, no se exaltó, al parecer se había quedado tan fría como estaba Sophia.

Suya.

Su mujer.

Sí, era de él, en cuerpo y alma. Tan intenso como lo era él, así se había enamorado y entregado. Así estaba dispuesta a seguir confiando en él. Leo no mentía. Se daba cuenta por cómo se expresaba y comportaba.

Por cómo había dicho a la persona que estaba con él al teléfono, que ella era su mujer.

En ese momento Leo cerró la llamada y puso el celular sobre la mesa donde estaban las tazas de café.

—No dejes que tu café se enfríe —le dijo señalándole con los ojos las tazas.

—Yo... Es que.... —Sophia tartamudeó y él sonrió.

—¿Qué vas a decir? ¿Que no eres mi mujer? —Él supo de inmediato el motivo de su sorpresa—. Lo eres.

—No, ya te lo dijes soy tuya. Pero es que...

—Lo eres. Que no te quepa la menor duda y cuando regresemos a Manhattan, no quiero que salgas corriendo, no quiero que huyas de mí, vas a ser mi mujer, Sophia. Ya me has hecho cambiar lo suficiente, ya has dejado una marca y me...

—No quise cambiarte. No deseo cambiarte, me gustas tal y como eres —Sophia soltó las palabras sin que estas le pesaran en la boca.

Era la verdad, nunca había querido cambiar a Leo, incluso cuando llevaba la maleta en la mano para irse de vuelta a Manhattan, su ideal no era que él cambiara por ella, jamás deseó algo así, lo único que quería era que Leo se diera cuenta que entre ellos había algo más que simplemente sexo ocasional y sin compromiso. Y así había sido, se lo había demostrado, él mismo había dado el primer paso al confesarle que era huérfano.

—Me gusta cómo suena la palabra mía en tus labios. —Ella se sentó junto a él y pegó su cuerpo al de Leo, hasta que el calor y aroma a limpio y canela de él la tranquilizó.

—Es porque lo eres. Por eso te gusta escucharlo, porque sabes que es verdad. Porque tú, Sophia MacAdams, estás hasta la médula enamorada de mí.

—Eres tan arrogante, que no voy a perder el tiempo intentando refutarlo.

—No vas a perder el tiempo porque no tienes argumentos para rebatir mis palabras. Pero no

importa no te sientas mal, Pelirroja —él sonrió y le dio un beso en la frente—, yo también soy tuyo.

El teléfono de Leo volvió a sonar en ese momento y tanto ella como él desearon no tomar la llamada.

—¡Maldita sea! —exclamó él— ¿Es que no me quieren dejar terminar el café? —Él le dio un sorbo largo al café y luego otro.

Sophia miró cómo el líquido bajaba a través de su garganta, por el movimiento de la manzana de Adán, una manzana bastante pronunciada, todo era tan sexual y sensual a la misma vez.

—Maldición, es Marcos —dijo él.

Sophia se puso en guardia de repente, Marcos iba a matarlos a ambos. Habían gastado una pequeña fortuna yendo a República Dominicana, pasando una semana completa en un bungalow, a costillas de Marcos y de la empresa de Mega Inversiones y ni siquiera habían tenido la delicadeza y la decencia de investigar lo suficiente como para saber si comprar el hotel era una buena inversión.

En ese momento un relámpago surcó el cielo y Sophia ahogó un grito. Desde niña le habían asustado los relámpagos y los truenos.

—Tranquila... —le susurró Leo. Tomó la llamada y pegó el cuerpo de Sophia aún más, intentando tranquilizarla. Ella agradeció el gesto dándole un beso en el cuello y sonrió embobada.

Se sentía demasiado bien a su lado.

—Sandoval —respondió él. El rostro de Leo cambió de repente y ella tuvo el gusto, o la desdicha, de ver en primera plana que Marcos estaba enojado, por cómo la expresión y el semblante de Leo cambió en automático.

Estaban en problemas.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Leo Sandoval

—¿Qué quieres Marcos? —le preguntó intentando hacerse el indiferente, pero teniendo a Sophia justo al lado de él, llenándolo de ese calor que durante días había accedido a ofrecerle, era casi imposible mantenerse enfocado en su jefe.

Una tarea bastante difícil.

Él, un hombre que siempre se había catalogado como centrado y enfocado en metas específicas, se había dado cuenta esa semana que, al tener a una pelirroja a su disposición, dispuesta a quererlo, escucharlo y hacerlo reír con sus tonterías, bromas y estupideces, era más humano de lo que se había pensado.

—¿Qué coño estás haciendo, Leo?

—No me digas a mí que qué diablos hago, cuando tú fuiste el que empezaste todo esto.

Se lo había dejado ver a Sophia, en el momento en que tuvo la oportunidad al día siguiente, después de ellos haber llegado a un punto intermedio, donde ella no se fuera de su lado.

—¿Estás seguro que fue él? —recordó que ella le dijo.

—¿Quién más pudo haber sido? —fue su respuesta, mientras encendía un cigarrillo y le daba una calada.

Fumar se había vuelto esencial para él, comenzaba a creer que era una pérdida de tiempo y un daño para su sistema —Sophia aborrecía que él lo hiciera, aunque no se lo decía, se daba cuenta por cómo arrugaba la nariz cada vez que lo veía encender el cigarrillo—, iba a dejarlo lo sabía, aun antes de que sus palabras salieran de su boca, antes de que la promesa estuviera allí. Su corazón ya le estaba gritando que por ella era capaz de lo que sea.

Iba a renunciar a fumar sin que Sophia se lo pidiese.

El fumar era simplemente una solución momentánea a su soledad, pero teniendo a esa pelirroja a su lado, la soledad estaba rezagada y casi ni siquiera la sentía.

No obstante sabía que estaba allí, había muchas cosas sobre las que él quería platicar pero que no sabía ni tenía idea de cómo hacerlo.

Una de ellas era Sasha.

Hablarle de Sasha era un tema más complejo de lo que se pudiera sentir a simple vista.

No era una simple ex, era la única ex que él había tenido, la única mujer con la que quiso

formalizar una relación. Sasha no fue un polvo, y tenía miedo que Sophia, al enterarse de su existencia, le surgieran las inseguridades.

Sabía que las personas estaban repletas de inseguridades, él mismo tenía unas cuantas, aunque intentaba mantenerlas a rayas; en varias ocasiones estas habían tomado el control, y precisamente por esas inseguridades y por intentar ser más precavido de la cuenta, era que había estado a punto de perder una oportunidad con Sophia McAdams.

Oportunidad que él no sabía que deseaba.

—¿Me estás escuchando? —le dijo Marcos. Pestañó y miró a Sophia, se había ido bastante lejos con sus pensamientos.

—¿Que dijiste? —ella estaba hermosa, acabada de despertar. Se habían duchado juntos y él había preparado el café en la greca eléctrica de cristal.

Ella llevaba puesto un pantalón corto de color negro y una blusa desmangada verde neón.

Sus pecas brillaban por la luz de la mañana. Relajada, era la palabra perfecta para describir a Sophia en ese momento.

Su pelirroja.

Joder. Era suya.

Una erección se produjo y él se acomodó el pantalón, Sophia lo miró divertida y comenzó a mover las caderas de manera sugerente.

Tenía que acabar aquella conversación rápido.

Deseaba hundirse en ella.

—Me estás haciendo perder el tiempo. Te he dicho que no me gusta perder el tiempo. Mi tiempo es dinero, Leo. ¿Qué es lo que estás haciendo con esa niña?

—¡No es una niña! No me hagas sentir como un maldito pedófilo. Sophia tiene veintiséis años, no soy un maldito degenerado.

—¿Y ya por eso sientes que ella es la indicada para ti? ¿Porque tiene veintiséis años? Ella no ha vivido la vida como tú, Leo. No sabe lo que es sufrir. Ella merece a alguien que la quiera.

—¿Y qué te hace pensar que no soy yo?

—Tú mismo dejaste claro eso en mi oficina. ¿Lo olvidas?

—¿A qué juegas, Marcos? No te hagas el desentendido. Hablemos claro tú y yo. —Comenzaba a hartarse de aquel juego—. Tú fuiste quien nos puso aquí, tú, viejo entrometido fuiste el que orquestó todo para que tuviéramos que pasarnos una semana completa en compañía

del otro. ¿Qué pretendías? ¿Qué me rindiera? ¿Qué saliera corriendo? Si es así, déjame decirte algo: resultó todo lo contrario. —La línea se mantuvo en silencio y él casi pudo imaginarse la cara que había puesto su jefe al escucharlo.

—¿Qué? —exclamó el hombre.

—Pues sí, eso mismo. Ya lo sé. No tienes por qué seguir fingiendo. Tú nos pusiste juntos en el bungalow. Tú arreglaste la reservación, te metiste entre ella y yo. Eres un maldito viejo entrometido. No me hagas repetir la historia, ya te la sabes de memoria. Tú mismo te encargaste de que nosotros estuviéramos aquí y pasáramos la semana en la misma puta casa, mientras tú desde allá encendías un par de velas y le pedías a todos los ángeles que Sophia…

—¡Maldita sea, Leo! ¡Cállate! ¿Te estás escuchando? Suenas como un estúpido. ¿Que tengo yo que ver con eso? ¡Yo jamás intenté ponerlos a ustedes en el mismo bungalow! Ella fue quien hizo la reservación. No tuve nada que ver con lo que me acusas.

—¿Entonces qué estás diciendo? ¿Que fue Sophia la que planificó todo? —la susodicha exclamó un no bastante sonoro, mirándolo a los ojos con ellos abiertos de par en par.

Él sabía que no había sido ella. Sophia no podía ser tan mentirosa y tan manipuladora, se lo había preguntado y ella había dicho que no. Incluso se había hecho la ofendida, acusándolo a él de haber reservado el bungalow, y haber cambiado la solicitud que ella había hecho.

No. Confiaba en ella.

Ella no podía mentirle a los ojos tan descaradamente, fingir inocencia y hacerle creer que lo quería, siendo esto todo planeado con antelación.

—Sé que fuiste tú —le dijo a su jefe—. Pero no importa, no estoy molesto. Estoy bastante feliz con la idea. Más feliz de lo que nunca he sido.

—Te dije que no quería que estuvieras con ella y aun así lo hiciste. Te dije que…

—Ya sé todo lo que dijiste. Lo hice y no voy a retractarme ni a disculparme. Sophia y yo…

—¿Sophia y tú? ¿Ahora hay un Sophia y tú? Hasta hace una semana no querías verla ni en pintura. Te acostaste con ella, la disfrutaste y la desechaste, igual que a todas las mujeres con las que has...

—Ella no es así, no es igual a las demás —no le molestaba decirlo en voz alta, su orgullo estaba hecho a un lado cuando de Sophia se tratase. Volvió a repetirlo y el sonrojo cubrió las mejillas de Sophia y le pareció de lo más encantador.

Él se acercó y la besó en los labios con la línea aún colgada en la oreja.

—¿La estás besando mientras hablas conmigo? —le preguntó su jefe— ¡Qué malditos cojones tienes, Sandoval!

—Tienes suerte de que no me la coja ahora mismo mientras estás en la jodida línea. Que conste que no lo hago por respeto a ella y solo a ella.

Sonrió ante la cara aterrorizada y avergonzada de Sophia.

—Eres un malnacido. Todo lo que he hecho, lo he hecho para que tengas el suficiente conocimiento como para ocupar una mejor posición en el futuro. No te he pedido nada, nunca ¡jamás! Te dejé con tus malditas manías, con tus desórdenes emocionales. Me importaban un carajo. Pero te metiste con ella....

—Y no me quejo Marcos. Te lo agradezco. Te agradezco la confianza, pero deja de mentirme y deja de fingir que no fuiste tú quien arreglaste todo para que Soohia y yo estuviéramos aquí toda la semana.

Silencio.

—Estoy llamando para que sepan que va una jodida tormenta directo a ustedes. El nombre es Katrina, estoy seguro que ustedes dos tortolitos han estado tan entretenidos haciendo… Dios mío, lo que sea que estén haciendo.

—Ya sabes lo que hemos estado haciendo —lo interrumpió Leo con tono sarcástico y malintencionado—. No te hagas el inocente viejo entrometido.

Sí.

No sabía a qué juego pretendía jugar Marcos, pero él no iba a caer.

Se sentía cómodo hablándole así a Marcos, con nadie tenía esa confianza, él era la figura paterna más cercana que él había tenido. Su padre, ese hombre que lo engendró y que le dio sus primeras lecciones de vida: jamás confiar en nadie más que en ti mismo. Ese hombre marcó su vida para siempre, allí entendió que las decisiones de los demás, siempre iban a influir en el futuro que deseara tener.

Lo tuvo que aprender de muy mala manera.

—No quiero imaginarme a Sophia en esa posición...

—¿Por qué? ¿Te gusta? Déjame decirte que has llegado tarde, ella es mía.

Sophia exclamó una maldición y le dio un codazo a Leo, se levantó del sofá ahogando una carcajada y cubriéndose la boca con las manos para no estallar en risas y que Marcos la escuchara.

Era tan adorable, vergonzosa y explosiva a la misma vez. Sophia era como una caja de sorpresas, nunca sabía lo que iba a estallar cuando de ella se tratase.

—Me gusta —le dijo él a Marcos después de un rato cuando la pelirroja se alejó—. Realmente me gusta. Con ella... Yo... Mierda, Marcos, en verdad con ella es diferente. No sé qué

te traes con Sophia, pero olvídalo. ¡Es mía!

Se había exaltado más de lo que la situación ameritaba, pero el hecho de no saber lo que Marcos traía con su pelirroja, lo enervaba.

Él necesitaba tener todo controlado.

Odiaba las sorpresas.

Excepto Sophia.

Lo que sentía por ella había sido una grata sorpresa al descubrirlo.

—Cuídala, por favor —Marcos le habló en ese tono que utilizaba solamente para casos especiales, uno que jamás había empleado con él—. No la cagues, Sandoval. No me importa lo que signifiques para mi empresa, estás jodido si le haces daño.

Eso lo llenó de incertidumbre, Leo no era de dudar de las personas que tenía cerca, no a menos que le dieran una razón válida para hacerlo. Marcos nunca le había dado una.

Pero comenzaba a hacerlo.

—¿Qué está pasando? ¿Qué sucede con ella? No me vengas con ese cuento y el cambio de conversación. Algo pasa, lo sé. ¿Quién es ella para ti? ¿Por qué presiento que hay algo más detrás de eso de ser hija de un amigo de la universidad?

—Es importante para mí. La tormenta está a punto de convertirse en huracán, y ustedes están en una zona costera muy cerca del mar. Solo te estoy diciendo que la cuides y en el momento en que puedas traerla de vuelta te explicaré todo.

—¿Todo esto porque es hija de tu amigo?

—Sandoval —ese tono le hizo comprender que Marcos estaba perdiendo la paciencia.

—Está bien.

—No solamente se lastima a una persona físicamente, Leo, cuando aprendas eso, cuando entiendas que el ser humano es capaz de dejar heridas que pueden ser incurables, entenderás a lo que me refiero. Cuida a Sophia y cuídate tú, intentaré mantenerme en contacto. —Él se quedó en silencio y Leo creyó que agregaría algo más sobre protección. Pero no dijo nada más con relación a Sophia—. Desde que puedan irse del hotel, avísame.

Esta vez, fue Marcos quien dio por terminada la llamada.

Leo tenía demasiadas preguntas.

¿Importante para Marcos?

¿Ese hombre recién la conocía y ya se había vuelto importante para él?

¿Qué clase de secretos guardaba ese hombre?

Decidido averiguarlo entró al bungalow justo antes de que comenzara a lloviznar y tronar.

No se preocupó por las tazas, ya luego las recogería. Tenía algo más importante en mente, Marcos ocultaba algo con relación a Sophia y él iba a enterarse que era.

¿Importante para él?

¡Y un carajo!

Sophia era importante para él, no tenía por qué serlo para Marcos.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Sophia McAdams

—¿Qué te dijo Marcos? —le preguntó desde que lo vio entrar.

Quiso darle la distancia y la privacidad, en esa ocasión no se detuvo, los celos habían hecho que se detuviera cuando estaba hablando con esa tal Sasha.

—Me dijo que viene una tormenta y que nos cuidáramos —respondió él mirándola con los ojos entrecerrados, como si le estuviera evaluándo.

¿Qué habría pasado? ¿Qué le habría dicho a Marcos?

La forma de él mirarla no era con codicia, ni sexual, era algo más, como si él quisiera descubrir sus secretos, su intimidad.

Pero ella no le ocultaba nada.

—¿Tienes algo que decirme? ¿Le contaste sobre nosotros?

Nosotros.

Esa era una palabra que en su boca sabía dulce. Se había acostumbrado demasiado rápido a tener a Leo en su vida, no sabía qué le iba a deparar el futuro cuando regresaran a Manhattan, pero de momento, él estaba en su vida y quería que siguiera siendo así.

—Nada que yo no supiera.

—¿Puedes ser más específico? —le incomodaba su ambigüedad.

—¿Cómo conociste a Marcos? —le preguntó entonces, sorprendiéndola y ella arrugó el ceño sin entender la pregunta. Leo sabía que ella había entrado a la empresa porque su padrastro había estudiado con Marcos en la universidad.

—Ya te lo dije, mi padrastro conoce a Marcos y él me refirió, sabía que yo estaba en paro y quiso ayudarme.

—¿Estás segura que fue ahí cuando viste a Marcos por primera vez? ¿El mismo día que me conociste a mí?

—¿A dónde quieres llegar, Leo?

Eran cosas que ya él sabía. Ella le había contado gran parte de su vida, universidad, relaciones, amigos, todo. Pero él jamás se había interesado en eso. No se había mostrado tan curioso sobre su vida personal, incluso cuando ella le había contado algunos detalles, como por

ejemplo, donde había estudiado, cómo se había criado con su mamá hasta que James entró a sus vidas, esos eran momentos en los que Leo había estado mirando hacia otra parte o mirándola pero sin mostrar ese legítimo interés, más que el de escucharla y prestarle atención, no porque en verdad lo que ella le contara no le resultara interesante, sino porque Leo le prestaba más atención a los detalles que su cuerpo demostraba, a lo importante, a cómo ella se sentía, no a lo que había vivido antes de conocerlo.

—Respóndeme, nena. ¿Lo conociste el mismo día que entraste a la empresa?

—Claro que estoy segura. No tengo mente de pez. No seas estúpido.

Ella dejó la ropa que estaba doblando dentro de la maleta y se sentó en el borde de la cama, sus pies estaban descalzos y comenzó a juguetear con el pelo largo de la alfombra que adornaba la habitación.

El bungalow estaba hermoso y le cautivaba de una manera que deseaba tener su propia casita en la playa.

Así fuese cuando cumpliera sesenta, teniendo un gato que le robara la comida y tres hijos que le llevaran nietos cada verano.

Se obligó a enfocarse.

No sabía a dónde Leo quería llegar con todo aquel misterio, pero iba a resolverlo.

—Lo conocí el mismo día que te conocí a ti. ¿A dónde quieres llegar, Leo? No entiendo. ¿Qué te dijo Marcos por teléfono?

—Tal parece que tiene un interés por ti. —Él hizo una mueca con la boca como si aquello le molestara.

Y ella sabía que era así.

Leo era celoso.

Reservado con lo que era de él y para Leo, ella erfa suya.

Solo para él, ella misma se consideraba alguien importante para ese hombre de pelo dorado y ojos azules como el mar.

—Lo dices como si fuese algo malo. Estoy segura que él solo busca lo mejor. Desde el primer día él te dijo que no quería que yo saliera contigo. ¡Vamos, amor! Todos sabemos que no buscabas nada serio. No puedes culpar a Marcos por intentar defenderme de tus dientes.

—En eso tienes razón.

—¿Sigue siendo así? —hizo la pregunta sin darse cuenta. No le gustaba la actitud de él, y por consiguiente, sus inseguridades surgieron— ¿Sigue siendo así, Leo? —volvió a preguntar—

¿No quieres nada serio conmigo?

—Ya hemos hablado de esto, Pelirroja. —Él caminó hacia ella con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones cortos color beige, que dejaban ver sus piernas torneadas y una camiseta sin mangas blanca que, en un país tan caluroso y tropical, resultaba bastante práctica—. Sabes que estoy perdido con respecto a ti. No miento, no tengo ningún interés en mentirte, no gano nada con eso y no quiero perderte.

—Me gusta cuando dices que no quieres perderme. Me encanta, la verdad —confesó ella y se sonrió tímidamente al ver que él se acercaba a besarla. Sus labios se mezclaron, danzaron, suave, puro y amorosamente. Amaba estar rodeada por sus labios—¿Qué está pasando? —le preguntó en un susurro cuando sus bocas se separaron.

—No está pasando nada, pequeña. Algo me dio curiosidad. Eso es todo.

—¿Se puede saber qué fue? —preguntó ella entonces.

Leo se alejó y se recostó de la pared, cruzó los brazos y la camiseta se pegó más a su torso musculoso.

—No sé si deba decirte, aún son dudas. Conjeturas más bien. —Él miró por la ventana y ella le siguió con los ojos. Comenzaba a llover, se escuchaban las gotas caer sobre el techo y el viento aullaba fuerte.

—¿Una tormenta dijiste? ¿Es peligrosa? —preguntó.

—No lo sé, pero Marcos me pidió que te proteja.

—Supongo que cuida mucho a sus empleados. —Ella odiaba las tormentas, y más cuando no estaba en su país, en la tranquilidad y el resguardo de su apartamento—. Él ha cuidado de ti según me contaste. Él ha sido esa figura paterna que tú no tuviste en ninguno de los hogares de acogida, ni con tus padres.

—Le debo mi vida a Marcos. Él me dio la oportunidad cuando recién me gradué de la universidad y fue el único hombre que confió en mí y en mi capacidad para manejar los negocios.

—Es un tipo extraordinario, al parecer. Sé que no lo conozco muy bien aún, pero por el hecho de cuidar de ti y de estar ahí para ti, me alegra trabajar con alguien así, dispuesto a ayudar a otros.

Ella no había tenido el gusto de conocerlo todavía, pero pretendía durar bastante tiempo en esa empresa y lograr hacerlo. Esa posición más alta que él le había mencionado antes de emprender el viaje a República Dominicana, pretendía conseguirla con trabajo duro, horas extras, y lo que ameritara. Ella jamás se rendía, había sacado esa tenacidad de su madre.

A pesar de que había tenido que lidiar sola los primeros años después de su nacimiento, su madre jamás se rindió, siguió trabajando horas extras para que ella tuviera una buena educación

y un buen cuidado y que la comida jamás faltara en su mesa, hasta que James llegó y las cosas se alivianaron un poco más.

Mucho más.

Por eso amaba tanto a James.

Porque aunque ella no llevara su sangre, ese hombre la había querido desde el primer día.

La había cuidado y se había interesado en cada aspecto de su vida, por más superficial que este fuera, James había sido un padre.

Él era, y siempre sería, el único hombre que ella consideraba su padre.

—Es un buen hombre —dijo Leo.

En ese momento se escuchó el estruendo de un relámpago al caer en alguna parte cercana.

Ella gritó asustada, la habitación quedó sumida en la oscuridad, y ella temió de manera automática por su vida.

Aquello no podía estarle pasando.

No frente a Leo.

A Sophia, desde niña, les había tenido pavor a los truenos, a las tormentas, a los relámpagos, por eso se había mudado de la casa que su madre tenía en una zona costera donde siempre las tormentas anuales pegaban fuerte, azotando las construcciones débiles de las casas.

Prefirió mudarse a un edificio donde no sintiera que este iba a caer sobre sus hombros en cualquier momento.

—Shh... Tranquila. —Sintió los brazos de Leo sobre ella y su calor le transmitió esa paz que tanto la calmaba—. Fue solo un trueno. Ya te había dicho que teníamos una tormenta sobre nosotros.

—Odio las tormentas —susurró mientras lo abrazaba fuerte.

—Lo entiendo, pero si me rompes las costillas abrazándome así, no podré cuidarte, Pelirroja —él se rio a carcajadas cuando ella le pegó con él puño en la espalda, pero aun así no dejó de abrazarlo, solo aflojó un poco el agarre.

—Eres un bobo.

—Pero soy tu bobo.

—Lo eres.

—Tú tranquila, te cuidaré con mi vida. —Leo le dio un beso en la coronilla de la cabeza—.

Te protegeré de esta tormenta imprevista y de lo que venga de ahora en adelante.

—Porque Marcos te lo pidió...

—No, Pelirroja. Porque ya no me imagino haciendo otra cosa que no sea estar contigo.

CAPÍTULO CUARENTA

Leo Sandoval

No se lo tragaba.

Por más que intentaba pensar que no había nada detrás de la llamada de Marcos, su cerebro le decía que había algo más, algo que a él se le estaba pasando por alto.

¿Qué interés podría tener su jefe en esa chica?

Ella apenas tenía un par de semanas en la empresa.

Según Sophia lo había conocido justamente el día en que lo conoció a él.

¿Entonces por qué desarrollar ese interés tan repentino en ella?

Marcos siempre había sido un tipo correcto, mucho más cuando de relaciones con mujeres se trataba.

¿Qué tenía Sophia de especial para él?

Leo no podía culparlo, él mismo se había sentido cautivado por ella en el instante en que la vio, pero Leo la quería de una manera diferente.

Joder. La quería.

Él no lo había pronunciado en voz alta. A nadie se lo había dicho. Esas palabras habían estado resguardadas en lo más profundo de su corazón, sin atreverse a pronunciarlas, y aun sabiendo en ese momento y dándose cuenta que quería a Sophia, la amaba.

Amaba esa pelirroja que temblaba en sus brazos con miedo a las tormentas. Otra incongruencia comenzó a producirse en su mente con respecto a eso.

¿Cómo sabía Marcos que ella le tenía miedo a las tormentas?

—Me dijiste que no conociste jamás a tu padre biológico —le dijo él mientras acariciaba su cabello.

Estaban sentados encima de la cama, la maleta había caído al piso, Sophia había estado temblando todo el tiempo y sin querer había empujado con sus pies la maleta, la cual hizo un ruido estremecedor al caer al piso.

—Leo, no estoy en ánimo de hablar sobre esto... en verdad... —ella soltó un suspiro y apretó más su cuerpo contra el de él—. No estoy en ánimos de hablar sobre mi padre biológico

en este momento.

—Pero...

—Solo abrázame. Abrázame y no me sueltes.

—Solo es una tormenta. Pasará pronto.

En ese momento las ventanas vibraron al sentir el viento chocar contra el cristal.

—¡Maldición! —exclamó ella y clavó las uñas en las piernas de Leo.

Él no chilló, pero estuvo a punto de hacerlo.

—Joder, *Pelirroja*. Puedes soltarme un poco. Vas a hacerme sangrar.

—Lo siento. En serio odio las tormentas, odio los truenos. Me molesta ver la luz de los relámpagos antes de caer.

—¿Por qué? ¿Perdiste a alguien en una tormenta?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó confundido. Incluso él que era muy pequeño cuando perdió a sus padres, tenía una clara idea de cuando los vecinos llegaron a su puerta para decirle a su madre que su padre había muerto.

Aun podía ver perfectamente la cara de su madre proyectada en su memoria.

Muerta

Vacía.

Se enfocó en el presente.

Había llorado demasiado y sufrido un montón por la falta descomunal que le hacían sus padres mientas crecía.

—Tengo imágenes borrosas en mi memoria, pero no puedo determinar si en verdad perdí a alguien. Era muy pequeña y no he podido comprender lo que mi cerebro me dice. Solo me veo a mí, detrás de una puerta, con un vestido rosa y escucho el agua caer y los truenos asustarme a cada segundo.

—¿Le has preguntado a tu madre sobre algún episodio que hayas tenido en una tormenta?

—Vengo de una zona costera, así que es lógico que en mi infancia hubiera muchas tormentas y me asustaran.

—A todos los niños les asustan, lo que no es lógico, tesoro mío, es que aún después de

veintiséis años, le sigas teniendo miedo. Eso significa que para ti no es el sonido lo que te asusta, debe existir algo más. No es el agua al caer lo que te llena de pavor y te hace temblar el cuerpo completo, hay algo detrás de esto.

—No sabía que tenías un psicólogo dentro, Leo —se mofó ella—, parece que me resultaste más inteligente de lo que pensé.

—No estoy intentando agredirte ni lastimarte. No tienes por qué contestarme así.

Iba a dejarlo estar por el bien de su relación.

¿Una relación? ¿Con Sophia?

Jamás se había planteado algo así con una persona, no después de Sasha. Con esa rubia murieron sus ganas de sentar cabeza.

Al menos eso pensó.

No creyó posible querer a alguien tan pronto y tan fuerte. Ahora no podía imaginar un solo día de su vida despertando sin tenerla a su lado.

Otro trueno, seguido de dos más, cada vez más intensos, hicieron que Sophia gritara llena de terror. La sintió cubrirse el rostro con las manos y él la abrazó.

—Tranquila... tranquila. Todo va a estar bien —comenzó a susurrar una melodía que él había escuchado que una de las ayudantes le cantaba a los niños pequeños antes de dormir, en el orfanato.

Leo no había pasado muchos meses dentro de un orfanato al cuidado del Estado, pues varias familias decidieron acogerlo y cuidarlo, cosa que solo había sido una serie de falacias, una tras otra, un medio para ganar dinero a costa de los niños que ellos acogían en sus hogares.

Muchos hogares estaban repletos de menores que lo único que buscaban en este mundo era ser vistos, valorados, abrazados y acurrucados; pero esos padres, esas personas que solían llamarse a sí mismos seres colaboradores, no eran más que un conjunto de personas que se lucraban con la desgracia de los niños que se quedaban huérfanos.

Niños como él.

—¿Puedes prender una lámpara?

—No sé por qué no hay luz, debe de haber una planta eléctrica en algún lugar aquí.

—No creo que en un hotel cuatro estrellas tenga planta eléctrica en las habitaciones, más bien debería de haber una planta general para todas las habitaciones y bungalows del hotel —corrigió ella.

—Estás versada en esto del servicio y la hostelería —él sonrió al darse cuenta de lo sabelotodo que era ella.

—No muy versada pero siempre me informo antes de viajar a un lugar desconocido —respondió altanera.

—Pero no tenías previsto que hubiera una tormenta ¿no?

—En verdad fue lo más lejano que tuve.

Ella se estremeció y la luz de otro relámpago se reflejó en el cristal de la ventana.

—Vamos a buscar esa lámpara. —Él se levantó de la cama pero al dar al primer paso, la mano de Sophia envolvió a una de sus muñecas.

—¿Te vas?

—¿Cómo pretendes que busque la lámpara si no me voy a la sala, Sophia?

—¡Pues déjame ir contigo!

—¿También le tienes miedo a la oscuridad?

—¿Qué? ¿Te vas a arrepentir ahora? ¿Crees que estoy loca? ¿Que debo estar en un manicomio? ¿No quieres una novia loca cierto?

—¿Novia? —él se lo preguntó más a sí mismo que a ella, pero el decirlo en voz alta, sintió cómo el cuerpo de Sophia se tensaba.

—Perdóname —dijo ella de forma apresurada—, sé que no hemos hablado de...

—No te disculpes —la tranquilizó él—. Me gusta cómo suena. Eres mi novia.

—Si no quieres llamarme así...

—Jamás me ha interesado colocarle una etiqueta a las cosas.

—Pues soy tu novia, Leo Sandoval. Soy tu mujer, soy tuya en cuerpo y alma.

—Yo también lo soy. He descubierto que te quiero, Sophia. Sé que tú no lo dices por miedo a que yo no te corresponda. Pero, joder ... ¡Te quiero más de lo que nunca he querido a nadie! Eres mía y eso no va a cambiar.

Él sintió cómo ella pegaba sus pechos a su cuerpo y la abrazó.

—Me sorprendes cada día, Leo. Pareciera que me conoces más que yo misma. Es cierto que no quería decírtelo por miedo a que...

—Deja los miedos. —Él buscó su boca a tiendas en la oscuridad, y la besó profundamente, introduciendo su lengua y provocándole calor en el cuerpo a Sophia—. No me canso de besarte. No quiero pensar en los hombres que has besado con esa boca tan deliciosa.

—Si te sirve de consuelo solo han sido cuatro —se rio ella junto a su boca—. Estoy segura que, por tu cuerpo han pasado más de cuatro. ¿Un centenar se acerca a la cifra?

—Pero ninguna ha llegado a donde tú has llegado. —Él tomó las manos de ella y las puso sobre su pecho, justo donde latía su corazón—. Esto es tuyo. —Se quedaron allí un rato más, hasta que otro trueno cayó, al parecer bastante cerca del bungalow y Sophia volvió a temblar—. Es suficiente confesión para una noche, creo que mejor vamos a buscar esa lámpara.

Comenzó a caminar a tientas, el clima había cambiado tan de repente que, aunque eran poco más de las diez de la mañana, parecía la medianoche. El cielo estaba surcado por nubes negras y el agua no menguaba.

Marcos tenía algo que contarle.

¿Cómo podía él saber que ella iba a temerle a la tormenta?

No.

No podía ser cierto.

Marcos no podía ser eso que le faltaba a Sophia.

—¿Por qué murmuras? —le preguntó ella.

Allí se dio cuenta mientras caminaba que había estado hablando consigo mismo en voz alta.

—No te estoy entendiendo, soy yo la que suele hablar sola. La loca de esta relación soy yo.

—Pues fíjate que somos dos locos. ¿Cómo si nos vamos a estar juntos después de habernos tentado, gritado y ofendido en cuestión de semanas?

—Touché.

Caminaron despacio, tocando todo para evitar tropezar y caer.

Al cabo de varios minutos, Leo consiguió la famosa lámpara de la que ella le habló y la encendió.

—¿Mejor?

—¿Cómo diablos puede ponerse tan oscuro tan rápido? ¡Estábamos tomando café hasta hace unos minutos!

—Tú eres la experta en el Caribe —se burló él. Le encantaba *picarla* y hacerla sonrojar—. Vamos a hacernos algo de picar.

—Francamente no tengo hambre, Leo. —Él posó sus ojos sobre ella y vio que efectivamente estaba inquieta mirando hacia los ventanales que rodeaban el bungalow.

—Odio verte así.

—Se me pasará. Siempre se me pasa.

—Nena... Hay algo que me ha estado rondando en la cabeza desde la llamada de Marcos.

—Vas a contarme —no era una pregunta, sino una afirmación.

—Debo hacerlo. Porque no quiero lastimarte. Necesito ser honesto contigo para que tú lo seas conmigo en todo momento.

—Comienzo a preocuparme.

Y él también, se dijo.

Si sus sospechas eran ciertas, la vida de Sophia iba a cambiar para siempre.

Pero él no era un sinvergüenza ni tampoco amante del drama. Los problemas se cortaban de raíz. Las decisiones no debía tomarlas él, no cuando correspondieran a otra persona. Pero en ese caso, estando en medio de la nada, con una tormenta sobre sus cabezas y la mujer que amaba temblando de miedo... Necesitaba contarle sus sospechas.

Solo así el miedo de Sophia tendría una razón de ser.

Al menos un comienzo.

Él no iba a negarle ese rayo de luz a Sophia.

La amaba demasiado y no deseaba que llegara el día donde sus sospechas fueran ciertas, y ella lo mirara buscando consuelo y encontrara en sus ojos que él ya lo sabía.

No.

Prefería contarlo. Si resultaba ser solo ideas estúpidas, se burlaría de su estupidez más adelante.

Pero algo le decía que no iba a fallar.

—No quiero preocuparte. Es más, lo que te contaré no es para que te preocupes. Confío en ti, te quiero, odio verte así de angustiada —a cada palabra que él iba diciendo, se iba acercando más a ella—. Quiero verte feliz.

—Tú me haces feliz. —Ella se mordió el labio inferior y lo miró con sus grandes ojos azules brillantes y llenos de incertidumbre.

—Espero que siga siendo así luego de que escuches lo que estoy a punto de decirte.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

—¿Me estas jodiendo, cierto? Quieres distraerme de la tormenta y por eso me dices esa estupidez—. No tenía nada de sentido lo que Leo insinuaba.

¿Marcos?

No. Definitivamente aquello era un absurdo.

—Quisiera que fuese para distraerte.

—¿Para qué más sería? ¡Obviamente es para eso!

—No, amor. No es...

—¿Crees que Marcos es mi padre biológico? ¡Es una idiotez! ¡Él no es mi padre¡

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Leo se levantó del sofá y se pasó la mano de forma exagerada por el cabello.

—No es posible.

—¿Tu madre sabe que trabajas para él?

Sophia comenzó a hacer memoria ante esa pregunta.

Su madre sabía que trabajaba en Mega Inversiones. James, su padrastro se lo había dicho.

¿Podría su madre estar detrás de todo aquello?

Se levantó impulsivamente y con la escasa luz de la lámpara fue a buscar su móvil.

Entonces recordó que no los habían puesto a cargar por estar distraídos haciendo el amor la noche anterior, y esa misma mañana se había levantado y lo más lejos que tenían era los teléfonos celulares. Incluso habían acordado olvidarse de ellos al menos hasta el último día. Por eso el celular de Leo había sonado tanto esa mañana.

Ella no había revisado el suyo, pero sabía que Aria iba a estar enloquecida de tantas llamadas y mensajes que debía haberle enviado.

Aria nunca había estado sin saber de ella por tanto tiempo.

Tres días era demasiado. Su impulsiva amiga casi debía estar pensando en tomar un vuelo a República Dominicana y aparecerse en el hotel con un equipo de SWAT.

Así de maniática y controladora era su mejor amiga.

—¿Por qué demonios no lo puse a cargar? —exclamó furiosa y tiró el móvil, el cual se estrelló contra el piso y se escuchó el sonar de la pantalla al romperse— ¡Maldita sea! —volvió a maldecir furiosa.

—Porque tú dijiste que no querías que nos interrumpieran —le recordó el.

—Cállate. No te me hagas el sabelotodo cuando estoy enojada.

Soltó un bufido y Leo se acercó a ella, la abrazó fuerte, mientras las lágrimas comenzaban a bajar por las mejillas de Sophia.

—¡Maldición, maldición! —repitió e intentó alejarlo con los puños, utilizando la mayor cantidad de fuerza que tenía, pero su cuerpo la traicionó y solamente logró acercarlo más—. Esto no puede suceder. Esto... no puede ser cierto. Marcos... él. —comenzó a tartamudear sin poder conseguir formular una oración con sentido.

Era absurdo, tal como ella le había dicho a Leo un momento atrás. ¿Marcos su padre?

No.

Definitivamente aquello no podía ser cierto.

—Nena, no sabes cuánto lamento ser yo el que te comente esto, a lo mejor me estoy equivocando, quizá mi instinto está fallando y Marcos no oculta nada. Tal vez fue solamente una coincidencia que él supiera que debía cuidarte por esta tormenta. Estoy haciendo conjeturas.

—No, maldición. No son conjeturas.

—Si sigues maldiciendo, así voy a tener que llevarte a una institución para malhechores —él sonrió e intentó tranquilizarla. Hacerle notar que aquello no era tan grande, pero para ella, era más que grande, era algo enorme.

No tenía ningún recuerdo de su padre, él nunca formó parte de su vida, no sabía de qué color tenía los ojos ni el cabello, mucho menos tenía un rostro al que aferrarse.

Durante años se sintió menospreciada. ¿Por qué un padre decidía no hacerse cargo de su hijo? ¿Por qué alguien tenía sexo con una persona y luego desaparecía? ¿Acaso ella no valía como hija? ¿Cómo persona no era suficiente para tenerla en su vida?

—¿Por qué me lo dijiste? —ella preguntó con un nudo en la garganta— ¿Por qué arruinar mis vacaciones? ¡Joder, estas no son vacaciones! —dijo después de un momento—. Estoy aquí por trabajo y en cambio me he acostado contigo más de lo que lo he hecho en años.

—Gracias por el cumplido —. dijo él y comenzó a acariciarle el cabello rojizo—, me hace sentir mucho mejor, saber que soy capaz de provocarte tener tanto sexo hasta desfallecer. ¡Mucho que te has quedado agotada y extenuada después de hacerte venir como una demente!

—¡Vaya! Agradezco tu arrogancia en un momento como este. —Él la separó un poco de su

cuerpo y enmarcó su rostro con las manos.

La luz amarillenta de la lámpara le permitía ver los ojos de Leo, aunque de un oscuro azul, casi índigo. Los mismos brillaron y sus labios formaron una sonrisa traviesa.

—No quiero que estés triste. Me alegra saber que te he distraído tanto, que te arrepientes de no haber podido trabajar. Me importa un comino no haber logrado la investigación. Contigo he aprendido más, contigo me di cuenta que puedo ser un hombre diferente. —Ella parpadeó conmocionada—. Es cierto —dijo él haciendo una mueca de inconformidad—. Me falta mucho por controlar y aprender, pero creo que, si te tengo a mi lado, sé que puedo ser mejor.

Los ojos de Sophia se humedecieron y las lágrimas salieron como chorros a propulsión.

—¡Maldición! ¿Por qué te pones tan hermoso cuando me confiesas lo que sientes por mí?

—¡Uy! Perdón —se hizo el ofendido y ella sonrió ante su deseo de hacerla reír—. No sabía que a las mujeres no le gustaban los bobalicones y llorones. Pensé que todas las mujeres querían a un hombre sentimental y de corazón abierto. ¡Creo que me he equivocado! ¿Estás segura de tener una vagina en vez de un pene?

—¡Idiota! —Ella le dio un suave empujón en el pecho y dio media vuelta—. Creo que te has metido entre mis piernas esta semana, como para saber qué tengo ahí debajo.

Se fue a la nevera, escuchando cómo Leo estallaba en carcajadas. Ella deseaba reírse, pero no se sentía con ánimos de poder lograrlo.

Sacó un frasco que contenía jugo de naranja, lo vertió en un vaso de cristal y se lo tomó todo de un solo golpe.

Estaba casi sufriendo un ataque de ansiedad.

Los truenos no cesaban y Leo no la estaba ayudando a calmarse diciéndole aquello.

—Esto no puede estar sucediendome—murmuró después de fregar el vaso y recostar su cadera del fregadero—. ¿Estás seguro? ¿En serio estás seguro que él es mi padre?

—*Pelirroja*, jamás me equivoco. Mi instinto me ha hecho librar las mejores batallas empresariales. He conseguido tratos internacionales. He llenado con bastante dinero los bolsillos de Marcos y lo conozco lo suficiente como para saber dos cosas... —Él se acercó a ella y la rodeó por la cintura con las manos, luego le dio un beso en la frente y aspiró su aroma. Ella puso las manos alrededor de su cuello y lo miró a los ojos, con las mejillas humedecida por las lágrimas derramadas—. La primera es que jamás se ha interesado por una de sus empleadas de la forma en la que lo ha hecho contigo, y la segunda es que nunca me ha amenazado con tal de evitar que yo te lastime.

Los labios de Sophia temblaron y sintió que el pecho se le abría en ese momento.

Si Leo no se estaba equivocando, Marcos Sanders era su padre.

Su padre biológico era su jefe.

El hombre que la había abandonado antes de nacer.

Y si aquello era real, si Leo no se equivocaba, James y su madre iban a tener mucho que ver con que ella trabajara en Mega Inversiones.

Los tres le habían mentido.

Un sollozo comenzó a salir de su garganta y Leo la aguantó, sosteniendo su cuerpo mientras lloraba de manera desconsolada.

Había sido una muñeca de trapo al cuidado de esas personas.

Ellos habían jugado con ella y con sus sentimientos.

¿Por qué su madre permitiría algo así?

¿Cómo es que ella se dejó convencer de que trabajar para el hombre que la había dejado embarazada era la mejor idea?

¿Toda su vida había sido una farsa?

—Shhh… —Leo pasó la mano por su espalda y comenzó a tararear una melodía bastante relajadora.

Poco a poco el corazón de Sophia se fue calmando y los sollozos cesando.

—Te amo, Leo Sandoval. Gracias por ser mi soporte. No sé... No sé qué haría sin ti…

—Tranquila, mi fierecilla, eso jamás vas a tener que averiguarlo. Estaré aquí para cuando me necesites. Por siempre tuyo.

—Por siempre tuya, Leo.

Se comenzaba a dar cuenta que, aquello que comenzó como un juego de poder, se había convertido en la única realidad de la cual podía tener absoluta certeza.

Leo era el único que no le había mentido.

Él había sido tan terrible y tristemente real, que ella se había enamorado instantáneamente.

Ahora solo le quedaba lidiar con su nuevo descubrimiento al regresar a Manhattan.

Tanto Marcos, como su madre y James, iban a tener que darle explicaciones.

Y ella no se los iba a poner nada fácil.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Llegaron al LGA Aireport y allá los estaba esperando una comitiva bastante interesante.

Aria aguardaba con una pancarta verde Neón que decía *"maldita perra, te estoy esperando"*. De inmediato Sophia se comenzó a reír sin poder evitarlo. Su amiga era todo un personaje.

Corrió hasta sus brazos y se fundieron en un abrazo fuerte e íntimo.

—¡Dios mío! ¡Estaba preocupada por ti! ¿Por qué no respondes a mis mensajes? ¡Hasta anoche no sabía de tu existencia! ¡Y vienes y me escribes de un número desconocido!

—Es que rompí mi celular. —Al recordar el hecho estúpido e impulsivo de la noche anterior, se llenó de ira ¿Por qué había decidido romper el celular al estrellarlo contra el piso sin considerar de dónde sacaría para comprar otro?

Recién estaba comenzando el trabajo y tenía muchas cosas por pagar.

—¿Por qué rompiste el móvil?

—Me enojé —dijo entre dientes en algo poco más que un murmullo.

—¿Con quién te enojaste? ¿Con ese idiota que me mira como si yo intentara robarte?

—Ese idiota ya sabes que está conmigo.

—Lo sé. No me cae bien. Es demasiado intenso para ti. Eres muy suave. Cuando te dije que te buscaras un hombre y experimentaras del buen sexo, no me refería a uno que acaparara toda tu atención.

—Bueno, debiste ser más específica. —Sophia se rio y volvieron a abrazarse. Su amiga se separó un poco después de unos segundos y la observó detenidamente con sus intensos ojos marrones.

—¿Segura que estás bien?

—¡Estoy bien! —le respondió—. Tú tranquila.

—¿Te trató bien?

—¡Fui por negocios! ¡Ya lo sabes!

—¿Negocios? Por ahí me dijo un pajarito que estuvieron toda la semana en la misma casa. ¿Es bonito el bungalow?

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó confundida— ¡Jamás te dije que estábamos durmiendo

en la misma casa!

—¡Cariño mío! ¡Parece como que no me conocieras! ¡Por supuesto que sabía que estaban durmiendo juntos! Yo misma me encargué de reservar el espacio para los dos. —Sophia se dio cuenta que su amiga era quién había cambiado la reserva, ella conocía todos sus datos, fue bastante fácil para Aria cambiar la información y colocar que deseaban una habitación para los dos.

—¿¡Por qué lo hiciste!? —le preguntó confundida—. Me acabas de decir que él no te agrada.

—Pero a ti te agrada, a ti te gusta. Es más, por el brillo de tus ojos, creo que es el hombre que más te ha dado placer. Incluso más que Terrence.

Sophia se sonrojó de los pies a la cabeza pues Leo estaba detrás y sabía que estaba escuchando todo.

—Puedes callar esos detalles —le dijo entre dientes, intentando que Leo no escuchara.

—Es la realidad. ¿Por qué ocultarlo? Si el tipo te hace venir como una maldita loca, ¡es el correcto! Las mujeres venimos al mundo a que nos complazcan.

—¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer contigo? —Se cubrió la cara con las manos y escondió la vergüenza.

—Hola, Aria. Creo que no nos hemos presentado correctamente.

—¡Oh, pero tranquilo! Yo sí te conozco a ti. Para mí eres una ficha bastante conocida.

—Solo espero que en el buen sentido de la palabra. —Leo estrechó la mano de Aria y esta lo miró inquisitiva y quisquillosa.

—¿Por qué llevas el pelo mojado? ¿Tuvieron sexo antes de venir?

—¡Aria! —gritó Sophia y se metió entre ella y Leo, haciendo que el estrechar de las manos se rompiera—. ¿Estás demente? ¿Qué te fumaste antes de venir para acá?

—¡Oye! No digas que fumo delante del caballero elegante, se va a llevar una mala impresión de mí.

—Debo decir que tengo una impresión bastante clara sobre ti —murmuró Leo detrás de la cabeza de Sophia.

Ella quería que se la tragara la tierra, ¿Por qué… precisamente su amiga tenía que ser tan intensa y honesta?

Leo estaba vestido con una camisa mangas largas y una corbata azul marino, su chaqueta del traje estaba colgada en el mango de la maleta. Sus pantalones estaban pulcramente planchados de un color negro opaco, su cabello rubio peinado hacia atrás ligeramente

humedecido, a lo mejor por el gel o quizás, porque Aria tenía razón: habían tenido sexo bastante ardiente antes de montarse en el avión, y tal parecía que el aire acondicionado del avión no había ayudado a que se secara.

En ese momento una cuarta persona se acercó a ellos.

Y el ánimo le cambió de inmediato.

—Por fin llegan.

—El vuelo se retrasó —dijo Leo de inmediato.

Sophia miró al hombre de los pies a la cabeza, repasando en cada detalle por primera vez.

–¿Qué haces tú aquí? —le preguntó molesta súbitamente.

—Vine a recibirlos —él parecía confundido y miró a Leo intentando entender la reacción de Sophia, pero ella no le dio tregua, no iba a dejarlo así como así.

—¿A recibirnos? ¿Y quién te llamó? No necesitamos tu ayuda, mi amiga vino a buscarnos.

—¿Qué está pasando? ¿Sucede algo? —pregunto entonces Marcos acercándose a ella— ¿Está todo bien, Sophia? Si Leo te hizo…

—Leo no me hizo nada. —No quería discutir ese tema frente a Aria. Su amiga se pondría histérica si se enteraba que tenía sospechas de que Marcos era su padre biológico. Había demasiada tela por cortar, demasiada historia que decir y no era el momento ni el lugar para hacerlo.

—¿Entonces qué te pasa? ¿Te sientes mal? ¿Quieres vomitar?

—Debo pedirte una disculpa, Marcos, pero creo que Sophia está un poco cansada y lo mejor es que nos vayamos a casa, ya mañana te pondremos al día sobre todas las informaciones. —Leo le dio unas palmadas en el hombro a Marcos y este, notó la incomodidad de las tres personas que estaban allí.

Sophia miró a su amiga y esta interpretó de inmediato la señal, necesitaba escaparse.

—Sophia, creo que lo mejor es que tú y yo nos vayamos al departamento. Tienes tanto que contarme. —Su amiga se mostró eufórica y feliz, sumamente emocionada, y ella se lo agradeció, pues así no levantaba sospechas.

Se habían adiestrado una a la otra con las señales, así podrían decir si se querían quedar por más tiempo en un lugar, si deseaban largarse de inmediato del lugar en el cual se sentían incómodas, si deseaban hacerle una maldad a una persona externa a su amistad, entre otras cosas más peligrosas. Con tan solo un cruce de miradas entre los ojos marrones de Aria y los ojos azules de Sophia, no eran necesarias las palabras, allí se podía planificar la tercera guerra mundial y ninguno de los presentes darse por enterado.

—Sophia… —Leo la tomó del brazo y la acercó a él—. ¿Vas a irte?

—Creo que lo mejor es que me vaya, no estoy de humor. Ya sabes, yo creo que no estoy lista…

—Te entiendo —él no comentó nada más. Leo también la conocía, en esa semana habían aprendido a descifrarse uno al otro y sin necesidad de que ella le explicara la razón, Leo le dio un beso en la mejilla y de inmediato su mirada se clavó en Marcos, él no sabía que habían formalizado su relación de esa manera y dada la circunstancia en que no tenía claro si él era su padre biológico, le valía una mierda si él se ofendía o no.

Así que se lanzó por los labios de Leo cuando este intentaba alejarse, y lo besó intensamente, pegando su cuerpo y sus senos al pecho de Leo, abrazándolo y colgando tus manos en su cuello.

Luego de unos segundos y un par de toses incómodas, Sophia se alejó y se lamió los labios completamente sensual.

Lo que había empezado como un reto para incomodar a Marcos, terminó encendiendo el fuego que comenzaba a consumirla. Al probar los labios de Leo, una vez más se daba cuenta del poder que él ejercía sobre ella, ese poder que le gustaba, que no le resultaba incómodo. No se cansaba de él, estaba tan enamorada, perdidamente enamorada.

Lo miró a los ojos y los de él brillaron sorprendidos.

—Eres una demonia, *Pelirroja*. Vas a volverme loco —le susurró dándole un casto beso en los labios—. Ahora vete con tu amiga antes de que a Marcos le dé un derramé cerebral. Pasaré por tu departamento esta noche y no te atrevas a decir que no.

Ella se rio, no iba a hacerlo. Jamás se iba a volver a negar a verlo.

Nunca más.

No después que habían congeniado y que Leo comenzaba finalmente a abrirse con ella sobre su pasado.

—Puedes pasar, dejaré la llave debajo de la alfombra de la entrada —le dijo. Se dio media vuelta y Leo le dio una nalgada, ella chilló y comenzó a reírse a carcajadas.

—Tremendo, leoncito. Tremendo —le dijo y pasó por el lado de Marcos, entrecerrando los ojos como dos espadas asesinas a través de la mirada.

Este la miró con el ceño fruncido. Llevaba un poco de barba, y el cabello no tan corto, lo cual intensificaba sus canas y el cansancio de su mirada lo hacía lucir más viejo de lo que ella sabía que era.

Pero no le dio importancia, al menos eso se dijo.

Se fue caminando y contoneando las caderas para que Leo notara lo que se iba a perder y tuviera más deseos de ir en su busca más tarde. Ella llevaba un vestido azul cielo, que le bajaba poco más de los muslos, sus piernas blancas se veían más esbeltas de lo que en verdad las tenía. Nunca había sido mujer de cuerpo de modelo de revista, y comenzaba a creer que jamás lo sería. A sus veintiséis años no le había interesado levantar una pesa ni tampoco comer saludable.

Así que la tumba estaba cavada.

Daba gracias al cielo que había heredado el cuerpo delgado de su madre.

—¿De qué diablos iba todo eso? —Aria no iba a quedarse con eso y ella lo sabía.

—Es complicado —murmuró mientras arrastraba la maleta por el por el suelo y esta sonaba incesantemente.

Aria tiró el cartel neón en el primer cubo de basura que encontraron.

—No me vengas con mentiras. Sé que está pasando algo. Me habías dicho que tu jefe te agradaba. El único de la empresa que te agradaba —destacó—. Y ahora resulta que lo odias. Veo tus ojos, nena, sabes que lo sé. Hay algo más y vas a tener que contarme.

—¿Viniste en carro o nos vamos en taxi? —preguntó para cambiar el tema.

—Mi amigo… mi amigo, Samme me trajo. ¿Te acuerdas?

—¿El del bar? Claro que me acuerdo, casi metió la lengua en tu oreja en plena calle.

Aria se rio, explotando a carcajadas y limpiándose las lágrimas que saltaron de sus ojos.

—¡Vaya qué noche! Pensar que fue hace tan solo unas semanas. ¿Allí fue cuando viste a Leo por primera vez? Que lo viste sin estar en la oficina claro.

—Gracias al cielo que decidiste llevarme ese bar.

—Club, cariño. Es un club —le corrigió su amiga.

—Club, bar, lugar para tomar y ligar, lo puedes llamar como quieras, pero si, allí fue donde vi a Leo y supe que estaba perdida.

Llegaron hasta donde el amigo de Aria, el cual las observaba con las llaves en la mano, recostado del carro en una actitud bastante relajada. El tipo tenía una camisa manga larga, remangadas hasta los codos, y las miraba fijamente.

—¿Es un ligue de fin de semana o es algo más? —le preguntó a su amiga, casi hermana.

—Es sólo un amigo—respondió Aria, escueta.

—Ahí también hay algo —murmuró justo al llegar frente a Samme.

—Samme, esta es mi amiga Sophia.

—Sí, recuerdo haberte visto en el Club hace unos días.

—¡Vaya! Buena memoria.

—Debo hacerlo, si no los clientes no irían a mi negocio —él sonrió y sus ojos se iluminaron. No miró ni un momento a Aria y aquello la llenó de preguntas.

¿Qué estaba pasando?

—¿Es tuyo el club? —entró la maleta al carro rápidamente, era un Volvo bastante moderno y a Sophia casi se le salen los ojos al ver los asientos en piel y la pintura del carro intacta y brillante, casi como si hubiera salido de la tienda de autos en ese mismo momento.

—Digamos que soy el dueño. Mi hermano es el propietario del club y yo se lo administro —él sonrió. Sus ojos tenían un lindo color azul con unas vetas amarillentas que los hacían lucir como girasoles. Ella le dio un codazo a su amiga y sonrió coqueta. Aria, en cambio, tuvo la delicadeza de sonrojarse.

¡Vaya! Eso era nuevo en su amiga.

¿Una mujer que se lanzaba cuando le gustaba un hombre sin esperar que este diera el primer paso?

¿Su amiga, el alma libre, estaba sonrojada?

—Creo que será mejor que nos vayamos —dijo Samme.

—Yo también lo creo —dijo Aria, mirando hacia otro lado.

Definitivamente allí había algo y ella le iba a sacar la información a su amiga.

Solamente esperaba que ese hombre con pelo cortado casi al rape y hombros anchos como si pasara mucho tiempo en el gimnasio, ojos azules y mirada traviesa y decidida, no le hiciera daño a su amiga.

Aria había pasado por una infidelidad. Anteriormente confiaba tanto en las personas, disfrutaba del sexo, pero se entregó una vez, entregó su corazón por completo y se lo habían estrujado y pisoteado, y si ahora estaba enamorada de ese hombre, le rogaba a todos los ángeles que no le fallará.

Porque después de allí su amiga no iba a recomponerse.

Se montó en el carro y luego Aria se subió también y cerró la puerta. Lanzó una última mirada hacia Leo y Marcos que las observaban con los brazos cruzados.

Era cierto que no tenían parentesco sanguíneo ni él ni Leo, pero la forma de ambos estar parados allí, observándola, de alguna forma parecían estar emparentados.

—Entonces, señoritas ¿Nos tomamos algo en el club o vamos directo a su casa? —Samme miró por el espejo retrovisor y ella miró a su amiga, la cual estaba observando por la ventana con las manos entrelazadas y las piernas moviéndose como si tuvieran un tic nervioso.

Sophia puso las manos en una de las rodillas de ella y Aria se espantó y la miró confundida.

—¿Qué? —preguntó con voz chillona y exaltada.

—¿Estás bien? —susurró— No me mientas a la cara. Sé que algo pasa. ¿Quieres que nos bajemos? Podemos regresar en taxi.

—Estaré bien.

—¿Entonces, qué? —preguntó él nuevamente y a Sophia, aquella vez, no le gustó tanto— ¿A su casa o el club?

—Iremos a casa —su amiga respondió por ella rápidamente y Sophia la miró confundida.

¿Que se traía?

Algo raro estaba sucediendo, al menos no todo giraba en torno a ella y a su reciente descubrimiento de haber encontrado a su posible padre biológico.

Aquello le alegró ligeramente.

Tenía algo en lo que enfocarse para no echarse a llorar. Ya luego pensaría la forma de confrontar a su madre y James.

De último dejaría a Marcos.

Él se llevaría la peor parte y el descargo de toda su ira. Iba a tener que responder una sola pregunta: ¿Por qué la había abandonado?

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Regresó a su casa y al abrir la puerta se sintió enormemente feliz. No había nada como el hogar. Hacía años que estaba independizada de su madre y James, pero nunca había valorado la tranquilidad que podía respirar en su departamento hasta aquel momento.

Después de dejar las maletas en la habitación junto con su bolso, miró la pantalla del celular nuevo y se dio cuenta que tenía dos mensajes de Leo uno diciéndole que la quería y que no se olvidara de él, con una carita triste al final del mensaje, y en el otro diciéndole que Marcos lo había invitado a tomarse un whisky en su departamento y no se había podido negar aunque estaba cansado.

—Váyanse a la mierda los dos —murmuró y tiró el celular en el sofá.

—¡Vaya! ¡Estamos de un excelente humor hoy! —La tarde comenzaba a caer y ella necesitaba una ducha para bajar un poco la tensión de su cuerpo.

—Voy a bañarme, necesito estar sola un rato, necesito agua y una jodida copa de algo —suspiró y bostezó abierta sus anchas con los ojos apretados. Ciertamente estaba agotada, pero lo que más cansancio le provocaba, eran las nuevas informaciones que tenía sobre su padre biológico.

«Posible padre biológico», se recordó, amonestándose por su falta de credulidad.

No había una razón lógica para que Marcos llamara a Leo diciéndole de una tormenta que se acercaba a ellos para que la cuidara.

¿Cómo, si no, iba a saber que le tenía miedo?

Solo si su madre se le hubiese dicho.

Solo si James se lo hubiese dicho, ya que había pasado bastante tiempo conviviendo con ella, era la única figura paterna que reconocía, no importaba que Marcos fuera su padre biológico, James había estado en su vida desde que ella tenía uso de razón, y él era el único que consideraba su padre.

Esa podía ser una opción, seguro que no había un motivo oculto, tal vez su padrastro había llamado a Marcos y este se había comunicado con Leo.

—Voy a ducharme. Saca una botella de lo que sea que encuentres en el refrigerador y cuando salga vamos a tomar.

—¡Me encanta cuando estás en modo borracha!

—¡No estoy en modo borracha!

—¡Bueno! En modo automático —señaló ella y se rio al ver la expresión de Sophia.

—No estoy en modo automático tampoco, solo quiero descansar…

—¿Y pretendes descansar tomando alcohol? —Su amiga se pasó la mano por el cabello corto y se arregló los flequillos que colaban en su mejilla—. Mira, Sophia, no sé lo que pasó en el vuelo, no sé qué pasó en tu estadía, creo que hice lo correcto al cambiar tu reservación, este tipo te traía loca. ¡Mírate! ¿Cómo estás? ¡Estás feliz! Sé que algo te molesta pero estás feliz, lo veo en tus ojos, nena. Desde Terrence —ese maldito desgraciado—, hacía tiempo que yo no te veía tan feliz.

—Estoy feliz —admitió ella y una sonrisa se colocó de inmediato en sus labios.

Joder.

Sí, estaba feliz.

Hacía tiempo que ella no sentía esa euforia permanente en el cuerpo. Aria tenía razón. Desde que descubrió a Terrence siéndole infiel Luis Calson, por más que quiso mantener una amistad sincera con él, lo cierto era que le guardaba resentimiento.

Ella se jactaba de decir que no había lugar para resentimientos en su corazón, pero después de descubrir su infidelidad, se daba cuenta que sí, hasta la persona más buena e inocente podía cambiar. Los otros podían cambiarla. La inocencia se perdía en el momento en que lastimaban, pisoteaban y destruían la poca confianza que una persona podía tener en sí misma.

Si las personas no confiaban en ellos mismos, en que eran capaces de ser felices, nadie podía provocarles felicidad. Era cierto la frase de: primero amarse a uno mismo y luego amar a otros, sino el amor que le dabas a los otros, nunca sería suficiente, ni estaría completo.

—Me alegro que ese desgraciado te haga feliz —dijo su amiga poniendo cara seria y haciendo un puchero—, porque sé muy bien dónde trabaja y en caso de que no te haga feliz, en caso de que te haga llorar… —Ella hizo una señal con las manos volviendo una de ellas un puño y la otra colocándola con la palma abierta y luego procedió a chocarlas—. Lo desbarato. Acabaría con su existencia de inmediato si te hace daño.

—Por eso te amo, amiga. No sé qué haría sin ti. —Sophia abrazó a su única amiga y confidente y después de soltar un suspiro se alejó de ella y le dijo—. En serio estoy bien y gracias por haber cambiado mi reservación. Lo tengo —dijo refiriéndose a Leo—. Es mío. Jamás sentí a una persona como de mi propiedad. Mierda, estoy segura que muchos psicólogos dirían que esto es una relación tóxica, así como la de esas novelas que tú te pasas el día leyendo. No sé cómo puedes leer y beber, eres como una bipolar. Pareces tener tres por personalidades. —Subió los dedos mientras hablaba, demostrando la cantidad—. Una lectora, una borracha, y una puta.

—Me gusta más la puta, pero intento acomodar a las tres.

Ambas se rieron y Sophia continuó.

—Tengo una sola. No sé cómo puedes ser todo a la vez.

—Teniéndolas. —Aria le sacó el dedo medio y se colocó el pelo detrás de las orejas—. Pero sí, tienes razón. Creo que la vida hay que disfrutarla en diferentes grados, y me gusta leer, eso no lo puedo ocultar, esas escenas tan candentes me ponen a mil y me dan deseos de experimentar lo mismo…

—Esta bien. Ya basta —la detuvo—. No necesito escuchar cómo unos libros te hacen mojar.

—Te aseguro que hacen más que mojarme.

—Esta bien, me voy a bañar. Ya basta. No puedo seguir escuchándote. Saca lo que sea que encuentres, no importa lo que sea.

—¿Hace cuánto no haces compra?

—No me preguntes eso. Revisa y luego investigaremos.

—Deja de estar tirando tu móvil —le dijo su amiga cuando ella se dio la vuelta y estaba llegando a la entrada de la habitación. Ella miró el celular abandonado en el sofá, lo había tirado sin pensar, enojada porque Marcos se había llevado a su Leo.

—Fue un impulso —se justificó ella.

—Lo sé, pero he tenido que detenerme en una estúpida telefónica para conseguirte un móvil con tu número telefónico para que así puedas estar debidamente comunicada.

—No te dije que pagaras el dinero…

—Tampoco lo pagué, fue un regalo de Samme. –Ella subió los hombros de manera despreocupada—. Lo que te digo con esto es que no puedes estar tirando tu celular cada vez que te enojes con él.

«Si supieras», quiso decirle.

—Lo sé, lo siento —se disculpó y le dio un beso en la frente a Aria. No iba a mantenerse mucho tiempo enojada con ella.

—No sé por qué diablos soy tan débil contigo, me manipulas idiota.

—Nos vemos en par de minutos…

—¡No te atrevas a masturbarte en la ducha! —le gritó cuando se dispuso a marcharse.

No pudo evitar comenzar a reírse y sonrojarse de los pies a la cabeza.

Esa mujer siempre lograba sorprenderla con sus comentarios.

Se despojó de su ropa al entrar a la habitación y cerrar la puerta, no tenía caso ponerle llave, pues tenía toda la confianza con Aria y sabía que su amiga, aunque le pusiera llave a la puerta de su habitación, terminaría por tumbarla en caso de ser necesario, o si el chisme ameritaba entrar a la fuerza la habitación.

Al salir de la ducha se cambió y colocó su ropa de pijama limpia, un conjunto de pantalón largo y blusa mangas largas.

La comodidad ante todo.

Se miró en el espejo. Estaba cansada.

Las ojeras rodeaban sus ojos, oscuras e inocultables.

—Qué desastre —se dijo frente al espejo.

Sus ojos azules estaban tristes.

«Se nota la mierda que llevas», se dijo molesta y nostálgica.

—¿Soph? —Aria llamó desde el otro lado de la puerta— ¿Puedo pasar?

No se puso fragancia, no deseaba más que sentarse en la cama y llorar un buen rato.

—No… —murmuró débilmente— Quiero estar sola.

—No voy a dejarte sola. No cuando no tienes deseos de hablar. Tú hablas hasta por los codos.

—Yo no...

—Entraré —la interrumpió y en ese momento se abrió la puerta.

Sophia clavó los ojos al cielo y se preguntó si su amiga en verdad no entendía el concepto de querer estar sola.

—¿Estás de ánimo para hablar?

—No —

¿Acaso tenía retraso?

—No conmigo. —Aria le pasó el teléfono celular y ella la miró confundida.

—¿Quién es?

—Tu madre. Dice que es urgente.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Aria miró el celular sin entender porqué su amiga no respondía.

Sophia se dio cuenta y aun así, sus manos no ejecutaron ningún movimiento.

«Muévete, tómalo», se repetía una y otra vez en el cerebro, pero su cuerpo se negaba a tomar el teléfono.

—Sophia, tu madre —volvió a repetirle Aria con las cejas levantadas extendiendo el celular.

Ella se tocó los tirantes de la blusa y subió los ojos al cielo, los cerró, apretándolos suavemente, y se abrazó a sí misma.

—¿No vas a contestar? —le preguntó su amiga— Si tienes un inconveniente es mejor que me lo digas ahora. Conozco a tu madre desde hace años, la quiero y la adoro, es una mujer excepcional, pero si estás teniendo un inconveniente con ella, es el momento para decírmelo y así poder ayudarte.

Sophia se negaba a explicarle todo lo que estaba pasando en ese momento en su vida, porque sabía que de una forma u otra, Aria encontraría la manera para decirle dos cosas: la primera; que buscaran un bate de béisbol y fueran a destrozarle el carro a Marcos; y la segunda; que al final, debía perdonar a su madre, porque era su madre y había dado lo mejor de sus años para cuidarla y llevarla por buen camino.

Los padres de Aria no habían sido tan amorosos como lo había sido su madre, Moira, y eso había maltratado durante años la autoestima de Aria Douglas.

—Nena, espero por ti. —Sophia respiró profundo. Se dio cuenta que de una forma u otra iba a tener que responderle a su madre.

Mejor tarde que nunca, se dijo.

—Dámelo. —Extendió la mano y recibió el celular—. Mamá —respondió con un tono neutral y carente de cualquier emoción.

—¡Sophia McAdams! ¿Se puede saber qué diablos está pasando? ¿Por qué demonios no querías hablar conmigo? ¿O es que crees que el micrófono estaba silenciado? ¿Qué te pasa? —su madre explotó de inmediato y ella miró a su amiga, suplicando por una respuesta, pero lógicamente, Aria no estaba escuchando lo que su madre le había preguntado.

Su amiga comenzó a hacerle señas para que pusiera el celular en altavoz pero Sophia negó rotundamente con la cabeza.

Aquello sería darle rienda suelta a que ella entendiera lo que estaba pasando y no era el momento de compartir eso tan privado con su amiga.

Ya después cuando tuviera una respuesta afirmativa o negativa de parte de su madre, entonces solo ahí hablaría con su amiga.

—Espera, mamá. —Se colocó el teléfono a un lado para que lo que dijera no lo escuchara su madre. Sintió la tensión en el aire, pero ella aguantó, soportó la mirada inquisidora de su amiga y después de varios segundos pensando en las palabras que debía utilizar para que Aria no se ofendiera, le dijo—. Nena, por favor, ¿me das un minuto a solas? Necesito hablar algo con mi madre.

—¿Desde cuándo necesitas hablar en privado con tu madre? ¿Qué está pasando que yo no pueda saber?

—No es que tú no puedas saber. Es que en este momento necesito hablar a solas con ella. Esto es algo privado…

—¡Como quieras! —Aria se alejó de ella y se detuvo en la puerta. Se había olvidado por completo de su deseo de ayudarla. Así como había llegado su preocupación, así mismo se había visto suplantada por la ira al sentirse desplazada—. Estaré afuera si me necesitas. Si también te molesto allí, déjame saber y me voy —le contestó amargamente mientras cerraba la puerta y la dejaba sola con su llamada.

«Ya se le pasará», pensó.

En algún momento debía pasarle.

Su amiga había estado para ella en los momentos en donde había llorado desconsoladamente, donde no había tenido la cercanía y el apoyo de su madre porque había estado viviendo en ciudades diferentes. Aria había estado allí y le debía ese sentimiento recíproco.

Contempló la puerta, no podía creerse que había echado por primera vez a su amiga de la habitación.

—Sophia, ¿estás ahí? —le llamó su madre.

—Sí... —concedió ella—, estoy aquí.

—Necesito que me digas qué está pasando.—Sintió como si le hubiese dado un ataque de nervios, de repente sus manos comenzaron a sudar y apretó fuerte el celular, las teclas marcaron la pantalla touch del aparato y por consiguiente, la llamada se vio afectada, después de varios segundos intentando recuperarla, escuchó a su madre gritar—¡Sophia McAdams! ¡Más te vale que me digas ahora mismo lo que está pasando si no quieres que tome un maldito vuelo hasta allá y te llegue el apartamento como un maldito paracaídas!

Su madre jamás se expresaba de aquella manera. Siempre manteniendo la calma y la

serenidad, aunque se había esforzado por darle un buen futuro y una estabilidad económica, ella jamás le había levantado la voz de manera que pudiera ocasionarle ansiedad.

Sophia desde pequeña había sido ansiosa, incluso Moira había tenido que llevarla a la clínica en distintas ocasiones para consultar sobre su ansiedad y desequilibrio emocional, pues en cualquier momento lloraba y se estresaba, aun siendo una niña. Debía de utilizar pastillas para controlar los nervios, pero Sophia se había negado en rotundo a aquello. Cuando llegó a la adolescencia, se dijo que no quería ser adicta a nada, nada que la drogara y que la convirtiera en un zombi. Por alguna razón, su madre había decidido hacerle caso.

—Mamá…—murmuró—. Aún no estoy muy segura de saber cómo decirlo. No sé cómo decirte... —prosiguió—. No sé cómo comenzar…

—Pues comienza por el inicio, Sophia. Te fuiste por una semana con un hombre que apenas conoces, la única que ha tenido la delicadeza de mantenerme al tanto sobre tu paradero es Aria y acabas de alejarla. ¿Crees que no lo escuché? Ustedes los jóvenes de esta época creen que por alejar el teléfono el otro no los está oyendo.

—Mamá, esos son ustedes los ancianos los que hacen eso —no pudo evitar sonreír ante la ironía del comentario y la risa de su padre al escuchar la comparación con un anciano, teniendo ella apenas cincuenta y dos años.

—Está bien —concedió—. No quiero que mi hija esté sufriendo. Por favor dime qué pasa…

—¿Por qué James me consiguió el trabajo en Mega Inversiones?

—Porque lo necesitabas —le dijo su madre escuetamente—, porque querías un trabajo, deseabas generar tus propios ingresos y eres demasiado orgullosa como para pedirme ayuda a mí o a James —ella sonrío con cierta nostalgia, en otro momento hubiese creído en las palabras de su madre, pero en ese momento, en el que tenía el cincuenta por ciento de una información aún no verificada, debía poner en duda cuanto comentario dijera ella.

—Quiero creerte mamá. De verdad deseo hacerlo, quiero creer que me estás hablando con la verdad, pero temo que no me estés diciendo todo, y el hecho de reservarte información, hace que me mientas. Tú jamás me mientes, nunca me has mentido, no comiences ahora.

La línea se quedó en silencio, se imaginó la cara de su madre de sorpresa al escuchar sus palabras. Esperó por algún tipo de respuesta o comentario excusándose, disculpándose por reservarse detalles, pero no.

Nada pasó.

Ella se quedó muda y el corazón de Sophia comenzó a latir deprisa otra vez.

Ese silencio era más de lo que había esperado. Ese silencio tan tenebroso, macabro y descomunal, solo hacía que ella entendiera la verdad.

—Voy a preguntártelo otra vez, mamá. ¿Por qué, precisamente allí, fue donde James me recomendó?

—Sophia…

—Es él mamá. Es él ¿cierto? —le preguntó con los labios temblando. Cerró los ojos y sintió las lágrimas caer—. ¿Es él mamá, cierto? —volvió a repetir.

—Lo siento —aseguró su madre, haciendo que el cuerpo de Sophia se estremeciera y la piel se le pusiera erizada. Ahogó un sollozo y la garganta se le cerró por completo, se mordió los labios intentando no llorar.

Su mamá le había mentido por demasiado tiempo. Se daba cuenta, ella siempre supo dónde estaba su padre, siempre supo quién era. Había creído durante toda su vida, durante veintiséis años, que el hombre que la había engendrado, había desaparecido para siempre. Pero se daba cuenta que había vivido una burbuja rodeada de mentiras.

—¿Lo sabías, mamá? ¿Sabías que iba a trabajar en su empresa?

—Lo siento —su madre no podía decir nada más, estaba entre la espada y la pared.

Sophia ya sabía la verdad y ella no podía negarlo.

Su madre nunca había sido buena ocultando sus emociones.

Cuando era niña, la había descubierto llorando en incontables ocasiones y siempre le decía lo mismo: lloro de tristeza, lloro porque no puedo tener lo que deseo.

Por años creyó que se refería a una vida llena de lujos, viviendo en la gran ciudad, Boston o a lo mejor el New York, no en esa costa donde los ciclones y tormentas agrietaban las casas hasta volverla escombros.

Luego llegó James a la vida de ambas.

Recordó el instante en que su madre se lo presentó como su padrastro, nunca le dio otro nombre, le dijo que viviría con ella a partir de ese momento, que podía contar con él para lo que necesitará.

Sophia siempre fue despierta, más madura que las demás niñas de su edad, a sus cuatro años comprendió lo que significa tener un padrastro, pero para ella, en aquel momento, fue una sorpresa magnífica, iba a tener un padre, ese que por tantos años había deseado.

James había visitado su hogar durante muchos meses, yendo y viniendo, duraba semanas en la casa, luego desaparecía. Finalmente fue a los cuatro años cuando él se mudó con ellas definitivamente y decidió hacerse cargo de Sophia por completo.

Iba a estar agradecida con él de por vida, aunque le hubiera mentido, aunque fuera cómplice de aquella melodramática mentira.

—¿Fue idea de Marcos? ¿Fue idea de él llevarme a su empresa?

—Sabía que iba a resultar mal, eres demasiado inteligente. Sabía que te ibas a dar cuenta de que algo había entre ustedes dos. Ciertamente no se parecen en nada, pero a la vez se parecen en todo. Le dije que no debía contratarte porque te darías cuenta. Él me había prometido nunca buscarte. Tú… Tú estabas tan bien viviendo sola, por tu propia cuenta…

Sophia comenzó a llorar, el celular se estrelló en la cama y saltó repetidas veces por el impulso de chocar contra el colchón. No le importó que su madre siguiera en la línea, se cubrió el rostro con las manos y lloró desconsoladamente.

No supo en qué momento su amiga entró en la habitación y la abrazó, no fue minutos después cuando levantó el rostro enrojecido y húmedo por todas las lágrimas que había derramado, cuando comenzó a escuchar lo que Aria le decía.

—Vas a estar bien. Todo va a estar bien —su amiga no tenía idea de lo que estaba pasando y aun así le decía que todo iba a estar bien.

—¿Cómo puedes estar segura? ¡Esto es una mierda! ¡Me han engañado! ¿Cómo puedes decir que todo va a estar bien? —le preguntó molesta y sin comprender su optimismo—. Nada va a estar bien.

—Lo estará —su amiga sonaba o muy estúpida o demasiado sabia.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —le volvió a preguntar entre llanto, mientras se limpiaba los mocos con la blusa como una niña chiquita y se quitaba la misma para luego lanzarla con rabia al suelo, quedándose en topless frente a Aria.

—Lo sé porque no importa qué tan oscura esté la noche, siempre va amanecer al otro día.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Subieron a su apartamento caminando sin prisa en dirección al ascensor. Luego de subirse y pinchar el botón del piso de Leo, este se detuvo frente a la puerta, y Marcos, por un momento, miró a Leo con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¿No vas a entrar? Dijiste que querías invitarme a tomar algo.

—Estamos en tu departamento, técnicamente no te estoy invitando, Leo. Ya sabes por qué estoy aquí.

—No, no sé por qué estás aquí. La verdad no tengo la menor idea. Porque sabiendo que acabo de llegar de un maldito vuelo de casi cuatro horas y pasado una semana en un jodido hotel, investigando información para ti, quieres venir a mi casa para compartir un maldito trago. No, Marcos, no tengo idea de a qué viniste. —No iba a irse con rodeos su jefe.

Lo conocía lo suficiente como para saber cuándo no estaba de humor.

—¿Qué es lo que está pasando, Marcos? ¿Vas a ser honesto o vas a seguir jugando este estúpido juego de niños? ¿Qué es lo que te traes con Sophia? —él tenía sus sospechas, pero nunca había sido hombre de dar las primeras palabras.

Las batallas debían de librarse de manera pensante. Cuando una persona tenía un contrincante, nunca debía de enfrentarse dejando ver todas sus armas en el primer encuentro.

—¿Qué es lo que sabes tú? —preguntó en cambio Marcos. Leo abrió la puerta y no le importó si Marcos lo seguía hasta dentro de su departamento.

Se aflojó un poco la corbata y dejó la maleta en un rincón de la sala. Se fue directo hasta el minibar, donde sacó una botella con un líquido ambarino, ese que tanto le gustaba, rellenó hasta la mitad los dos vasos tipo roca de *Macallan* 1926 y se fue caminando despacio hacia Marcos.

—Salud —le dijo mientras le entregaba la copa.

—Salud —brindó Marcos.

—Entonces, ¿qué me vas a decir?

—¿Para qué diablos viniste hasta mi departamento?

—¿Cuáles son tus intenciones con Sophia? —preguntó el hombre mientras tomaba asiento en uno de sus sofás en piel—. ¿Qué es lo que quieres con ella?

—Eso no es tu problema, viejo —le dijo sonriendo mientras le daba un trago a su *Macallan*. Estaba tentándolo, incitándolo a que dijera de una vez y por todas lo que en verdad estaba

sucediendo allí.

Marcos lo miró fijamente a los ojos, y entonces, para sorpresa de Leo este sonrió.

—¿Sabes una cosa, chico? Cuando tú creías que ibas hacia la meta con los documentos hechos, hacía tiempo que los terrenos estaban vendidos y firmados, solo necesitando un mensajero que transportara el papeleo.

—¿A qué te refieres? —le preguntó sin entender bien la analogía.

—Me refiero a que sé lo que estás ocultando.

—¿Yo estoy ocultando algo? —Leo se carcajeó—. ¿Ahora soy yo el que oculta algo? Te recuerdo que tú fuiste quien llamó en mitad de una tormenta para que yo mantuviera segura a Sophia.

—¿Lo sabes entonces? —confirmó Marcos dándole un sorbo a su whisky.

—Lo sé —afirmó leo.

—Muy bien. ¿A ese nivel de compenetración estás con ella?

—Ahora mismo es lo más importante que tengo en mi vida —respondió sin dudarlo—. Esa mujer es irritante, es obtusa. Es tan…

—Es tan Sophia que a veces molesta.

Aquello le sorprendió.

Pues precisamente eso era lo que pensaba.

No había nadie como Sophia.

Ninguna mujer se igualaba a su pelirroja.

—¿Cómo te involucraste en algo así? Un hombre como tú, tan… tan...

—¿Tan qué? ¿Tan práctico? ¿Tan analítico? ¡Soy un hombre, Leo! ¡Un hombre con un pasado bastante turbio! No tienes idea de lo que he hecho para construir la empresa que tengo en este instante. No sabes lo que he perdido…

—Me hago una idea —respondió Leo un poco triste, al darse cuenta a lo que Marcos se refería.

—Perdí veintiséis años de mi hija y hasta ahora me doy cuenta de que fui un estúpido.

—¿Por qué lo hiciste? —se atrevió a preguntar mientras dejaba el vaso roca encima de la mesa frente a él—. ¿Por qué la dejaste? ¿Por qué dejarla sola con su madre?

Él no podía odiar a Marcos, ese sentimiento no podía existir dirigido hacia su jefe, porque Marcos era más que su empleador, se había vuelto lo más cercano a una familia que tenía, lo más cercano a una familia que había tenido jamás.

La situación que enfrentaban ahora tanto Marcos como Sophia, no le correspondía a Leo ser el que llevara las emociones de ira.

Estaba entre la espada y la pared.

Amando a Sophia como lo hacía, le dolía verla tan triste y perdida, pero no era quién para juzgar las acciones de Marcos, solamente él como hombre, como padre, podía entender la razón de por qué se había alejado de la hija que había concebido. Si Leo estaba seguro de algo en su vida, era que en el momento en que tuviera un hijo, jamás lo dejaría.

Pero cada quien debe cargar su propia cruz en la espalda. Nadie era inocente, todos son pecadores, algunos en un grado menor, pero pecadores al final del recorrido.

Marcos se veía cansado, el pelo había dejado de ser recortado casi a diario, como solía hacerlo desde que lo conocía. Las canas comenzaban a verse, a notarse más que antes, las ojeras abultadas debajo de sus ojos le indicaban que había dormido poco y casi podía asegurar que todo aquello se debía a tener a Sophia en Mega Inversiones cerca de él.

Leo había sido un tonto por no entender en el primer instante por qué esa chica sin experiencia había entrado a la empresa.

Por un momento pensó que se trataba —como ellos lo habían dicho— de un favor a la hija de un amigo de la universidad.

Pero ahora se daba cuenta, que siempre hubo algo más, una preocupación que Marcos no pudo ocultar.

—Hace veintiocho años me enamoré de una mujer, su nombre es Moira McAdams.

—La madre de Sophia —concluyó Leo.

—Precisamente ella misma. Era joven, con muchas ganas de tener un futuro ejemplar. ¿Sabes por qué te di el visto bueno cuando fuiste a mi empresa?

—No, nunca supe por que quisiste apoyarme —confesó sintiéndose feliz de haber llegado al momento en que podía dar una razón lógica a la decisión de Marcos de creer que él, confiando que podía ser un buen empleado, aun viniendo de las calles y de hogares de acogida, a un recién graduado y sin experiencia en el área de los negocios—.

—Me vi reflejado en ti. Fuiste mi propio espejo. Una vez fui como tú, un joven sin un talento notorio, criado en las calles. Me enamoré de la madre de Sophia cuando entré a la universidad, ella era tan linda, hermosa. Tiene el mismo color rojo que Sophia lleva en el cabello.

Marcos sonrió y se le iluminaron los ojos.

—Justo así es Moira —continuó Marcos—. Sophia es la viva imagen de su madre y es un recuerdo constante de la mujer que amé.

Leo no quería interrumpirlo, el hombre se veía tan ensimismado en sus recuerdos que cualquier palabra podía desenfocarlo de explicarle sus razones por las cuales había dejado a Sophia crecer sin un padre, crecer sin su padre biológico.

—Yo no tenía un techo sobre mi cabeza, Leo. No usaba trajes ni corbatas, no sabía lo que era tener unos zapatos nuevos, mis medias siempre estaban rotas, muchas veces sin el tiro para atar las zapatillas deportivas y que no se salieran mis pies. Muchas veces estos estuvieron rotos o descolorido.

—Sé a lo que te refieres. —Leo había tenido muchas carencias.

—Cuando Moira e dijo que estaba esperando un bebé, me alegré de inmediato. Siempre quise tener mi propia familia. —Marcos le dio un sorbo largo a su whisky y luego lo dejó en la mesa—. Los niños siempre me habían gustado y me había prometido que el día que tuviera un hijo, iba a ser para darle lo que a mí no me habían dado mis padres. Ambos fallecieron cuando yo era pequeño, ya sabes de sobra que no tengo a nadie en este mundo, he mantenido mi vida privada alejada de todos, porque siento que darle detalles a los demás sobre tu falta es darle un arma que no sabes en qué momento van a utilizar —aguardó y pareció recordar esa época en donde se parecía tanto a Leo.

Marcos tenía razón, el mismo Leo había llevado esa frase al pie de la letra, a tal punto que nadie sabía que él era un niño de hogares de acogida.

No necesitaba la pena ni el consuelo de nadie.

—Cuando Moira me dijo que estaba esperando un hijo mío, me lo dijo sonriendo, estaba feliz —prosiguió Marcos con su historia, y Leo a cada segundo se sentía más identificado con su jefe—. Yo tenía dos trabajos de medio tiempo, uno en un *call center* y otro en un restaurante de comida rápida, tomando órdenes vía telefónica. No sabía cómo decirle que no estaba listo, no me sentía listo y no quería traer a un niño al mundo en donde yo no pudiera darle un buen trato, por estar constantemente pendiente a generar ingresos. Así que hice lo que pensé correcto, le dije a Moira que no podía tener una familia, que no había nacido para tener una, que prefería trabajar y ayudarle en todo lo que pudiera, pero que no iba a estar en la vida de ese bebé.

—Mierda —susurró Leo al imaginarse lo difícil que debía haber sido tomar aquella decisión.

—Sí, mierda. ¿Sabes qué fue lo peor?

—¿Hay algo peor?

—Ella no me exigió quedarme, me dejó ir, lo entendió.

—¿Te fuiste? ¿La dejaste embarazada?

—No. Me quedé con ella durante los nueve meses, rentamos un apartamento y Moira vivía con el constante sentimiento de soledad, pensando que en cualquier momento me despertaría y me iría de su lado para siempre. Mis palabras nunca se les había olvidado. No creí ser capaz de mantener a un bebé y ella lo sabía. Cuando Sophia nació, que la vi por primera vez, estaba llena de color en su pequeño cuerpecito, su cabello rojizo y sus cachetes redondos y coquetos, esa es una imagen que jamás olvidaré. Fueron doce horas de parto, terminamos agotados. Allí me di cuenta que tenía que hacer algo con mi vida. Tenía que darle un mejor futuro a esa hermosa bebé. A esa mujer fuerte que había dado a luz a mi hija.

—¿Fue cuando te fuiste?

—¡Maldita sea deja de interrumpirme! Claro que me fui. Claro que me fui y las dejé. Pero las dejé pensando que estarían mejor sin mí.

—Las dejaste solas —refutó Leo y aunque no quiso, su tono de voz se tiñó de reproche.

—No. No las dejé solas. Las dejé con James, mi hermano menor.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Sophian McAdams

—¿Qué pretendes hacer? —le preguntó Aria al cabo de un rato.

—No lo sé—respondió con honestidad Sophia—. Te juro que no lo sé. Quiero ir donde mi madre ahora mismo, quiero gritarle, ofenderla por haberme mentido por tantos años. Ella siempre ha sabido dónde estaba mi padre, siempre ha sabido quién es.

—¿Fue ella la que te dijo que no sabía quién era tu padre? —preguntó Aria confundida.

—Nunca hablamos de eso. Ella siempre estaba trabajando y, si no, cuando le mencionaba el tema se hacía la desentendida, la que nunca quería explicar.

—Quizás le duele mucho, aún después de todos esos años. A lo mejor le sigue doliendo el no estar con él.

—No empieces a excusarla.

—No la estoy excusando, Sophia, pero debes ponerte en el lugar de tu madre. No sabes qué historia se encuentra detrás para juzgarla. Es más fácil juzgar a las personas sin conocer las razones que la hicieron tomar esa decisión que a ti te molesta.

—No me molesta, me hiere. Tú tienes a tus padres, ambos han estado ahí…

Ella subió las cejas y supo lo que quiso decir con eso.

Los padres de Aria le dieron todo el dinero del mundo, pero realmente no la han amado como un padre ama a su hijo, como su madre la ha amado a ella.

Como se suponía que un padre da cuidado, protege y da todo el apoyo del mundo.

Lo que se supone los padres deben de hacer siempre con sus hijos, a pesar de las malas decisiones que ellos puedan tomar, los padres siempre deben de estar ahí, así sea para que cuando estos tropiecen limpiarles las rodillas.

—Bien, perdona, eso ha estado mal.

—No importa. —Aria sacudió la mano restándole importancia—. Sé que estás enojada, pero… ¿Sabes qué nos puede alegrar? —Levantó las cejas sugerentes y sonrió pícara—. Tomarnos aquella botella de vino que saqué del frigorífico. Está fría pero aun así, la he puesto en una hielera para que termine de ponerse sabrosa.

Sophia se levantó de la cama y arrastró a su amiga con ella.

—Eres un sol. No sé qué haría sin ti.

—Yo tampoco lo sé. Espero que no se te antoje averiguarlo.

—¿Vas a contarme lo que pasa con Samme? —Su amiga se quedó en silencio y se detuvo abruptamente.

—No voy a contártelo ahora. Ni siquiera yo entiendo lo que está pasando.

—Es importante para ti —no era una pregunta y ambas lo sabían. Su amiga no lo negó—. Creí que solamente estaban teniendo sexo ocasional.

—Tampoco puedo responderte eso.

—¡Vaya! Es más complicado de lo que me imaginé. —Su amiga siempre había tenido una respuesta clara para sus relaciones esporádicas. Ella se había predispuesto para no entablar una relación amorosa con nadie, no después de que le fueron infiel, pero a diferencia de Sophia, Aria había mantenido su palabra.

Sophia había encontrado en Leo esa persona que la entendía, a pesar de tener arrebatos de ira y un deseo incontrolable de encerrarse en sí mismo, Leo había demostrado que quería intentarlo, y eso le alegraba el alma y le inspiraba a continuar con él.

No sabía lo que el futuro les iba a deparar, pero sabía que quería permanecer con Leo en su vida.

—Vamos afuera, llevemos nuestras penas a otro nivel —Aria dijo sonriendo y ocultando su dolor.

Deseaba aliviarla, darle apoyo, ese mismo que ella le había ofrecido incondicionalmente y en incontables ocasiones.

—Vamos a tomarnos ese vino y a maldecir a esas personas que nos han hecho daño.

—No maldigas a tu madre, Sophia. Tu madre es única y no la juzgues antes de hablar con ella. —Recordó cómo había cerrado la llamada después de un rato de mantener a su madre en línea. No tenía deseos de hablar con ella y de seguir escuchándola—. En algún momento vas a tener que hablarle —le dijo su amiga al llegar a la sala y servir las dos copas de vino.

—Lo sé, pero no esta noche y posiblemente no durante un buen largo tiempo.

—Espero que la perdones pronto.

—No creo poder hacerlo tan rápido. No puedo considerarlo aún. Ella y James siempre han sabido que Marcos estaba ahí. ¿Cómo permitieron que yo fuera a trabajar a la misma empresa de la cual él era dueño? ¿Cómo pudieron creer que era buena idea? Ese hombre nunca ha estado en mi vida, nunca ha estado para mí. No sabe cuándo me salieron los dientes, nunca ha estado en un partido deportivo ni tampoco ha visto cuando entré a la universidad, ni cuando me gradué con honores. ¿Ahora viene, aparece y quiere hacerme creer que soy importante para él?

—Nena, creo que no le has dado la oportunidad de intentar hacerte creer nada.

—Se ha preocupado por mí, porque sabe que le tengo miedo a las tormentas. ¿Crees que eso es suficiente? ¿Él cree que, porque se preocupó por estar con una tormenta en una isla desconocida, va a compensar los veintiséis años de ausencia?

Su amiga le dio un trago al vino rosado y cerró los ojos, degustándolo, y haciendo como si gimiera teniendo un orgasmo.

Sophia hizo lo propio y le dio un trago, seguido de otro, le gustó el calor con el que bajó el vino por su boca y su garganta, le dio otro trago más y al abrir los ojos, Aria la miró sorprendida.

—No quiero salir contigo a hacerte un lavado de estómago, así que contrólate. Quién sabe si después de esto nos vamos por ahí y nos follamos a unos cuantos tipos llenos de tatuajes y mala cara. —Sophia comenzó a toser y un poco de vino salió por su nariz—. Vale, creo que tú ya estás seleccionada amiga y de ahí vas con velo para el altar. —Su amiga comenzó a carcajearse y Sophia se quedó muda.

—¿Crees que yo me casaré con Leo?

—Por lo que veo, sí. Es el único hombre que te ha sabido mover el piso y que te lo ha hecho bien…

—¡Dios mío! ¡Todo lo tuyo gira en torno al sexo!

—Sabes que siempre he estado de acuerdo en que las personas se conozcan antes de meterse bajo un mismo techo, sin saber si lo tiene grande o pequeño…

—¡El tamaño no es lo que importa! —le dijo Sophia casi perdiendo los papeles. Su amiga era todo un personaje alocado y disparatado.

—¿Eso qué quiere decir que Leo tiene un mini pene?

—¡Dios mío, no! ¡Lo tiene bastante grande! —se le escapó y se puso colorada ante el comentario tan desvergonzado, definitivamente su amiga sacaba lo peor de ella.

Siguieron tomando y charlando por largas horas hasta que dieron las dos de la mañana y ambas mujeres se tiraron en la cama.

Aria se puso una de las pijamas limpias de Sophia, y al cabo de un rato se durmieron.

***

El sonido de una puerta la despertó, sacudió la cabeza intentando acostumbrarse a la luz del día, el ventanal había quedado abierto y recordó la historia cuando se le cayó el vibrador y Leo lo recogió como si lo hubiese lanzado a propósito para que él lo agarrara. Aquello parecía tan lejano ahora, y tan solo había pasado poco más de una semana.

¿Quién podría ser?

No había encendido las luces de la habitación y, por consiguiente, se tropezó dándose en el dedo pequeño del pie con la silla que tenía al lado de la mesa, donde Aria solía maquillarla y donde los papeles que consideraba importantes, estaban organizados en un anaquel de metal.

—¡Maldición! —exclamó y se mordió los labios automáticamente, pues su amiga seguía acostada durmiendo, roncando como un lirón.

Se sentía mejor, debía reconocerlo. Había estado enfadada por haberse enterado que Marcos era su padre, al menos sospechado, no fue hasta la noche anterior cuando su madre lo confirmó y aquello le partió el corazón en dos mitades.

No era doloroso solo el hecho de saber que su padre estaba tan cerca de ella, sino que mediante mentiras había vivido toda su vida.

Caminó hacia la sala y vio que las luces estaban encendidas, ambas habían estado tan tomadas la noche anterior que ni siquiera se había preocupado por apagar las bombillas en el techo.

—¿Qué clase de persona llega a ver a alguien a esta maldita hora de la mañana? —murmuró justo antes de abrir la puerta.

—Buenos días, dormilona —la saludó Leo y se acercó para darle un beso en los labios, ella se retrajo y dio un paso atrás.

—Buenos días —respondió pestañeando intentando acostumbrarse a que Leo era algo más que un compañero de trabajo. Aún estaba adormilada y su cerebro parecía estar de vacaciones—. Acabo de despertarme, perdona.

—Deja que te dé un beso entonces de buenos días, Pelirroja.

—Aún no me he cepillado los dientes —se cubrió la boca con una de sus manos y negó enfáticamente.

—Pasamos una semana entera, Sophia, dentro del mismo bungalow. ¿Ahora te vas a poner remilgada? Creo que he olido todo de ti.

—No has olido nada de mí.

—¡Oh sí! ¡Ya sé cómo te huele la boca en las mañanas y ahora distingo el sutil olor a vino!

¿Estabas tomando anoche?

—¡Ay! No hables tan fuerte. Entra ya —exclamó ella—. Comienzas a abrumarme. ¿A qué se debe tu visita? Anoche me quedé esperando que vinieras o me llamaras y nunca llegaste.

Leo subió una bandeja de cartón donde había dos huecos que ocupaban dos vasos con café.

—Te he traído medicina para despertar. Supongo que hoy no tenías ganas de ir al trabajo y he pasado antes de irme. Anoche se me complicó un poco venir.

—¿Qué día es hoy?

—Es lunes, nena.

—¡Lunes! —exclamó y miró a todas partes en la sala.

—¡Maldita sea debo ir al trabajo!

—Creo que Marcos va a entender si no vas hoy. Apenas acabas de llegar.

—Llegué ayer, estoy bastante descansada.

—¿Te has visto en un espejo?

—¿Me estás llamando fea? ¿Quieres que terminemos antes de empezar?

—Creo que hace días que comenzamos, Sophia. Ya es tarde para arrepentimientos.

—Bueno, me alegro que digas eso, porque hoy vamos a ir a ver a mi madre.

—¿Vamos? ¿Irás con Aria?

—No, tonto. —Ella se acercó a él y le quitó la bandeja de cartón, le plantó un beso en la boca, pues se daba cuenta que no tenía caso negarse si pretendía llevar a su relación a otro nivel, debía comenzar a dejar las vergüenzas con él—. Tú y yo iremos donde mi madre, vas a conocerla.

Leo frunció el ceño confundido y ella dejó la bandeja sobre el desayunador, se puso las manos en las caderas y lo miró curiosa.

—¿Le tienes miedo a mi madre?

—No la conozco. No puedo tenerle miedo a alguien que no he visto nunca.

—Pues por ende, vas a ir conmigo hoy. Necesito… —lo pensó un momento, buscando la palabra adecuada—… digamos que necesito algo de apoyo emocional.

—¿Aria no puede ir contigo? —aquella negativa le sentó como un cubo de agua fría.

—Sí, supongo que sí. Creo… Creo que ella puede ir conmigo —tartamudeó. Hacía un momento había dicho que no había lugar para arrepentimientos, ¿por qué entonces se mostraba como si le incomodara ir a visitar a su madre o como si le molestara acompañarla?

—No quiero quitarte más tiempo. Gracias por el café. Nos vemos más tarde —le sonrió y luego agregó—. Si quieres, claro.

Leo se acercó a ella, estaba vestido con traje, corbata y chaleco. Tan hermoso y pulcro como siempre. Llevaba una camisa azul cielo que enmarcaba todo su cuerpo y lo sellaba como un guante, estaba segura que debajo llevaba una franela blanca y un pañuelo destacaba en su en su traje.

—No te pongas así. No hagas pucheros, quiero ir contigo, pero tengo un compromiso previo.

Aquello le causó curiosidad y así se lo hizo saber.

—¿Previo? ¿Hiciste un compromiso de anoche a hoy? ¡Son apenas las ocho de la mañana!

Miró a todas partes intentando localizar la hora, pero sus ojos la traicionaron.

¡Maldito sueño y resaca!

—Deben de ser menos de las ocho de la mañana, pero anoche quedé con alguien.

—¿Con quién has quedado? Si puedo saber.

—No te pongas celosa. He quedado con… —Leo se quedó en silencio un momento y pareció pensar si debía decirle o no con quién había quedado.

—¿Con quién quedaste, Leo? —Se cruzó de brazos y lo miró con las cejas levantadas—. ¿Con quién vas a verte?

Por un momento pensó que él no le diría.

Él no tenía por qué hacerlo.

Apenas comenzaban la relación y ella lo estaba cuestionando.

Iban muy rápido y debía tener cuidado. No deseaba estropearlo.

Pero la mujer celosa había tomado posesión de su adormecido cerebro.

—No me gusta el interrogatorio, pero te calmaré las dudas. He quedado con Sasha.

—¿Sasha? ¿Y esa quién diablos es?

No pudo evitar sentir celos de inmediato.

¿Sasha? ¿Sasha?

El nombre le resultaba un poco conocido, como si lo hubiese escuchado antes. De repente, a su memoria llegó el recuerdo del día de la tormenta, él había pronunciado ese nombre, Sasha.

¿Sería una ex? ¿Por qué había quedado con ella? ¿Era la mujer que lo había llamado y que había gritado cuando le preguntó con quién estaba?

—¿Quién es ella? ¿Es una antigua novia? ¿Es una ex? No creí que fueras hombre de tener ex con las cuales mantuvieras contacto.

Lo cierto era que no había creído que él tuviera ex de ningún tipo.

Bastante claro le había dejado que no deseaba tener una relación.

¿Le había ido mal?

¿Una infidelidad?

¿La seguiría queriendo aún después de haber terminado?

¿Aún ahora estando con ella?

—Creo que todos tenemos a alguien en nuestro pasado. No quise decirte antes que era una ex para no suscitar precisamente a este cuestionamiento.

—No hay ningún… —ella se detuvo. Él no tenía idea de todas las preguntas que habían surgido a raíz de saber que iba a verse con esa ex—. Espero que esté precisamente allí, en el pasado —añadió para dejar de sonar tan intensa.

Él sonrió y sus ojos brillaron.

—Sophia McAdams, estás celosa. Celosa de una mujer que ni siquiera ha visto.

—¡Cállate!

—¡Me encanta verte así! —Ella se sonrojó y él se acercó y le plantó un sonoro beso en los labios—. Amo que te veas así. —Las manos de Leo recorrieron su cintura y subieron hasta sus pechos, los apretó suavemente por encima de la tela de la blusa de tirantes y sus pezones se endurecieron de inmediato—. Amo que te pongas celosa. —Él comenzó a dejar besos sobre su cuello, bajando despacio, sacó uno de sus pechos y con rapidez lo metió en su boca, comenzó a chuparlo y de la boca de Sophia se escapó un gemido.

Ella le pasó las manos por el cuello y le agarró el cabello.

Iba a volverla loca. Su vientre palpitó deseoso de que él le presta la atención también a su sexo caliente. No había nada mejor que el sexo en la mañana, lo había disfrutado cada día mientras estuvieron en República Dominicana.

Ella volvió a gemir y Leo dejó su pecho por fuera de la blusa de pijama y subió hasta su boca, volviendo a besarla, esta vez más profundo, introduciendo su lengua y mordiendo su labio inferior. La agarró del cuello y la pegó al desayunador. Ella sintió su erección y aquello la hizo gemir otra vez.

—Quítate los pantalones y cógeme ahora mismo.

—¡Vaya! ¡Amo que estés así! Me encanta tenerte tan dispuesta, pero voy a llegar tarde y Marcos está esperándome allá abajo.

—¿Está esperándote? —Ella dejó de besarlo y se echó la cabeza hacia atrás.

—Digamos que tomamos mucho anoche y él no ha podido irse a su departamento. Debes hablar con él…

—No voy a hablar con él. Iré donde mi madre primero.

—Él ya sabe que tú lo sabes, pero no sabe qué yo fui quien te lo dijo.

—Por más amante que sea a los trabalenguas, esta vez no me hace gracia.

—Sophia…

—Vaya forma de matar las ganas de alguien —murmuró, se introdujo otra vez el pecho por dentro de la blusa y soltó un suspiro apesadumbrado—. Vete antes de que él suba, porque no me haré responsable si lo veo ahora mismo.

Su mañana se había visto completamente arruinada al pensar que Marcos estaba tan cerca.

—No quiero molestarte, nena. Solo quise dejarte claro que si por mí fuera, te cogía aquí mismo, no me importa si tú estás con alguien más.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que estoy con alguien más?

—Hay dos copas y tres botellas de vino vacías. He de asumir que no te cansaste de usar una copa y pasaste a otra más limpia.

Sophia sonrió.

—Muy observador, Leoncito.

—Si gustas, espérame para ir donde tu madre. Quiero apoyarte. Necesito que entiendas que estoy para ti, no importa lo qué suceda, no importa lo que decidas hacer, en algún momento vas a tener que enfrentar a Marcos. Estaré aquí para ti a cualquier hora. Eso no va a cambiar jamás.

—¿Qué te dijo él anoche? —No pudo evitar preguntar.

—Vamos a dejarlo para después, ahora tengo que irme. Él debe pasar por su departamento antes para ducharse y es probable que yo tenga que llegar a la empresa primero antes que él. Tengo muchas cosas con las que quiero ponerme al día. Debo hacer el informe sobre el hotel.

—No investigamos nada.

—Tal vez tú, pequeña tramposa y dormilona, no investigaste nada, pero observé lo suficiente y tengo bastante información para presentar un informe. Quizás no como lo hubiese hecho yendo solo, pero a mí la compañía tuya me ha fascinado. Prefiero mil veces tenerte para mí que concentrada trabajando pensando en otra cosa. —Él acarició su labio inferior tiernamente —. Quita esa cara de tristeza, todo va a salir bien.

—Tú no lo sabes.

—Lo sé. Estoy junto a ti. Desde que estás a mi lado, las cosas me están saliendo bien. —Ella le dio un beso en los labios, emocionadísima por escucharlo hablar así y referirse de forma tan tierna con respecto a ella.

—Te quiero, Leo Sandoval. Te quiero demasiado.

—Yo también te quiero, Sophia McAdams, pelirroja demente y celosa. —Ella sonrió y se pegó a su boca y volvió a besarlo.

Si no lo dejaba ir ya, terminarían pasando dos cosas: haciendo el amor encima del desayunador y Marcos tocando la puerta quince minutos después para sacar a Leo a rastras.

Por más tentadora que fuera la primera opción, no quería ver a Marcos en ese momento.

—Nos vemos en la tarde. Creo que iré con Aria a ver a mi madre.

—Qué tengas un lindo día, tesoro. Llámame cuando termines, a lo mejor puedo pasar a buscarte. —Le dio un beso y su corazón se quedó con el calor de sus palabras mucho tiempo después de él haberse ido.

Definitivamente de ahí se iría con velo al altar.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Aria y Sophia llegaron a la casa de Moira McAdams pasada las doce del mediodía, se habían detenido almorzar antes de llegar, Sophia no quería pasar mucho tiempo en la casa que había amado tanto. Se encontraba entre la espada y la pared. Sus sentimientos, su amor por su madre y por James, le impedía odiarlos por completo.

Odiar. Esa era una palabra que jamás pensó utilizar con su familia. Ellos dos eran la única familia que tenía y ahora se debatía entre perdonarlos, escucharlos o simplemente arremeter contra ellos por haberle mentido durante años.

¿Qué habían ganado con todo aquello? Esa era una de las preguntas que se había estado haciendo durante todo el trayecto.

¿Qué habían conseguido al ocultarle que Marcos era su padre? ¿Cuántas veces, de niña, ella había preguntado dónde estaba su padre verdadero?

Sabía que James era su padrastro, siempre lo supo, su madre no la obligó a llamarlo papá y él tampoco se lo pidió, aunque él fuera la figura paterna con la que creció y lo consideraba su padre, sabía que era otro con el que su madre la había concebido.

—Todo estará bien —le repitió su amiga al bajarse del taxi.

—Eso espero —murmuró ella mientras se colgaba la cartera y guardaba el celular dentro de esta.

Llevaba puesto unos vaqueros de color rojo, unas botas marrones que le llegaban a la mitad de las piernas y una blusa beige con las mangas largas. Aria, en cambio, había ido a ducharse a su departamento, llevaba un vestido corto muy por encima de los muslos. día que den haber sido porque debajo tenía unas leggins acolchadas en algodón que cubrieron sus piernas y unas botas negras que también la protegían del frío. Poco a poco se detuvieron frente a la puerta y su amiga le puso una mano sobre los hombros y la apretó suavemente.

—Trátalos con calma, ya saben que vienes. Ellos solamente querían lo mejor para ti, no comiences a expulsarlos sin haber escuchado nada.

—Estás aquí para ser mi apoyo no para defenderlos.

—Tampoco soy la responsable de tu desgracia —le dijo mirándola con las cejas enarcadas.

—Hasta tú misma admites que es una maldita desgracia.

—No pongas palabras en mi boca —refunfuñó Aria, haciéndose la ofendida—. Ya sabes a lo que me refiero, deja tu bobería para cuando llegues frente a tu madre.

En ese momento la puerta se abrió, su madre abrió los ojos de par en par y estos se iluminaron para luego pasar a la tristeza, todo en fracción de segundo, allí estaba el dolor que ya había escuchado en la llamada telefónica el día anterior, era inminente hablar sobre el tema.

Su mamá la saludó, luego se retorció las manos y Aria las miró de una a la otra.

—¡Ay por él amor de Dios! —exclamó debido a la estupidez de su amiga. Abrazó a su madre y esta le devolvió el gesto, pero sin quitarle los ojos de encima a Sophia, la cual se cruzó de brazos y apretó los labios. No iba a ponérselo fácil, amaba a su madre, definitivamente odiar no iba a ser la palabra que emplearía para definir su relación con la persona que había dejado todo para darle una mejor vida pero tampoco iba a dejárselo tan sencillo; le había mentido por años, por toda su vida, debía darle una buena explicación si quería que las cosas volvieran a su cauce.

—Moira, ¿Quién es?

Escuchó la voz de James y se preparó para la misma cara de sorpresa que había puesto su madre.

—Son las niñas. Ya llegaron.

Aria era considerada en la casa de su madre como una hija más, conociéndose desde la universidad, más de cinco años visitándose la una a la otra y pasándose fines de semana, habían pasado por demasiado juntas y su madre lo sabía.

—¿Pero solas o acompañadas? —gritó James.

—Están solas —su madre le hizo señas—. Te extrañé —le dijo dándole un beso en la cabeza.

Aria era un poquito más alta que Sophia, por ende un poco más alta que su madre, ambas mujeres eran como dos gotas de agua, muy semejantes, tanto en el color del cabello como en el tamaño.

La casa estaba tal cual la había dejado meses atrás, cuando había ido por última vez, los sofás de color marrón claro con cojines de todos los colores iluminaban la estancia, su madre era fanática de colores vivos, de colores brillantes que levantaran el ánimo. Se sentó en el sofá y Aria la miró preocupada.

Su madre se disculpó y fue a buscar a su padrastro, las cosas estaban pasando muy deprisa, la situación se le estaba escapando de las manos, había preparado todo un libreto con tal de hacer todas las preguntas necesarias; según Aria, lo ideal hubiese sido tomar una agenda y ayer escribir cada una de las cuestiones que necesitaba que fueran respondidas.

—¿Qué estás haciendo? —le susurró su amiga sentándose en el sofá junto a ella, sus piernas casi se chocaron, Aria tenía muy poco entendimiento sobre los límites físicos, por más que había intentado que entendiera que no era correcto abrir la puerta de la habitación mientras ella estaba desnuda vistiéndose, su amiga no había entendido ni una sola palabra.

—¿Cómo que qué estoy haciendo? Estoy esperando para que ambos se sienten y comenzar a bombardearlos con preguntas.

—No puedes comenzar a bombardearlos con preguntas. ¿Por qué no haces un café, un té o te metes una botella de vino de un solo trago?

—¿Cómo voy a beber una botella de vino de un solo trago?

—Ya ves por qué no pensaste en el café, creo que estás más nerviosa de la cuenta —su amiga se rio y le dio unas palmadas en el muslo—. Debes relajarte, son tus padres, por el amor de Dios, están contigo desde que naciste, desde que echaste los dientes, desde que tu cabello se cayó y volvió a nacer… No me digas que te sientes incómoda con ellos, te mintieron, sí, es cierto, pero estaban ahí en todo momento, no puedes obviar el hecho de que ambos te aman y te han intentado dar lo mejor del mundo. — Se lo tuvo que reconocer a ella, avergonzada—. Entonces si lo sabes ¿por qué estás haciendo las cosas más difíciles? ¿Por qué no le preguntas simplemente sobre Marcos? Dile que te hablen sobre él. Diles que te expliquen por qué no te contaron sobre su existencia y por qué te hicieron trabajar con él en Mega Inversiones.

—Lo haces ver tan fácil —murmuró echándose el cabello hacia atrás y sacando del bolso una coleta para amarrárselo en una cola. Estaba incómoda, las manos le sudaban y en los pies comenzaban a molestarle los botines.

—La vida no debe de ser difícil. Tú no debes hacer tu propia vida difícil. Sí, fallaron, pero están aquí, tienes la oportunidad de tenerlos. ¿Sabes cuántos hijos quisieran ver a sus padres otra vez? Al menos, por una sola vez más, tú los tienes a ambos. ¿Es malo? Te tocó la buena suerte de tener a tres padres. Yo tengo dos y ninguno de los dos sirven.

—No lo digas así, sabes que ellos te quieren.

—Sí claro, quieren verme bien lejos de ellos —su amiga dijo sarcástica y Sophia no pudo rebatir aquello.

El matrimonio Douglas definitivamente era un matrimonio dispar e incomprensible, uno que había concebido a una hija que habían mandado a estudiar al extranjero, luego a un internado, y por último, pagado una universidad bastante costosa. Aria paso pocos veranos en casa, siempre yendo de familia en familia, a casas a orillas del lago, a París a Bélgica, siempre lejos de ellos. Quizás por eso Aria era de esa forma tan explosiva y liberal, porque para ella nada tenía un valor especial.

—Hola, chicas —saludo James ya entrando a la sala. Ambas se levantaron y Sophia miró a su padrastro de arriba abajo. Llevaba unos pantalones cortos y unas medias hasta las rodillas, iba descalzo y usaba un abrigo grueso que le cubría hasta las muñecas; se notaba cansado, su cabello comenzaba a hacerse cada día más claro y sus ojos, de un verde casi gris, tenían unas pequeñas arruguitas en las comisuras; sus labios eran finos y su nariz aguileña.

—Hola, James ¿cómo éstas?

Sophia quiso saludarlo como siempre lo había hecho, pero se contuvo, se quedó allí, de pie,

mientras observaba cómo Aria no le daba importancia a su recelo y se acercaba a su padrastro, abrazándolo fuertemente y volteándole el cabello canoso.

—No seas traviesa, niña. —Su padrastro alejó a su amiga y esta hizo un puchero fingido, el cual dio rienda suelta a una carcajada.

—Te me estás poniendo viejo, James, si sigues así Moira no va a quererte en la casa y te va a tirar toda la ropa a la calle, seguida de tus zapatos y tus medias de colores.

Él le restó importancia. Sophia sintió los ojos de su madre sobre ella y miró detrás de James; ella estaba recostada del arco que dividía la sala de estar de la cocina, se acercó a ella caminando despacio y de ahí se quedó con Aria, hablando sobre posibles contrataciones que tenía próximas a recibir. Su amiga estaba mezclada con el tema de la moda y el diseño y ella estaba bastante orgullosa de lo que Aria estaba logrando en tan poco tiempo.

Su madre no dijo nada al verla acercarse, dio media vuelta y sacó un vino que estaba guardado en el refrigerador, busco dos copas en la vitrina y le sirvió una, se la extendió y Sophia la tomó entre sus manos, en silencio.

Se quedaron allí por largo rato, ninguna de las dos dijo nada, solo mirando el contenido de la copa y levantando la vista de vez en cuando; se terminaron el contenido pasado varios minutos y Sophia se acercó para tomar la botella.

—Él no es un hombre malo como tú puedes creer —le dijo su madre, acabando con el silencio definitivamente.

Sophia no se sirvió vino, se recostó del refrigerador y miró a su madre a los ojos.

—No es un mal hombre, estoy segura de que es probable que sea el mejor hombre del mundo, pero no fue el mejor padre, las circunstancias hacen que los jóvenes tomen decisiones que en ese momento consideran las adecuadas.

—Lo estás excusando, veintiséis años después estás excusando al hombre que te dejó criarme sola.

—Hay muchas cosas que no entiendes, Sophia. ¿Quieres que te hable como adulta o prefieres que…

—Háblame como quieras, háblame cómo desees, pero dime qué pasó… Dime cómo es que mi padre aparece de la nada.

—Siéntate entonces —su madre le indicó la silla de la mesa en madera y ambas mujeres tomaron asiento—. Él no apareció de la nada, siempre estaba allí, solo que tú no lo sabías.

—¿Por qué nunca lo vi, entonces? ¿Por qué nunca se acercó? Tengo veintiséis años, mamá no me hables con mentiras… Él nunca ha estado…

—Siempre estuvo, Sophia, solo que tú no lo viste. Ese fue el trato que hicimos, cada mes yo

le enviaba nuevas fotos, él venía de vez en cuando a la casa a verte jugar a lo lejos, jamás entró, no quería confundirte. Fue algo que acordamos para que pudiera estar en nuestras vidas, en tu vida, y aceptar el negocio que Marcos le había propuesto.

—¿Negocio? ¿Qué negoció?

—Criarte como si fueras su hija.

—Pero Marcos y James se conocen de la universidad, eso fue lo que él me dijo cuando me recomendó en Mega Inversiones.

—No, cariño. —Su madre frunció el ceño y la miró avergonzada, el sonrojo se colocó en sus mejillas y ella se recostó en la silla, agachó la cabeza y cerró los ojos. Sophia vio sus labios apretados y quiso consolarla, a que ella parecía resultarle difícil, pero necesitaba que terminara de hablar, quería escuchar toda la historia, necesitaba saber la verdad, aún si su madre sufría al contar, necesitaba saber todo y así estar tranquila de una vez por todas.

—¿Cómo es que no es un compañero de la universidad? ¿También en eso han mentido? ¿Quién es James, entonces? ¿Cómo es que conoció Marcos? ¿Cómo es que aceptó ese supuesto trato?

—Tu padre quería que tuvieras una figura paterna, que tuvieras un hombre que te cuidara, que velara por ti, que te representara. Aunque no lo creas, Marcos es un hombre muy…

—¡Qué dejes de defenderlo, mamá! No lo defiendas más —su voz tembló, pensó que iba a echarse a llorar, pero contuvo el llanto, no iba a hacerlo, no hasta terminar de escuchar todo. No iba a ser débil, por primera vez le rogó a su cerebro que controlara a sus emociones, no podía ser débil, necesitaba aguantar y escuchar todo.

—Él es el hermano de Marcos, es tu tío, James es tu tío.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Leo Sandoval

—¡Qué bueno que llegaste! —le dijo Sasha desde que lo vio entrar.

—Vamos a acabar con esto rápido. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Para qué me llamaste?

—Necesito hablar contigo. —Leo tomó asiento frente a ella y cruzó las manos sobre la mesa.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Algo de tomar? ¿Vino? ¿Un whisky? Sé que te gusta el borbón.

—Mientras más rápido podamos hacer esto, mucho mejor será. Necesito volver a trabajar, no voy a tomar alcohol tan temprano.

—¿Tan temprano? —preguntó Sasha sorprendida—. Eso nunca ha sido un parámetro para ti. La hora del día y lo que tomábamos cuando nos veíamos tú y yo...

—Ya no hay un tú y yo. Es bueno que comiences a asimilarlo desde ahora. Las cosas han cambiado.

—Sí, ya me doy cuenta. —Ella hizo un puchero, que en otro momento lo hubiese derretido y tumbado todas sus barreras, pero en aquel momento, le causó... nada.

Definitivamente las cosas habían cambiado entre ellos.

Sasha seguía teniendo el mismo cabello rubio platino que la hacía lucir como una *Barbie*, con grandes ojos grises, pestañas tupidas, piel bronceada y tersa. Una mujer de revista y llena de retoques del cirujano.

Antes aquello no le había molestado, pero ahora, después de conocer a Sophia, le parecía tan falso que le irritaba saber que había tenido una relación con alguien tan artificial.

—Dime qué quieres. ¿Para qué me citaste?

—¿Por qué viniste o qué buscas aquí?

—¿Qué es lo que quieres de mí? —Leo frunció el ceño. ¿A qué estaba jugando? Ella lo había citado, diciendo que tenía algo muy importante que decirle y él, para intentar terminar con ella de una vez por todas, había decidido asistir—. Creo que tú eres la que no me estás entendiendo. Tú me citaste. Tú hiciste que viniera.

—Yo no te obligué —ella sonrió y sus dientes perfectos y blancos iluminaron su rostro.

—Bien. Ya entiendo. Como ninguno de los dos quiere estar aquí, yo me retiro. —Leo se levantó de la silla y ella extendió una mano rápidamente y sus ojos se agrandaron brillantes.

—Por favor, quédate —le rogó. Leo quitó la mano de ella de encima de la suya—. Perdona, es que me ha causado conmoción verte.

Las personas comenzaron a mirar hacia su mesa

Parecía la típica escena en la que había un rompimiento y la mujer le rogaba al hombre no irse.

No había sido menos de ahí. Lo cierto es que Sasha le había sido infiel y él se sentía tan poca cosa que seguía cayendo en su red. Aun meses después de su infidelidad, siguió acostándose con ella porque no sabía qué más hacer, cómo negárselo, cómo continuar con su vida. Le había contado todos sus defectos, debilidades, todo sobre él, y aun así ella le había sido infiel, buscando una persona que satisficiera sus necesidades económicas, más que las físicas.

Precisamente después de terminar con Sasha y ver lo estúpido que había sido al confiar en una mujer, se hizo la vasectomía.

¡Joder! ¿Cómo diablos pudo ser tan impulsivo? No habérselo dicho a Sophia aún, era terriblemente egoísta y estúpido.

Era un cobarde.

Esa mujer estaba segura que él era el hombre con el que quería pasar el resto de su vida. Lo veía en sus ojos, y aunque ella no había pronunciado las palabras, sabía que tarde o temprano tocarían el tema de los hijos

Su relación iba avanzando demasiado deprisa, no sabía en qué quedaría la relación de ella con Marcos, y por consiguiente, si se vería afectada la de él mismo con su jefe, pero no iba a dejar a Sophia, eso lo tenía bastante claro.

Solamente quedaba definir cómo encajaba Marcos en todo aquello y su puesto en la empresa.

Leo volvió a tomar asiento.

—Hazlo rápido, por favor. ¿A qué viene todo esto?

—Tenemos tiempo sin hablar.

—Menos de un mes —le recordó él. Lo triste era que casi había caído en su red y casi termina acostándose con ella.

—Hace un mes querías verme. ¿Qué cambió? Ahora me dices que tienes una mujer. ¡Eso es estúpido! ¡Es ridículo! ¡Tú no eres un hombre de comprometerse!

—Lo dice la mujer con la que casi contraigo matrimonio.

—Ya sé... —las palabras murieron en sus labios y miró hacia otro lado evadiendo su mirada —. Son cosas del pasado.

—¿Así le llamas a tu infidelidad? ¿Cosas del pasado? Por cierto, ¿cómo está Greg?

—Está bien. Está de viaje en Alemania —le dijo ella sin disimular su disgusto.

—¿Por eso querías verme? ¿Por eso me citaste? ¿Para qué? ¿Para que te mate las ganas? Ya no voy a hacer nada más. Ya te lo dije, estoy con alguien.

—¿Es importante para ti? ¿Ella vale la pena?

—Vale mucho más que tú —dijo con saña y deseo de lastimarla.

—Leo, jamás creas que una mujer es diferente a otra solamente porque se mueve diferente en el sexo —ella sonrió sarcástica y le hizo señas a un camarero, el cual llegó de inmediato—. ¿Me trae una botella de prosecco? Santa Margarita, por favor.

El hombre asintió y se retiró.

—No voy a tomar. Tengo que volver al trabajo.

—Sí, eso ya lo dijiste. Me da igual si te quedas. Ya he visto lo que necesitaba.

—¿Me estabas poniendo a prueba? ¿Qué diablos quieres conmigo? Ya te lo he dicho, lo nuestro se terminó y he venido hasta aquí para que me veas a la cara, para no hacerlo por teléfono, para que dejes de escribirme. Se acabó, el tú y yo ya no existe. No hay un nosotros.

—Ya lo veremos, cariño...

—No —la interrumpió él, borrando la sonrisa de ella en automático—. No vamos a ver nada. Vas a dejar de buscarme. Vas a dejar de llamarme. Estoy con alguien que sí vale la pena...

—¿Le contaste a ella que no quieres tener hijos? ¿Le dijiste ya que tomaste la decisión por despecho y que ahora no puedes tener hijos? —Leo contrajo el rostro y ella supo la respuesta—. Por tu rostro me doy cuenta que no. Vamos a ver qué dice la princesa cuando sepa que el hombre que ama no puede darle una familia.

—Eso no es asunto tuyo. Disfruta tu prosecco. —Leo se levantó de la silla y caminó de regreso a la salida. No iba a aguantar un segundo más. Pero entonces, una espinita se clavó en su consciencia. Se devolvió para decirle una cosa más. Algo que le estaba apretando el pecho y que iba a explotar si no lo decía en voz alta. Se agachó frente a Sasha y ella abrió los ojos, sorprendida por la invasión de espacio—. Ella no es como tú. Ella es diferente y no me importa si ella desea tener hijos, soy capaz de hacer lo que sea con tal de hacerla feliz. Por ella soy capaz hasta de adoptar, algo que contigo jamás quise hacer. Por ti jamás haría ni lo mismo, ni la mitad, de lo que haría por Sophia.

—Vete a la mierda —susurró ella—. Vete al jodido infierno. —Sus mejillas se sonrojaron y él vio cómo tuvo la delicadeza de humedecerse los ojos, iba a llorar, quizá de rabia, quizás porque le había magullado su orgullo, o tal vez porque realmente le dolía el saber que lo estaba perdiendo.

No le importó que llorara, podía derramarse en llanto y ponerse a patalear. Ella le había hecho eso a él y mucho más. Lo había destrozado con su infidelidad y traición.

—Ya estuve en el maldito infierno, porque tú me mandaste ahí cuando me fuiste infiel. Pero ella me sacó y me hace feliz. Ahora es tu turno de irte al jodido infierno. Espero que te pudras ahí. Espero que te jodas y que te jodan como tú lo hiciste conmigo.

—Leo...

—No vuelvas a llamarme. No me busques, no quieras verme nunca más. Procura olvidar mi maldito número de teléfono y borrarme de tus contactos. Estoy hasta la madre de ti y no vas a arruinar mi relación con ella. —Él se enderezó y la miró despectivo. Por fin la había sacado de su maldito sistema—. Ahora sí, disfruta tu maldito prosecco.

Se fue con la cabeza en alto. Se arregló la camisa suavemente, aunque sabía que estaba perfecta. La ropa que se había puesto en esa mañana le quedaba como un guante, bien y medida, digno de un maldito rey.

Sonrió al recibir la brisa fresca de la mañana, aquel iba a ser un buen día.

Esa noche se sentaría con Sophia y le contaría lo de su vasectomía. Tenía treinta años, no era el fin del mundo, tenían opciones, siempre había opciones. Si ella le molestaba que él no pudiera ser capaz de darle hijos, por ella sería capaz de lo que fuera.

Se montó en su vehículo y emprendió el camino hacia Mega Inversiones.

A lo mejor ya Marcos había llegado. No sabía cuánto tiempo le iba a tomar el hablar con Sasha, por eso le había dicho a Sophia que se fuera con Aria a ver a sus padres, así él tenía tiempo de hablar con Marcos y prepararlo para lo que iba a encontrarse con Sophia: una verdadera pared. Una jodida pared de concreto, una que estaba enojada, y deseosa de aplastarlo.

Más le valía estar preparado para lo que le caería cuando se enfrentara a esa pelirroja.

Y luego que Dios se apiadara de él para cuando le contara que no iba a poder darle los hijos que él sabía ella deseaba.

Maldita fuera Sasha por colocar esas dudas en él sobre su pelirroja.

Rogaba al cielo que ella fuera igual de comprensible como él pensaba.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Sophia sintió que le faltó el aire, sus ojos se agrandaron y su madre la miró, difícilmente pudiendo ocultar la vergüenza, y el trabajo que le costaba pronunciar aquellas palabras.

¡Eso era imposible! ¡Debía de ser una broma cruel!

¿James su tío? No. Eso no podía ser cierto.

—¿Que dijiste, mamá? ¿Cómo es que...? Pero es que...

—Lo siento, nena. Lo siento, cariño mío.

—¡No me digas que lo sientes! ¡Te casaste el año pasado! ¡Te casaste con James! —gritó— ¡Es mi tío por el amor de Dios! ¡Dios! No puedo ni mirarte ahora mismo.

Sophia se levantó de la silla y se colocó frente al refrigerador, abrió y miró si había algo de alcohol. Necesitaba tomar algo que le quitara ese sabor a cobre en su lengua.

No encontró nada.

Se movió a los gabinetes, rebuscando entre ellos, moviendo cada botella. Encontró una de ginebra, la destapó y se pegó a ella, dio tres tragos hasta que sintió que se le rasgaba la garganta del calor que propagaba este destilado por su cuerpo.

—Soph...

—¡Maldita sea! —Tiró la botella contra la pared y los cristales se esparcieron por toda la cocina, su madre dio un grito y ella se cubrió la cara con las manos—. ¿Cómo pudiste? ¡Dios mío! Te desconozco, mamá. ¡Te casaste con él! ¡Dios, no quiero ni siquiera imaginar cómo se debe haber sentido Marcos al enterarse! ¿Cómo pudiste casarte con el hombre que era el encargado de cuidarme? ¡El maldito encargado de cuidar a la hija de su hermano!

—¡Sophia deja de gritarme! ¡Deja de tratarme como si yo fuera una cualquiera! —su madre habló por fin, pero casi no entendió nada de lo que dijo, su cerebro solo procesaba una idea en ese momento.

—¡Te casaste con su hermano! ¡Su hermano, mamá! ¡Es mi tío!

En ese momento, James y Aria se acercaron hasta la puerta y ambos miraron la escena completamente sorprendidos y anonadados.

—Sophia…

—¡Dejen de llamarme a mí! ¡Es su culpa!

—No se muevan —dijo James rápidamente y se acercó a ellas.

—Déjennos solas. ¡Váyanse! —le gritó a su padrastro y Aria ahogó un grito.

—Nena... —su amiga intentó tranquilizarla, pero su madre la interrumpió.

—¿Qué? ¿Eso qué? ¡Dime, Sophia! Él ha estado ahí desde siempre. Siempre ha estado con nosotras, cuidándonos, velando por ti. —Su madre se levantó de la silla, de repente comenzó a verla tan cansada, agotada, como una extraña. Sus ojos estaban cubiertos por unas ojeras horribles y sus párpados caídos, su pelo rojizo comenzaba a notarse canoso en las orillas y el azul de sus ojos empezaban a perder el color tan brillante que se asemejaba al de ella.

—¿Cómo pudiste, mamá? —volvió a preguntar—. ¿En qué estabas pensando?

—Vamos a calmarnos... esto... Necesito que te quedes quieta, Sophia. No vayas a cortarte…

—¡Tengo botas, joder! ¡No voy a cortarme!

—Lo quiero, Sophia —intervino su madre, acercándose a James—. Lo quiero demasiado.

—Moira... —Él caminó hacia ella para acortar la distancia que los dividía—. ¿Estás bien? —Su madre subió una mano y negó con la cabeza, se puso la mano en el pecho y casi corrió hacia ella dando largas zancadas—. Tranquila. —La abrazó y comenzó acariciar su cabello rojizo.

Sophia se recostó de la meseta y agachó la cabeza ocultando las lágrimas que comenzaron a caer por sus mejillas.

Aquello era irrisorio. Era ruin.

¿Cómo pudieron hacerle eso a Marcos?

De repente, su cerebro se frenó. ¿Acaso ella estaba defendiendo a Marcos? ¿Estaba defendiendo al hombre que la había abandonado de pequeña? ¿Cómo podía sensibilizarse con él cuando, precisamente él, era el que la había abandonado?

Aquello era estúpido. Era tonto sentirse mal por alguien que a ella no la había querido en su vida.

—Sophia... tú no sabes lo que es estar en mis zapatos. No sabes lo que es amar a alguien y no poder tenerlo... yo no pude quedarme con tu padre, no pude estar con él porque él no me lo permitió. Se enfrascó en trabajar...

—Moira... No tienes porqué...

—Sí. Sí tengo porqué —interrumpió ella a su padrastro—. Sí tengo, porque mi hija ahora mismo me odia. Cree que soy una cualquiera. Cree que me cogí a su padre y luego a su tío. ¡Yo no soy así! —El cuerpo de su madre tembló en los brazos de James y ella quiso golpearse con un martillo por ser tan insensible y provocar todo aquello—. Han pasado veintiséis años. ¡Veintiséis

años desde que tu padre me abandonó! Se quedó contigo hasta el parto, te vio nacer, te abrazó, te tuvo entre sus brazos y aun así tenía la estúpida idea en la cabeza de que necesitaba producir dinero antes que formar una familia. Yo me descuidé, estaba tan enamorada de él que no vi que solo le interesaba el dinero, él no lo tuvo de pequeño, ninguno de los dos tuvo una buena situación económica. Tu tío se enlistó en el ejército desde muy joven. Se fue, encontró el apoyo de alguien, pero tu padre no tuvo eso. Tuvo que valerse por sí mismo, tuvo que hacerse de una carrera bajo un sacrificio que tú jamás podrás entender, porque poco o mucho tuviste una madre que veló por ti.

–¿Qué veló por mí? ¡Me privaste de conocer a mi propio padre! ¡Te dije que quería saber quién era! Te lo pregunté durante años, cada día de mi cumpleaños te preguntaba por qué mi deseo no se cumplía, solo deseaba conocerlo. Evadiste mis preguntas. Me dejaste creer que yo no le interesaba.

—Porque no le interesaste, Sophia. No le interesaste como hija ni como persona. Porque Marcos solamente quería ganar dinero. Su familia ocupaba un tercer lugar. Estaba obsesionado con el trabajo, con lograrse un camino, con ser importante.

—¡Pues vaya que lo ha conseguido! ¡Ahora lo es!

—¡Sí, maldita sea! ¡Ahora lo es! —exaltada, su madre se deshizo de los brazos de su esposo y caminó hacia ella.

—Me hiciste trabajar con él, en su empresa, ahora es un hombre importante. ¿Y de qué sirve?

—Precisamente, ¿de qué carajos te sirve torturarte? ¡Es sólo un hombre! ¡Es el que te creo, no más de ahí!

—¿Así lo catalogas? —le preguntó cuando la tuvo enfrente. Los cristales crujieron bajo la suela de sus sandalias—. ¿Él dejó de amarme, mamá? ¿Él nunca me quiso? Así como dices estar segura de eso, porque hay cosas que no entiendo. Hay cosas que siguen sin congeniar. ¿Por qué aceptó tenerme en su empresa? ¿Por qué ayudarme? ¿Por qué preocuparse por mí ahora?

Sophia miró a su madre y se acercó a ella hasta que sus rostros casi se tocaron.

James la miraba como si fuera la responsable del dolor que su madre estaba pasando, pero no era así.

Ellos dos, mas bien, ellos tres habían ocasionado todo aquello.

—Dime, mamá. Mírame a los ojos y dime si Marcos nunca me quiso.

—No te quiso como un padre debe querer a sus hijos. No luchó por ti, porque sentía que debía tener dinero antes que estar contigo. Esa es la verdad. Me casé con James... —su madre guardó silencio y las lágrimas bajaban descontroladas por sus mejillas—... Me casé con James porque lo quiero demasiado, porque es el único que ha estado ahí para mí. ¿Crees que mandar un maldito cheque con dos mil dólares al mes compensa todos los años que no ha estado contigo?

¿Crees que pagarte la universidad lo libera de no haber estado en tu vida cuando eras una pequeña? Él se hizo con dinero y quiso suplir su falta cuando ya estabas en la secundaria, cuando tienes una vida aquí. Pues no, Sophia. No se lo permití, no dejé que llegara. No dejé que te buscara, por más que James me dijo que le correspondía y que lo merecía. Llegamos al acuerdo de eso, de enviarle fotos cada año, tres veces: tu cumpleaños, Navidad y verano.

—Le enviabas mis fotos. Por eso siempre te esforzabas en tomarme fotos. En mi cumpleaños con ropa nueva, él pagando mi ropa. Él me mandaba dinero. No era un padre ausente, mamá. Tú me negaste estar con él y eso no puedes evitarlo. No puedes evitar que crea que me negaste la oportunidad de conocerlo y ahora tengo veintiséis años y ya es tarde. Tú me lo negaste.

—Sophia —esta vez fue James el que intervino con voz gruesa y teñida de enojo y desaprobación. Ella conocía ese tono, muchas veces lo había empleado con ella cuando era una adolescente—. Estás en todo el derecho de odiar a tu madre o a mí ahora mismo, pero ella solo ha querido lo mejor para ti, se ha desvivido por ti. Ella nunca quiso aceptar el dinero, fui yo el que le dijo que lo hiciera. Mi hermano nunca ha sido una mala persona, solo estaba perdido y no tuvo quién lo ayudara. Él creyó que alejándose de ustedes dos podría tener un mejor futuro para darles y lo logró —James sonrió triste al hablar de su hermano y Sophia le hizo señas detrás de ellos dos para que viera lo apenado y en sufrimiento que ambos estaban—. El muy desgraciado lo logró.

—Lo único es que ya era tarde —dijo ella mirándolo a los ojos—. Cuando quiso regresar, tú ya habías ocupado su lugar, James. Te quiero, no sabes cuánto, pero es la verdad y no se puede tapar el sol con un maldito dedo. Tú te metiste en la vida de mamá, tú ocupaste un lugar en su corazón...

—No, Sophia. —James miró a su madre con una mirada llena de aceptación—. Nadie podrá ocupar el lugar de Marcos en el corazón de tu madre.

—James... —susurró su mamá poniendo la mano en el rostro de James—. No digas eso. Sabes que te quiero...

—Pero es la verdad. No me quieres como lo quisiste a él. Jamás lo has hecho. Te has acostumbrado a mí. Te acostumbraste a tenerme y sé que es cierto, me quieres.

—James, tú sabes que te quiero...

—¿Puedes decir que me amas? ¿Puedes decir que me amas como jamás has amado a nadie? —su madre se quedó en silencio y solo lo miró.

Ahí se dio cuenta Sophia de que era cierto lo que James decía.

Aún veintiséis años después, Moira McAdams, seguía amando a Marcos.

—No te preocupes, Moira. No tienes que decir nada. Lo he aceptado desde hace años. Cuando aceptaste casarte conmigo el año pasado, me hiciste el hombre más feliz del mundo. Jamás me hubiese negado a criar a la hija de mi hermano, es sangre de mi sangre. Es lo mejor

que pudo pasarme después de regresar de la guerra. No he querido nada más desde que volví.

—Yo...

Sophia no sabía que decir. Se sentía como una estúpida perra egoísta.

Era obvio que esas dos personas habían sufrido demasiado y, por consiguiente, la habían lastimado a ella con sus decisiones y deseos de protegerla.

Solo que no tenían por qué protegerla de alguien como Marcos.

Le habían negado la oportunidad de que él compartiera con ella de adolescente y ella le estaba negando la oportunidad de conocerla ahora de adulta.

Miró hacia la puerta, donde Aria había estado minutos atrás. No se había percatado en qué momento ella se retiró.

Incluso ella misma se sentía como una intrusa.

Pero no podía quitar los ojos de encima de su madre y James.

Se querían.

Quizá no de una forma convencional y de novela, pero sí de una forma que solo ellos dos entendían. Estaba segura que si su madre debía escoger entre James y su padre, escogería a James.

Porque él se lo había ganado.

Se había ganado el amor de su madre por su constancia y su cuidado para con su única hija.

No podía juzgar las decisiones de su madre, pues solo ella sabía lo que era enfrentarse a la vida de ser madre soltera. De verse sola con una niña y que el padre de esta, solo buscara hacerse de dinero y de una buena profesión para luego intentar ser padre.

Su madre había tomado la decisión que creía correcta para protegerla de salir lastimada.

—Te amo, mamá. Los amo a los dos —les dijo acercándose a ellos—. Lamento haber sido tan... Tan absurda. Yo…

—Si quieres darle la oportunidad de conocerte, ya es cosa tuya, Sophia —le dijo su madre y extendió una mano para que ella se acercara. Los tres se fundieron en un abrazo y Sophia comenzó a llorar—. Shhh... Eres una mujer bastante inteligente y asombrosa. Si quieres darle una oportunidad a tu padre, si sientes que quieres hacerlo, hazlo. Él estará sumamente feliz de conocerte como la gran mujer en la que se ha convertido su hija.

—Ambas se han equivocado en algo.

Las dos mujeres se miraron a James que tenía los brazos alrededor de ellas.

—¿Cómo?

—Nunca es tarde para dar una segunda oportunidad. Menos si es a una persona que estuvo perdida durante tanto tiempo, viviendo una vida de dolor y soledad. Yo he encontrado la felicidad donde nunca imaginé, junto a Moira. Y no me importa no ser su único amor, ella tiene suficiente amor para los dos.

—Dios, ¡cómo no voy a quererte, James! ¡Eres lo mejor que pudo pasarme! —murmuró Moira y le plantó un beso sonoro en los labios. Sophia se sintió feliz por su madre, ella merecía ser feliz.

Merecía que alguien la pusiera primero a ella y luego a todo lo demás.

—Eres increíble, James. —murmuró Sophia con un nudo en la garganta y los ojos y la nariz colorada—. Has sido un gran padre para mí...

—Y ya es tiempo de que tengas dos.

—Sigo sin pensar que sea buena idea.... —murmuró Moira.

—Lamentablemente, ya no depende de ti, cariño. Nuestra niña ya es toda una mujer. —Su madre la miró preocupada y James con aceptación—. Ahora vamos a limpiar esos trozos de vidrio antes de que alguno de nosotros nos cortemos.

CAPÍTULO CINCUENTA

Pasaron las horas y Sophia comenzó a sentirse increíblemente bien estando cerca de James y de su madre. Había sido una tonta al creer que iba a ser una situación incómoda después de descubrir toda la información que ellos le habían estado ocultando. Era muy probable que pasara un tiempo antes de poder ver a su madre sin juzgarla, al menos por unos segundos en automático.

¿Por qué había ocultado a su padre? ¿Por qué no decirle que existía?

Su madre había puesto un alfiler sobre ella, como si fuera una etiqueta, creyendo que el dinero podía comprarle el amor que había faltado, no sabía cómo iba a reaccionar de adolescente, no podía asegurar que iba a lanzarse a los brazos de su padre, olvidando todos los malos tratos, la tristeza y los traumas, por no tener a su padre biológico en su vida. Por más que un padrastro pudiera estar ahí, por más que James estuvo en su vida cuidándola, protegiéndola, dándole consejos, ayudándola cuando su madre se ponía en modo correctiva, James no era su padre, y el hecho de ella siempre saberlo le había dejado un vacío en su corazón, en su mente, preguntándose por ratos ¿dónde estaba su verdadero padre? ¿Estaría con vida? ¿Por qué la había dejado?

Eran incógnitas que, por más que deseara no tenerlas, se desarrollaron en su mente a través de los años.

—¿Estás bien? —le preguntó Moira al ver que ella había terminado de comer y no se había levantado de la silla.

Mirando el plato pestañeó y miró a su madre.

—Sí, todo bien.

—Comiste con bastante hambre, cariño. Me alegro que te gustara el estofado.

—Ya sabes que siempre me ha gustado tu estofado, mamá. —James la miró con un brillo malicioso en los ojos.

Ella frunció el ceño sin comprender.

—¿No será otra cosa? —preguntó él.

—¿Qué cosa? —preguntó ella de repente.

—Sophia, ¿estás embarazada? —le preguntó su madre.

—¿¡Qué!?—exclamó ella— ¡Claro que no! ¡No estoy embarazada! No… no puedo estar embarazada. ¡Por supuesto que no estoy embarazada!

—Tranquila, relájate. Fue una simple pregunta. —James subió las manos disculpándose—. Tienes veintiséis años, estás saliendo con alguien, por lo que Marcos me contó…

—¿Hablaste con él? —se le olvidó el tema que había surgido de repente sobre un posible embarazo.

Ella no estaba embarazada.

Lo descartó de inmediato, pero lo que no podía descartar era que James había estado hablando con Marcos.

—¿Hablaste con él? ¿Cuándo hablaste con él? —volvió a preguntarle.

Su madre miró a su esposo, era tan extraño saber que su madre se había casado con su tío, eso era muy bizarro, quizás bizarro era una palabra fuerte, pero era lo que sentía en ese momento.

—¿Cuándo hablaste con él, James? —le preguntó Moira entonces.

¡Vaya! Su madre tampoco lo sabía.

Aquello era algo nuevo. James y su madre siempre se habían compartido todo, eran como esa pareja perfecta y sólida, quizá por eso no le sorprendió tanto que su madre decidiera casarse con su padrastro, desde que ella tenía uso de razón, siempre habían estado juntos, unidos como si fueran ellos contra el mundo, y eso le había gustado tanto.

Había escuchado historias muy tristes sobre hombres que se acercaban a las madres y le hacían daño a sus hijas o hijos, sobre personas que se casaban con otros que tenían hijos y los maltrataba, quizás no físicamente pero sí emocionalmente. James no había hecho nada de aquello, la había amado como si fuera su propia sangre, y ahora se daba cuenta que, realmente, era su propia sangre: era su sobrina.

—Hablé con él anoche.

—¿Qué te dijo? Anoche él estaba con Leo…

—¿Leo? —Su madre subió la ceja suspicaz.

—Sí, Leo. Es el hombre con el que estoy saliendo, madre —respondió mordiéndose los labios por su falta de tacto.

—¿Con el que te fuiste de resort?

—No me fui de resort. Fui hacer una exploración e investigación para la compañía en la cual ustedes dos me pusieron a trabajar.

—No te pusimos a trabajar, yo simplemente le di el…

—¿El qué? ¿Le diste el qué? ¡Es mi padre! Ustedes me pusieron allí no por mis talentos, no

por mis actitudes, no por mis conocimientos. —Se sentía un poco ofendida, pero era una realidad, muchos tenían que esforzarse, matarse pasándose las noches haciendo cursos o mandando solicitudes mientras aceptaban trabajos deprimentes. Atravesaban por depresiones intentando conseguir un trabajo y ella había conseguido uno en una de las empresas inversionistas más grandes que tenía Manhattan, por no decir casi todo el país.

—Hablé con él anoche… —continuó James interrumpiendo lo que fuera que Moira iba a decir, la dejó con la boca abierta a punto de explotar.

¿A su madre no le agradaba que ella estuviera saliendo con alguien? Quizá era probable que fuera porque aún no lo conocía. Pero estaba un poco grandecita ya para sus reproches y para sus ideales.

—¿Qué te dijo? —preguntó ella—. Él estaba un poco tomado, me dijo Leo esta mañana…

—¿Esta mañana? ¿Lo viste esta mañana? Necesito conocer a este chico desde ya. ¿Cuántos años tiene? ¿Qué hace? ¿Cómo lo conociste? —Moira comenzó a hacer preguntas, una tras otra —. Ya sé que trabaja en la empresa de Marcos, pero ¿qué papel desempeña él en la empresa? ¿Qué hace? ¿Qué no hace?

—¡Mamá! —la detuvo—. Deja el cuestionamiento. ¡Dios mío! ¡Me siento como si estuvieras a punto de ponerme el polígrafo!

Ella se rio sin poder evitarlo. Desde que su relación anterior había sido un fracaso, su madre se tomaba muy en serio lo de protegerla de idiotas.

Tomó su plato y se levantó de la silla.

—Gracias por el estofado, mamá. Estaba riquísimo. Ahora, si me disculpas, voy a hacer una llamada.

—¿Una llamada? ¿A quién? ¿Sabes qué sucedió con Aria? ¿Por qué se tuvo que ir?

—No lo sé. Voy a descubrirlo. Seguro que todo está bien. —Se encaminó a la cocina.

Realmente iba a descubrirlo.

Su amiga nunca se negaba a la comida de su madre y lo había hecho.

Ese tal Samme había ido a buscarla y ella se había montado en el vehículo y había sonreído tristemente. Sin siquiera despedirse. Una breve saludo con la mano mientras el coche arrancaba.

Algo pasaba allí, su amiga no era así, no era sumisa, no era algo maleable.

Aria Douglas era todo menos maleable.

James entró a la cocina seguido de ella, no le escuchó levantarse de la mesa tampoco, pero su cabeza estaba pendiente de su amiga así que era normal no prestar atención a lo demás.

Algo pasaba allí, necesitaba descubrirlo, porque si su amiga estaba en un problema, ella era la responsable de salvarla. Los padres de Aria nunca habían estado interesados en lo que a su hija le sucediera. Ella era lo más cercano a una familia que Aria tenía y no iba a dejarla sola cuando más la necesitaba.

—Soph, cariño. Es bueno que hables con tu padre.

—¿Con Marcos?

—Es tu padre.

—¿Cómo va a ser esta situación entre tú y yo ahora? ¿Debo llamarte tío? —Ella dejó el plato en el fregadero después de limpiarle todo y poner los restos en el cubo de la basura, abrió el grifo para que cayera sobre las losas y estas no se resecaran con los restos que pudieran quedar.

—Puedes llamarme como quieras, Sophia. Nunca te obligado a decirme un nombre con el que no te sientas cómoda…

—Lo sé... —lo interrumpió. Tenía la misma costumbre que su madre de hablar deprisa—, pero eres mi tío.

—También soy tu padrastro y soy el esposo de tu madre. Me gusta considerarme que soy tu amigo y que puedes confiar en mí.

—Un amigo bastante viejo —dijo Sophia sonriendo.

James pasó un brazo por los hombros y la pegó a su cuerpo.

—No importa lo que decidas con Marcos. Estaré aquí para ti, niña mía. Mi hermano no es una mala persona, ya te lo he dicho. Tomó decisiones que él creía que podría ser lo mejor pero ya nos hemos dado cuenta que el dinero no lo es todo.

—¿Cómo se terminaron alejando? ¿Cómo terminaron tomando caminos tan diferentes tú y él? —le preguntó ella. Ambos tenían apellidos diferentes, aquello no tenía sentido— ¿Por qué te llamas James Druitt y Marcos se apellida Sanders?

—En realidad el apellido de ambos es Druitt, pero Marcos se lo cambió cuando obtuvo el dinero suficiente para hacerlo. Se graduó de la universidad y con su primer salario lo primero que hizo fue cambiarse el apellido. No quería estar mezclado con personas que no nos habían querido. No teníamos familia, al no tener familia, no importaba cambiarnos el apellido. No sé cómo lo hizo, nunca me interesó investigarlo.

—¿Eso quiere decir que mi nombre es Sophia Druitt?

—No. Tu nombre es Sophia McAdams. Tu madre te declaró sola.

—Oh...

—Moira… —se detuvo. Miró hacia la puerta que conducía al comedor—. Tu madre ha

pasado por mucho, tardó bastante para acercarse a mí, para dejar que yo cuidara de ella y de ti. No seas dura con ella. Ha hecho lo mejor que ha podido, ha intentado darte todo, ha intentado ser para ti madre y padre, sin utilizar el dinero de Marcos, a menos que fuera necesario. Aunque yo estaba aquí, ella siempre ha querido darte el amor que sabía que te faltaba.

—¿Estás bien con el hecho de saber que mi madre aún ama a Marcos? —le preguntó sin medir sus palabras—. Perdona que sea tan honesta, pero lo he visto tanto en ella como en ti. ¿Cómo puedes estar feliz sabiendo que en el corazón de la mujer que amas existe otro hombre aparte de ti?

—Lo he sabido por años, Sophia. Tengo veintitrés años viviendo bajo el mismo techo con tu madre, viéndola sufrir, viéndola llorar, viéndola sonreír, yo haciéndola sonreír. Su corazón es lo suficientemente grande como para amar a dos hombres a la misma vez.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO.

—No puedo creer que estés de acuerdo con eso. ¿No te sientes al menos… no sientes que podrías tener más?

No quería hacerlo sentir mal, pero era cierto.

¿Cómo podía conformarse sabiendo que había otra persona en medio de su relación?

Una persona que ni siquiera se enteraba. Posiblemente alguien frío y sin amor, hombre que la había abandonado…

Se retractó.

No. No iba juzgarlos otra vez.

Lo primero que James le había pedido sobre Marcos, era no juzgarlo antes de saber todo, antes de saber su versión, por qué para Marcos el dinero había sido más importante.

Aunque era obvio.

El propio Leo había pasado por una situación similar, quizá por eso ambos hombres se sentían compenetrados y tan similares, porque ambos habían sido niños de la calle, niños que se habían convertido en hombres capaces de salir adelante y crear su propio futuro.

Un hombre que lo perdía todo, que no tenía nada y que debía sacar fuerzas de donde no tenía para labrarse un camino, era un hombre que prefería mil veces tener una buena posición antes que el amor. Porque el amor era algo que no conocía, carecía de ese sentimiento que daba felicidad.

Por eso se sentía tan bien con ella misma, al darse cuenta que Leo la quería, vivía en una burbuja constante desde que había regresado del resort.

¡Maldición! ¡No era un resort!

Era una investigación. Era una tarea lo que Marcos le había impuesto. Le entregó las llaves para tener una mejor posición en la empresa.

Pero, joder…

¿Cómo podía concentrarse estando con Leo?

Teniendo su cuerpo a su disposición y orgasmos interminables… Era un hombre inacabable y que la deseaba y quería…

—¿Sophia? —dijo James— ¿Todavía estás ahí? —Se movió un poco para alejarse de él y de su abrazo, de su calor.

—He decidido que tío está bien. Creo que así te llamaré —decirle eso era mejor que contarle en lo que su mente perversa había estado pensando.

—Por mí está bien. Tengo más de lo que pude desear. Tengo más de lo que creí necesitar. Tú y tu madre me dieron la luz que jamás había tenido en mi vida. Ustedes dos son especiales y me han hecho lo que hoy soy. Nunca sentí tenerte en mi vida como una obligación, Sophia. Cuando Marcos me propuso quedarme contigo y con Moira, no lo vi como que me estaba entregando, como que me estaba obligando. Lo vi como la oportunidad de poder ser feliz y de cambiar la vida de una niña.

—Gracias… —murmuró.

—No tienes que agradecerme. Lo he hecho con todo el placer del mundo. Cuando te vi con tus rizos rojizos, tan idéntica a tu madre, me fue imposible no enamorarme automáticamente de ti. Las quise a ambas casi de inmediato, pero tu madre solo tenía ojos para el rastro de lo que había sido su relación con mi hermano. No pude acercarme, no hasta muchos años después, cuando comencé a notar que podía tener una oportunidad, un chance en su vida. Lo único que había demostrado hasta el momento era una cercanía superficial, hasta que me di cuenta que sí, que ella me quería. Quizás no como a mi hermano, pero lo hacía, y yo podía vivir con eso.

—Eres fuerte, James —murmuró Sophia con un nudo en la garganta—. Eres más fuerte de lo que jamás imaginé y amas a mi madre tanto. Me quieres tanto a mí… —las palabras salían atropelladas de su boca. No sabía cómo expresarle a su padrastro todo lo que lo quería.

A su tío, se corrigió.

¡Joder!

Qué situación tan compleja.

—¿Estás embarazada, Sophia? —preguntó James sorprendiéndola. Ella frenó sus pensamientos y la mente se le quedó en blanco. Parpadeó, el nudo en la garganta se hizo más fuerte más consistente.

¿Embarazada?

No

No estaba embarazada.

«No podía estarlo», pensó.

Calculó el último período que había tenido y recién se había pasado, como veinte días atrás, estaba próxima a tenerlo nuevamente, no estaba embarazada.

No podía.

—Yo... —murmuró— No... No… no creo estarlo.

—¡Joder! —exclamó James.

—¿Qué?

—¡Ay, nena! ¡Qué tonta eres!

—¡No me llames tonta! —exclamó impulsiva—. ¡No me digas así! Que no me recuerde… que no… que yo…

«No puede ser, no puede ser, no puede ser», se repitió.

Se cubrió el rostro con las manos. No, aquello no podía ser cierto.

¡Dios mío! ¡no podía ser cierto!

Se repitió una y otra vez.

—¡No puede ser! —exclamó— ¡No puede ser! —Sintió los brazos de James sobre ella.

—Tranquila. No es el fin del mundo. Pero necesito conocer a ese tal Leo.

—No estoy embarazada —volvió a decir, pero esta vez menos segura. No tenía esa confianza de hablar con James sobre sus períodos, sobre la menstruación, sobre sus deseos sexuales y carnales. Era un hombre y más que nada era la figura paterna que siempre había tenido allí. Su madre por otro lado siempre le había dado la oportunidad de ser honesta, de ser sincera.

—Sophia… —escuchó su nombre. La voz de Moira se hizo notar en la cocina, James se separó de ella y le limpió las lágrimas que bajaban por sus mejillas sin que Sophia se diera cuenta siquiera de que estaba llorando.

—No es el fin del mundo —volvió a repetirle—. Todo va a salir bien. Eres la mujer más fuerte que conozco. Has perdonado a tu madre, aun cuando llegaste aquí con todo el deseo de lastimarla. Me has perdonado a mí. Tienes un corazón tan grande como el de tu madre o quizás más. Estás enamorada y cuentas con todo el apoyo que tu madre y yo podemos darte. Eres lo más importante en nuestra vida. No importa si ese desgraciado no quiere hacerse cargo. Ya me encargo yo de hacerlo entrar en razón. —Los ojos de James centellearon y Sophia estuvo segura que si fuera necesario, James le daría una buena paliza a Leo.

«Y este se la regresaría con la misma fuerza», pensó, al recordar cómo había golpeado a Hermes por intentar llevársela aquel día.

Todo eso parecia tan lejano y distante ahora.

—¿Mi niña, te has quedado embarazada? —preguntó su madre acercándose con las mejillas

también llorosa.

Ambas mujeres eran tan idénticas en sus personalidades. Lloronas, pelirrojas, con los ojos azules y de cuerpo esbelto.

Sophia podía verse en un espejo al ver a su madre, ella sería así a su edad.

—No lo sé... —murmuro sincera—. No puede ser…

—Sí puede ser. Si estás teniendo sexo, niña, puedes quedar embarazada. ¿Cuántas veces te lo he dicho?

—¡Ay, no seas idiota, mamá! —exclamó ella pataleando como si fuese una niña de cinco años.

—Tranquila —la detuvo James—, le puede hacer daño al bebé —dijo este sonriendo.

—¡Dios mío! ¡No tengo paz con ninguno de ustedes dos! ¡Dejen de decir que estoy embarazada! ¡No estoy embarazada! —volvió a repetir.

Se alejó de ambos y se detuvo antes de salir.

—Voy a pedir un taxi y me regreso a mi apartamento.

—No tienes que irte por estar embarazada, aquí aceptamos preñadas también. Incluso si se ponen de mal humor y hacen rabietas.

—¡Mamá! ¡Deja de decir eso!

No podía darle chance a su cerebro a desarrollar ideas estúpidas. No podía estar embarazada. Volvió a calcular otra vez, sí, efectivamente, eran como veinte días desde su última vez.

No, no podía estar embarazada.

Era muy pronto para ambos.

Ella no estaba embarazada.

No había podido conversar con Leo sobre si este quería hijos o no, si quería formar una familia. Ella quería hijos, pero no era una decisión que pudiera tomar solo ella.

O sí.

Si había un bebé dentro de su vientre no le importaba lo que Leo quisiera, era su hijo, producto del amor que sentía por él. No importaba si él deseaba involucrarse, lo iba a tener.

¡Pero, Dios mío! ¡Cómo deseaba que Leo sí deseara tener hijos!

Soltó una maldición y volvió a patalear.

—¡Ya me están metiendo ideas estúpidas en la cabeza! —Se sentó en el sofá de la sala y terminó recostada.

Tomó el celular, pidió el taxi por *Uber* y vio un mensaje de Aria que decía:

"Estoy bien no te preocupes te aviso cuando esté en mi departamento"

Ella le devolvió de inmediato.

“Por favor, ¡¡¡llámame!!! ¡¡desde que estés en el departamento llámame!!”

Su amiga estaba metida en algo y necesitaba saber qué infiernos era.

En ese momento su teléfono celular sonó: era Leo.

No podía hablar con él ahora mismo. No podía hablar con él y que Leo se enterara que algo estaba sucediendo.

Él era muy perspicaz, sabía leer a las personas y más que nada sabía leer a Sophia y conocerla de cabo a rabo. Por eso él se dio cuenta que Marcos ocultaba algo y que podría ser el padre de Sophia. Cuán en lo cierto había estado.

Si Sophia no se expresaba como solía hacerlo, sin que la voz le temblara, sin que el tono de voz la traicionara, Leo se iba a dar cuenta que había algo cocinándose.

No. Definitivamente prefería esperar hasta que su corazón se calmara.

Tumbó la llamada y el celular volvió a sonar.

—¡Demonios! —dijo.

—¡No maldigas en mi casa! —vociferó su madre desde la cocina.

—¡Déjame en paz! —le gritó ella con ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

Cerró los ojos y se cubrió el rostro con las manos.

¿En qué momento su vida se había vuelto tan complicada? Se preguntó justo antes de quedarse dormida

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

¡No es él!

Unas horas después llegaba a su apartamento, había llamado a Leo de camino para decirle que se reunieran en su casa para tratar temas importantes.

«Tema importante», se repitió con sorna mientras bajaba del taxi.

—Gracias —le dijo al taxista.

—No llore, señorita. Todo va estar bien. —Ella subió los ojos al cielo e intentó controlar el ímpetu de decirle un par de groserías al hombre.

¿Acaso la gente no sabía decir otra frase cuando notaba que la otra persona estaba triste?

Era esa sensación de arrepentimiento que no se le quitaba y se intensificaba a medida que dejaba los kilómetros atrás y se acercaba más hasta su casa. Esa misma sensación se mantenía perenne en ella al despedirse del taxista y agradecerle por ser tan comprensible, por haberla escuchado llorar en el taxi y no dejarla tirada en una acera.

Podía estar embarazada, aceptó molesta.

Incómoda, irritada con ella misma.

Era una tontería. No estaba embarazada. Lo mejor era hacerse la prueba que llevaba en la cartera y confirmar que no lo estaba, salir de dudas.

—Eso es lo mejor —se repitió murmurando.

Subió al departamento despacio, deseaba desaparecer, deseaba echar a correr sin rumbo.

Se detuvo en la puerta de su apartamento, no vio nada más que una puerta de madera, quieta, tranquila, ella deseaba hacer aquello, estar así, sin problemas, sin sorpresas, sin esas dudas que ahora mismo embargaban su vida.

Miró a su alrededor. Nadie estaba cerca, ninguna vecina curiosa.

Soltó una maldición incapaz de contener su propia conmoción y desesperación. Abrió la puerta y entró, tiró la cartera en el sofá y fue a la nevera, sacó una botella de vino y se sirvió una copa, se la tomó con ansias, con desesperación para tranquilizar un poco el latido acelerado de su corazón.

Dejó la siguiente copa para después, para cuando se duchara y estuviera un poco más calmada.

Dentro en la ducha, después de haberse quitado todas las piezas que la cubrían un pcoo, sintió el agua caer sobre su cabeza. Auque el clima estaba fresco ella tenia frio. Sus rizos rojos se mojaron de inmediato, el pelo caía sobre su espalda, aquello era refrescante, era lo que necesitaba.

Soltó un suspiro apesadumbrado. Sabía que estaba llorando otra vez.

¿Por qué lloraba si tenía claro que si estaba embarazada iba a tener a su hijo sin importarle si Leo deseaba estar o no?

Era su vida y su cuerpo.

Pero, joder.

Claro que quería que Leo estuviera en la vida de ese pequeño.

—No puedo estar embarazada. Es muy pronto —murmuró sintiendo que el agua se le iba por la garganta junto con las lágrimas y su propia desesperación.

Cerró la llave y esperó un rato hasta que las gotas dejaron de caer de su cuerpo. Se cubrió con la toalla y se secó un poco el cabello. Llegó a la habitación y se recostó en la cama aún con la toalla puesta. Iba a mojar las sábanas, iba a tener que cambiarlas por unas nuevas.

—No puedo estar embarazada. —volvió a susurrar.

En ese momento escuchó la puerta.

—¡Mierda! —No podía hacerlo.

No podía salir y ver a Leo aún.

Leo no podía estar allí tan pronto.

Los ojos le ardieron como si estuviera a punto de echarse a llorar, otra vez.

—Por supuesto que es él, le dije que nos reuniéramos aquí. No seas idiota —se dijo a sí misma.

Era inusual no querer ver a Leo. Algo nuevo y sorprendente. Desde que lo había conocido, lo único que quería era estar con él, replanteándose la idea de quedarse sola y vivir y disfrutar la vida y del buen sexo sin compromiso.

Pero ese hombre era tan completo, daba mucho placer y se había enamorado de ella, así como ella lo quería a él.

Miró la puerta de la habitación, aún acostada en la cama. Debía levantarse y enfrentar sus temores.

Se paró de la cama y caminó así, envuelta en la toalla, hacia la puerta. Fue entonces cuando

se le ocurrió darle una sorpresa a Leo.

Después de hacer el amor con él, le contaría sus dudas y se haría la prueba de embarazo.

SÍ. Era mejor tenerlo satisfecho, agotado, extenuado después de hacer el amor, y quizás allí fuera más comprensivo.

Decidida a hacer aquello, dejó caer la toalla a sus pies y se retiró la toalla de la cabeza, las pateó a una esquina y sacudió los hombros intentando tranquilizarse y serenarse. Su corazón quería salir de su pecho, pero no iba a dejarlo, estaba metida hasta el cuello y no iba amedrentarse. No iba a dejar que el miedo y la incertidumbre gobernaran su vida.

Soltó un suspiro y dijo:

—¡Ya voy! —justo ahí tiró del pomo de la puerta y abrió, pero su sorpresa fue otra al darse cuenta que Leo no era el que estaba del otro lado de la puerta.

Soltó un grito que retumbó en todo el edificio.

—¡Sophia! ¡Por el amor de Dios!

Era Marcos.

Su padre era el que estaba allí.

Ella se tiró al suelo y recogió del piso las toallas y se cubrió torpemente el cuerpo.

—Pero, ¡qué te pasa, niña! ¿Cómo puedes abrir la puerta así? ¡Estás loca, niña, cúbrete! —Marcos miró a todas partes y terminó por darse la vuelta y quedar de espaldas a ella.

Sophia tiró de la puerta y se la cerró, al darse cuenta que las manos le temblaban demasiado como para ponerse la toalla correctamente.

—¡Dios, no puede ser! ¡No puede ser! —se repitió Sophia.

—Sophia. ¿¡Estás cubierta ya!? —gritó Marcos al otro lado de la puerta.

—¿Qué quieres? —Así no era como había planeado hablar con él.

¿Qué estaba haciendo allí?

Se suponía que Leo iba a ir a verla.

¿Por qué demonios estaba Marcos allí en su departamento?

—Que cagada—murmuró.

Sophia se fue corriendo a la habitación y se puso un vestido sobre su cuerpo desnudo. No se preocupó por ropa interior ni nada más, lo único que quería era abrir la puerta y encarar a Marcos

de una vez y por todas.

Se dijo que aquello era lo necesario, era lo que tenía que hacer, el destino había mandado a Marcos y ella iba terminar ese tema de una vez y por todas.

Si iba a ser capaz, o no, de perdonarle por su ausencia en toda su vida.

Aquel era el momento de dejar todo claro y sobre el tapete.

Se quedó descalza, caminó con pie de plomo hasta la puerta. Iba a acabar allí de una vez y por todas todo el drama.

Tiró del pomo una segunda vez en menos de cinco minutos.

—Gracias al cielo que ya estás vestida, niña —murmuró él mientras la miraba aliviado.

—No te esperaba.

—¿Y a quién esperabas así desnuda? ¡Dios, no mejor no me respondas! No quiero imaginarte con él.

—¿Y cómo sabes que es él? —preguntó ella de inmediato mirándolo a los ojos.

—Eres una mujer de un solo hombre al igual que tu madre lo es.

—No soy igual que mi madre.

—¿Vas a dejarme entrar? —preguntó él metiéndose la mano en los bolsillos y mirándola con el ceño fruncido.

Se veía cansado, agotado, sus ojeras estaban aún más pronunciadas que el día anterior.

—¿Qué tanto tomaste anoche? ¿Por qué Leo tuvo que llevarte hoy a tu departamento?

—¡Carajo! ¡Este muchacho no sabe guardarse ningún tipo de información para él! ¡Tiene la boca más suelta que una mujer!

—¡Eh! Que comentario tan poco… ¡mucho cuidado! —decidió decirle—. Leo es todo un hombre.

Ella inconscientemente se puso las manos en el vientre y las sacudió de inmediato, no duró ni una milésima de segunda con el movimiento, pero Marcos lo captó de inmediato y entrecerró los ojos.

—¿Sophia? —cuestionó él de inmediato.

Con solo mencionar su nombre ella sabía justo lo que él estaba pensando.

Se hizo a un lado y dejó la puerta abierta, caminó derecho a la cocina y se sirvió otra copa

de vino, le dio un trago de inmediato, uno que la hizo arrugar la frente y cerrar los ojos. Sintió el calor del vino bajar por su garganta y soltó un suspiro.

Marcos entró a su departamento despacio, no miró la decoración, ella no perdió un solo movimiento de él. Marcos solo tenía los ojos puestos encima de ella. Era lo único que él veía y eso la hizo sentir bastante incómoda y cohibida.

—¿A qué viniste? —preguntó

—¿Estás embarazada?

—¡Dios mío! ¿La gente no se cansa de preguntarme lo mismo? ¡No! No estoy embarazada. No estoy embarazada de Leo. ¡No estoy esperando un hijo! —gritó furiosa.

—Tranquila. Solamente es una pregunta. He pensado que…

—No has pensado nada. No estás aquí para pensar. ¿A qué viniste? —volvió a preguntar.

Se estaba sintiendo sofocada, su apartamento de pronto le resultaba pequeño, más de lo que era. Ella se había mudado allí con la intención de independizarse de su madre y James. Era lo justo, ya tenía veintiséis años y hasta el momento, aquel lugar le había resultado coqueto. No sofisticado, pero intentaba decorarlo de una manera que resultara bien a la vista.

El perfume de Marcos era atrayente, limpio y a la vez olía a paz, le gustaba, le tranquilizaba. Le resultó incómodo. Pues parecía sentir muy de dentro, como si ya hubiera olido esa fragancia antes.

Muy antes.

Él llevaba un traje de color marrón con una camisa blanca y una corbata que tenía metida en los bolsillos y que destacaba. Se notaba a leguas que él se la había quitado antes de subir al apartamento.

Marcos agachó la cabeza y Sophia notó como los hombros de este se volvían más rígidos y de cemento.

Marcos habló entonces.

—He venido porque tengo que dar la cara. Porque he sido un cobarde durante toda mi vida. Me he esforzado por ser un hombre con suficiente dinero como para darme todos los lujos que de niño no pude tener, para darte a ti todo el dinero que yo no tuve. No hay razón para hacerme el que no sabe que tú ya sabes que eres mi hija.

Sophia dejó la copa en el desayunador y se apretó la frente para luego pasarse la mano por todo el rostro de manera desesperada

—Ya no tienes motivos para ocultarlo —dijo ella mirándolo a los ojos—. No hay razón para hacerlo. Ambos sabemos que soy tu hija, Marcos. La pregunta aquí es… ¿qué estás haciendo en

mi apartamento?

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Pasaron varios minutos antes de que Marcos pronunciara alguna palabra. Se quitó la chaqueta y la colgó en uno de los taburetes que estaban alrededor del desayunador. Eran solo dos y uno de ellos ya tenía un abrigo de Sophia, que ella había utilizado una semana atrás antes de irse al resort.

Necesitaba una limpieza urgente, pero aun así, en ese momento, lo único que podía sentir era la incomodidad que reinaba en el ambiente.

No le quitó los ojos de encima a Marcos, se cruzó de brazos y se recostó del refrigerador.

—¿Y bien? —preguntó.

Marcos se quitó los gemelos y los guardo en un bolsillo de la chaqueta, se recogió las mangas hasta los codos.

—No puedo seguir dándole largas a esto. Has entrado mi vida por decisión de tu madre y James. Eres una magnífica mujer, ellos han hecho un trabajo extraordinario contigo. No sabes cuántas veces…

—¿Cuántas veces quisiste verme? Ya mamá me ha dicho que intentabas acercarte y ella no te dejó. —No había razón para mentirle.

Entre su madre y James le habían dejado bastante claro que la decisión de no dejar que ella interactura con Marcos después de ser una adolescente había sido de ellos y solo de ellos.

Sin embargo, lo que le molestaba era que Marcos no los había forzado más. Lo que le irritaba era que Marcos no había buscado la manera de verla.

Irónico, considerando que él había respetado la decisión de su madre y ella lo único que deseaba era que él no lo hubiera hecho.

—Ellos dejaron de enviarme fotos tuyas cuando ya entraste la universidad —dijo él entonces—. Fui a tu graduación —confesó agachando la mirada y subiéndola al instante, con los ojos tristes y el brillo de las lágrimas en ellos—. Estabas hermosa. No quise perdérmela. Aún sin haber sido parte de tu triunfo, quise verte allí, en uno de los momentos más importantes de tu vida.

—¿Por qué no te acercaste a mí? —preguntó con lágrimas en los ojos a punto de echarse a llorar. Se mordió los labios y pestañeó para intentar que las lágrimas desaparecieran de sus ojos, pero no funcionó, sucedió todo lo contrario, las lágrimas bajaron dispuestas a hacerla ver débil delante de Marcos, hacerla ver más frágil de lo que en verdad se sentía.

No pretendía lastimarlo a él. Estaba segura que Marcos Sanders había vivido su propio infierno. Su infierno personal. Uno donde había tenido que ver a su hija crecer con su hermano como padre. Uno donde dejó ir a la mujer que amaba para ganar dinero. Él había pagado sus pecados, la vida le había puesto ese precio, él mismo se había impuesto todo aquello al alejarse de su hija y de la mujer que amaba.

—No sabes cuánto me alegró verte subir y recibir el título. Sabía que ibas a ser sobresaliente, tu madre y yo, ambos lo fuimos.

—¿Por qué no te acercaste a mí en mi graduación? ¿Sabías que…?—ella se detuvo. Lo que estaba a punto de decir era algo que jamás le había confesado a nadie, ni siquiera a su mejor amiga—. Ese día vi a mi madre y a James entre la multitud. Estaba tan feliz de que ellos estuvieran allí conmigo. La sonrisa no me cabía en el rostro, pero sabes una cosa… busqué entre la multitud con los ojos, no sabía a quién buscaba, no entendía qué buscaba, era un sentimiento extraño, hacía años que no lo tenía, cuando era pequeña me sucedía mucho, buscaba entre los padres en las actividades familiares del colegio. Así mismo en el primer día de la universidad, miré detrás del hombro de mi madre intentando ver algo que no estaba. Te busqué entre la multitud ese día en mi graduación pero no sabía qué te buscaba ti.

Marcos se pasó la mano por el cabello canoso y rubio.

—Eres un sol, Sophia, y no merezco que me buscaras este día porque no estuve la mayor parte de tu vida, no estuve ahí.

—No, Marcos. No estuviste. No la mayor parte de mi vida, no estuviste ni un solo día de mi vida. No estuviste conmigo… —Ella sintió que iba a echarse a llorar en ese instante Aaí que se giró y se abrazó a sí misma para que Marcos no la viera llorar.

¿Por qué no podía estallar contra él? ¿Por qué no podía gritarle? ¿Por qué no podía decirle cuánto lo odiaba, cuánto odiaba que él no hubiera estado en su vida? ¿Cuánto le lastimaba saber que él era su padre y que ella había ido a trabajar a su empresa y él se había quedado de brazos cruzados sin decirle que él era su padre?

¿Por qué tantas mentiras? ¿Por qué ocultarle la verdad? ¿Por qué dejar que su madre la criara sola y pedirle luego a su hermano que se hiciera cargo de su hija?

¿Remordimiento?

Quizás.

No tenía palabras para hacer esa pregunta. No sabía cómo pronunciar las palabras.

—Sophia, no he venido aquí a lastimarte. He venido porque me he escondido por muchos años detrás de la fachada de ser un hombre fuerte y de negocios. Un empresario difícil de lastimar, he trabajado mi imagen durante más de una década. ¡Maldición! ¡He creado esta imagen por más de dos décadas! Me he conseguido un estatus que pocas personas tienen en esta maldita ciudad. ¿Pero sabes una cosa, niña? —ella escuchó como Marcos movía el taburete, pero de repente una mano se colocó en su hombro y la hizo dar un brinco del susto—. Nada de eso me

es importante. Nada de eso me llena. ¿Sabes por qué? Porque tú no estás en mi vida. Porque he querido tenerte en ella y no he podido. Porque no he encontrado la manera de pedirte perdón y lo estoy haciendo ahora.

Sophia tembló de pies a cabeza al escuchar cómo Marcos casi lloraba al decir aquello.

Sophia se giró y levantó el rostro hacia él, ella estaba con las mejillas humedecida, los labios blancos de tanto apretarlos para no soltar los sollozos, el llanto que estaba apoderándose de su garganta en ese momento, de su pecho descontrolado que subía y bajaba de manera acelerada.

Vio entonces los ojos tristes de Marcos, los mismos ojos de James, estaba con lágrimas en las mejillas y aquello la destruyó.

Derrumbó todas las barreras ver a Marcos llorar como si fuese un niño al que habían lastimado, al que habían dejado solo, a criarse a la buena voluntad de Dios. Eso le hizo darse cuenta que lo había juzgado, él tenía sus problemas, sus propios pecados y en algún momento los pagaría, pagaría por haberla dejado, si es que ya no lo estaba haciendo, pero ella no era quién para juzgar sus decisiones, tampoco para juzgar las de su madre, ambos habían creído que estaban haciendo lo correcto: él alejándose de ellas por no sentirse capaz de darles una mejor vida, y su madre por no dejar que él se relacionara con ella después de ser una adolescente.

—Yo quise acercarme, quise estar ahí, pero no sabía por dónde comenzar, tenía tanto miedo. —Las lágrimas de los ojos de Marcos seguían bajando y Sophia actuó de manera impulsiva, lo abrazó y hundió la cara en su pecho.

Marcos comenzó a llorar, esta vez temblando. Él la abrazó fuerte y ella soportó el peso de tener los brazos de ese hombre mucho más alto y grande que ella rodeando su cuerpo.

Lo dejó llorar, no dijo nada, solo lo abrazó. Se dedicó a escuchar palabras que no comprendía, pero que estaba segura que salían del corazón de Marcos.

—Lo siendo, niña mía —lo escuchaba de manera entrecortada—, lo siento por no estar, por no ser lo que tú merecías, ahora me doy cuenta lo estúpido que fui.

Sophia lloraba también de manera silenciosa. Ver a un hombre llorar era algo que siempre le había resultado lastimoso y desastroso. Y más que nada, ver a Marcos deshacerse contra ella era aun peor, porque se daba cuenta de cuánto había sufrido y de cuán solo había estado por más de veinte años, ese había sido su calvario y lo que había tenido que soportar por sus malas decisiones. Pensó en James, él había tenido razón, su hermano solo había hecho lo que creía correcto, aunque con estas decisiones había afectado la vida de ella y de su madre.

Marcos Sanders no era una mala persona, solo era un humano más.

Se quedaron allí abrazados en silencio largo rato, hasta que Marcos aflojó su abrazo y Sophia se separó un poco de él, subió las manos hasta sus mejillas y las secó con sus pulgares.

Lo miro y sonrío.

—No puedo creer que… —se detuvo un momento y tragó saliva antes de pronunciar lo siguiente—, por fin te conozca realmente.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Horas después Leo tocó la puerta, esta vez Sophia se cercioró de preguntar quién estaba del otro lado antes de abrir. Al escuchar la voz de ese hombre que la traía loca, soltó un suspiro y procedió a tirar del pomo. Hacía ya más de media hora que Marcos se había ido de su departamento, dejándola con los ojos hinchados de tanto llorar y el corazón liberado.

Se había sentido bien al escuchar finalmente la versión de su padre biológico.

—Hola, tú —le dijo él sonriendo, mientras la miraba con los ojos entornados y una sonrisa traviesa.

—Hola, tú también —respondió ella lanzándose a su cuello y dándole un beso sonoro en los labios.

Las intenciones de hacer el amor con él con el fin de que estuviera relajado y agotado, para así poder confesarle que tenía miedo de estar embarazada, había pasado a un segundo, o más bien, tercer plano.

Estaba cansada.

Hablar con Marcos por más de dos horas la había puesto exhausta.

—¿Estabas llorando? ¿Qué tal te fue con Marcos?

—Entra y te cuento.

Leo entró al departamento. Llevaba un polo negro y un pantalón de tela, una correa marrón, al igual que sus zapatos en piel.

Aspiró su aroma cuando deshizo su agarre y le dejó espacio para que entrara al departamento.

—¿Quieres algo de tomar? —Allí estaban los nervios.

Sus manos comenzaron a temblar suavemente y se sintió observada.

—¿Estás bien, *Pelirroja*?

—Sí, sí. Todo en orden. Solo cansada.

—Es que debes estarlo. Llegamos ayer y no has descansado nada —dijo él cerrando la puerta y abrazándola—. Te sientes tan bien junto a mí, desearía quedarme por siempre contigo así.

Aquello le pareció de lo más tierno.

Ella había descubierto en Leo Sandoval un hombre muy diferente a como se veía a simple vista.

Era tan tierno y cálido con ella, y aun así, fogoso y sensual a la hora de hacer el amor.

—No me sueltes entonces —murmuró ella mientras se apretaba más en el pecho de Leo.

—¿Cómo te fue con tu madre?

—Bastante bien. Creo que ya puedo jugar a la familia feliz.

—¿Segura? Debe ser mucho para procesar. No quiero ni imaginarme lo duro que fue escuchar a tu madre...

—Tranquilo, cariño. Todo resultó bien. Más preocupada estoy por Aria. No me ha llamado y dijo que lo haría cuando estuviera en su apartamento.

—¿Quieres ir hasta allí? Puedo llevarte.

Aquello podía ser la salida que buscaba a no decirle sobre sus sospechas de embarazo.

Leo se separó de ella y la miró con los ojos azules oscuros entornados y brillantes.

—¿Soph, seguro que está todo bien?

—Sí, seguro.

—¿No quieres saber para qué me reuní con Sasha?

¡Sasha!

Pues claro, aquello lo había olvidado por completo.

Su día había sido tan extraordinario y agotador, que no había tenido tiempo ni de pensar en que Leo iba a encontrarse con una ex.

Tampoco era como si tuviera deseo de discutir con él por verse con otra mujer.

En verdad estaba agotada.

Después de regresar de República Dominicana, no había dormido correctamente. La primera noche la pasó tomando vino y ahogando en alcohol su desilusión y traición por parte de su madre y James, y la segunda noche, enfrentando a Moira, James y escuchando a Marcos.

¡Vaya cuarenta y ocho horas!

—La verdad, no. No me interesa. Estas aquí.

—Pelirroja....

—¿Qué?

—Esta mañana pusiste cara de pocos amigos al enterarte que iba a verla. No quiero malos entendidos entre tú y yo. —Él comenzó a besarla despacio y ella entreabrió los labios, dejando que él la besara a su gusto—. Necesito que entiendas y que creas cuando te digo que eres la única mujer que necesito y que quiero en mi vida. —Más besos; esta vez, Leo introdujo la lengua y Sophia sintió cómo, poco a poco, más sangre volvía a calentarse en sus venas y comenzó a besarlo con ansias—. Eres todo lo que tengo y lo que necesito. Tú, Sophia McAdams eres la mujer que me ha...

—¿Me quieres? —preguntó ella interrumpiéndolo y agarrando su rostro a ambos lados—. Dime, Leo. ¿Tú me quieres?

—Creo que ya sabes la respuesta a eso. Lo que no sé es por qué...

Sophia levantó las cejas y Leo relajo los hombros.

—Sí, boba. Te quiero como jamás he querido a nadie y como sé que nunca lo haré. Te amo más que a mi vida, más que a respirar. No me importa si es pronto, no me importa que solo tenga un par de semanas conociéndote, jamás había sentido por alguien esto. Tú, intensa mujer de cabello de fuego, era la mujer más incómoda de tratar...

—¡Eh!

—Déjame terminar, boba.

—Bien —aceptó a regañadientes.

Leo le dio un beso en la mejilla izquierda y luego uno en la derecha.

El olor a canela inundó sus fosas nasales y el latir angustiado de Sophia se ralentizó.

—Pero hay algo que quiero que sepas. Algo que necesito que sepas antes de que nuestra relación...

—¿Tenemos una? —preguntó haciéndose la sorprendida.

Se alejó de él y caminó hacia el sofá. Necesitaba sentarse. Las piernas le comenzaban a temblar. Sentía que a cada segundo que pasaba, iba a terminar metiendo la pata y gritando a cuatro voces que sospechaba estaba embarazada.

—¿Me dejas terminar?

Ella hizo señas para que continuara y se cubrió la boca con las manos, subiendo las rodillas hasta su pecho y abrazándose las piernas. Medio rostro de Sophia se vio ocultado por sus piernas y su cabello rojizo que caía a ambos lados de su rostro.

—Tú... —siguió él, mientras caminaba hacia ella despacio—. Me has puesto el mundo patas arriba, Sophia.

—No quise cambiar nada de...

—¡Pero, mujer! ¡Silencio!

—¡Ya me callo!

Leo se sentó a su lado y tomó sus manos entre las de él.

Leo tenía las manos un poco frías y aquello mandó una descarga de electricidad por su espina dorsal y la despabiló un poco.

Él miró sus manos unidas y ella bajó la vista también allí en donde sus veinte dedos se entrelazaban.

—Hay algo que debes saber. He pasado horas dándole vueltas a la situación. Pensando cómo decírtelo. Cómo expresarme sin que esto te cause dolor. Sin que arruine lo que tenemos.

El corazón de Sophia comenzó a escandalizarse.

Ella sintió que el mundo se abría bajo sus pies.

¿Qué estaba sucediendo?

Era ella quien debía contarle algo a él. Era ella quien debía decirle que sospechaba había quedado embarazada en el primer encuentro que tuvieron.

—Sophia...

—Voy al baño. Ya regreso —Ella soltó su agarre y dejó a Leo en la misma posición, solo que girando el rostro hacia ella, mientras Sophia desaparecía a toda velocidad en su habitación.

Se encerró en el cuarto de baño y se subió el vestido para orinar. Se lavó las manos y miró la caja con la prueba de embarazo.

No se la había hecho aún.

No había tenido el coraje de hacérsela.

¿Y si Leo le decía que no estaba listo?

¿Y si Leo hacia lo mismo que Marcos y prefería largarse y hacer dinero antes que estar con su familia?

¡Pues que lo hiciera! Escuchó las palabras que, estaba absolutamente segura, Aria le diría si se enteraba de aquello.

Tomó la caja en sus manos y temblando, abrió y leyó las instrucciones.

Jamás se había hecho una prueba casera.

Ella tomaba pastillas, estaba casi cien por ciento segura que no estaba embarazada.

Pero el casi no iba dejarla dormir por las noches.

No hasta cerciorarse que no estaba esperando un bebé no planificado.

—Pues ahí voy.

Se sentó otra vez en el inodoro y respiró varias veces.

Algo debía quedar allí dentro.

Justo cuando pensaba que había cometido una estupidez al sacar el aparatito de la caja, pues acababa de orinar y no creía tener más, sintió cómo el líquido precario comenzaba a salir y lanzó un grito de emoción.

Se levantó del inodoro con la paletita en la mano y una cara de felicidad en el rostro.

La cual se vio borrada al verse en el espejo con el pelo alborotado y los ojos brillantes, mientras sostenía la paletita con la prueba de si estaba o no esperando un hijo con Leo.

—Mierda —murmuró.

La puerta sonó en ese momento y Leo le llamó.

—Ya salgo —dijo a punto de dejar caer el dispositivo.

Lo colocó encima de la tapa del inodoro y se lavó las manos y la cara, intentando borrar la cara de culpabilidad de su rostro.

Abrió la puerta y recibió a Leo con una sonrisa.

—Perdona, amor. No he podido aguantarme más. ¿Me decías?

Leo la miró con los ojos azules entrecerrados y se cruzó de brazos.

—Sophia...

—Yo también te amo —le dijo de repente. Era cierto. Sin dudarlo, podía gritarlo a los cuatro vientos.

Amaba a Leo Sandoval.

Y también deseaba alejarlo del cuarto de baño y que no se enterara que estaba embarazada de una manera muy distinta a como pretendía contarle.

—Vaya. Por fin concordamos en algo —dijo él sarcástico—. Necesito que te sientes... —pidió entonces, después de unos segundos.

Ella lo miró extrañada por el cambio en su tono de voz, el cual pasó de jovial y bromista a grave y serio.

—Me asustas cuando me miras así.

—Necesito ser honesto contigo. Necesito contarte algo que espero que no afecte nuestra... nuestra relación. ¡Carajo! Que difícil me está saliendo esto.

Sophia se acercó a él y pasó una mano por su cabello, mirándolo con ternura, intentando tranquilizarlo.

—Nada de lo que digas va a cambiar lo que siento por ti. Tenemos el presente. No me importa lo que pueda pasar en un futuro con nosotros. Estoy feliz de tenerte ahora —ella sonrió y sintió cómo los ojos se le humedecían—. Yo tampoco creí que podía enamorarme tan rápido y sentir esta necesidad tan fuerte de estar cerca de alguien. No hasta que entraste en mi mundo, no hasta que peleaste por mí con Hermes y por más cliché que pueda sonar, verte perder los estribos, me enamoró aún más.

—Estás bien loca, mi *pelirroja* —murmuró él cerrando los ojos y disfrutando de las caricias de ella en su cabello y su rostro.

Leo era un hombre hermoso. De una manera peculiar y pícara, con su cabello rubio y su barba de dos días, se veía relajado, aunque con el ceño fruncido; le dejaba claro que algo le estaba preocupando.

—Es la verdad, cuando vi... Yo... —intentó borrar la imagen de Leo tirando de su cabello en el departamento de él, pues le angustiaba y rompía el corazón. No quería jamás que él se sintiera así de perdido y solo—. Te vi y supe que deseaba quedarme a tu lado para siempre.

—Hoy me reuní con Sasha. No sabía que ella quería cuando fui allí. Pero fui porque quería dejarle claro que ya no me interesa verla. Que la necesitaba fuera de mi vida de una vez y por todas —Leo habló sin mirarla y ella supo que aquello iría de mal en peor. Pero aun así, intentó mantener la calma—. Le dije que estaba viéndote. Que tenía una relación contigo. Con alguien muy distinta a ella. Alguien que no era egoísta. Alguien que me quería y me hacía desear tener lo que nunca quise.

Sophia aguantó la respiración y esperó por una respuesta.

Una que tardó en llegar, pero que cuando lo hizo, la devastó.

—Yo no quise jamás tener una familia.

Su cuerpo se puso rígido de repente.

¿Había escuchado bien?

¿Leo no quería tener una familia?

—No te adelantes —le dijo él subiendo el rostro y mirándola a los ojos. Las lágrimas ya habían salido de sus ojos y él las secó suavemente con sus pulgares—. Nunca deseé tener una familia hasta que te conocí.

La boca de Sophia formó una perfecta o.

—¿Qué... Qué cambió?

—Tú me hiciste cambiar. Tú me hiciste desear cosas que no había querido nunca. Pero entonces ya es tarde.

—¿Tarde? ¿De qué hablas? ¡Estoy justo aquí! —ella comenzó a reírse por lo tonta que había sido al pensar, antes de hablar con él, que Leo no deseaba hijos.

Leo volvió a quedarse en silencio y aquello la asustó nueva vez.

—Leo, odio el maldito suspenso. Dime ya. Dime qué diablos sucede. —Ella puso las manos en su rostro y lo obligó a mirarla a la cara—. Mírame. Estoy aquí. Habla conmigo.

—Hace un año más o menos tomé la decisión de hacerme la vasectomía —confesó el, dejándola con la boca abierta y los ojos congelados—. No puedo tener hijos, Sophia. No puedo darte hijos. No puedo hacer una familia contigo...

—¡Ya entendí! —le detuvo ella gritando.

Sophia soltó su rostro y dio dos pasos hacia atrás.

Aquello estaba mal.

Aquello no podía estar pasándole.

¿Vasectomía? ¿Leo no podía tener hijos?

—*Pelirroja...*

—¡No! —Ella subió una mano cuando él intentó acercarse—. Yo... Por favor...

¿Por qué le dolía tanto el pecho? ¿Porque diablos sentía que no podía respirar?

¿Acaso aquello que le apretaba el corazón hasta exprimirlo era dolor?

¿Decepción?

No podía querer llorar por algo que nunca había tenido.

¿Cómo podía estar triste por haberse ilusionado pensando que estaba embarazada?

—Nena… Por favor.... No te alejes de mí —rogó Leo y ella intentó sonreír.

—Yo... Tan solo necesito un tragó. Ya regreso. —Y se fue antes de escuchar las palabras de Leo y ver su mirada triste.

Mientras se dirigía a la cocina, sintió las lágrimas bajar desparramadas por sus mejillas y se cubrió la boca con las manos para evitar que Leo la escuchara sollozar.

Él estaba confundido y ella no había hecho nada para evitar que pensara mal.

Sophia no estaba triste porque él no pudiese darle hijos, más bien porque había creído tontamente que ya estaba esperando uno.

Aunque no lo deseaba, aunque no lo había planificado.

Deseaba tener un hijo de Leo creciendo dentro de ella.

¡Y que Dios se apiadara de su alma!

Pero eso era lo que deseaba y por lo que en ese momento lloraba silenciosamente.

Sophia abrió el frigorífico y se sirvió la copa de vino y dio un trago tras otro hasta que la terminó.

Sacó una copa limpia y vertió el líquido blanco dentro de ella y se sirvió un poco más para ella.

Estaba segura que a Leo también le vendría bien un trago.

Tomó ambas copas y se dirigió a la habitación. Estaba segura que podría tranquilizar a Leo y juntos encontrarían la manera de estar bien con su nueva situación.

Aunque cuando él se fuera, lloraría desconsoladamente y llamaría a su amiga para que salieran a algún club a ahogar las penas en chupitos de alcohol.

No quería que Leo la viera triste.

Porque sabía que él se sentía culpable.

Se detuvo antes de entrar a su habitación y soltó el aire varias veces.

No quería lastimar a ese hombre que tanto amaba.

—Leo, te traje algo para relajarnos un...

Las palabras murieron en sus labios cuando miró a Leo con la prueba de embarazo en la mano.

La prueba que obviamente ella se había hecho y había dejado la puerta del baño abierta.

La prueba que, desde la distancia que se encontraba de Leo, de escasos cinco pasos, podía notar una sola cosa.

Las copas cayeron al suelo y se estrellaron contra el piso haciendo un sonido escandaloso.

Pero ella no escuchó nada.

Miró a Leo el cual la observaba a ella con los ojos abiertos de par en par.

—*Sophia... ¿Estás embarazada?*

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Esa noche ninguno de los dos durmió prácticamente nada, pendientes uno del otro, de cada reacción, de cada respiración, cada movimiento que Leo hacía o que Sophia realizaba, estaban pendientes de cómo accionar frente al otro.

Se quedaron toda la noche recostados en la cama mirando al techo, la luz de la luna entrando suavemente por la ventana e iluminando la cama con delicadeza.

Habían pensado a mitad de la madrugada ponerse a ver una película en *Netflix*, pero la idea se cayó al momento en que ambos se levantaron de la cama a las tres de la mañana y se vieron a los ojos.

La situación no estaba para ver películas.

No estaban para compartir y comer palomitas mientras se reían de estupideces.

Ellos tenían demasiado en qué pensar.

Había algo en el ambiente, una pregunta que bailaba sobre sus cabezas y les producía migraña. Ambos la estaban pensando, torturándolos, quitándoles la gran felicidad que habían reunido al estar juntos.

Todo ese tiempo juntos había sido una sorpresa y más que nada un apoyo incondicional por parte de Leo para con ella.

Felicidad. Precisamente, juntos habían sido un equipo fenomenal, ambos lo sabían.

Sophia miró a Leo, con su cuerpo inmóvil al lado del de ella en la cama. Le dolía verlo así, le dolía verlo tan triste, tan ido, tan lejos de ella.

La mañana llegó años después, eones después de tanta tortura. Sophia siquiera se dio cuenta cuando su alarma sonó. Había pasado toda la noche pensando, calculando los días previos a su período y luego de su encuentro con Leo, así como la última vez que había estado con Hermes. Todo para no destruir lo que tenían.

Pero estaba demasiado nerviosa y angustiada como para tener fechas exactas.

Su relación con Hermes tampoco había dejado una marca en ella, no había sido trascendente, ni mucho menos le había provocado recordar el último día que habían estado juntos.

Joder si ese hombre ni podía llevarla al orgasmo.

¿Cómo diablos iba a recordar la última vez que tuvieron sexo?

Miedo, un pavor atroz que le estaba calando los huesos.

Se levantó con la luz del sol y se metió a la ducha de inmediato. Dejó que el agua recorriera su cuerpo, su cabello rojizo chocando en su espalda, salió minutos después y se detuvo frente al espejo, el cual le devolvió el reflejo de una mujer agotada, exhausta, no había nada que agotara más al cuerpo que mantener el cerebro funcionando por más de veinticuatro horas sin descansar, sin dormir, sin dejar de pensar.

Pero es que necesitaba una solución, una alternativa, necesitaba que aquello no estuviera sucediendo, estaba embarazada, pero Leo se había hecho la vasectomía. ¿Cómo era posible estar embarazada si Leo se había hecho la vasectomía? Sumada a las preguntas que había tenido el día anterior —había descubierto que su padre era su jefe, que su madre se había casado con tu tío, los acuerdos, las informaciones, cómo Marcos había pedido disculpas mientras lloraba—, era demasiado para el corazón de Sophia.

Comenzó a llorar silenciosamente y se mordió los labios para que Leo no notara su llanto. Aunque la puerta del cuarto de baño estaba cerrada, sabía que, si él la escuchaba llorar, iba a abrirla.

Pero no quería verlo.

No quería escucharlo.

No quería que él se preocupara más de lo que ya estaba.

Ella estaba embarazada y existía la pequeña duda de no saber de quién era su hijo. De que el bebé que estaba esperando fuera de Leo o de Hermes.

Joder.

Ella no salía de una mierda, pensó.

¿Qué diablos le había hecho a Cupido para que arremetiera de esa jodida y enferma manera contra ella?

Escuchó sonar su celular y se apresuró a abrir la puerta para tomarlo, pero al salir se encontró de frente con Leo y este evitó que ella cayera el piso.

—Sophia, cuidado. Puedes caerte.

—No voy a caerme —le respondió rápidamente y tomó de la mesita de noche el celular justo cuando la llamada se cayó—. ¡Demonios! —murmuró.

Miró la pantalla y descubrió que era su amiga. ¡Por fin daba señales de vida!

Le devolvió la llamada de inmediato y ocultó la vista para que Leo no la mirara a los ojos.

¿Por qué le resultaba tan difícil de repente mirarlo a los ojos?

Porque le dolía.

Era lo peor que le había tocado pasar. Esa duda en su mirada, esa misma duda que había visto cuando tenía el dispositivo de la prueba de embarazo en la mano.

¿Cómo había sido tan tonta de dejarlo allí con la puerta del cuarto de baño abierta? ¿Por qué había tenido que irse a tomar el maldito vino?

Se prometió a sí misma, viendo a Leo sin decir nada, con los ojos fijos en ella, que jamás volvería a tomar ni un solo trago de vino.

Una estupidez, pero por algo debía de empezar, a alguien había que echarle la culpa y en esta ocasión el alcohol era cien por ciento el culpable.

—Hola —respondió su amiga—, ¿por qué demonios no tomas la llamada cuando te estoy llamando yo?

—Estaba ocupada.

—¿Ocupada, eh? ¿Haciendo qué? ¿Estás con Leo ahí? ¿Estabas teniendo sexo? ¡Sophia, por el amor de Dios! ¡Son las ocho de la mañana! Digo, ese es el mejor sexo del día...

—¿Quieres callarte? —tuvo que reírse. Su amiga siempre le sacaba una sonrisa sin importar cuán triste estuviera. Y en ese momento más que en ningún otro, estaba devastada.

—Así me gustas escucharte reír.

—Calla tonta. Me has dado un susto de muerte. Tú y tus estúpidos mensajes. ¡Aprende a llamar! —escuchó la puerta del baño cerrarse y soltó un suspiro. Uno que no sabía estaba conteniendo.

—Estoy bien, solo te llamo para que dejes de preocuparte, sé que debes estar casi quitándote el pelo de la cabeza.

—No te imaginas cuán nerviosa he estado. —Tanto por la desaparición de ella y por la situación que estaba viviendo en ese momento. Pero se borró el comentario. Ya lo dejaría para después, para cuando pudiera verla frente a frente y derrumbarse junto a esa amiga que siempre había estado allí, la hermana que la vida le había dado.

—Vamos a vernos hoy. No vayas al trabajo.

—Hoy... Yo... —¿Cómo decirle que no podía verse con ella porque ya tenía planes?

—¿Tú qué?

—No puedo…

—¿Sophia? —Aria se estaba incomodando. Se sentó en el borde de la cama y miró los zapatos de Leo que estaban a un lado de la habitación. Le gustaba verlos allí. Era un pedazo de él

en su vida.

Como si con aquello se cercioraba que él estaba con ella.

Una tontería que la ponía feliz. Así como ver el polo de él, doblado sobre el espaldar de la silla donde Aria la maquillaba de vez en cuando.

—¿Dónde carajo estás? —cambió de tema intentado que su amiga no se percatara de su reticencia a contarle sus planes—. ¿Estás con Samme? ¿Qué carajo está pasando con él?

La línea se quedó en silencio y Sophia se alegró de que su amiga también tuviera sus secretos.

Secretos que tarde o temprano ambas contarían.

Al menos siempre había sido así.

Pero nunca antes Aria se había desaparecido por todo un día.

—Sí, estoy en Chicago.

—¡Chicago! —exclamó levantándose rápidamente y por impulso, a lo que le siguió un mareo fuerte que la obligó a sentarse otra vez en la cama— ¿Qué mierda haces en Chicago? ¿Te obligó a irte con él? ¿Qué haces tan lejos?

—Nadie me obliga a nada, Soph. Ya te contaré cuando nos veamos. ¿Esta noche? Perfecto. Sí. Esta noche.

—Aria...

—Esta noche nos vemos en el club de Samme... No —su amiga se detuvo y Sophia giró los ojos mientras se apretaba suavemente el puente de la nariz. ¿Su amiga siempre iba a ser así?—. Mejor nos vemos en mi casa. Sí. Mejor en mi casa.

—Creo que me vendría mejor si es en tu casa.

—Listo. En mi casa. A las nueve. O cuando tu leoncito te permita salir del apartamento.

—Boba demente.

—Y tú, zorra. ¡Nos vemos nena, te amo!

—Yo también.

Cerró la llamada y se quedó mirando el teléfono.

Fue entonces cuando escuchó la puerta del baño abrirse. Apretó la toalla contra su pecho y esperó a que Leo saliera.

No podía seguir ocultándose. Dándole vueltas a algo que solo iba a deprimirla más.

Duda.

¿Pará qué carajo existía esa mierda?

—¿Qué tal tu amiga?

—Bien. He quedado con ella para vernos esta noche.

—Bien.

Silencio otra vez.

Tan pesado y afilado como un cuchillo directo a su corazón.

—Leo…

—Voy a salir —dijo él de repente y Sophia subió los ojos y lo miró mientras él se comenzaba a vestir.

Ella se acercó a él y por impulso se levantó de la cama y dio un par de pasos hacia Leo.

Leo tenía el bóxer puesto y se estaba subiendo los pantalones de tela, ella se fijó en su pecho desnudo y brillante por las escasas gotas de agua que caían de su cabello rubio mojado. Le llamó la atención algo en su torso, por primera vez notó una cicatriz por debajo de su lado izquierdo y se preguntó de inmediato cómo se la habría hecho.

Los ojos de Leo miraron en su dirección y se colocó el polo rápidamente, pero Sophia lo detuvo e impidió que se lo terminara de bajar

—¿Cómo te la hiciste? —le preguntó agarrando el polo del borde y dejando su abdomen descubierto.

—Larga historia.

—¿Te vas a cerrar ahora?

—Sí, voy a hacerlo.

—No lo hagas —susurró. Aquello era como una estocada justo en el corazón. Creyó que después de ella decirle que se marcharía cuando estaban en la isla caribeña, él jamás se en cerraría otra vez. No de ella. No con ella.

Pero se había equivocado.

—Debo irme.

—No te vayas, Leo.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Cómo te hiciste la cicatriz?

—No quiero hablar de eso ahora —le dijo y ella asintió, comprendiendo que él no iba a contarle nada más—. Quizá luego —agregó él mientras se terminaba de bajar el polo y se ponía correctamente el pantalón.

—*¿Tendremos un luego?*

Leo la miró entonces. Sus ojos azules estaban oscurecidos, tenía ojeras oscuras debajo de sus ojos y no sonreía ni de asomo.

Sintió que el labio inferior le tembló y giró el rostro para que él no viera las lágrimas que se aproximaban.

—*Pelirroja...*

—Tranquilo. Vete. —Sentía que se estaba dando una sentencia de muerte a sí misma.

Un adiós auto provocado.

—Nena...

Sophia se dio la vuelta y caminó al lugar más distante de la habitación, lo más lejos que pudo de él.

Necesitaba aire.

Necesitaba respirar.

Se colocó frente al ventanal y miró hacia el nuevo día que le deslumbraba el rostro y hacía que sus lágrimas se secaran deprisa.

Sintió unas manos en su cintura y su cuerpo se tensó por un segundo. Era pecadora. Una pecadora que su cuerpo reconocía y se sentía a gusto estando junto al de Leo, sintiendo su calor, sintiéndolo a él. La toalla húmeda se resbaló de su cuerpo y cayó al suelo. Los brazos de Leo subieron por su pecho y la abrazaron.

—Tengo miedo —susurró él en su oído, dejando caer el rostro en su cuello y apretándola fuerte—. Temo arruinar lo nuestro. Es algo que no me deja respirar, que me impide verte a los ojos y preguntarme a cada segundo si no voy a dañarlo todo.

—Leo...

—No. —La detuvo el dándole la vuelta y colocándola frente a él. Le secó las lágrimas de los ojos y peinó suavemente su cabello, retirándolo de su frente—. Toda tú me encantas, me gustas de una forma que casi duele. No sabía lo que era ser querido por alguien hasta que tú llegaste a mi vida, Sophia. Eres una mujer terca que no me ha dejado, aun cuando viste que

pierdo el control.

Sophia agachó la cabeza pero Leo volvió a subírsela, agarrándola de la barbilla con dos de sus dedos y obligándola a mirarlo.

—No quiero arruinarlo. No quiero que...

—Estoy embarazada, Leo —dijo ella entonces armándose de valor—. Es algo que no puedo negar. Tú mismo viste la prueba. La tuviste en tus manos. La tengo en mi gaveta. Lo estoy.

—Pero...

—Lo sé —lo interrumpió colocando sus manos en el pecho de Leo—. Lo sé. Al igual como sé que me amas y yo jamás te obligaría a quedarte conmigo. No puedo obligarte a quererme.

—No tienes por qué obligarme, ya lo hago.

—Pero puede que...

—No.

—¿No?

—¡No, Sophia! ¡No!

—No me digas que no cuando ninguno de los dos ha podido dormir—su voz la traicionó y perdió la última palabra. Carraspeó y volvió a intentarlo sintiendo que volvía a llorar—. Existe la posibilidad de que el bebé no sea tuyo.

Leo soltó una maldición y se alejó de sus brazos. Sophia dejó caer las manos y se agachó para recoger la toalla. De repente necesitaba protegerse, necesitaba cuidarse, cubrirse con algo tapar el dolor que estaba haciéndose casi visible y palpable.

Debía hablarle, debían dejar las cosas claras.

Él la amaba, de eso no le cabía duda, lo veía en sus ojos azules, lo notaba por cómo la acariciaba, no estaba viendo donde no había, todo estaba allí.

De no haberla querido no hubiese estado allí todavía, se hubiese ido en la misma noche cuando vio la prueba de embarazo.

Pero Leo aún estaba ahí, aunque dudaba.

Y ella no sabía qué era peor: que él no se hubiese ido, o que dudaba de que el bebé fuera suyo.

—¡Maldición! ¡Maldita sea! —Leo le pegó un puñetazo a la pared ésta se cuarteó—. ¡Maldición! —Él pateó la mesita de noche y esta vibró, tirando algunos frascos en el suelo.

—Leo... susurró ella su nombre.

Leo se sentó en el borde de la cama y se cubrió el rostro con las manos, todo su cuerpo temblaba y Sophia sintió pena al verlo allí, eso incentivó a que ella le cogiera aún más lastima al pequeño niño que había sido Leo una vez. Ese niño solitario que nadie quiso, que nadie había protegido, que nadie cuidó de los males de un mundo tan perverso y dañino.

—¡Maldición! —volvió a escucharlo.

Cada vez que él soltaba una imprecación, era como un taladro, como una bala disparada hasta su cabeza. Quería desaparecer, desaparecer todo el dolor que estaba ocasionándole a Leo con la incertidumbre de no saber si el bebé que esperaba era de él.

Casi no podía siquiera utilizar la palabra, sí. Porque había un noventa y nueve por ciento de probabilidad de que no fuera de él y ese uno por ciento le aterraba. La aterrorizaba de una manera imposible de explicar.

—¿Tú quieres una familia conmigo? —le preguntó caminando hacia él lentamente.

Leo sacudió la cabeza y esto hizo que ella se detuviera.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

Ella frunció el ceño y lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Tú dijiste anoche... yo pensé.... creí que tú... —recordaba a la perfección cuando él le dijo que quería tener una familia con ella. ¿De repente había cambiado de opinión? ¿Ya no quería hacerlo?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿Cómo puedes preguntarme si quiero tener una familia contigo? ¡Maldita sea! ¿¡Por qué no te conocí hace un año!? ¿Por qué no llegaste a mi vida cuando decidí hacerme la vasectomía? ¿Por qué no llegaste antes?

Sophia soltó un sollozo y se obligó a respirar, a inhalar aire y soltarlo lentamente.

Por un momento había perdido la luz en el camino.

—¡Dios! —murmuró.

Sophia se acercó a él y se arrodilló, agarró las manos de Leo y notó que se estaban poniendo coloradas y que una de ellas comenzaba a sangrar, la que se había encontrado de frente con la pared de su habitación.

Aquello le dolía, le molestaba y más que nada, aborrecía que estar mezclada en esa situación.

—Perdóname. Perdóname por sacarte de tus casillas...

—¡No, mujer! ¡Por Dios! ¡Jamás te disculpes, *Peliroja*! Estoy arruinado, lo estoy. Tú me

recompones, tú pegas cada pieza en su lugar. Nunca digas que eres responsable de lo que me haga yo mismo. Por ti soy capaz de ir a un maldito loquero. Por ti soy capaz de asistir a una maldita terapia con tal de controlarme y hacerte feliz. —Leo se quitó las manos del rostro lentamente y las colocó en el de ella—. Mírame a los ojos, Sophia. Mírame y créeme cuando te digo que por ti soy capaz de lo que sea...

—Entonces vayamos a la clínica. Vayamos a la clínica —dijo ella de repente interrumpiéndolo. La idea no tenía ni un segundo que se había creado en su cabeza y la soltó tan rápido que no le dio tiempo ni a asimilarla ella misma—. Vamos a la clínica y hagamos la prueba. Así podemos saber cuántas semanas tengo. Vamos a chequearme —hablaba de manera atropellada, diciendo una palabra tras otra, nerviosa, deseosa de finalizar con aquella tortura de una vez y por todas.

—No vamos a chequearte, Sophia. No voy a chequearte porque estoy dispuesto hacer una familia contigo y si eso implica ser el padre de esta criatura, lo haré.

—No tienes que hacer un sacrificio, Leo. Esto no tiene por qué ser un sacrificio. Tienes que tener la oportunidad de irte. Tienes que tener la oportunidad de escapar.

—¡No eres una maldita condena, Pelirroja! ¡No eres una prisión! Sí. Quiero todo de ti y lo digo en serio. Quiero toda tu risa, tu tristeza, tus llantos. —Leo le dio un beso en los labios y susurró—. Quiero de ti absolutamente cada caricia, cada fortaleza, cada detalle, cada manera de acariciarme, quiero que me veas todos los días, quiero que estés conmigo, quiero que me calmes cuando sienta que voy a la deriva, cuando vaya perdiendo la consciencia y la calma, quiero que tú estés ahí. Quiero lo que venga de ti, por consiguiente, voy a querer a este niño que vas a tener, no quiero enterarme si es mío o no. No quiero saberlo. No me interesa. Viene de ti y para mí eso es más que suficiente.

Sophia no pudo evitar comenzar a llorar como una magdalena. Dejó escapar todo el llanto que había estado conteniendo desde la noche anterior.

Leo se tiró junto a ella en el suelo y la abrazó, recostando su cuerpo y acariciando su espalda suavemente, subiendo sus manos de arriba hacia abajo, pasándole toda la tranquilidad que ella necesitaba.

—Voy a estar aquí, preciosa. Voy a estar aquí contigo, no voy a irme a ningún puto lado. No voy a largarme. Por primera vez no quiero irme de tu lado. He pasado toda mi vida huyendo de los lugares. He estado viviendo y solo peleando por mí, pero esta vez quiero hacerlo por nosotros, quiero hacerlo por los tres. Tú eres mi familia, eres lo más cercano que tengo a una y me vale una mierda si es muy pronto. No me importa si es muy rápido. Jamás había sentido esto y es lo más verdadero que sentido en toda mi vida. No voy a dejarte ir, pequeña pelirroja.

—No quiero que me dejes ir —susurró ella después de un rato intentando pronunciar las palabras. Habló con voz gruesa y la garganta reseca de tanto llorar—. No quiero que me dejes ir jamás, y no me ofende, Leo. No me ofende que quieras que me haga la prueba cuantitativa, puedo hacerlo sin ningún problema, puedo hacerlo y así salimos de dudas.

—Olvídate de las malditas dudas. Somos tú y yo contra el mundo. ¡Olvídate de todo lo

demás!

—Pero es que...

—¡Sin peros!

—Te hiciste la vasectomía....

—Si quieres contarle al idiota ese, que me imagino de quién sospechas...

—¡Dios! ¡Ni lo menciones! —dijo ella apunto de ponerse histérica—. No lo menciones —repitió.

No deseaba tener un hijo de Hermes. Aquello le causaba náuseas.

—¿Y si no quiero tenerlo? —preguntó después de un rato en los brazos de Leo, mientras sentía que su corazón se tranquilizaba por fin, después de tanto bombear sangre a presión— ¿Estarás conmigo?

—Estaré contigo, *Pelirroja*, decidas lo que decidas.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

—No sé por qué diablos me obligaste a venir. No sé cómo pude caer en esto.

—Porque te ibas a morir si no lo hacías. —Aria llevaba un pantalón blanco capri y una blusa roja de mangas largas, unas botas negras cubrían sus piernas hasta las pantorrillas. Su cabello corto había crecido un poco y ya le llegaba hasta el borde de los hombros.

—Estaba tranquila. Me había calmado —le dijo mientras su amiga la arrastraba hasta la clínica.

—No me digas que estabas tranquila. Eres una maldita demente. ¿Quién en su sano juicio puede vivir una vida en paz sin saber si el hombre con el que quiere pasar el resto de su vida es el padre del hijo que espera?

—Él está de acuerdo con eso.

—No. No está de acuerdo. Está intentando hacerte feliz. Quitándote el peso de los hombros. Intentando aliviar la angustia que tiene. Yo haría lo mismo en su posición.

—¿Estás segura? —preguntó entonces sintiéndose terriblemente culpable— ¿Crees que Leo lo está haciendo por eso? ¿Crees que no está feliz aceptándolo?

«¿Por qué entonces le había dicho que sí?» se preguntó.

—Claro que estoy segura. Él te ama. Te quiere. Quiere estar ahí contigo y te ha dicho lo que él cree que tú debes escuchar para estar tranquila, pero nadie en su sano juicio va a quedarse calmado criando al hijo de otro, sin saber si es o no es suyo.

—Creo que tú eres la única que piensa así.

—Entremos a la clínica y acabemos con esto —murmuró Aria agarrándola de la mano y tirando de ella.

Habían pasado días desde que se habían reunido en el apartamento de Aria y justo cuando le confirmó que estaba esperando un hijo y que no sabía de quién era, su amiga se escandalizó y le tiró una almohada en la cabeza para hacerle entrar en razón. Justo así era como su amiga trataba a las personas que quería.

Los que odiaba no tenían siquiera la dicha de una mirada.

Aria Douglas era una experta en aplicar la ley del hielo combinada con frialdad y una pizca de soberbia.

—Buenos días. Estamos aquí porque tenemos una cita con la doctora Guzz.

—La doctora Guzz ahora mismo está asistiendo en un parto. ¿Puedo ayudarle con alguna información?

—Con información no, señora. Estamos aquí porque mi amiga necesita hacerse una sonografía o una prueba o algo que diga cuánto tiempo tiene de embarazo.

—¿Se ha realizado una prueba casera antes de venir aquí?

—¿Y cómo diablos cree usted que ella sabe que está embarazada?

—¡Aria, por el amor de Dios! —le dio un pellizco su amiga y se colocó frente a la mujer—. Discúlpela, estamos un poco ansiosas. ¿Será posible que me agende una cita con un analista o alguien que me haga una prueba? —no sabía ni siquiera que estaba diciendo.

Jamás había sentido la duda de estar embarazada. Nunca había tenido miedo de hacerlo porque tomaba religiosamente la pastilla anticonceptiva, día tras día, desde que había comenzado a planificarse.

Precisamente para evitar malos entendidos y sorpresas.

—¿Te gustaría ahora mismo? Podemos llevarla al laboratorio para que le hagan la prueba —la mujer le sonrió y Sophia vio cómo bajaba los hombros, relajándose rápidamente al tenerla a ella en frente y no a Aria.

Su amiga ponía nerviosa a cualquier persona.

Media hora después ya le habían tomado la prueba de sangre y estaba esperando por los resultados fuera de laboratorio.

—Relájate. Si estás embarazada vas a perderlo de tan nerviosa que estás.

—¡Cállate! ¡No seas ave de mal agüero!

—Es la verdad, relájate. Ya estás embarazada...

—¡Pues claro que estoy embarazada! —le molestaba que Aria lo pusiera en duda, pero entendía porqué. Ambas tenían la misma edad, debía representar un choque de emociones para su amiga el saber que ella pronto dejaría de ir a clubes para dedicarse a cambiar pañales—. ¿No viste la prueba?

—La toqué. Tenía todo tu...

—No estaba mojada —ambas comenzaron a reírse, y por un momento, Sophia se olvidó de la preocupación. Solo eran ellas dos, como siempre habían sido desde que se conocieron.

—Sophia McAdams —llamó una enfermera y le entregó un sobre en color blanco.

Sophia lo tomó en sus manos y miró a Aria, nerviosa y con un sudor frío automático en la frente.

—Ábrelo, ¡por el amor de Dios! —gritó su amiga con los ojos oscuros brillando.

—No, lo abriré en casa.

—¿Cómo que en casa? ¿Me has hecho venir aquí para nada?

—¡No te hice venir! ¡Tú me hiciste venir aquí!

—Vas a hacer que pierda todo el chisme. Debo saberlo ahora mismo. ¡Antes que el odioso de Leo!

—No me jodas, Aria. ¿¡Es un maldito chisme mi vida!? —exclamó sintiéndose ofendida— ¡Es mi vida! ¡No es una maldita serie de televisión!

—No te hagas la tonta. Por supuesto que es tu vida. Pero estoy involucrada, soy la madrina. A mí me preocupa más saber quién es el padre.

La enfermera que estaba aún cerca de ellas ahogó un grito y Aria levantó una ceja.

—¿Qué? No venga a decirme que nunca ha visto a una mujer preguntarse de quién está embarazada. ¡Estamos en el maldito 2020!

—Yo... Yo, bueno... —la mujer que no debía de pasar de veinticinco años, con el pelo oscuro que se notaba por debajo del gorrito médico, las miró de una a la otra y tuvo la delicadeza de sonrojarse—. Debo retirarme, felicidades por su embarazo.

Ahí estaba. Oficialmente era cierto. Estaba embarazada.

Sus manos comenzaron a sudar y se guardó el sobre en el bolsillo del pantalón, llevaba unos vaqueros verde Neón, con una blusa blanca que le cubría poco más abajo del ombligo, y dejaba sus hombros al descubierto, llevaba un abrigo marrón por encima y unas botas marrones hasta las rodillas.

—¿Estás segura que no quieres verlo aquí? Sería mejor abrirlo aquí que en la casa. ¿Qué tal que Leo te vea llegar con este sobre? ¿O que lo encuentre por ahí en tu gaveta? Estás bastante salada. Todo podría suceder.

—¿Dónde diablos estás aprendiendo este lenguaje?

—Me estoy juntando con personas de distintas costumbres.

—¿Así le llamas a estar circundando en ese bar de mala muerte?

—¡Qué es un club! ¡No le digas bar! — refutó Aria. —Y puedo asegurarte que alli se mueve bastante dinero. La verdad es que va gente con mucho dienero. Y tu sabes que se reconocer a esas personas.

—Sí, ya sé que te fuiste a Chicago y que ahora eres team Samme. ¿Si sabes que no me has contado todo lo que pasaste? ¿Por qué diablos te fuiste a Chicago? ¿Qué hacías allá? ¿Estabas

con él? No entiendo por qué de repente empiezas a ocultarme tu vida personal. ¡Hasta sabes de qué jodido color es mi vibrador! ¡Estás tarde para ocultarme cosas! ¡Soy un maldito libro abierto contigo!

—Hay cosas que no puedo contarte, nena. —Su amiga la abrazó y le dio un beso en la frente—. Pero tranquila, estoy segura que encontraré la manera de darte algunos detalles, por ejemplo, sobre lo grande que tiene Samme el...

—¡Cállate, por Dios! ¡No es eso precisamente lo que me interesa! —Comenzaron a caminar hacia la salida pero Aria la detuvo en la puerta de la clínica.

—Soph, te recomiendo que abras ahora los papeles.

—No voy a abrir el sobre aquí. Ya te lo dije. —Empezaba a cansarse. Se apretó el puente de la nariz, un gesto que comenzaba a ser bastante frecuente en ella.

Por más que su amiga la había incitado a hacerse la prueba para tranquilizarse de una vez y por todas, no iba a abrir el papel allí en la clínica. Deseaba hacerlo en la tranquilidad de su apartamento y encerrada en su habitación, sin tener la mirada de Aria encima de ella.

Los resultados le pesaban en el bolsillo del pantalón.

Era una idea estúpida, pero así lo sentía.

—Perdóname doblemente.

—¿Ahora por qué? —le preguntó subiendo los ojos al techo para luego mirar a Aria.

—Por esto.

Aria sacó el sobre de su bolsillo trasero y se alejó de ella, Sophia vio todo en cámara lenta sin dar crédito a lo que su amiga hacía.

—Pero...

—¡Perdón!

—¡Aria!

—¡Tenía que saber!

Sophia se lanzó hacia Aria y le arrebató el papel de las manos y lo miró frenética.

Sintió que el papel se le escurría de las manos.

Su respiración se detuvo, de repente los pulmones habían colapsado al igual que su cerebro.

No…

—Nena...

—Pero...

—Soph…

—Ya te dije que me perdonará doblemente...

—Ajá… —Parpadeó y miró a su amiga. Estaba sonriendo. No podía evitar sonreír. —Es… Yo… ¡Aria!

—Guarda los gritos para luego —le dijo ella mientras sonreía también. Ambas habían visto el resultado.

—Es…

—Hola, preciosa.

Se giró al escuchar la voz de Leo y casi se cae al verlo tan cerca de ella.

Llevaba una de camisa blanca que siempre usaba para ir al trabajo y la miraba sonriendo. Se quitó los lentes oscuros y se pasó la mano por el pelo. Se lo estaba dejando crecer y el cabello no le colaboraba manteniéndose peinado.

—¿Qué... Qué… haces aquí?

—Aria me llamó.

Sophia miró a su amiga buscando una respuesta, pero esta solo sonrió diabólica y se hizo la desentendida.

—¡Aria!

—¡Te dije que me perdonaras doblemente!

—¿¡Y con eso lo compensas!?

—Un poquito. —Aria le dio un abrazo rápido y un beso en la mejilla. Se giró a Leo y por primera vez le sonrió completamente feliz y franca—. Felicidades… Papá. Serás un buen padre.

Dicho esto, se dio media vuelta y comenzó a salir a la calle.

Dejando la bomba a su paso y sin esperar a que esta explotara.

—Eso quiere decir... ¿Sophia?

—Sí... ¡Es tuyo! —gritó eufórica sin poder contenerse más. Se tiró a los brazos de Leo y lo abrazó fuerte—. ¡Tengo tres semanas de embarazo! ¡No hay dudas!

Leo la envolvió en sus brazos y le dio un beso en el cuello, seguido de un millón más que repartió por todo su rostro.

—Te dije que no era necesario. No me importaba...

—Pero a mí sí...

—¿Pero, cómo es posible? Me hice la vasectomía hace un año...

—Aria se orientó con un doctor que conoce —le dijo ella mientras Leo la dejaba en el suelo lentamente sin dejar de abrazarla—. Según él, aunque un hombre se haga una vasectomía, tiene un 0.01 por ciento de dejar embarazada a una mujer. Dos de cada mil hombres pueden embarazar a una mujer después de una vasectomía.

—¡Carajo!

—¡Si, lo sé! —Le surcaron las mejillas dos lágrimas gruesas, pero no se las quitó, lloraba de felicidad.

—¿Dos por ciento de mil?

—No es tan seguro como se creen.

—¡Vaya estadística!

—¿Estas feliz? —preguntó ella entonces, mirándolo a los ojos y mordiéndose el labio inferior esperando su respuesta. Tenía las manos alrededor de su cuello y estaba inclinada hacia él—. ¿Te parece bien que viniera? Aria me engatusó para hacerlo. Yo…

—¡No te atrevas a disculparte! —gruñó él y la besó intensamente, introdujo la lengua en su boca y ella le devolvió el beso con la misma intensidad—. Acabas de darme la mejor noticia de mi vida.

—¿Seguro?

—Tan seguro como que te amo y que jamás voy a irme de tu lado.

—¿Eso es mucho? —preguntó ella juguetona haciéndose la más sensible de la cuenta.

—¿Por qué no lo comprobamos?

Leo la agarró de la mano y comenzó a caminar hacia el estacionamiento.

—¿A dónde vamos? —preguntó casi a punto de sofocarse, Leo la miró preocupado y redujo la velocidad.

—Voy a hacerte el amor. Voy a amarte tanto, hasta que me grites que pare. Vas a aceptar que no voy a irme a ningún lugar, lograré que me creas y que confíes en mi palabra. —Leo se agachó entonces en medio del parqueo, frente a donde estaba estacionado su *Mercedes* y de su

bolsillo, sacó una caja en terciopelo de color azul. Se arrodilló y la miró con los ojos azules llenos de nerviosismo y felicidad—. ¿Te casas conmigo? ¿Me harías el honor de ser mi esposa? ¿De compartir conmigo mis locuras y cambios de humor? Me harías el hombre más feliz del mundo si tú...

—¡Sí! ¡Dios mío, sí! Claro que quiero ser tu esposa. —Sophia se tiró a los brazos de Leo y la cajita cayó al pavimento. Ella lo abrazó y comenzó a besarlo por todo el rostro— ¡Te amo! ¡Te amo!

—¿Sí? —preguntó él entre besos y lágrimas— ¿Sí?

—Sí, con todo mi corazón y mi alma. ¡Sí!

—Te amo, Sophia McAdams. Voy a hacerte la mujer más feliz del mundo. Tú y ese bebé que esperamos son lo mejor que ha podido pasarme. ¡Bendito sea ese dos por ciento!

Sophia se rio y Leo hizo lo mismo, acompañándola en ese momento que los rebosaba a ambos de felicidad y agradecimiento con la vida.

Leo recogió la cajita del pavimento y la abrió, tomó el anillo y, con delicadeza, se lo colocó en la mano izquierda de ella.

—¡Se ve hermoso! ¡Me encanta! Creo que voy a llorar. —Definitivamente iba a llorar. Volvió a abrazar a Leo hasta que las rodillas de ambos dolieron y se subieron al *Mercedes* de Leo.

Mientras Sophia se colocaba el cinturón, una idea comenzó a producirse en su cabeza.

—¿Cómo es que...? ¿Cuándo tú...?

—¿Si? —Leo comenzó a conducir con una enorme sonrisa en el rostro que a ella la llenó de paz y tranquilidad.

Ahí era.

Esa era la felicidad que ella tanto había estado buscando sin darse cuenta.

—¿Y si él resultado hubiese sido otro? —le preguntó ella.

—¿Cómo?

—¿Si al llegar con la caja del anillo...? —ella balbuceaba toda clase de preguntas sin finalizar. Sin concluir. Así que se detuvo y miró por la ventanilla del auto.

—¿Me preguntas si te hubiese dado el anillo de saber que el hijo que esperas no era mío?

Sophia se quedó en silencio y sintió la mano de Leo sobre la suya.

Lo miró entonces y se dio cuenta que él tenía el carro detenido por la luz roja y la estaba

observando sonriendo.

Franco y sin reservas.

—Sí que eres una mujer difícil, *Pelirroja*.

—Leo...

—Compré el anillo hace dos días. No me importaba si era o no mío. Te lo dije aquella mañana y vuelvo a repetirlo. No me importa, eres mía, eres a quien quiero. Comienza a meterte eso en la cabecita esa *pelirroja* que tienes. Te amo, y no voy a irme a ningún lado. ¿Eso responde a tu pregunta?

Sophia parpadeó y sonrió feliz.

—Sí, eso responde a mi pregunta.

—¿Puedo ahora conducir para llegar a mi apartamento a hacerte el amor como si no hubiera un mañana?

—Llévame a dónde quieras, soy tuya, Leo Sandoval.

—Lo eres. Ambos lo son.

EPÍLOGO

—¿Me veo bien? —le preguntó su madre acomodando el vestido que traía puesto, lleno de rosas y colores.

Sophia sonrío. Estaba feliz de que por fin su madre y James iban a conocer a Leo. Un domingo cualquiera pero que para ella marcaría un hito en la historia con el hombre que amaba.

Ella se había puesto un vestido rosa pálido con unas sandalias de tacón corrido.

—¿Estás segura de hacer esto? ¿Está segura de querer que Marcos venga?

—Es tu padre, cariño. No puedo seguir tapando el sol con un dedo. Hace semanas cuando viniste aquí, cuando me dijiste que querías darle la oportunidad de estar en tu vida, lo vi como la cosa más grande del mundo. Te juro que estuve a punto de perder los estribos, pero me miraste con esos enormes ojos azules que tienes y supe que tú tienes el corazón más grande que yo, con más amor que dar de lo que yo tuve. Puedes darle la oportunidad a tu padre, yo misma lo intentaré.

—Si esto es muy difícil para ti, mamá, podemos decirle que no venga. Estoy segura que puedo hablar con él y decirle que lo dejemos para otro día, sé que lo entenderá. Ustedes tienen mucha historia juntos.

—No, tesoro. Tarde o temprano voy a tener que verme con el frente a frente. Han pasado muchos años desde la última vez que hablamos mirándonos a los ojos. James siempre se ha encargado de hablar con él para cualquier detalle que no pueda ser tratado vía telefónica.

Sophia abrazó a su madre fuerte y le dio un beso en la mejilla.

—Eres un sol, mamá. Tú sí que eres un sol.

—No, cariño. Tú eres la que me ha puesto así. Te juro que si hace dos meses alguien me hubiese dicho que yo iba a estar haciendo esto, te juro, Sophia, que me hubiese reído en su misma cara.

Su madre sonrió triste, las comisuras de sus labios estaban adornadas por varias arruguitas, quizás de tanto reírse, quizás de cansancio o por la edad.

—Gracias, mamá —le dijo ella de todo corazón—. Te agradezco que me des la oportunidad de tener a todas las personas que son importantes para mí reunidos en la misma casa.

—¿Ya sabes si es niña o niño? —su madre sonrió traviesa y la miró con cara de traviesa.

—¡Mamá! —grito ella— ¿Cómo lo supiste? —le preguntó sonriendo también.

—Soy tu madre, Sophia. Te conozco a la perfección. Lo supe desde que vi que te comiste

ese estofado con tantas ansias.

—Siempre como tu estofado con ansias.

—Sí, pero no así.

—Pensaba darles la sorpresa cuando estuvieran todos reunidos en el almuerzo...

—Lo sé, lo imaginé.

—¿Le contaste a James?

Su madre puso una clara cara de culpabilidad y Sophia obtuvo de inmediato la respuesta.

Claro que se lo había contado. Su madre no ocultaba nada a su marido. La relación que ambos llevaban era envidiable, quizás por eso cuando descubrió que se había enamorado de Leo, no quiso alejarse de él, porque su madre había encontrado un compañero que la comprendía y que vivía para hacerla sentir bien cada día.

—No pude guardar el secreto, cariño. Lo siento, estaba tan emocionada, que me he puesto a chillar como loca cuando Aria me llamó…

—¿¡Aria te llamó!? —gritó ella— ¡Pero Dios mío! ¿Qué voy a hacer con esta loca¡? ¡No puede guardar un solo secreto!

—Estoy tan emocionada de que estés esperando ese bebé. No sé qué harás, si vas a casarte pronto, si vivirás con él antes de... No importa lo que hagas, sabes que cuentas conmigo

—Tengo miedo, mamá. No sé si quiera casarme. Me encantaría vivir así como tú y como James. Sé que es complicado, sé que tuvieron muchas cosas antes de llegar a este punto. Problemas, dificultades, pero es que te casaste hace un año con él, tienes veinte años... No, tienes mucho más viviendo junto a él y bajo el mismo techo, sin casarte, sin atarte a un papel, pero siendo su mujer.

—Ya sabes que eso es más complicado que simplemente vivir bajo el mismo techo.

—Lo sé, pero en verdad quiero intentarlo, quiero vivir con él, quiero formar una familia con él. —Sintió que sus ojos se humedecieron y miró a su madre confesando cuánto amaba a Leo Sandoval por primera vez frente a ella—. Estoy tan emocionada. —Acarició su vientre y sonrió automáticamente. Ese bebé iba a ser bien recibido y adorado.

Quizá no había sido planeado, pero sí era querido, amado y esperado con ansias. Aún era muy pronto para saber el sexo, pero a ella no le importaba. Podía imaginarse tanto a una niña delgada y de gruesos rizos rojizos correteando por la casa, como a un niño con el cabello rubio y la mirada intensa azul como el mar rebelde.

No le importaba.

Tan solo deseaba que llegase sano.

—En el camino encontrarás muchas piedras. Ambos tienen un pasado, tú has estado con algunas personas antes que él, y él estoy segura que ha estado con otras mujeres antes que tú. Tienes… Debes controlar tus celos, aprender a verlo por la gran persona que es, porque estoy segura que es un gran hombre para tú enamorarte así como estás y estar tan emocionada. —Su madre tenía razón, Leo era un gran hombre que no había encontrado a alguien que lo quisiera y valorara por quien era—. Tú, mi hermosa niña... —Su madre acarició su mejilla y le sonrió tiernamente con sus ojos azules brillando a más no poder—. Tú siempre has sido tan precavida. Pensando siempre las cosas antes de hacerlas, aunque tu boca te traiciona por momentos y dices las cosas sin pensar, toda tu vida te has regido para no cometer los mismos errores que yo, para no ser una madre soltera. Creí que ibas a quedarte sola por más tiempo, pero ya ves cómo es la vida: la persona indicada llega en el momento menos pensado, en el momento en que crees que tu vida está mal encaminada, ahí es cuando esa persona aparece y te cambia todo.

Y sí que le había cambiado todo.

Había cambiado su manera de pensar. Recién había terminado con Hermes cuando lo conoció en el club, haberlo visto en la empresa no había sido suficiente para marcar su vida, pero el episodio en el baño del club, cuando ella le había hecho sexo oral, había marcado el verdadero inicio de su camino juntos.

Tal parecía que iban a tener que cambiar algunos detalles en su historia para cuando estuvieran viejos y le contaran cómo se conocieron a sus nietos.

No pudo evitar sonreír al imaginarse aquella escena. Iba a llegar a ser una anciana junto a Leo, deseaba llegar a serlo.

—Mírate, estás deslumbrante. Piensas en él y te pones a sonreír como idiota.

—Vaya, gracias, mamá. ¡Es el mejor cumplido que me han hecho en el día!

Su madre la abrazó y se despegó de ella de inmediato, le dio una nalgada y le dijo:

—Venga, vamos a buscar a James, debe de estar volviéndose loco con la corbata. Le he dicho que se vista de ocasión, es un almuerzo especial. ¡Ah! Se me olvidaba. ¡Ese anillo, cariño, está hermosísimo! ¡Se nota que debe haberle costado una fortuna!

—Espero que él te agrade, mamá.

—Seguro que lo hará. ¿Para cuándo han pensado hacer la boda? —le preguntó mientras caminaban agarradas de la mano.

—Aún no lo hemos pensado. Hemos pasado unas semanas bastante locas yendo a médicos, visitando nutricionistas. Leo quiere que el bebé salga lo mejor posible, según él va a ser el niño más sano del planeta. Estamos adecuando mi apartamento para la mudanza...

—¿Van a mudarse?

Cierto. Aún no le había contado.

Estamos pensando mudarnos al apartamento de Leo, hasta que podamos encontrar una casa.

—¿Van a comprar una casa? —preguntó Moira eufórica— ¡No puede ser!

—¡Pues sí! Marcos... papá... —No sabía ni cómo llamarlo. Se detuvo y miró a su madre mordiéndose el labio inferior y sonriendo—. Marcos nos ha ofrecido una casa como regalo de bodas.

Su madre, que en ese momento estaba a punto de decir algo, se detuvo al mirar por el pequeño cristal de la ventana que daba a la entrada de la casa.

Había alguien detrás de la puerta.

—Si me disculpas... —su madre no hizo ningún comentario con relación a la noticia tan grande y sorpresiva que ella le había dado.

Era mucho para asimilar.

Debía controlar esa boca tan descontrolada que tenía.

—Marcos... —Escuchó que su madre decía y apresuró el paso, caminando hacia ella, colocó una mano en su hombro y le sonrió a su padre.

—Hola, Marcos. ¡Qué bueno que llegaste! —Su padre llevaba una camisa negra y un pantalón del mismo color, sus zapatos lustrados combinados con la correa, le daban un aire sofisticado y misterioso.

—Un poco de tráfico, pero he logrado conseguirlo. —Ella movió a su madre que estaba parada como un témpano de hielo en medio de la puerta—. Pasa adelante, bienvenido —le dijo y su madre se quedó en silencio. Marcos las miró a ambas sin entrar— ¡Adelante, adelante! —volvió a repetir, intentando quitar un poco del frío que de repente había inundado el lugar, aquel reencuentro era apoteósicamente dramático y con todas sus razones, ambos se habían enamorado cuando eran apenas unos universitarios.

Y Moira había dejado claro que seguía queriendo a su padre muy en el fondo.

Y pues de Marcos, no creía que él se hubiera enamorado jamás de otra mujer que no fuera su madre.

Los miró a ambos sin saber qué hacer. Sus padres se miraban a los ojos sin notarla a ella.

—Hermano. —Escuchó que James dijo acercándose a ellos.

Demonios.

Justo eso le faltaba.

—Genial —murmuró.

—No quiero molestar, Moira. Si esto es mucho...

—¿Yo? ¡No! ¡Para nada!

Sophia los miró a los tres sin saber qué hacer para hacerlos sentir mejor. James se acercó y colocó un brazo alrededor de Moira, esta lo miró y sonrió.

—¿Por qué no vamos adentro y nos tomamos algo para relajarnos un poco?

—Joder, sí. ¿Hace cuánto no hemos estado todos juntos en una casa? —Marcos sonrió y dio un paso dentro de la casa.

—Puedo decirte la fecha exacta cuando nos vimos los tres por última vez —dijo Moira mirando con rabia a Marcos.

Aunque los tres allí presentes sabían que ella seguía queriéndolo, el único que no se daba por enterado era él. El único que no tenía idea que su ex seguía amándolo aún veintiséis años después era él.

Y era mejor así, mucho mejor a que supiera la verdad, que ella aún queriéndolo, había decidido casarse con su hermano.

Las malas decisiones habían sido tomadas y Sophia poco a poco comenzaba a entender que no podía hacer nada para cambiarlo. Era el pasado de sus padres, de los tres, tanto de James, como de Marcos y su madre.

—Sí, creo que es lo mejor. Vamos adentro y nos tomamos algo.

—¡Tú no vas a tomar nada! —dijo Moira—. Recuerda que estás embarazada.

Tanto Marcos como James corroboraron sus palabras.

—Esta bien... ya entiendo... tranquilos. No tienen por qué caerme todos encima.

Después de un par de comentarios más, todos tomaron asiento en la sala y comenzaron a tomarse unos cócteles que James preparó con ginebra y soda y un poco de jugo de naranja. Sorprendentemente las cosas se fueron relajando hasta que su madre sonrió y ella comenzó a relajarse también. Su teléfono sonó en ese momento y miró la pantalla: era Leo.

—Hola, señor Sandoval.

—Hola, señora casi de Sandoval. ¿Cómo estás tú?

—Estoy bien, esperando por ti. ¿Dónde estás?

No podía evitar sonreír cuando escuchaba su voz. Salió al pórtico y cerró la puerta, no tenía por qué dejar que sus padres escucharan su conversación. Se sentó en el banco de madera que su madre tenía justo frente al jardín lleno de girasoles. Amaba estar en su casa materna cuando no había tormenta, cuando el mar estaba tranquilo y podía disfrutar del salitre, de olerlo y sentir el

viento fresco en su piel.

—¿Dónde estás? —volvió a preguntar.

—Estoy llegando.

—¿Por qué estás hablando entonces si vas conduciendo? ¡Déjalo! Podrías tener un accidente.

—No va a pasarme nada.

—No lo sabes. Necesito mantenerte con vida, no vas a dejarme sola con este bebé.

—No pretendo hacerlo. Por cierto, mira el parqueo.

Ella se levantó del banco y miró hacia donde él indicaba.

Allí se acercaba su *Mercedes*, sonrió y agarró el teléfono con más fuerza.

—¿Estás agotando tu saldo llamándome, cuando estás llegando ya?

—Quería escuchar tu voz.

—Vas a verme dentro de dos minutos cuando te bajes del auto.

—Lo sé, pero quería decirte algo muy importante.

—¿Qué cosa?

—He encontrado una casa hermosa y me encantaría que fueras a verla conmigo.

—Tengo a mis padres en la sala. Los tres. —comentó sonriendo—. No creo que sea el mejor momento para irnos.

—Creo que precisamente por eso es el mejor momento para irnos. ¿No quieres una salida? ¿Quieres estar ahí escuchando como hay un silencio incómodo cada vez que Marcos habla sobre el pasado? ¿O cada vez que tu madre…

—Bien, ya entendí —lo detuvo.

Definitivamente era algo muy incómodo que no tenía intención de aguantar. Ellos tres podrían sobrevivir sin ella por una hora.

—¿Qué tan lejos está la casa de aquí?

—En treinta minutos estaremos de vuelta. —Leo salió del carro y la miró con el teléfono pegado a la oreja—. ¿Entonces qué, preciosa? ¿Te vienes conmigo?

—Vámonos, luego buscaré la manera de que nos perdonen por largarnos y dejarlos solos.

—Estoy seguro que encontrarán la forma de apaciguar su turbulento pasado por ti y por el nieto que van a tener. —Él tenía razón, debía de dejar de pensar en sus padres y comenzar a pensar en ella y en él, más que nada, en el hijo que venía en camino.

Sophia miró detrás suyo, se escuchaban las voces desde dentro, risas, incluso ella misma sonrió al darse cuenta que nada podía empeorar, si esos tres podían estar bajo el mismo techo y sonreír, al menos por unos minutos, su vida estaría bien.

A partir de ese momento supo que todo iría bien.

Acarició su vientre despacio y cerró la llamada.

El hombre que amaba la esperaba para ir a ver la casa en la que formarían una familia, en la que crecerían juntos como personas, en la que aprenderían a amarse y soportarme, más que nada, a apoyarse cuando los momentos lo requirieran.

—Vamos —dijo al llegar junto a él.

—Espera. —Él se detuvo frente a la puerta de atrás del carro y sacó un ramo de rosas azules —. Gracias por estos meses junto a mí —Leo sonrió y le dio un beso lento y apasionado—. Gracias por ser mía.

—No tienes que agradecerme —le dijo con un nudo en la garganta. ¿Qué había hecho para merecer a un hombre así?— Me complace serlo.

—Y a mí me complace ser tuyo en cuerpo y alma.

Su vida con Leo apenas comenzaba.

Y estaba deseosa de disfrutar cada segundo de su vida estando a su lado.

BIOGRAFIA

Sheyla Mariel García Ayala, mayormente conocida Sheyla García, nació en Santo Domingo, República Dominicana, el 31 de Julio del 1995. Desde muy temprana edad, se vio inclinada por las letras, pero no fue hasta los once años cuando logró ser ganadora de concursos de lectura a nivel provincial y nacional. Comenzó a escribir su primer libro, *Magia y luz*, a la edad de quince años, pero no fue hasta el 2017 cuando logró publicarlo por primera vez en Amazon. Una historia de fantasía, ángeles y demonios, que pone al lector a pensar en posibles teorías sobre la creación humana. En el 2018 termina su segundo libro, Amanda, una historia sobre tráfico de personas y trata de blancas con destellos de romance y mucho drama juvenil. A partir de allí, la joven talento descubrió su verdadera pasión por la escritura cuando comenzó a desarrollar una de sus historias más conocida que lleva por nombre *Café contigo al despertar*. En esta, incursiona en lo que es el romance erótico e involucra a la misma vez, personajes y escenarios de la vida cotidiana dominicana, haciendo un breve reconocimiento a las tradiciones y costumbres de su país que tanto ama.

Actualmente, la joven escritora tiene publicados veinte libros en español y otros mas en portugues, italiano y frances. Se dedica al cuidado de su hijo y creación de nuevas historias.

Entre sus titulos más conocidas se encuentran: La propuesta del italiano, Su Alumna, Nunca su sumisa, Placer rentado, Novia fugitiva, Una noche en Grecia, Un hijo para mi jefe, Dueño de su cuerpo, Una esposa para el Frances, Amante del Frances entre muchos mas.

Redes sociales

Bookstagram: Rinconde.Sheylagarcia
Instagram: Sheylagarcia.Ayala
Facebook: Escritora Sheyla Garcia